

COMIENZA LA CUENTA ATRÁS
¿CUÁL SERÁ TU VENGANZA?



TALIÓN

SANTIAGO DÍAZ

ÍNDICE

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

1. Jonás y Lucía

2. Cornel y Nicoleta

3. Genaro y Eric

4. Amaya y Daniela

5. Epílogo

Agradecimientos

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Marta Aguilera, una periodista comprometida con su oficio, recibe una noticia que cambiará su destino: un tumor amenaza su salud y apenas le quedan dos meses de vida. Sin nada que perder ni nadie a quien rendir cuentas, Marta siente que la realidad es un lugar amenazante y decide ocupar el tiempo que le queda impartiendo JUSTICIA.

En una carrera contrarreloj por su propia vida y contra la inquebrantable inspectora Daniela Gutiérrez, Marta Aguilera tratará de aplicar su particular ley del talión.

Un *thriller* impactante y distinto a todos los demás. Una novela que leerás como si tú mismo fueras el protagonista.

«Es una novela que engancha desde las primeras páginas y que invita al lector a participar en ella.»

«La trama está perfectamente cosida y los personajes se desarrollan y crecen de una manera natural.»

«No la puedes dejar desde que lees los primeros párrafos y el debate sobre la Justicia que plantea te obliga a posicionarte. Simplemente genial.»

«Una buena idea para un género en auge y un gran trabajo de desarrollo.»

«Una novela genial que plantea un debate moral al lector.»

Santiago Díaz



Talión

 Planeta

A mis padres

Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida,
ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie,
quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.

Ley del tali3n, en  xodo, 21: 23-25

Cruzo un puente sobre el río Urumea y salgo de Hernani en dirección a Zarautz pasadas las ocho y media de la tarde. Me duele la cabeza y sufro un incómodo cosquilleo que sube desde el tobillo hasta la cadera y que amenaza con desconectar para siempre las terminaciones nerviosas de mi pierna izquierda, pero creo que aguantaré, ya queda poco. Tomo un desvío para incorporarme a la AP-8 y me encuentro con un control de la Ertzaintza. Dos motos están atravesadas en la calzada y los dos policías empiezan a darme el alto cuando yo todavía estoy a más de cien metros. Saco mi pistola del bolso, le quito el seguro y la escondo debajo de mi pierna derecha. No entra dentro de mis planes matar a dos hombres inocentes que solo hacen su trabajo, pero llegados a este punto tampoco puedo permitir que me detengan. Paro en el arcén y me desabrocho el cinturón de seguridad y un botón más de la camisa; a lo largo de mis treinta y ocho años de vida, la cordialidad de los funcionarios con los que me he topado siempre ha sido directamente proporcional a lo sugerente que me he mostrado con ellos. Bajo la ventanilla mientras el más joven se acerca a mi coche lentamente. El otro espera junto a las dos motos, con los pulgares en el cinturón, las piernas abiertas y una irritante mirada de superioridad.

—Buenas tardes, agente —digo esbozando la mejor de mis sonrisas.

—¿Me permite su documentación, señorita?

—Sé que iba demasiado rápido y lo siento, pero he quedado con un cliente en Zarautz y llego tardísimo.

—Su documentación, por favor.

—Claro.

Le miro a los ojos durante un par de segundos animándole a marcharse y evitar una carnicería, pero no parece dispuesto a dejarlo estar, es incapaz de advertir una amenaza en mí. Busco mi carné de conducir mientras vigilo al *ertzaina* que permanece junto a las motos. Responde a un aviso a través de la radio, ajeno a lo que está a punto de pasar. Saco la documentación de mi cartera con la mano izquierda y toco la pistola con la derecha. En el momento en el que la coja se encontrará frente al cañón de mi Five-seveN belga, solo espero que no sea tan estúpido como para obligarme a apretar el gatillo.

Confío en que su compañero tampoco quiera hacerse el héroe y acceda a tumbarse boca abajo sobre el asfalto en cuanto se lo pida. Cuando va a coger mi carné y yo ya he empuñado la pistola, se oye un silbido.

—¡Ander! Ha habido un atraco en la gasolinera de Usúrbil. Se han dado a la fuga en un BMW por la N-634. ¡Vamos!

El *ertzaina* duda mientras yo sigo tendiéndole el carné de conducir con cara de inocente y sonrisa impostada. Si lee mi nombre, empezarán los problemas serios. Sería raro que todavía no supiera quién es Marta Aguilera, desde hace horas soy la estrella en radios y televisiones. En España no hay tradición de asesinos en serie, y menos aún de asesinas, así que todos los directores de periódicos y presentadores de informativos estarán frotándose las manos. El compañero de Ander le vuelve a llamar con su moto ya en marcha y él decide aprovechar su golpe de suerte.

—Abróchese el cinturón, señorita.

Tras echarme la correspondiente mirada al escote, se aleja corriendo, arranca su moto y ambos se pierden a toda velocidad por la carretera. Yo respiro aliviada por haberme librado de dos policías con los que no contaba, guardo mi documentación en la cartera, mi pistola en el bolso y sigo conduciendo.

Mi intención inicial era deshacerme del coche tirándolo al mar por uno de los acantilados que hay después de Zarautz, pero a mitad de camino me doy cuenta de que es una idea estúpida y muy arriesgada. Pronto lo estarán buscando y si lo localizaran sabrían que ya he llegado al País Vasco y lo que me propongo hacer —y eso me complicaría mucho las cosas—, pero creo que me bastará con esconderlo en cualquier recodo del Urumea. Solo necesito ocultarlo durante esta noche, mañana seguramente haya muerto y me importará bien poco si lo encuentran o no.

También me serviría dejarlo en el centro comercial que veo a lo lejos, camuflado entre las decenas de coches que hay frente a un supermercado, pero no quiero que a ningún avezado vigilante de seguridad se le ocurra comprobar la matrícula cuando todos los demás ya se hayan marchado. Finalmente lo aparco entre dos árboles de un camino de tierra pasado Zubieta, probablemente el peor sitio de todos los que he visto, pero ya son las nueve de la noche y tengo una importante cita a las diez. Camino por el arcén hacia unas luces que hay a un par de cientos de metros cuando una señora sale de detrás de un árbol. Me da un susto de muerte y busco instintivamente la pistola.

—Hola, princesa. ¿Haciendo *footing*?

—Joder... —Me tranquilizo al ver que es inofensiva y saco la mano del bolso—. ¿Qué hace aquí, señora?

—Tomar el fresco, mira esta.

La miro de arriba abajo. Es una señora de más de sesenta años que apenas se ha disfrazado de prostituta. Es rolliza, pero aún guapa y con cierto estilo. Podría ser la madre o la abuela de cualquiera si no fuera por el excesivo escote y el pintalabios rojo. Sobre la silla de camping en la que espera a sus clientes hay una revista de crucigramas abierta por la mitad y una linterna encendida. Al lado, un gran bolso de playa del que asoman toallitas húmedas, alguna prenda de ropa y una ristra de preservativos.

—¿No debería buscarse un sitio más transitado, señora?

—Yo ya tengo mis cinco o seis clientes fijos y no quiero más, hija. —Me escruta con la mirada—. ¿Tú también eres del gremio?

—No, solo estoy de paso. Me he quedado tirada a unos kilómetros y sin batería en el móvil. ¿Sabe dónde puedo conseguir un taxi?

—En el Teletaxi.

—¿Y podría llamar por mí? Le doy veinte euros.

Me los pide por adelantado y llama a un taxista que queda en recogerme en diez minutos en un restaurante cercano, según la señora para que no le despiste a los camioneros. Al pasar de nuevo frente a ella —que ha vuelto a sus crucigramas— le pido al taxista que pare.

—¡Señora! ¡Márchese por hoy a casa!

Le lanzo por la ventanilla uno de los dos paquetes con veinticinco mil euros que aún me quedan y el taxista me lleva a la calle Fuenterrabía, en San Sebastián.

Ya en el apartamento cargo el móvil y me preparo para dar mi primera y última entrevista. Me ducho, me maquillo minuciosamente, tardo diez minutos en elegir el sencillo vestido de Zara con el que pasaré a la posteridad y, pasadas las diez y media, llamo por teléfono a Álvaro Herrero, mi sustituto en *El Nuevo Diario*, el periódico del que me despedí hace menos de un mes.

—¿Sí?

—¿Le has dicho a la Policía que te iba a llamar, Alvarito?

—No.

—¿Estás seguro?

—Ya te he contestado, Marta —responde con aspereza.

Cuelgo y le llamo a través de Skype. Álvaro y yo nos conocemos desde la facultad y siempre nos hemos llevado bien. No es mi tipo —es demasiado blandito para mi gusto— y le dejé claro desde el primer momento que no me interesaba, así que nos hicimos buenos amigos. Se suele alegrar de verme, pero hoy no sonrío cuando aparezco en la pantalla de su ordenador. En su cara hay una mezcla de curiosidad, de decepción y de excitación al estar frente al personaje del momento. Mi aspecto después de haberme cortado el pelo y teñido de rubio tampoco debe de ayudar a tranquilizarle. Por suerte yo no me puedo quejar de cómo se ha portado la naturaleza conmigo y, a pesar de mi estado, de las duras últimas horas que he vivido y de la baja calidad de la cámara de mi portátil, me veo guapa. Supongo que mi imagen de mujer absolutamente normal será un valor añadido para los que cuenten mi historia.

—Hola, Álvaro. Siento haberte metido en esto.

—No lo sientas, me has hecho famoso.

—Te vi hablando en la tele, lo hiciste muy bien. Me alegro por ti.

Saco un cigarro y lo voy a encender, pero no tengo fuerza en la mano izquierda y tengo que ayudarme con la derecha. La llama tiembla y tardo en acertar.

—Debería verte tu médico, Marta.

—Mi médico ya no puede hacer nada por mí.

Por fin consigo encender el cigarro y le doy una prolongada calada mientras Álvaro espera en silencio, observándome.

—Supongo que ya estarás grabando esto, ¿no?

—¿No es eso lo que quieres? Salir en los telediarios de todo el mundo y que hagan una película sobre ti. Es lo que buscas, ¿no?

—No buscaba fama, eso vino después.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Reconozco que no es algo muy equilibrado, pero nunca sabes cómo vas a reaccionar cuando te dicen que solo te quedan dos meses de vida...

JONÁS Y LUCÍA

Por tercer día consecutivo me mareo y tengo náuseas al levantarme de la cama. Hasta ahora creía que simplemente estaba baja de defensas, pero empiezo a pensar que el destino ha querido gastarme una de sus famosas bromas macabras. Espero no haberme quedado embarazada justo cuando había decidido dejar a Jaime después de cinco meses de una relación basada casi exclusivamente en el sexo. Me pongo unos vaqueros, unas zapatillas, las gafas de sol más grandes que encuentro, me hago una coleta y bajo a la farmacia a comprar un test de embarazo.

—Veamos. —Leo en voz alta el diminuto prospecto ya de vuelta en casa—. Sacar la tira de prueba del envase sellado. Introducir la tira en la orina durante diez segundos con la flecha apuntando hacia la orina. Retirar la tira y colocarla en posición plana sobre una superficie limpia y no absorbente.

Sigo las instrucciones y aguardo los cinco minutos de rigor sin apartar la mirada de la dichosa tira que me dirá si mi vida va a cambiar desde este momento. Nunca he tenido instinto maternal, estoy convencida de que alguien como yo jamás podría ser una buena madre por mucho que se esforzase. Durante mi último año en la facultad de Periodismo asistí a las charlas que daba un reputado criminólogo y me di cuenta de que cumplía escrupulosamente con las características del dos por ciento de la población mundial, gente incapaz de sentir empatía por sus semejantes. Puedo sentir cariño, deseo o apego por alguien, pero un niño se merecería mucho más. Cuando al fin se dibuja una única línea de color en la zona de control, me invade una mezcla de alivio y tristeza. Será que en el fondo estaba deseando comprobar si de verdad soy una mujer sin sentimientos o simplemente no he encontrado a quien demostrárselos. Cuando salgo de la ducha, suena mi teléfono. Es Serafín Rubio, redactor jefe del periódico en el que trabajo desde hace ya siete años, en la sección de Sucesos.

—¿Dónde te metes, bonita? —pregunta mosqueado—. Tiene cojones que yo lleve en el periódico media hora y tú todavía estés en la cama.

—No estoy en la cama, Serafín —digo paciente.

—Pues tienes voz de dormida. ¿Dónde está lo de la pistola que se encontraron esos niños en Lavapiés?

—Lo tienes en el correo desde hace dos días. La pistola estaba fichada por el atraco a una joyería de Barcelona.

—¿Y lo de la red de tráfico de armas?

—Estoy en ello.

—Espabila, Marta. Lo quiero en la edición de mañana.

Serafin me cuelga sin darme la oportunidad de decirle que esos reportajes llevan su tiempo y que probablemente no lo tenga hasta la semana que viene, y eso si finalmente doy con algo. Termino de arreglarme y consulto en un foro de Internet las posibles causas de mis mareos y mis náuseas, pero como ni estoy embarazada ni hago submarinismo desde que tenía veinte años, decido pedir hora con el médico. Por suerte, le acaban de anular una cita y me puede recibir esta mañana.

—No sé, no sé... —dice el que es mi médico de cabecera desde hace años examinando mi historial en su anticuada pantalla de ordenador después de hacerme una exploración completa—. ¿Dices que del estómago estás bien?

—Perfectamente.

—¿Y seguro que no estás embarazada?

—Seguro. Tomo precauciones, y además esta mañana me he hecho un test de embarazo y ha dado negativo. Lo que sí me pasó el otro día es que perdí la sensibilidad en una mano durante un buen rato. Apenas tenía fuerza para sujetar una taza de café.

Esto parece no hacerle demasiada gracia al médico.

—Tus últimos análisis son de hace menos de un mes y sale todo perfecto. Yo me quedaría más tranquilo si te haces un TAC, por precaución más que nada. Deja que llame al doctor Oliver a ver si te puede hacer un hueco hoy mismo.

El doctor Oliver —ventajas de la medicina privada— le hace un favor a mi médico y dos horas después estoy metida en la claustrofóbica máquina de rayos X que laminará transversalmente mi cerebro. Según me dice la enfermera con muy mala leche y un punto de celos, el doctor no suele asistir a este tipo de pruebas, pero se ve que no quería perderse la oportunidad de contemplarme con una horrible bata azul abierta por la espalda.

—Usted no se preocupe, señorita Aguilera —me dice el médico con amabilidad—. Seguro que no le pasa nada malo. En unos días, cuando analicemos los resultados, la llamaremos para darle cita.

Salgo del centro médico casi a la hora de comer. Debería acercarme por el periódico, pero hoy no me apetece escuchar los reproches de mi jefe por no haber avanzado nada en mis investigaciones, así que paro un taxi y le pido que me lleve a la colonia Marconi, en el barrio de Villaverde.

Hace unas semanas, unos niños encontraron una pistola cargada en Lavapiés y la investigación para mi artículo me había conducido hasta una red de tráfico de armas a pequeña escala sobre la que aún no tenía ninguna prueba sólida. En Marconi hay pisos, empresas y prostitución callejera, mucha prostitución callejera, dividida en zonas para africanas, rumanas, españolas, y otra para travestis. Me bajo en la puerta de Los Mellizos, un bar de pueblo con el cartel patrocinado por la cerveza Mahou. En la mesa del fondo, como siempre, está sentado Elías Pardo, al que llaman el Dos Napias por una cicatriz que le parte de arriba abajo la nariz y que le da un aspecto imponente. Pido una Coca-Cola Zero y un pincho de tortilla que veo tras una vitrina y espero hasta que se acerca a mí.

—¿Qué haces aquí, periodista? Ya te dije que no quería volver a verte.

—Sabe que no tendría que nombrarle y que llegado el caso protegería mi fuente en los tribunales hasta las últimas consecuencias, ¿verdad?

—¿Qué fuente ni qué pollas? —Se pone agresivo—. Aquí no vas a encontrar nada, así que levanta tu precioso culo de ese taburete y lárgate.

—El problema es que si yo llego a mi periódico y digo que no he conseguido nada mandarán a otro, y quién sabe si también a la tele. ¿Se imagina lo incómodo que sería tener a un cámara apostado en la puerta de este bar las veinticuatro horas?

El Dos Napias, por muy farruco que le apetezca ponerse con alguien como yo, es capaz de comprender que le tengo cogido por los huevos.

—¿Qué quieres? —escupe al fin con desprecio.

—Simplemente que responda a unas preguntas. ¿Nos sentamos?

El traficante de armas cede de mala gana y nos sentamos en la mesa más alejada de la barra. Voy a sacar el teléfono, pero él me detiene.

—Ni se te ocurra grabar nada. Si quieres, lo escribes, pero nada más. Y como pongas mi nombre o algo por lo que puedan reconocerme, te busco y te mato antes de que me maten a mí, ¿te has enterado?

—Está bien, tranquilo —digo sacando una libreta y un bolígrafo de mi bolso—. Ya le he dicho que será una entrevista anónima. Confíe en mí.

—Rapidito. Solo faltaba que me vieran hablando contigo y me buscaras la ruina.

Durante la media hora de entrevista, el Dos Napias me cuenta que a él y a sus compinches no suelen llegarles más que unas pocas pistolas de vez en cuando procedentes de Alemania, de Italia o de los Balcanes. Las nuevas son robadas en fábricas y las usadas en comisarías o almacenes de pruebas policiales, casi todas estas con delitos de sangre a sus espaldas. También se queja de que el negocio está de capa caída y que no compensa el riesgo para los pocos beneficios que deja.

—Lo más rentable, por muchos años que pasen, siguen siendo las drogas y las putas.

Aunque yo esperaba que fuera a decir que sus clientes habituales son delincuentes preparando algún atraco, me entero de que las pistolas casi siempre terminan en casas particulares como defensa personal ante posibles ladrones.

—Como para fiarse de la poli. En lo que les llamas y vienen, ya te han violado, robado y algunas veces hasta matado.

—¿La gente no sabe que utilizar un arma sin licencia y comprada ilegalmente supone penas de cárcel?

—Eso díselo a un hombre que pretende que no violen a su mujer y a sus hijas...

Me cuesta diez minutos más convencerle de que me deje sacarle una foto de espaldas para acompañar a mi reportaje y otros diez en los que él le pasa diferentes filtros y la deja casi completamente oscura.

Llego a casa a las cinco de la tarde y transcribo la entrevista al Dos Napias adornándola con imaginación, pero también con profesionalidad. Cuando se la estoy enviando por correo electrónico a mi jefe, me llama Jaime proponiéndome salir a cenar esta noche. De hoy no pasa, lo tengo claro. Si de verdad hubiera estado embarazada, la cosa se habría complicado, pero ya nada me une a él.

Cuando llego al restaurante Con Amor, en la calle Espronceda, mi todavía novio ya me está esperando sentado a la mesa. Me dice lo preciosa que estoy y yo le devuelvo el cumplido sin necesidad de tener que mentir. Realmente es un hombre muy atractivo, es una lástima que no haya sabido comprender mejor la naturaleza de nuestra relación. Hablamos durante veinte

minutos de nuestros respectivos trabajos —él invierte en bolsa las fortunas de otros— y cuando ve que la fluidez de nuestra conversación empieza a hacer aguas, saca una pequeña cajita en la que pone «Fiona Hansen».

—Espero que te guste.

—No tenías que comprarme nada —le digo neutra.

—Ya lo sé, pero hoy he ganado mucha pasta en una inversión y quería darme el capricho. ¿No tienes curiosidad por ver lo que es?

Jaime pone la cajita junto a mi plato y yo me veo obligada a abrirla. Es una pulsera de oro blanco con incrustaciones de diamantes. Muy bonita y seguramente muy cara. Ya podía habérmela regalado hace un mes, me habría quedado preciosa con el vestido de Elie Saab. Cierro la cajita y se la devuelvo.

—Es una maravilla, pero no puedo aceptarla.

—¿Por qué no?

—Porque quiero dejarlo, Jaime.

Él se recuesta en su asiento fingiendo una sorpresa que realmente no siente y me mira en silencio, tratando de mostrarme su desconcierto. Pero la verdad es que sabe desde hace días que este momento llegaría tarde o temprano. De hecho, estoy segura de que la pulsera no es más que un inútil intento por retenerme a su lado.

—Creía que estábamos bien.

—Lo estábamos hasta que has empezado a pedirme cosas que no puedo darte.

—Si lo dices por lo de quedarme a dormir en tu casa, olvídalo. Puedo seguir como hasta ahora.

—El problema es que no estoy enamorada de ti.

—¿Alguna vez has estado enamorada de alguien, Marta?

—Esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál, joder? —Está herido en su orgullo—. En mi puta vida me había cruzado con una tía más fría que tú.

—Será mejor que lo dejemos estar, Jaime. Lo siento, pero estoy convencida de que no te costará encontrar a otra con la que consolarte.

—Además de dejarme, ¿piensas humillarme? —pregunta dolido, alzando la voz lo suficiente como para que los de las mesas de alrededor nos miren.

—No es mi intención.

—Entonces, llévate la pulsera. Si dentro de unos días sigues queriendo dejarlo, me la devuelves y ya está.

—No cambiará nada.

—Por favor, Marta. Hazlo por mí... —dice rogándome patéticamente.

Debería decirle que devuelva la maldita pulsera o que la guarde para la siguiente afortunada, pero los demás comensales siguen mirándonos y quiero acabar con esto de una vez por todas, así que me levanto y me guardo la cajita en el bolso.

—Te llamaré para devolvértela. Espero que te vaya bien.

Me marchó del restaurante entre cuchicheos de desaprobación, incluso oigo a una mujer decirle a su marido: «Seguro que la muy zorra se la queda». Llego a casa pasadas las once y veo en la tele un programa de niños cantantes sin ningún atisbo de culpa. Lo cierto es que no recuerdo haberme sentido nunca culpable por nada.

* * *

La inspectora Daniela Gutiérrez, de cincuenta y cuatro años, y desde hace ya casi treinta en la Brigada de Homicidios de la Policía Judicial, nota el olor a barbacoa incluso antes de entrar en el portal de la calle Huertas de Madrid. Su ayudante, el agente Martos, de treinta y cinco, habla con una vecina en bata que parece muy afectada.

—¿Cómo pudo no enterarse, por Dios bendito? —pregunta la señora entre sollozos—. ¡Por poco salimos todos ardiendo!

—Tranquílcese y entre en su casa, señora. Ya está todo controlado. No corren ningún peligro.

El cuerpo de María Luisa Ramírez, de sesenta y ocho años, está calcinado sobre la cama de su habitación. Los miembros del equipo forense se disponen a levantar el cadáver, pero debido a su estado temen que se les parta por la mitad. Los de la Científica marcan y fotografían pruebas por toda la estancia y se centran en la mesilla de noche, sobre la que hay una botella de ginebra deformada por el calor, pedazos de un vaso y restos de un paquete de tabaco, de un mechero y de una caja de somníferos.

—¿Y el cenicero? —pregunta la inspectora después de echar un primer vistazo.

—No hemos visto ninguno.

—Si murió fumando en la cama, tendría que haber un cenicero cerca, digo yo.

Los policías buscan por toda la casa y solo encuentran un cenicero recuerdo de Soria en el que no parece haberse apagado nunca una colilla.

—¿Había alguien esperando a los bomberos?

—Su hija y su yerno, ellos fueron quienes llamaron al 112. Están en la cocina.

—Pregúntale a la vecina si recuerda que la víctima fumase.

A lo largo de su carrera, la inspectora ha hablado con cientos de familiares de víctimas y sabe que el verdadero dolor es muy difícil de fingir y de ocultar. Los hay que sienten que su vida se ha acabado a la vez que la del muerto, los que maldicen y protestan por lo que consideran una injusticia, los que se resignan y afrontan la adversidad como buenamente pueden o saben y los que lo celebran a pesar de lloriquear y lamentarse. La mayoría de estos últimos tienen una motivación económica. Antes de acercarse a hablar con ellos, la inspectora observa a la pareja en silencio durante unos minutos; ella llora en brazos de su marido, terriblemente afectada por el macabro hallazgo, y él consuela a su esposa mirando a su alrededor con ojos inquietos. No se detienen en ningún sitio más allá de tres segundos. El agente Martos entra en el piso y va a hablar con su jefa:

—La vecina dice que el marido de la víctima murió hace unos años de cáncer de pulmón y que no le suena que ella fumase.

—Déjame adivinar... ¿Solo hay una heredera?

—Correcto.

—Hija de puta —murmura la inspectora acercándose al matrimonio—. Buenos días, soy la inspectora Gutiérrez, de Homicidios.

—¿Homicidios? —pregunta el yerno disimulando su nerviosismo—. Ha sido un accidente, ¿no?

—Es bastante improbable que una mujer que no fuma muera calcinada por dormirse con una colilla encendida entre sus dedos, me parece a mí.

La aterrorizada mirada que cruzan la huérfana y su marido al descubrir que su crimen dista mucho de ser perfecto confirma a la inspectora que ambos han fingido un accidente doméstico para acabar con la vida de la madre de ella y heredar el piso y los cerca de ochenta mil euros de una cuenta de ahorros. No tardará más que unas horas en arrancarles una confesión. Al parecer, agobiados por las deudas y por la falta de empleo y de escrúpulos, decidieron que María Luisa ya había vivido suficiente y que le hacían un favor enviándola con su marido.

De vuelta a la comisaría pasa por casa para recoger un par de trajes que tiene que llevar al tinte y ve aparcada una moto en la entrada del garaje.

—¿Sergio?

Se oye un «¡Mierda!» en el interior de la casa, golpes y voces apagadas. La inspectora se asoma al pasillo y Sergio, de veintidós años, sale de su habitación despeinado y poniéndose una camiseta.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—¿Por qué no estás en clase?

—Hoy teníamos prácticas.

—No me hagas preguntarte de qué, Sergio. ¿Es otra vez esa tal Nuria? — Daniela clava la mirada en la puerta cerrada a su espalda.

—Sí, ¿qué pasa? —responde el chico a la defensiva.

—Que vende marihuana. Si quieres, te traigo su ficha para que la veas.

—¿Por qué no os dedicáis a perseguir delincuentes de verdad? A nadie le hace daño un poquito de hierba.

—La quiero fuera de mi casa. Y tú, olvídate de ir mañana a ningún concierto.

—Ya no soy un crío para que me castigues, ¿no crees?

—Mientras vivas en mi casa...

—Corta el rollo, mamá —interrumpe Sergio—. ¿No tienes que ir a detener a nadie? —pregunta desafiante antes de cerrarle la puerta en las narices.

A la inspectora Gutiérrez le gustaría tirar esa puerta abajo de una patada y hacerle ver que se equivoca, que terminará metido en problemas muy serios por culpa de esa chica, pero ¿quién es ella para darle consejos a nadie? Desde la explosión, siempre los ha recibido; Sergio estaba a punto de cumplir un año cuando Javier y David, su padre y su hermano mayor, murieron en un atentado terrorista mientras compraban en el supermercado de un centro comercial.

Después de la tragedia y de enterrar a su marido y a su hijo, Daniela peleó con unos y con otros para que le permitieran trasladarse a algún grupo antiterrorista, pero su estado psicológico y su condición de víctima lo desaconsejaban. Empezó a beber más de la cuenta y a desatender a Sergio, al que enseguida entregó a sus abuelos sin oponer ninguna resistencia. A los ocho meses del atentado, de puertas afuera, la inspectora Gutiérrez ya se había

recuperado y podía volver al trabajo, pero en su interior Daniela Gutiérrez solo deseaba venganza.

Tras muchos años de autodestrucción, cuando dejó atrás la etapa de oscuridad que marcaría su destino y el de su hijo Sergio y empezaba a recuperar las riendas de su vida, se interesó por un hombre. Nunca le había faltado sexo, siempre supo dónde buscarlo cuando la necesidad era apremiante, pero él era diferente. Daniela acababa de cumplir cuarenta y nueve años, diecinueve más que el entonces aspirante a subinspector Guillermo Jerez. Era atractivo y musculoso, con los ojos negros y unas manos grandes y fuertes, pero lo que de verdad la excitaba era cómo la desnudaba con la mirada. Coincidían a menudo en la galería de tiro y el chico se limitaba a saludarla con la cabeza, a observarla durante la media hora de prácticas y a despedirla de igual manera. Gracias a una chapa que recordaba la obligación de ponerse cascos y gafas antes de disparar y que hacía de improvisado retrovisor, Daniela pudo desnudarle y desearle de igual manera. Cierta día, al pasar por su lado después de vaciar dos cargadores, al fin se dirigió a ella:

—Enhorabuena por su detención de esta semana, inspectora Gutiérrez. ¿De verdad persiguió a ese tipo a caballo? —preguntó divertido el aspirante a subinspector.

—No había nada más donde subirse y yo llevaba tacones.

—Y seguro que nadie le ha invitado a una copa por esa proeza...

—¿Te gustan maduritas, hijo?

—Me gusta usted.

Aún hoy Daniela no sabe por qué aceptó aquella copa, pero estaba tan segura de lo que necesitaba hacer que, ya en el coche, con Guillermo Jerez en el asiento del copiloto más asustado que excitado, llamó para reservar una habitación en un hotel de carretera. Fueron seis meses completos de desahogo, después la cosa se fue apaciguando, pero siguen quedando tres veces por semana. Salen un par de días a cenar o a tomar una copa, y el tercero, cuando los compañeros de piso de Guillermo están en casa, suelen ir al hotel de Las Letras, en la Gran Vía madrileña.

—¿No te cansas de esto? —pregunta Daniela acariciándole el pecho después de hacer el amor.

—Así seguimos llevándonos bien después de cinco años. Es lo que dijiste tú hace poco, ¿no?

—¿No estás de acuerdo?

—Sí, claro. Me voy a ir duchando.

El ya inspector Jerez se levanta y entra en el baño. A ella le gustaría que todo fuese distinto, que pudieran comprarse un piso y vivir juntos y felices para siempre, pero aparte de que en el nuevo vecindario todos los tomarían por madre e hijo, Sergio jamás lo aceptaría. Hasta ahora ni siquiera se le había pasado por la cabeza presentárselo, pero empieza a pensar que tal vez haya llegado el momento, ya tiene poco que perder. Puede que la corta diferencia de edad que hay entre ellos juegue a su favor. O puede que no.

* * *

Por primera vez en lo que llevamos de semana, hoy no me he mareado. Desayuno leyendo en la página web de *El Nuevo Diario* los numerosos comentarios sobre mi entrevista al Dos Napias cuando recibo una inquietante llamada telefónica. Aunque la enfermera celosa que me atendió ayer trata de restarle importancia, me da mala espina que el doctor Oliver quiera volver a verme esta misma mañana. Nada más entrar en su despacho noto que algo no va bien. Me ofrece asiento con gesto serio para darme la peor noticia que puede recibir un ser humano.

—Lo lamento, señorita Aguilera —me dice apesadumbrado—. Hemos llegado tarde y el tumor ocupa buena parte del lóbulo frontal de su cerebro. Si sigue evolucionando como hasta ahora, dos meses es el tiempo que hemos estimado.

—Es una broma, ¿no?

—Siento ser tan directo, pero si viviera más allá de esas siete u ocho semanas, seguramente no sería en buenas condiciones.

Desde niña mi madre me dijo que debía ser fuerte, que nunca permitiera que me vieran llorar porque la gente se aprovecharía de mi debilidad para someterme. Ahora sé que eso es mentira, que se puede llorar delante de muchas personas, aunque lo cierto es que yo no recuerdo haberlo hecho nunca. Más que débil, me haría sentir ridícula. Pero ahora no lo puedo evitar y me derrumbo. Llora como una magdalena frente a un perfecto desconocido.

—Tenga, desahóguese, sin prisa —dice el médico mientras pone frente a mí una caja de pañuelos de papel.

Al pobre hombre le resulta más incómodo tener a una mujer gimoteando en su despacho que decirle que dentro de sesenta días ya no estará en este mundo. Al final va a resultar que sí siento empatía por alguien: por mí misma. Después de un par de minutos de lamentos, en los que solo logro balbucear lo injusto que es, intento asimilar lo que el doctor Oliver me acaba de decir.

—¿Por qué no me duele?

El médico se levanta y señala las radiografías de una cabeza fileteada que hay colocadas delante de un negatoscopio.

—Sorprendentemente, aunque el tumor ya está muy extendido, aún no ha afectado a zonas que le produzcan molestias más allá de esos mareos y esas náuseas. De momento, está teniendo suerte.

¿Suerte? Esa no parece una palabra muy ajustada al peor momento de mi vida. El doctor señala con un puntero diferentes zonas de mi cerebro que muy pronto serán absorbidas por el tumor mientras añade datos analíticos que no llego a comprender. No creo que se alegre de que me vaya a morir, pero sí de encontrarse en su consulta con un caso entre un millón. Según él mismo reconoce, un glioblastoma multiforme de grado IV en estado avanzado que permite seguir haciendo vida casi normal no es demasiado común. A pesar de eso, me parece buena persona, no creo que sea de los que meten el miedo en el cuerpo para después decir que puede operar y que como mucho se me quedará un ojo un poco descolgado.

—Y no se puede operar, supongo.

—Como le digo, está demasiado desarrollado.

—¿Y quimioterapia o algo de eso?

—Lo ideal sería tratarla con una combinación de radioterapia y quimioterapia, pero por desgracia en su caso particular solo conseguiríamos empeorar notablemente su calidad de vida. Si me permite un consejo a nivel personal, yo en su lugar intentaría disfrutar hasta que deje de hacerlo.

—Entonces, ¿me manda para casa como si nada?

—No, por supuesto que no. Le pondré un tratamiento a base de antiepilépticos y corticosteroides, y nos veremos periódicamente para ir ajustándolo en función de sus necesidades. Pronto sufrirá algo más que náuseas y mareos.

—¿Cuándo?

—Pronto. Al principio pueden ser vómitos y cefaleas, y más adelante afectará a su visión, sentirá entumecimientos, sufrirá crisis convulsivas y

ataques epilépticos... Y psicológicamente podría alterar su conciencia y provocar cambios de personalidad.

—¿Qué entiende usted por cambios de personalidad?

—Variaciones en su conducta. Algunos pacientes en su situación han presentado brotes psicóticos caracterizados por episodios de extrema violencia y sufren alteraciones en su, digamos, comportamiento social.

—¿Me está diciendo que voy a volverme loca?

—No, solo le digo que su cerebro podría jugarle malas pasadas.

Al ver que me hundo poco a poco en la silla, el doctor Oliver parece arrepentirse de haber sido tan crudo y me muestra una incómoda cercanía tocándome la mano.

—Ponga en orden sus asuntos, hable con su familia y aproveche el tiempo que le queda, señorita Aguilera.

—No tengo asuntos pendientes. Y tampoco familia cercana.

—Debería buscar apoyo psicológico. Tengo por aquí la tarjeta de una psicóloga que trabaja con nosotros. Le vendrá bien visitarla.

El médico me entrega la tarjeta de la psicóloga y varias recetas mientras me habla del tratamiento que debo seguir para pasar estas semanas en las mejores condiciones posibles, pero yo ya he dejado de escucharle. ¿Qué narices se puede hacer en dos meses? Eso no es nada, un maldito suspiro. Mi último propósito era perder cuatro kilos y mi nutricionista me había puesto un régimen que duraba tres meses. Hasta para eso me faltará uno. Enseguida pienso en mi muerte y me aterra imaginar que pueda ser una degeneración progresiva que me tenga durante semanas paralizada, ciega y encadenada a unos enormes pañales. Será un suicidio, lo tengo claro desde este primer segundo, pero no sé si tirándome desde una azotea o devorada por leones en África mientras los turistas lo graban con sus teléfonos móviles. Eso, al menos, tendría millones de visitas en YouTube.

Al pasar frente al escaparate de una ferretería veo reflejada a mi madre el día en que, cuando yo acababa de cumplir diecisiete años, se vio obligada a alejarme del pueblo para enviarme a estudiar a Madrid. Saco un *kleenex* de mi bolso Michael Kors y me limpio los restos de rímel que han quedado esparcidos alrededor de mis ojos. Deambulo por el Retiro y me siento en un banco a intentar ordenar mis ideas. Hasta moribunda y con la cara desenchajada —o quizá sea precisamente por eso—, hay hombres que pretenden llevarme a

la cama nada más cruzarse conmigo. Uno de ellos me mira con curiosidad a través de los radios de la rueda de su bicicleta. No sé si realmente está desinflada o solo es una estrategia como otra cualquiera para abordar a alguna de las decenas de madres que pueblan el parque a estas horas.

—Perdona, ¿te encuentras bien?

Le miro con ganas de decirle que no, que no me encuentro bien, que mi incapacidad para sentir algo por los demás me va a llevar a pasar mis dos últimos meses de vida completamente sola y que él, sea quien sea, no va a poder hacer nada para mitigar el profundo desamparo que siento.

—Por muy grave que te parezca ahora, tiene solución —insiste sentándose a mi lado—. Déjame adivinar... ¿Tu marido te ha puesto los cuernos?

—Mira —procuro ser educada pero firme—, ahora mismo no estoy para nada, así que o te cambias tú de banco o lo hago yo.

—Frígida —masculla mientras se aleja en busca de otra presa.

Por un momento me inunda una ira que no conocía en mí y estoy a punto de tirarme a por él. Quiero insultarle, golpearle, clavarle un tacón en ese paquete que marca en el maillot como seña de identidad..., pero consigo controlarme. Tal vez esto sea lo que el doctor Oliver denomina «brote psicótico».

Ocupo las dos siguientes horas pensando en mi vida, en mi trabajo, en mis amigos... y en mi padre, Juan Aguilera. Nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo tenía cinco años y desde entonces prácticamente no he sabido nada de él. Una vez, cuando cumplí los quince, oí que vivía en Málaga y estuve a punto de escaparme de casa para ir a buscarle, pero comprendí que, si él no tenía interés por su hija, lo mejor que podía hacer yo era devolverle la misma indiferencia. A lo largo de los últimos veinte años solo he estado un par de veces tentada de buscarle en Google, pero nunca pasé de escribir su nombre de pila. Según decían en el pueblo, se fugó con la mujer del panadero y este se suicidó poco tiempo después. Mi madre nunca superó aquella humillación y murió hace cuatro años sin haber vuelto a encontrar a nadie. Probablemente ni mi padre ni la panadera vivan ya en Málaga, probablemente ni vivan. A lo mejor él murió hace tiempo de un tumor cerebral y esta es la única herencia que me ha dejado.

Al cabo de un buen rato solo he decidido que nadie conocerá mi secreto del tamaño de una nuez espachurrada, no al menos hasta que sea inevitable. No diré nada ni en el periódico ni a ninguno de mis amigos. Por suerte, no tendré

que ocultárselo a Jaime porque anoche rompí con él. Recuerdo que una vez me contó que una exnovia con la que se iba a casar se mató haciendo paracaidismo. A la vista está que ese chico no tiene suerte con las mujeres. O simplemente es que es gafe.

Descubro que hasta en un momento como este el dinero es una de las cosas más importantes en la vida y ocupo media hora más haciendo números. Salvo por algunos caprichos en bolsos, zapatos y ropa, nunca he sido excesivamente derrochadora, así que entre cuentas, acciones y bonos estoy segura de poder sacar unos cuarenta mil euros. Y a eso debo añadirle mi piso de tres habitaciones totalmente pagado gracias a la venta de la casa del pueblo que me dejó mi madre. Creo que en total reuniría casi medio millón de euros, que, quitándole los gastos y divididos entre los sesenta días que se supone que me quedan de vida, hacen más de seis mil euros diarios. Se puede decir que soy rica.

Cuando por fin me levanto del banco noto las piernas entumecidas. Consulto mi iPhone y veo cuatro llamadas perdidas del periódico, un par de ellas de compañías telefónicas, otra del gimnasio invitándome a participar en una carrera solidaria y varios mensajes de mis amigas proponiéndome cenar esta noche en el Ten con Ten. Contesto con un simple «Ok» y le devuelvo las llamadas a Serafín Rubio.

—¿Otra vez de escaqueo, bonita? Llevo llamándote toda la puta mañana.

—Tenía médico.

—Al médico se va a las ocho de la mañana y se está de vuelta a las ocho y cuarto, joder. La Policía ha estado aquí, quieren saber algo más sobre el traficante de armas al que entrevistaste ayer.

—Diles que nosotros protegemos nuestras fuentes, Serafín. Además, si digo algo, vendrán a por mí. Ahora tengo que dejarte, perdona.

Cuelgo a pesar de que le escucho amenazarme con un despido fulminante y me paso por la farmacia para hacerme con mi cargamento de medicinas de moribunda. Al llegar a casa me miro en el espejo intentando descubrir algún cambio y solo encuentro la cara de susto, todo lo demás sigue igual; mi pelo sigue igual de moreno y de liso, mis ojos siguen igual de vivos y oscuros, mi nariz sigue siendo pequeña y respingona y mi dentadura sigue siendo perfecta. Guapa por fuera pero podrida por dentro. Me siento en la cama y me da por pensar en que mi situación, si nos olvidásemos de que terminará conmigo dentro de una urna convertida en ceniza, es privilegiada. Me da una extraña libertad de la que muy pocas personas pueden disfrutar a lo largo de su vida;

haga lo que haga durante las próximas ocho semanas, no tendrá absolutamente ninguna consecuencia para mí.

* * *

Alberto Abad sabe que si su mujer le llama al trabajo tiene que ser importante. Ya le dijo que hoy estaría todo el día metido en la reunión de ventas semestral y ella no es de las que molestan por capricho. La fábrica de envases en la que trabaja desde hace dos años no pasa por su mejor momento y Alberto prefiere pasar desapercibido para no ser de los primeros en caer cuando lleguen los nuevos ajustes. Piensa en mandarle un mensaje diciéndole que está liado, pero no cree que sea el mejor momento para ponerse a escribir con el móvil. Cuando nota que el teléfono vibra en su bolsillo por tercera vez, se disculpa y sale a contestar.

—¿Qué pasa?

—¡Es Lucía, Alberto! —grita aterrorizada la mujer—. ¡La niña no aparece!

—¿Cómo que no aparece?

—Estaba jugando en la calle y ya no la veo —se desespera—. Y al kiosco tampoco ha ido. No la ha visto nadie.

—¿Has llamado a la Policía?

—Todavía no.

—¡Joder!

Alberto Abad conduce saltándose semáforos mientras llama a la Policía y a sus hermanos para avisar de la desaparición. Cuando llega a casa ya hay esperándole dos guardias municipales. Su mujer, en pleno ataque de nervios, es consolada por una vecina. Uno de los policías le sale al paso.

—¿Es usted el padre de Lucía Abad?

—¿Dónde está mi hija?

—Aún no sabemos nada. Ya hemos dado la alarma.

—Lo siento, Alberto. Te juro que la perdí de vista un minuto —su mujer llora desconsolada—, cuando me di la vuelta ya no estaba.

—¿Has preguntado en casa de tu hermana?

—Allí tampoco la han visto.

A Alberto Abad se le cae el mundo encima. Empiezan a llegar familiares, amigos, vecinos y más policías. A continuación, periodistas, abogados que se

erigirán como portavoces de la familia y políticos locales intentando arañar votos.

* * *

Me he quedado dormida sobre la cama y me despierta el sonido de mi teléfono. Por un momento me olvido de dónde estoy y de lo que me pasa, pero enseguida reaparece la presión en mi cabeza. Antes de contestar, miro por la ventana y me doy cuenta de que empieza a anochecer. Es Álvaro, mi excompañero de clase.

—¿No vienes a lo de la niña?

—¿Qué niña?

—Ha desaparecido una niña de siete años en Alcorcón. Vamos todos.

—Yo hoy libro.

—¿Sigues encontrándote mal?

—No, los mareos son porque tengo bajo el hierro. Me han dado unas pastillas que acabarán con mis problemas de aquí a un par de meses, poco más o menos.

—Come más lentejas, Martita.

—Eso tendré que hacer, sí. Hablamos mañana y me cuentas, ¿vale?

—Cuídate.

Cuando cuelgo, intento centrarme y decidir qué voy a hacer en los cincuenta y nueve días de vida que me quedarán a partir de mañana. Cometo el error de buscar en Internet a qué se dedica la gente cuando sabe que va a morir y me doy cuenta de que a mí no me vale ninguno de sus consejos: ni tengo familia en la que apoyarme, ni creo en Dios para ponerme en sus manos, ni quiero comprometer a mis amigos para que sufran a mi lado en mis últimos días. Por muy duro que suene, debo hacerme a la idea de que los pasaré sola. Debe de ser que todavía estoy en *shock*, pero no me sale montar un drama. Así es la vida y lo único que puedo hacer es resignarme y, como me dijo el doctor Oliver, disfrutar todo lo que pueda hasta el final.

Después compruebo en el ordenador que los números que he hecho en el parque son correctos; entre acciones, bonos y una cuenta de ahorro tengo treinta mil euros, y en dos cuentas corrientes otros ocho mil. Busco en varias páginas el valor de mi piso y me llevo la agradable sorpresa de que algunos vecinos están pidiendo seiscientos mil euros. Somos de los pocos

compradores que nos hemos beneficiado con el ladrillo gracias a la construcción de un campo de golf que rodea prácticamente toda la urbanización. Llamo por teléfono a mi amigo Germán, recientemente divorciado y padre de cuatro hijos. Germán es consultor inmobiliario y lo que sea para poder pagar las pensiones todos los meses. Buena gente pero, obligado por las circunstancias, bastante chanchullero. Quedamos a tomar una cerveza en la cafetería de la Casa Club del campo de golf.

—¿Por qué quieres hacer esa gilipollez? —me pregunta extrañado—. Si te esperas un par de meses, te saco seiscientos. El del portal de al lado lo ha vendido por eso el mes pasado.

—Me vale con cuatrocientos mil euros si encuentras un comprador que ponga el dinero esta misma semana. Tiene que ser antes del viernes. Lo que saques de más para ti, ¿cómo lo ves?

—¿Has matado a alguien y piensas fugarte o qué?

—No. —Sonrío—. No necesito tanta casa.

—Y por eso la vendes a toda hostia, ¿no? —dice con incredulidad.

—Me quiero olvidar de todo, tío. Estoy hasta las narices de mi vida y me voy a ir de viaje un año entero.

—Con dos ovarios. Hazlo, tú que puedes.

De camino al restaurante en el que he quedado con mis amigas paso por delante de una tienda de novias y se me hace, apostaría que literalmente, un nudo en el estómago. Como si la realidad quisiera darme un puñetazo, me viene a la cabeza alguna de las cosas que mi inoportuno tumor me impedirá hacer: no podré casarme de blanco en la iglesia de mi pueblo, como le prometí a mi madre en su lecho de muerte. Sinceramente, no era uno de mis objetivos vitales, pero me enfurece saber que voy a faltar a mi palabra por causas ajenas a mi voluntad. También pienso que ojalá aquel test de embarazo hubiera dado positivo, no solo porque supondría que no me estoy muriendo, sino porque de repente he oído la llamada de la maternidad. Pero no, no seré madre y en mí acabará la historia de mi familia. Sonrío más calmada al darme cuenta de que tampoco podré correr una maratón. Hace unos años se me metió en la cabeza que quería hacerlo y me apunté al gimnasio para ponerme en forma. A las dos semanas ya me había olvidado de correr para centrarme en las clases de boxeo. Ya sé que no es algo muy femenino, pero me sirve para relajarme, además de que me ha dado una buena base para defenderme de un posible

ataque. Hace no mucho, un borracho intentó propasarse conmigo y tumbarle me hizo sentir más poderosa que nunca.

Llego al Ten con Ten, en la calle Ayala, veinte minutos antes que mis amigas. Mientras espero tomándome una copa de vino blanco y tratando de olvidarme de bodas y de hijos, me fijo en un guapo camarero mulato. La camisa de su uniforme amenaza con rasgarse por la espalda debido a la tirantez y aguardo con curiosidad a que se dé la vuelta; esas arrugas solo las pueden provocar unos poderosos pectorales o una decepcionante barriga cervecera. Por suerte, se trata de lo primero. Al ver que le observo, me sonrío como solo un caribeño sabe sonreír y yo le correspondo. Decido que redactaré una lista con las cosas que sí podré hacer en las próximas ocho semanas y en primer lugar pondré «Acostarme con un camarero mulato». En último lugar pondré «Suicidio». No pienso quedarme como un vegetal mientras me fríen a pruebas, antes de eso me quitaré de en medio con dignidad. Tendré que buscar en Internet algún veneno efectivo para estar preparada cuando llegue el momento, no creo ser capaz de suicidarme de ninguna otra manera. También, ¿por qué no?, pienso acostarme con una mujer. Nunca lo he deseado con fervor, pero siempre he tenido la curiosidad, sobre todo cuando bebo más de la cuenta. Estoy convencida de que a varias de mis amigas —alguna de ellas bastante más curtida en estas lides— no les importaría hacerme el favor, pero seguro que nos partiríamos de la risa al menor roce. Aunque la prostitución siempre me ha causado un profundo rechazo, creo que pensaré como un tío y recurriré a ella para tachar eso de mi lista.

Las voces de Susana y de Silvia y las risas avergonzadas de Carol y de Lorena me sacan de mi ensimismamiento. Parece ser que Susana, una exitosa y guapa directora comercial de un grupo editorial, se ha negado a pagarle la carrera al taxista porque el hombre ha dado demasiadas vueltas para encontrar el local. Ha tenido que ser Silvia, la arquitecta, quien ha corrido con el gasto. Carol y Lorena, abogada y secretaria de dirección, respectivamente, se limitan a aguantar el tipo mientras Susana y Silvia discuten como dos arrabaleras.

—Chicas, por favor. Un poco de calma. Van a terminar echándonos del local —digo yo intentando serenarlas.

—Es que me parece increíble que ganando la pasta que gana sea tan rata —dice Silvia con desprecio.

—¿Tú qué sabrás lo que yo gano, lista? —contesta Susana a la defensiva —. Y sobre todo, ¿tienes idea de cuánto gasto?

—Pues deja de comprarte modelitos de Carolina Herrera y bolsos de Prada o pásate a viajar en metro.

—Joder, ¿habéis visto al camarero mulato? —pregunta Carol impresionada.

Solo la presencia de un tío bueno es capaz de poner fin a una discusión entre los dos gallitos de mi grupo de amigas. De las cuatro, solo Lorena y Silvia están casadas y tienen hijos —la secretaria dos niñas de cuatro y nueve años y la arquitecta un niño de ocho—. Susana y Carol aseguran que no piensan tenerlos ni regalados y yo ya no puedo ni planteármelo.

—En unos días me marcho a trabajar a Estados Unidos, a un periódico hispano de Nueva York.

Las cuatro me miran con una mezcla de sorpresa y envidia.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Lorena al fin.

—Ya sabes que yo no suelo bromear, y menos con mi trabajo. Me ha surgido la oportunidad y ya he firmado.

Mis amigas se alegran y vuelven a montar un escándalo de gritos, risas y felicitaciones. Le estamos dando la noche a la pareja de la mesa de al lado.

—Deberíamos celebrarlo hoy mismo.

Susana se queja porque mañana tiene una importante reunión, Lorena porque tiene que llevar a las niñas al cole, Carol porque tiene que estar en los juzgados a las ocho y Silvia porque ha quedado con su suegra a las nueve para comprar un sofá, pero no me cuesta demasiado convencerlas.

—Es mi despedida, chicas. Puede que no me volváis a ver en mucho tiempo.

Mis amigas no llegan a comprender el alcance de mis palabras, pero el tono con el que las digo resulta suficientemente convincente. Cuando no son ni las dos de la mañana, ya llevamos una borrachera importante y nuestro reservado en el Fortuny está lleno de gente a la que no conozco de nada. Después de pagar un recibo de doscientos cincuenta euros, se acerca a mí un guaperas de gimnasio y dentadura brillantada con pulidora.

—Perdona, el ron se ha acabado. Y güisqui tampoco queda mucho.

A mí me hace gracia la caradura de la gente y compro tres botellas más, incluyendo una de ginebra porque es lo que bebe el chico al que le ha echado el ojo Susana. A las cuatro de la mañana la fiesta empieza a decaer.

—Chicas, ha sido un placer, pero yo me voy ya a casa. Mañana no va a haber quién me levante —dice Silvia.

—Nosotras también nos vamos —Carol se apunta—. ¿Tú qué haces, Marta?

—Me quedo un rato, tranquilas.

Mis amigas me dan las gracias por la juerga y me hacen prometer que volveremos a quedar antes de mi traslado a Estados Unidos, sin imaginarse que probablemente sea la última vez que me vean con vida. Solo Lorena vuelve sobre sus pasos.

—¿Te encuentras bien, Marta?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—No lo sé, te veo rara.

—Estoy pedo, nada más. Márchate tranquila.

—Quedamos antes de que te vayas a Nueva York, ¿eh?

—Descuida, me pasaré a darles un beso a las niñas.

Lorena me da un abrazo y me deja más sola que nunca. Veinte minutos después estoy en un taxi y, tras dudarlo y pensármelo mucho —hasta que recuerdo que ya nada tendrá consecuencias para mí—, hago lo que nunca en mi vida hubiera imaginado que haría, al menos no por placer.

—Disculpe. —Miro a los ojos del taxista a través del retrovisor—. ¿Conoce usted un buen puticlub?

—¿Cómo dice? —pregunta descolocado.

—Un puticlub. Es imprescindible que sea muy limpio y que las chicas trabajen por voluntad propia.

—¿Para usted? —alucina cada vez más.

—Sí. ¿Tan raro es?

—Un poquito, la verdad. Yo llevo treinta años trabajando en el taxi y nunca he llevado a ninguna mujer a un puticlub si no es para trabajar.

—Soy periodista y quiero escribir un artículo.

—Ah... —Eso le cuadra más—. Lo malo es que no sé si la van a dejar entrar.

—Probemos.

Espero sentada en el sillón negro de un reservado decorado con varios cuadros con escenas del Kamasutra y una cortina de terciopelo granate tapando la puerta. Al otro lado suena amortiguada una canción de Shakira,

como si estuviéramos en una discoteca normal. Una de las ventajas de tener un tumor cerebral es que ya no tengo que preocuparme por el cáncer de pulmón y he decidido volver a fumar. Me enciendo el tercer cigarrillo mientras sigo esperando, ya llevo aquí quince minutos y empiezo a impacientarme. Al llegar a la puerta del club, el portero se ha quedado descolocado y ha intentado impedirme el paso. Le he dicho que soy una clienta igual que cualquiera de los hombres borrachos y enfarlopados que pasaban por mi lado y solo se le ha ocurrido encerrarme aquí. Al fin se abre la puerta y entra un hombre guapo y trajeado. Lástima que esta noche busque otra cosa.

—Buenas noches, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Una copa no estaría mal. Tengo la boca seca.

—¿Sabe a qué nos dedicamos en este lugar? —pregunta con cautela.

—No hay que ser muy lista.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Compañía femenina. ¿Hay algún problema?

—El caso es que sí. ¿Cómo sé que no es usted la mujer de alguno de nuestros clientes y quiere montar un espectáculo al encontrarle en la sala?

—Yo no soy la mujer de nadie y no vengo a montar ningún espectáculo, se lo aseguro. Solo quiero tomarme una copa con una de sus chicas.

El encargado me mira de arriba abajo cargado de dudas. Si supiera poner cara de lesbiana, lo haría en este momento. Finalmente se rinde.

—Está bien, pero por su propia seguridad no puedo dejarla entrar en la sala. Dígame qué tipo de chica busca y yo se la proporcionaré.

—Necesito saber si tengo *feeling* con ella —protesto.

—Es todo cuanto puedo hacer por usted.

La habitación parece la de un hotel normal. Me fumo el sexto cigarrillo y me tomo la segunda copa mientras espero a mi cita. No sé si estoy nerviosa o solo arrepentida de hacer esta estupidez; de tanto esperar y dar explicaciones se me ha pasado el calentón. Al cabo de unos minutos llaman a la puerta y voy a abrir. La verdad es que el encargado ha cumplido escrupulosamente con mi petición: Rocío, que así dice llamarse, es una preciosa cordobesa de veinticinco años con cuerpo de modelo, ojos enormes y una frondosa y ondulada melena negra. Pero lo curioso es que es tan perfecta que no me atrae lo más mínimo. Trata de besarme y yo aparto la boca.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto? —pregunta desconcertada.

—Me pareces guapísima, pero creo que me he precipitado. ¿Qué te parece si solo nos tomamos una copa?

—Como quieras, pero aun así me tienes que pagar.

—No hay problema.

Rocío se quita los zapatos aliviada y pide dos copas por el teléfono de la mesilla de noche.

—¿Cómo es que te ha dado por venir a un club? No tienes pinta de hacer este tipo de cosas —me dice cuando ya nos hemos relajado y charlamos y fumamos tumbadas en la cama.

—Lo acabo de dejar con mi novio y quería hacer una locura.

—Lo raro es que no te lo hayas encontrado aquí. Este sitio vive de las despedidas de soltero y de los recién separados.

—¿Suelen venir muchas chicas solas?

—Casi nunca. Parejas algo más, pero tampoco te creas...

Hablamos durante un par de horas de todo menos de sexo. Venía a tener mi primera aventura con una mujer y he terminado dándole consejos a Rocío sobre la vida, sobre los hombres y sobre dónde invertir el dinero que gane aquí. Es una lástima que haya empezado a madurar justo cuando me voy a morir.

* * *

La búsqueda de «la pequeña Lucía» —como ya había sido bautizada por la prensa— empezó en el barrio y fue ampliándose a las localidades cercanas. Alberto Abad, el angustiado padre, recorre con un grupo de voluntarios los alrededores de un campo de fútbol cuando llega el aviso: una pareja de deportistas ha encontrado el cuerpo de una niña en un pinar cerca de la nacional II, a muchos kilómetros de allí.

La inspectora Daniela Gutiérrez se abre paso entre la nube de periodistas y curiosos que han tomado el lugar.

—¿Quién la ha encontrado?

—Aquellos chicos de allí.

El agente que la deja entrar en la zona acordonada señala con la cabeza a una pareja joven vestida con ropa de deporte que está siendo atendida junto a

una ambulancia. Ella llora y él la abraza consolándola.

—Que no se marchen, quiero hablar con ellos. Y que todavía no hagan declaraciones a la prensa.

El policía asiente y va a cumplir órdenes. La inspectora Gutiérrez atraviesa el pinar hasta llegar a un pequeño pozo rodeado por agentes de la Científica y por el equipo forense. Ralentiza todo lo que puede el paso, sabiendo que lo que se va a encontrar le va a revolver el estómago. En el suelo, junto a varias marcas de pruebas, está el cuerpo sin vida de una niña de siete años cubierto por una manta térmica. Un golpe de aire deja su cara al descubierto y se la ve pálida, parece dormida, pero los moratones del cuello revelan que no duerme. Se acerca al inspector de la Científica, un hombrecillo pequeño y con un persistente e incómodo tic en un ojo.

—¿Es Lucía Abad?

—Eso parece. La violaron y la estrangularon. Huele a desinfectante, así que probablemente no habrá huellas ni ADN. —El inspector señala con la cabeza junto al pozo—. Ahí hay pisadas.

Las huellas encontradas junto al pozo pertenecen a unas Converse All Star del número cuarenta y tres, demasiado comunes como para comprometer a nadie. Hay un par de ellas limpias que enseguida se mezclan con las de la pareja de corredores. Ellos, con un trauma que ya jamás superarán, declaran que se pararon a estirar junto al pozo y vieron a la niña, nada más. Avisaron a la Policía y no se han vuelto a acercar. La inspectora llama a comisaría para que empiecen a buscar pederastas fichados que vivan cerca de la casa de la niña asesinada y recorre los alrededores con varios agentes. Pide órdenes judiciales para conseguir grabaciones de tiendas y de cajeros automáticos tanto del lugar del secuestro como del pinar donde han arrojado a Lucía.

Nada más entrar en la comisaría, uno de sus ayudantes le sale al paso.

—Los de la Científica han confirmado que la niña fue violada, estrangulada y posteriormente lavada con un antiséptico muy potente que seguramente se haya llevado por delante todas las posibles muestras de ADN.

—¿Habéis hablado con los pederastas fichados?

—Hay cinco en un radio de cuatro kilómetros del lugar de la desaparición. Los tienen controlados desde ayer, cuando se dio el aviso.

—Hay que comprobar sus coartadas. ¿Grabaciones?

—Estamos en ello.

El comisario abre la puerta de su despacho y llama a la inspectora con un gesto. En la televisión hacen una conexión en directo con el barrio donde desapareció la niña. Los padres y tíos de la víctima claman pidiendo justicia.

—Esto va a explotarnos en las narices —dice el comisario señalando la tele con el mando—. Ya me está llamando todo el mundo.

La inspectora presta atención a la pantalla. La madre está destrozada y no puede hablar, bajo los efectos de alguna mezcla de sedantes. El padre se mantiene más entero, arropado por familiares y amigos.

—Solo pedimos justicia para nuestra hija. Que la Policía haga bien su trabajo y detenga cuanto antes al asesino de Lucía.

—¡Que lo maten!

Aplausos y gritos de aprobación. El comisario quita el volumen.

—Hay que cerrar esto pronto o se nos echan encima.

—No hay ADN.

—Pues encuentra otra cosa.

El teléfono del comisario empieza a sonar y resopla al ver la pantalla.

—No van a dejar de joderme en todo el día. Ponte a trabajar.

Uno de los agentes de su equipo la espera en el pasillo.

—Puede que tengamos algo.

—¿Ya?

La inspectora le sigue con incredulidad hasta una sala de visionado. En un ordenador se ven las imágenes de una gasolinera distribuidas en cuatro pantallas; en una parte están los surtidores, en otra un plano más general de la gasolinera y en las otras dos la caja y la tienda.

—Esta gasolinera está a menos de un kilómetro de la casa de Lucía Abad. Fíjate bien.

En la grabación se ve a un chico con una gorra vaquera que se baja de un Volkswagen Golf blanco y llena el depósito. Cuando entra en la tienda, coge un helado de fresa y saca la tarjeta de crédito para pagar. La imagen se congela.

—Jonás Bustos, veinticuatro años. Tiene antecedentes por pederastia. Esto es a las cuatro y media —el policía señala los dígitos que aparecen en la pantalla.

—¿A qué hora desapareció la niña?

—A las cinco y veinte.

La inspectora estudia la imagen durante unos segundos, en silencio.

—¿Qué pie calza?

—Según su ficha, un cuarenta y tres.

—Pero no lleva unas All Star.

—Pudo habérselas cambiado. Estos cabrones han aprendido y se ponen uniformes para no dejar huellas.

—Según el informe preliminar, la niña tiene manchas rosas en la lengua. Puede que sean del helado de fresa —apunta una joven agente.

La inspectora Gutiérrez duda. No es una prueba demasiado sólida, pero sí un indicio que arranca más de una corazonada. Sabe que cualquier abogado alegraría que los niños comen golosinas rosas a diario y que había pasado casi una hora desde que su cliente compró el helado hasta que desapareció Lucía, por lo que se hubiera derretido. Si encontrasen en su coche o en su casa una nevera portátil, la cosa cambiaría.

—Vamos a por él.

* * *

Cuando me despierto —más entera de lo que podía esperar—, compruebo que son las cuatro de la tarde y que tengo seis llamadas perdidas, tres de ellas del periódico. Al entrar en el baño me mareo y estoy a punto de abrirme la cabeza con el lavabo, pero consigo sujetarme a tiempo. Debajo del agua de la ducha pienso en mi trabajo. Lo más lógico es que lo deje, ya no necesito ganarme la vida, pero no tengo claro que sepa estar todo el día desocupada. Aun así, decido que hoy hablaré con mi jefe y le diré que me marcho para escribir una novela, la excusa más recurrente y creíble para una periodista. Mientras me seco el pelo con el secador pienso en cómo gastar el dinero y se me ocurren varias tonterías, como alquilarme un Jaguar con un chófer negro y calvo de dos metros, pero enseguida lo descarto; en Madrid se circula más cómodamente en taxi. Además, si lo necesitara, ya tengo coche, un Peugeot 207 con menos de cuatro años al que no le he hecho ni veinte mil kilómetros. También se me ocurre viajar, pero aunque quizá me vaya un par de semanas, al Caribe probablemente, no quiero pasar mis últimos días en un sitio que no es el mío.

—¿Cómo que te despides? ¿Tú te has vuelto gilipollas?

Serafin Rubio, mi redactor jefe, me mira estupefacto desde detrás de sus grandes gafas de pasta. Hay que tragar mucha mierda para conseguir un puesto como el mío y él lo sabe mejor que nadie. No le entra en la cabeza que renuncie porque sí.

—Te ha fichado *El Mundo*, ¿es eso?

—No me ha fichado nadie. Solo necesito tomarme un tiempo. Quiero escribir una novela.

—Otra con la novela de las narices —resopla Rubio—. No necesitas escribir una novela para sentirte realizada. Mírame a mí.

Me cuesta convencerle de que no lo hago para realizarme, que solo es una manera de poner un poco de orden en un año sabático. Me ofrece aumento de sueldo, vacaciones y un despacho. Es una pena no haber sabido antes cuánto me aprecia. Después de media hora de llamarme imbécil, desagradecida y algunas lindezas más, le queda claro que me largo y que él no va a poder hacer nada por impedirlo.

—De acuerdo, te encargas de lo de la niña y te vas. Una semana, no te pido más. No seas tan cabrona de dejarme colgado.

No tenía pensado trabajar una semana más, pero no puedo negarme. Serafin tiene mala fama en la profesión; aparte de su carácter, dicen que se le va la mano con las becarias, pero la verdad es que yo nunca he visto nada raro y conmigo siempre se ha portado con corrección.

—Me ha dicho el becario que ya tienen un sospechoso —digo al fin.

—Ponte con ello cagando leches.

Llego a la comisaría y allí ya están congregados mis futuros excompañeros de batallas. Nunca he comprendido qué esperamos descubrir ahí, pero ahí estamos. Álvaro, mi excompañero de clase, se separa de un grupito —a los que saludo con un gesto de cabeza— y se acerca a mí.

—No te has dado mucha prisa, Martita —me dice con retintín—. Llevamos aquí dos horas largas.

—Estaba con otra cosa... ¿A quién tienen?

—A un tal Jonás Bustos. Un niñato de Las Rozas. Lo han filtrado en la tele.

—Pero ¿se sabe que fue él?

—Todavía no se sabe nada. ¿Con qué otra cosa estabas?

Le miro con suficiencia y él me devuelve una mirada inocente.

—Tía, ya sabes que yo cobro por noticia, como si vendiera barras de pan. Si tienes algo bueno, dame una pista, ¿vale?

—Tengo a un cirujano plástico que podría estar detrás de una red de tráfico de órganos. No hay demasiado, pero estoy segura de que tirando del hilo podrías encontrar algo. Si te interesa, es todo tuyo.

—Si no lo vas a sacar tú es porque hay truco —apunta con desconfianza.

—No hay ningún truco. Yo ahora no tengo tiempo y prefiero que te lo quedes tú a dárselo a cualquier inútil que la cague. ¿Te mando lo que tengo?

—Vale...

Álvaro me mira sin creérselo del todo, notando un cambio en mí que no es capaz de identificar. Uno de los cámaras le llama con un silbido.

—Vamos a ir a picar algo, esto va para largo, ¿te vienes?

—No, me quedo un rato aquí. Ve tú.

Hoy no me apetece irme de cañas y charlar como si no pasara nada; sinceramente, a mí ya me importa bien poco lo que hayan robado los políticos o que se derritan los polos. Yo ya no lo voy a ver, así que, que les den a todos. Le envío a Álvaro la documentación prometida y a las once de la noche ya he recopilado suficiente información como para escribir algo en mi portátil y mandárselo por mail a mi jefe.

De vuelta a casa en el taxi, pasamos cerca de la calle Ayala y le pido al taxista que me deje allí. Espero un buen rato vigilando la entrada del restaurante y veo salir al camarero mulato de anoche. Se despide de sus compañeros en la puerta y se dirige a una pequeña moto que tiene aparcada en la acera de enfrente. Es aún más guapo de lo que recordaba. Me acerco a él mientras está quitándole el candado a su moto.

—Hola —digo.

Me siento ridícula al comprender por su mirada que no tiene ni idea de quién soy.

—Estuve cenando anoche en tu restaurante con unas amigas —aclaro.

—Ah... —Sonríe—. Si vas a quejarte de la comida, yo solo la sirvo.

—No, pasaba por aquí y quería invitarte a una copa. ¿Te apetece?

—Lo siento, tengo que volver corriendo a casa.

—Puedo pagarte. ¿Qué te parecen quinientos euros?

En cuanto lo digo me doy cuenta de lo desesperada que parezco, y me arrepiento. Siempre ha sido a mí a quien le han ofrecido de todo por tomar una copa. Él me mira desconcertado y finalmente sonrío, iluminando toda la calle con su blanca dentadura.

—No es necesario que me pagues —dice al fin—. Me encantará tomar una copa contigo, pero tendrá que ser otro día. La canguro de mi hijo me está esperando.

—¿Estás casado?

—Separado. Nos vemos otro día, ¿ok?

Yo asiento con cara de boba y él arranca su moto y se aleja por la solitaria calle. Le miro hasta que desaparece y aún me quedo allí plantada cinco minutos más, pensando en lo que debo hacer. Estoy cansada después de la juerga de anoche y preferiría meterme en la cama, pero quiero gastarme los seis mil euros correspondientes al segundo día de la cuenta atrás. Nunca pensé que tener que gastar dinero se convertiría en un problema. Tal vez debería de replantearme lo del Jaguar y el chófer negro y calvo.

Paso por los cajeros de varios bancos y saco un total de cinco mil euros, no me quiero precipitar hasta que tenga en la mano el dinero del piso. Hoy no me ha llamado Germán, mi amigo inversor inmobiliario. Al salir del último cajero ya he decidido que voy a buscar a alguien que merezca mi dinero y se lo voy a regalar sin más.

Llego a Gran Vía y escruto con la mirada a todo el que me cruzo, buscando a un digno merecedor. A pesar de ser más de las dos de la mañana hay mucho movimiento. Un grupo de adolescentes borrachos pasan por mi lado y se dan codazos unos a otros. El cabecilla me ofrece follar directamente, provocando las risas de sus amigos, pero yo le ignoro y sigo caminando. Me detengo a observar un buen rato a cada mendigo y a cada china que vende cervezas, pero ninguno de ellos me transmite nada especial; los primeros probablemente se lo gastarían en el alcohol de las chinas y reventarían, y estas se lo darían a la mafia que las explota. Aun así, meto en cada vaso de plástico de los mendigos cincuenta euros y sigo caminando. Los agradecimientos a mi espalda me perturban y me alejo a toda prisa. A las prostitutas es más difícil observarlas porque enseguida se acercan para ofrecerme sus servicios. A ellas no les debe de parecer tan extraño como al taxista y al encargado del puticlub de anoche que una mujer recurra a la prostitución. Prácticamente tengo que huir de ellas perdiéndome por una callejuela.

Está muy mal iluminada y solo veo a dos chicos sudamericanos fumando un porro junto a un portal. El que lleva una gorra de los New York Knicks le da un codazo a su amigo cuando me aproximo. Pienso en cambiarme de acera, pero ya es tarde.

—Hola, guapa. ¿Tienes un cigarro? —Intenta cortarme el paso.

—No.

—¿Y iPhone? ¿Me dejas hacer una llamada?

El de la gorra intenta agarrarme, pero yo le empujo y echo a correr.

—¡Agárrala! —le grita uno al otro.

—¡No corras, niña! ¡No te vamos a hacer nada!

Resbalo y están a punto de cogerme en la esquina, pero vuelvo a zafarme y acelero hasta que consigo despistarlos varias calles más allá. Me apoyo en la reja de una tienda de móviles hiperventilando, agotada por el esfuerzo. Frente a mí hay un contenedor de obra y dentro varios trozos de tubería oxidada. En ese momento vuelvo a ser consciente de mi situación y decido que no voy a huir nunca más, y menos de dos macarras que se creen superiores a mí solo por ser hombres. Desde ahora dejo de ser el sexo débil, no permitiré que nadie vuelva a intimidarme. Tampoco tiene sentido que algo me atemorice cuando la muerte ya me ha señalado con el dedo. La razón se echa a un lado para dejar paso al instinto puro y duro. Hacer lo que me pide el cuerpo no es solo una ventaja, también una necesidad; debo plantarles cara a los malos, no dejar que se sigan yendo de rositas. Además, si me matan me harán un favor y me ahorrarán dos meses de sufrimiento físico y mental.

Me acerco a ellos con el medio metro de tubería escondido detrás de mi espalda. No me ven hasta que estoy a unos veinte pasos.

—¿Qué me habíais pedido? ¿El iPhone?

Los dos se ponen en tensión y se acercan a mí con cautela. La escasa iluminación les impide ver lo que escondo.

—Para hacer una llamada a mi vieja. ¿No te importa?

—No, qué va —respondo tranquila—. Ven a cogerlo.

Los dos macarras se miran y me sonríen con suficiencia. El de la gorra es el primero que se me acerca. Yo aprieto la tubería con todas mis fuerzas y le suelto un latigazo directo a la mandíbula. Noto perfectamente cómo se la rompo y varios dientes salen disparados entre babas y sangre. El otro me golpea en el brazo y pierdo mi rudimentaria arma. Cuando quiero reaccionar, recibo un puñetazo en el estómago que me dobla por la mitad y me hace caer de rodillas.

—¡Te vas a enterar, puta!

Se va a tirar a por mí, pero una sombra se acerca a él por la espalda y le vacía lo que parece un espray en la cara. El tío grita como un cerdo en el matadero.

—¡Vámonos, corre!

La sombra me agarra por el brazo y nos alejamos corriendo del lugar. El de la gorra, que permanece tirada a un par de metros de él, se sujeta la mandíbula ensangrentada y colgante mientras su amigo se frota los ojos desesperadamente. Cuando nos detenemos, al fin me puedo fijar en mi salvador... o más bien salvadora. Se trata de una chica de unos veintitrés o veinticuatro años sorprendentemente guapa, con el pelo rubio, los ojos muy verdes y muchos tiros pegados. Es alta y tiene clase, aunque sus pechos llaman la atención por su enorme tamaño, desentonando en una línea que antes debió de ser perfecta. Me pregunto qué narices la llevaría a operarse y me doy cuenta de que en el oficio que ha elegido sin duda serán un buen reclamo.

—Gracias —digo tras recuperarme de la sorpresa.

—He visto lo que has hecho —me dice a modo de reproche—. Si pretendías morir, lo mejor habría sido tirarte por una ventana.

—Solo quería darles una lección.

—A uno de ellos le has destrozado la cara.

—Y me he sentido como Dios —digo sonriendo.

La chica me mira como si yo estuviera loca, pero finalmente me devuelve una tenue sonrisa.

—Tienes sangre.

—¿Qué?

—En el brazo, tienes sangre.

Me miro el brazo y descubro la herida. No fue un golpe lo que me dio ese tipo, sino un navajazo. La adrenalina ha hecho que no me empiece a doler hasta este mismo momento.

—Deberías desinfectártelo.

—Si voy a un hospital me van a hacer demasiadas preguntas.

—Di que te intentaron atracar. Tienes toda la pinta de víctima.

—Sinceramente, no me apetece mucho pasarme lo que queda de noche entre el hospital y la comisaría. Tú no vivirás cerca, ¿verdad?

La chica me examina de arriba abajo antes de decidirse.

—¿Eres lesbiana o algo así?

—No creo que corras peligro conmigo. Las veces que lo he intentado no han salido bien del todo.

—Mejor, porque a mí las mujeres no suelen gustarme. Acompáñame.

—¿Cómo te llamas?

—Nicoleta.

Nicoleta habla tan bien castellano que tardo bastantes minutos en darme cuenta de que es rumana. Vive en un pequeño estudio a unos minutos andando de la Gran Vía, cerca de Chueca. El apartamento es limpio y recogido y lo tiene decorado con pósteres enmarcados de películas antiguas. Me hace entrar en el minúsculo baño y me sienta en el váter.

—Quítate la ropa.

Me quito la camisa y descubro que el corte es mucho más profundo de lo que me esperaba. Ella lo mira y arruga la nariz.

—Tía, ahí necesitas puntos.

—Haz lo que puedas y te pago cien euros.

—¿Y después te largas y no nos hemos visto?

—Por mí, perfecto.

—Doscientos. Por el numerito de la enfermera. Y por adelantado.

Nicoleta se pone unos guantes desechables y me limpia la herida con cuidado. Me fijo en un cartel de la película *Atrapa a un ladrón* que hay junto a la ducha y me doy cuenta de que es clavada a Grace Kelly.

—¿Te gusta el cine?

—Los cuadros venían con la casa.

—Te pareces mucho —digo señalando con la cabeza a la actriz.

Ella la mira un instante y sonrío con tristeza.

—A algunos clientes les gusta que me vista como ella. Como si mi vida tuviera algo que ver con la de una princesa...

Nicoleta termina de limpiarme la herida y me pone una gasa.

—Esto ya está. Igual aguanta, pero yo que tú iba a un hospital.

—Gracias.

—Con los doscientos euros te sobra media hora. Por si quieres una copa.

Acepto, pero le digo que antes me gustaría darme una ducha. Nicoleta me dice que podía haberme duchado antes y me pone una bolsa de plástico sobre la gasa. Cuando me estoy secando, entra en el baño con el pijama puesto y me da una camisa de Sfera de hace unas cuantas temporadas.

—Toma, no es demasiado bonita, pero creo que es de tu talla. Tu camisa está manchada de sangre.

Yo se lo agradezco, me la pongo y me siento en el sillón a tomarme la copa. Ella se hace un porro de marihuana y un té y se sienta a mi lado. Me cuenta que es de Sibiu —del mismo corazón de Transilvania— y que está ahorrando dinero para volver a casa con su familia.

—¿Tan caros son los billetes de avión? —pregunto sin maldad.

—No lo sabes bien —responde mientras echa una bocanada de humo.

Me pregunta a qué me dedico y yo le digo que soy periodista y que estoy con el asunto de la pequeña Lucía.

—Hay mucho hijo de puta suelto por la vida. Alguien debería cargárselos.

Estoy a gusto, así que pago una hora más a ciento veinte euros —precio de amiga— y ella intenta entretenerme hablándome de Rumanía, del gimnasio al que va todas las mañanas y de clientes enardecidos que quieren que les orine en la boca, hasta que se queda dormida en el sillón. Estoy a punto de dejar los cinco mil euros en el baño antes de marcharme, pero me arrepiento y solo dejo mil. Me ha salvado la vida y se lo merece más que nadie, pero algo me dice que sea cauta. Estoy segura de que volveré a ver a Nicoleta, así que ya le daré el resto.

* * *

La inspectora Gutiérrez lleva más de media hora observando a Jonás Bustos a través del espejo de la sala de interrogatorios, junto a un psicólogo y dos policías más. Es un chico joven, delgado y bien vestido. Tiene el aspecto y la edad que tendría ahora su hijo David si aún siguiera vivo. Está tranquilo, completamente impasible. La inspectora habla al psicólogo sin apartar la mirada del sospechoso.

—Una persona inocente involucrada en el asesinato de una niña de siete años se estaría subiendo por las paredes, ¿no?

—Sería lo más normal, sí. Y no habría pedido abogado antes de dar las buenas noches.

Uno de sus ayudantes entra con una carpeta en la mano y cara de cansancio.

—Nada. Todos los pederastas fichados de aquella zona tienen coartada. Las comprobamos en cuanto desapareció la niña.

La inspectora vuelve la mirada hacia Jonás, empezando a creer que de verdad esta vez han acertado a la primera.

—¿Y la nevera portátil?

—Ni rastro.

—Seguid buscando.

Su teléfono vibra y se separa del grupo para contestar.

—Inspectora Daniela Gutiérrez.

—Buenas noches, le llamamos de la comisaría de Arganzuela. Tenemos aquí otra vez a su hijo Sergio. Le hemos cogido vendiendo marihuana en un concierto.

—Joder... ¿Llevaba mucho?

—Poca cosa. Si quiere le mandamos para casa.

—No, que se quede en el calabozo toda la noche. Mañana por la mañana iré yo a sacarle.

Un agente entra apresurado.

—El abogado ya ha llegado al *parking*.

La inspectora se despide de su interlocutor agradeciendo la llamada, coge una carpeta y entra en la sala de interrogatorios con su ayudante y con otro policía. Jonás Bustos no se inmuta.

—Tu abogado ya está llegando.

Deja la carpeta sobre la mesa y, como ha planeado, asoman de ella las fotografías más explícitas y crudas del cuerpo sin vida de Lucía Abad. Jonás Bustos aparta la mirada instintivamente, muy incómodo. Esa es exactamente la reacción que la policía esperaba ver.

—Perdona —dice recogiendo las fotografías.

—Yo no lo he hecho.

—No tienes que decir nada hasta que llegue tu abogado.

Joaquín Macías es un experto abogado acostumbrado a representar a los peores y más mediáticos delincuentes y, para desgracia del resto de la sociedad, es el mejor en lo suyo. Cuando le llaman para asuntos tan feos como el que le ocupa, le gustaría rechazarlos, pero esto está diseñado así, todos tenemos derecho a la mejor defensa posible. Además, enseguida se acuerda de la casa que se está haciendo en Cádiz, de los suelos de terracota que se ha empeñado en poner su mujer y de la decoración de los tres mil metros cuadrados de jardín, que cuesta casi más que el interior.

—Inspectora Gutiérrez —dice saludando con gravedad—. Lamento que tengamos que vernos en estas circunstancias.

—Más lo lamento yo, créame.

—¿Está todo bien, Jonás? ¿Te falta algo? —se dirige por fin a su cliente tras saludar a los presentes con un gesto de cabeza.

—Solo quiero acabar con esto y volver a casa.

—Si nos dices la verdad, terminaremos enseguida, Jonás —dice la inspectora.

—¿De qué se le acusa?

—Todavía de nada. Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Para hacerle unas preguntas no pueden tenerle en calidad de detenido, inspectora —protesta el abogado.

—Eché a correr. Resistencia a la autoridad.

El abogado inquiere a su cliente con la mirada.

—Vinieron a por mí en la calle —se justifica el chico—. ¡Yo qué sé lo que querían!

La inspectora Gutiérrez le enseña a Jonás Bustos una fotografía de Lucía Abad sonriente, posando con un cachorro de pastor alemán en el jardín de una casa.

—¿Conoces a esta niña?

—No —responde el sospechoso a toda prisa, apartando la mirada de la imagen.

—¿No? ¿Ni siquiera la has visto en la tele?

—Sí, en la tele sí. Es la niña que han encontrado muerta.

—Se llamaba Lucía Abad.

—Yo no la he matado.

—Eso es lo que voy a averiguar, no te preocupes. —La seguridad de la inspectora inquieta al pederasta—. ¿Sueles moverte por Alcorcón, Jonás?

—Alguna vez, pero eso no significa nada.

—No, pero que estuvieras a menos de un kilómetro justo antes de que desapareciera la niña, sí.

—Espero que tengan algo más —apunta Macías.

—La huella de una zapatilla del número cuarenta y tres. —Saca una fotografía y se la muestra al chico—. ¿Te suena, Jonás? En tu armario había cuatro del mismo modelo. Solo es cuestión de tiempo que la Policía Científica encuentre tierra o un pelo de la niña en alguna de ellas.

La tibia sonrisa que esboza Jonás hace comprender a la inspectora que ahí no encontrarán nada, probablemente ya haya hecho desaparecer las zapatillas que utilizó para perpetrar el crimen. Aun así, ella le devuelve la sonrisa, ya totalmente convencida de su culpabilidad. Como le ha dicho, solo es cuestión de tiempo.

—¿Comes muchos helados de fresa, Jonás?

—Me encantan, son mis favoritos.

—Lo digo porque tenemos imágenes tuyas comprando un helado de fresa y la niña tenía la lengua manchada de rosa. Qué casualidad, ¿no?

—Los niños comen chucherías a todas horas —responde impertérrito.

—Solo tienen pruebas circunstanciales, inspectora —interviene Macías.

Ella intenta presionar, pero Jonás Bustos lo niega todo con la protección de su abogado. No tienen nada más que una grabación anterior a los hechos y las huellas de unas zapatillas demasiado comunes. Además, el chico declara que ayer estuvo en casa viendo la televisión con su madre.

—¿De verdad pasó la tarde de ayer acompañada de Jonás, señora? —le pregunta la inspectora con incredulidad a la madre del sospechoso.

—Sí, estuvimos en casa, viendo la televisión.

—¿Desde qué hora?

—Desde que empezó la novela.

—Sé que es usted una buena mujer, pero mentirme la convierte en cómplice de la violación y el asesinato de una niña de siete años.

—No consentiré esto, inspectora —protesta el abogado Macías.

—No miento —dice la señora sin atreverse a mirarla a los ojos—. Jonás estuvo conmigo.

—¡Mire lo que hizo su hijo! ¿No se merece un castigo por esto?

Le muestra las fotografías de Lucía Abad golpeada, violada y arrojada sin vida a un pozo mientras el abogado protesta. Por un momento, la madre del asesino de niñas duda. Tal vez debería de decir la verdad; que Jonás llegó pasadas las ocho, que olía a lejía y que su mirada estaba extraviada. Pero es su hijo pequeño. Ellos no le conocen, Jonás es cariñoso, atento y servicial. Es un buen niño con una enfermedad que ya se está tratando. Ella y su marido confían en que los psiquiatras aún puedan salvarle y saben que declarar en su contra supondría condenarle a muerte. Su pequeño no resistiría mucho tiempo en la cárcel.

—Disponemos de pocas horas para demostrar que Jonás Bustos es culpable antes de tener que soltarle —la inspectora habla con su equipo mientras regresa a su despacho—. ¿Con qué estáis?

—La familia tiene una casa en Hoyo de Manzanares a la que el chico sube bastante a menudo. Ya hemos pedido órdenes de registro.

—Mantenedme informada. Y buscad la maldita nevera portátil.

La inspectora Gutiérrez vuelve a casa a las tres de la mañana después de estudiar expedientes e informes y ya convencida de que Jonás Bustos violó y asesinó a la niña Lucía Abad. Al pasar cerca de Gran Vía, ve a los médicos de una ambulancia atendiendo a un chico sudamericano que tiene la cara destrozada, probablemente con un bate de béisbol. Le ponen oxígeno, una vía y se lo llevan al hospital. Cuando llega a casa, llama a la comisaría de Arganzuela para preguntar por Sergio y le dicen que está tranquilo, durmiendo en el calabozo. Busca en la habitación de su hijo y en el armario encuentra una botella de güisqui. Se sirve una copa y se lleva el vaso a los labios, pero lucha por contenerse y, por esta vez, lo consigue.

* * *

Nicoleta se despierta en el sillón y le cuesta ubicarse y recordar que anoche estuvo aquí con una desconocida. No suelen pasarle esas cosas y se asusta. Mira a su alrededor temiendo que le hayan robado y corre a comprobar su lata de café escondida en el fondo de la despensa. Allí siguen los trescientos euros que lleva ahorrados para el alquiler de este mes. Respira aliviada y va al baño. Hasta que no se sienta a hacer pis no descubre los billetes sobre el lavabo.

—Joder...

Guarda quinientos de esos mil euros en su lata de café, desayuna viendo en la tele imágenes de la pequeña Lucía con vida y del presunto asesino siendo llevado a declarar y arregla la casa para las posibles visitas del día.

Baja a la calle vestida de chica normal, con gafas y el pelo recogido. Si no fuera por esas desproporcionadas tetas que oculta bajo una sudadera demasiado gruesa para el calor que hace, pasaría por una preciosa universitaria o modelo. En cuanto acabe todo esto se quitará los implantes, eso ella lo tiene claro. Llama al telefonillo de su casera.

—¿Tienes ya el dinero del alquiler?

—Le dije que se lo pagaría esta misma semana, doña Julia.

Doña Julia cuenta los quinientos euros billete a billete, sin pararse a pensar en lo que tendrá que hacer esa chica de la edad de su nieta para ganarlos.

—Los de abajo se quejan de que estás de jarana todas las noches.

—¿Me quejo yo de que sus hijos pongan la tele a toda hostia a las ocho de la mañana?

Mientras va en el metro camino del gimnasio, la llaman por teléfono desde un número que no conoce. Se retira al fondo del coche para contestar.

—Hola, Violeta. —Ese es el nombre que suele utilizar Nicoleta en sus anuncios—. He visto tu anuncio y quería saber si haces griego.

—Eso depende de cómo la tengas.

—Normalita.

—Entonces sí. Ochenta media hora y ciento cincuenta la hora.

—¿Eres española de verdad?

—Andaluza cien por cien, mi *arma*. ¿A qué hora quieres venir?

—Te vuelvo a llamar. Hasta pronto.

«Hasta nunca», responde Nicoleta para sí, de la mayoría no vuelve a saber. Piensa en la chica de ayer, la del navajazo. Confía en no haberse metido en un lío por ayudarla, pero le pareció buena gente y, según ha descubierto esta misma mañana, bastante generosa. Aunque también notó algo inquietante en su mirada. No estaba bien y perfectamente podría ser una psicópata, pero ella ya ha tratado con demasiados y no se va a asustar a estas alturas. Espera volver a verla, aunque tuviera que acostarse con ella; las mujeres que normalmente buscan sus servicios son demasiado mayores como para provocarle algo más que asco, pero la periodista le causó cierta ternura. Vuelve a sonar su teléfono con otro número que no conoce y contesta mecánicamente.

—¿Hola?

—¿Nicoleta?

A Nicoleta se le eriza el vello al identificar esa grave voz con un fuerte acento ruso llamándola por su nombre.

—Sí.

—Soy Yurik. Cornel está en Madrid y quiere verte. En una hora en tu casa.

Nicoleta vuelve corriendo a casa, se viste de puta barata —como a Cornel le gusta— y esconde junto al fregadero seiscientos de los ochocientos euros de la lata. Cuando llaman a la puerta, coge aire y va a abrir forzando la mejor de sus sonrisas.

—Cuánto tiempo sin venir a verme, Cornel. —La chica se lanza a sus brazos y saluda con la cabeza al guardaespaldas—. Yurik.

Cornel Popescu es un rumano de unos cincuenta años, duro y de mirada fría. Cada vez que Nicoleta ve su ropa cara y sus cadenas de oro piensa en cuánto de eso lo habrá pagado ella abriéndose de piernas. Yurik, un exboxeador ruso de más de ciento cincuenta kilos al que Cornel conoció cuando fue a buscar esposa a Moscú, le echa un vistazo rápido a la casa.

—Te espero abajo.

Yurik se marcha y Nicoleta tiembla de arriba abajo, pero se esfuerza por ocultarlo. Cornel sonríe mirando a su alrededor.

—Me alegro de que te vaya tan bien, Nicoleta.

—Gracias por dejarme trabajar aquí sola, Cornel. Gano más.

—¿No tienes visinata?

—Sí, claro.

Nicoleta sirve un vaso de licor de cerezas amargas mientras Cornel curiosear por la cocina. Sabe perfectamente lo que busca, así que abre el armario, coge la lata de café y mira dentro de ella.

—No parece que ganes tanto —dice agitando la lata.

—Hoy he pagado el alquiler.

—¿Sabes cuánto me debes todavía?

—Quince mil euros —asiente Nicoleta.

—A este paso no me los vas a pagar nunca.

Cornel coge los doscientos euros de la lata y se los guarda en el bolsillo de la chaqueta, de donde saca una pequeña bolsa de plástico.

—Por el regalo que te he traído.

Cornel deja la bolsita de heroína sobre la mesa y Nicoleta aparta la cabeza intentando no mirarla.

—Ya no me meto, Cornel.

—Eso me han dicho, pero tú follas mejor puesta.

—Te haré lo que quieras. —Nicoleta se acerca a él contoneándose lo más sugerente que puede—. No tendrás queja, ya lo verás.

—Prefiero que nos pongamos los dos —insiste Cornel—. En casa, con la mujer y los niños, nunca puedo relajarme.

—No, de verdad, Cornel. Yo prefiero...

Pero a Nicoleta le interrumpe el bofetón que le da Cornel. Le ha hecho una pequeña herida en la mejilla con uno de sus anillos y le limpia la gota de sangre con un pañuelo que saca del bolsillo de su chaqueta.

—Prepara los chutes, Nicoleta.

Cornel va a poner música con la botella de visinata en la mano y Nicoleta prepara los chutes. Después del primero, él la hace bailar desnuda, y después de obligarla a chutarse una vez más, hace de ella lo que quiere.

Cuando Cornel Popescu se marcha a las tres horas, tras habérsela follado en todas las posturas imaginables, la deuda de Nicoleta ha aumentado trescientos euros. Siempre le ha pasado igual, a ella y a muchas otras como ella de diferentes partes del mundo; si se proponen pagar lo que supuestamente deben por viajes y manutención para así poder recuperar la documentación o el pasaporte que les quitaron al secuestrarlas, las obligan a recaer en la droga y su deuda empieza a subir de nuevo, pero siempre en pequeñas cantidades para que nunca dejen de soñar. Casi ninguna consigue salir de esa espiral, ni siquiera el suicidio es una opción; el problema pasaría automáticamente a sus familias.

* * *

Lo primero que hago al despertarme es buscar en los periódicos digitales algo sobre mi incidente de anoche con los dos pandilleros. No tardo en encontrar una pequeña reseña: «Pelea de bandas se salda con un herido. Jorge W. A. sufre múltiples fracturas maxilofaciales. Se encuentra estable». Sonrío satisfecha al comprender que no tuvieron el valor de decir que la cara se la había partido una mujer y me voy a mirar al espejo. Sigo sin ver nada diferente en mí salvo el vendaje que Nicoleta me hizo anoche en el brazo. Me ducho y me curo la herida. No tiene mala pinta, pero busco en el armario de las medicinas y encuentro unas pastillas que me recetaron cuando me hice un corte en la pierna montando un armario de IKEA, así que me las tomo junto con el cargamento de medicinas para mi tumor.

Al vaciar el bolso, veo la tarjeta de la psicóloga que me dio el doctor Oliver. Decido que no pierdo nada llamándola, no me vendrá mal recibir ayuda. Noto que estoy empezando a tener pensamientos extraños. Lo que hice anoche me ha excitado demasiado y me provoca una placentera sensación que alguien cuerdo no debería sentir.

—¿Doctora Molina?

—Sí, buenos días.

—Soy Marta Aguilera. Me ha dado su teléfono el doctor Oliver. Quiero pedir cita con usted.

La doctora Molina consulta su agenda. Está menos llena de lo que a ella le gustaría —la gente sigue pensando que solo van al psicólogo los locos—, pero pasa las páginas ruidosamente.

—¿El viernes de la próxima semana le viene bien? —pregunta al fin—. Por la mañana tengo hueco.

—Para ese día ya podría estar muerta y enterrada.

Me da cita para esta misma mañana, a las dos en punto. Hago tiempo viendo en la tele las novedades sobre el caso de la pequeña Lucía e investigando en Internet posibles tratamientos alternativos para los glioblastomas multiformes avanzados, y todavía agradezco estar como estoy; la mayoría de los pacientes prácticamente no consiguen valerse por sí mismos y sufren terribles dolores y parálisis parciales. Después busco venenos para adelantar mi muerte si me veo sin fuerzas y decido que lo mejor será el cianuro. Me haré con una cápsula y la llevaré siempre encima para tomármela cuando sea necesario, igual que hacían los espías rusos al capturarlos. Mi jefe vuelve a llamarme por teléfono.

—¿No deberías estar aquí escribiendo algo, hija? —Empieza a perder la paciencia conmigo.

—No hay nada nuevo. Jonás Bustos sigue retenido en comisaría.

—¿Y por qué coño no vas a investigar a su familia o algo así?

—Prometí que me ocuparía de cubrir el caso, no que fuera a hacer un reportaje de investigación.

Antes de colgar, y aun sabiendo que no es el mejor momento, le pido que piense en Álvaro Herrero, mi excompañero de clase, como mi posible sustituto. Le digo que no va a encontrar a nadie mejor ni más preparado y que pongo la mano en el fuego por él.

—Si es como tú, que se vaya olvidando del puesto.

Al ir a apagar la televisión me llevo una agradable sorpresa. Están entrevistando al abogado de Jonás Bustos y no es otro que Joaquín Macías. Hace un par de años me lo encontré con su amante —masculino— en una playa nudista de Zahara de los Atunes. Jamás le he dicho nada a nadie, y es hora de que me devuelva el favor.

Entro en el ascensor cuando me llama mi amigo Germán para decirme que está hecho, que si sigo interesada en vender el piso por la cantidad que hablamos ya tiene un comprador que pone el dinero mañana mismo. Le digo que adelante y voy al banco a arreglar mi problema de efectivo, donde me tiro una hora hasta que consigo poder disponer de todo mi capital.

Al salir del banco paso por delante de una tienda de material policial y artículos de defensa personal y me quedo hipnotizada mirando el escaparate. Nunca me habían llamado la atención estas cosas, pero después del encuentro con los pandilleros siento que debo estar mejor protegida.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Un chico musculado con una camiseta del FBI se acerca a mí cuando estoy curioseando por la tienda.

—Últimamente están atracando a gente en mi barrio.

—Lo mejor que puedes hacer es darles lo que pidan y dejar que la Policía se ocupe del resto, pero tener un spray de defensa personal nunca viene mal.

Me enseña varios modelos de spray de pimienta que incapacitan a un agresor durante unos quince minutos, porras extensibles que de ahora en adelante me harán olvidarme de las tuberías oxidadas y cuchillos de todo tipo. Me gasto trescientos euros en chorradas. Vuelvo a casa para dejar mis compras —no me parece sensato aparecer en la consulta de la psicóloga armada como Lara Croft— y me presento con hora y media de antelación en el portal de la doctora Molina. Hago tiempo dando una vuelta por las tiendas del barrio de Salamanca y decido darme el capricho que envidiarían todas mis amigas; Carolina Herrera, Louis Vuitton y Magrit colman con creces mis ansias consumistas.

La doctora Molina es una mujer de mediana edad que oculta su belleza tras unas gafas de pasta, un discreto recogido de pelo y un sobrio traje de chaqueta. Por un momento me siento Tony Soprano ante su doctora Melfi particular. Su despacho es igual de austero que ella, no hay nada en la decoración que distraiga a quien viene a vomitarle sus desgracias. Me saluda con cordialidad y, antes de empezar la sesión, me hace un test con el que me disecciona.

—En primer lugar, quiero decirle que lo siento muchísimo —dice la doctora con entereza—. Es usted demasiado joven.

—Estoy de acuerdo.

—¿En qué piensa ocupar las próximas semanas?

—A eso he venido, para que me lo diga usted.

—Yo no puedo decírselo, pero puedo intentar ayudarla a encontrar el camino. ¿Cree en Dios?

—No, no demasiado, aunque supongo que en este momento me vendría muy bien hacerlo.

—¿Cómo le gustaría que la recordasen?

Me lo pienso durante unos segundos, creo que es la pregunta más difícil que me han hecho en toda mi vida. Quisiera que el día de mi muerte los que me han conocido digan que era una chica amable, simpática y cariñosa, aunque lamentablemente no sería verdad. He intentado que todos los que han pasado por mi vida se hayan sentido a gusto conmigo, pero no dejaba de ser un acto de supervivencia, algo que no me salía de dentro. Me sobran dedos en una mano para contar las personas por las que he sentido verdadero afecto: mi madre, mi amiga Raquel en la adolescencia y puede que Álvaro Herrero; siempre se ha portado bien conmigo y se ha preocupado por mí, aunque me temo que hay mucho de atracción sexual en su interés. Es triste comprobar que no hay ninguna de mis parejas entre ellas. Casi todos los hombres que han estado a mi lado han terminado llamándome fría y mala persona cuando decidía que nuestros caminos debían separarse, aunque yo no creo ser el monstruo que ellos describían. Es cierto que algunas de las cosas que he hecho a lo largo de mi vida son moralmente cuestionables, pero sin duda sé distinguir entre el bien y el mal y siempre he estado en el lado correcto. Lo que sí he procurado es ser justa, aunque claro está, todo depende de quién lo mire. Mi trabajo me ha obligado a decir verdades a medias muchas veces y muchas otras lo he hecho por propia iniciativa, normalmente por ahorrarme tener que dar explicaciones. El de anoche con esos pandilleros no fue mi primer delito, pero nunca me había comportado con violencia. La única vez fue cuando aquel borracho me metió mano y, después de un certero rodillazo en sus partes, le crucé la cara con un derechazo. Y dentro de lo que cabe, he sido honrada en mi trabajo y leal con mis contados amigos. Pero siendo honesta, si al fin me encuentro dándole explicaciones a san Pedro en las puertas del cielo, tal vez la cosa se me complique.

—Ya sabe que la gente no acostumbra a hablar mal de los muertos.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Digamos que a veces no he querido como se esperaba de mí, pero siempre he ayudado a quienes se lo merecían. Supongo que, en líneas generales, tendrán un buen recuerdo.

—¿Le ha dicho ya a su círculo más cercano lo que le ocurre?

—No quiero que nadie se vea obligado a ocuparse de mí cuando empiece a hacerme mis necesidades encima.

Durante los siguientes cuarenta minutos le hablo de mi trabajo, de mi madre y de la indiferencia que me causa mi padre, al que no veo desde hace más de treinta años. También le cuento que he hecho una lista en la que mi primer objetivo será satisfacer mis deseos sexuales mientras siga sintiéndome viva y el segundo gastarme todo el dinero que he acumulado.

—También podría hacer obras de caridad.

—También. Si me sobra algo, lo repartiré entre mis amigos.

—Es su decisión. ¿Tiene alguna pregunta que hacerme?

—No... —titubeo—, sí. Quiero saber si es normal que de repente sienta la necesidad de hacer cosas... arriesgadas.

—¿A qué se refiere con arriesgadas?

—No sé..., se me ha pasado por la cabeza hacer caída libre, o *puenting* o...

—No teme a las consecuencias.

—Exacto. ¿Qué más me da que no se me abra el paracaídas si me voy a matar de todas formas?

—Es normal que quiera experimentar y hacer cosas que nunca antes se había planteado, y eso en sí no es malo, pero procure no morir antes de tiempo.

Los últimos minutos los utilizamos en fijar nuestra próxima cita, que será dentro de unos días, y me marcho de allí sin saber en qué ocupar mi tiempo, pero consciente de que debo encontrar algo que hacer. No sé por qué, pero se me ha metido en la cabeza que tengo que dejar huella, que no puedo caer en el olvido así como así.

Antes de volver a casa me paso por el despacho del abogado Joaquín Macías en la calle Serrano y le espero apoyada en un coche en la acera de enfrente. Cuando vuelve de comer con unos clientes y me ve, se disculpa con ellos y se acerca a mí.

—¿Qué haces aquí?

—Me debe un favor, abogado.

Él sabe desde hace dos años que esto pasaría tarde o temprano. ¿En qué coño estaría pensando para ir a aquella playa con aquel chico? Yo hasta ahora ni me había planteado sacarle provecho a esa información, me da exactamente igual lo que haga cada uno en su intimidad, pero las cosas cambian. El abogado aprieta los dientes y me clava la mirada intentando parecer amenazante. En otro momento tal vez me habría amedrentado, pero ahora no.

—¿Qué quieres?

—Una entrevista en exclusiva con su cliente. Cuando le suelten, claro, porque supongo que le van a soltar.

—No va a querer dar entrevistas.

—Seguro que podrá convencerle. Dígale que le haré un lavado de cara y que lo va a necesitar. Usted sabe que se lo van a comer vivo.

—Veré lo que puedo hacer.

—Que me llame cuanto antes. Me marchó de viaje.

El abogado Macías cruza la calle y se reúne con sus clientes. Yo me subo en un taxi y le pido que me lleve a casa. Me tomo mis medicinas y me dedico a limpiar mis cajones de papeles y de trastos viejos. Es tremendamente pesado, pero conviene hacerlo cuanto antes.

* * *

La inspectora Gutiérrez ha esperado hasta las diez de la mañana para ir a recoger a su hijo Sergio a la comisaría donde ha pasado la noche. Hace el papeleo sin cruzar una palabra con él y tampoco hablan al salir al aparcamiento. Se suben al coche y el chico cierra con un portazo.

—¿Tienes algo que decir?

—Podías haberme sacado anoche perfectamente —responde Sergio con rabia.

—Es la tercera vez en lo que llevamos de año, Sergio. Yo no sé si te das cuenta de lo que estás haciendo con tu vida.

—Eran un par de gramos de maría. Tampoco es para tanto.

—¿Tampoco es para tanto? Eres mayor de edad y reincidente. Esto te va a traer problemas y yo no voy a poder ayudarte.

—Como si alguna vez me hubieras ayudado, no te jode. Me voy andando.

—Espera, Sergio.

El chico sale del coche y da otro portazo. Daniela ya no sabe qué más puede hacer con él. Ha buscado el consejo de compañeros y de psicólogos, pero Sergio no está por la labor. Creció sin padres, consentido por unos abuelos que nunca superaron la muerte de su hijo y de su nieto mayor en aquel atentado, y ahora está muy cómodo viviendo de los remordimientos ajenos. Nadie le puede culpar por ello, y menos su madre, la principal responsable.

Al llegar a comisaría va directa a hablar con el inspector de la Policía Científica con el que trabaja en el caso de Lucía Abad.

—¿Nada?

—Si ha sido él, sabía bien lo que se hacía —contesta su colega negando con la cabeza—. La niña está limpia y ni en su coche ni en las zapatillas que nos llevamos de su casa hay restos que concuerden con el escenario.

—Hay que encontrar algo.

—El forense va a repetir la autopsia, pero desde ya te digo que no va a haber sorpresas. ¿Imágenes tampoco?

—No —cabecea ella—. La única cámara que podía servirnos está estropeada desde hace tres meses.

La inspectora Gutiérrez, aun sabiendo que le va a traer problemas con el comisario, decide ir a hablar personalmente con el juez. No cree que vaya a conseguir nada, pero de vez en cuando se encuentra con uno más concienciado o simplemente de mejor humor que otros días y tiene que intentarlo. Espera media hora a que la reciba y otros quince minutos a que el juez lea el expediente de Jonás Bustos mientras la censura con la mirada por encima de sus gafas.

—¿Sabe lo que opino, inspectora? —dice al fin el juez—. Que se ha precipitado deteniéndole.

—Hubo resistencia a la autoridad.

—El chico alega que le abordaron en plena calle y se asustó.

—Tenemos una grabación suya comprando un helado una hora antes del secuestro. Y Lucía Abad había comido helado. Su lengua estaba...

Pero el juez interrumpe golpeando la mesa furioso:

—¡Se precipitó deteniéndole, inspectora! ¡Ni siquiera coinciden las zapatillas que llevaba en la grabación de la gasolinera con las pisadas del escenario!

—Creemos que iba preparado y se las cambió. También llevaba desinfectante para borrar su ADN. No fue un arrebato.

—Lo que debió hacer es pedirme una vigilancia y detenerle cuando tuviera algo. Así estoy atado de manos.

—Sé que es culpable.

—Aceptaré la petición de su abogado y será puesto en libertad en veinticuatro horas. Tiene hasta entonces para encontrar pruebas que lo demuestren.

La inspectora regresa a la comisaría y repasa con su equipo el caso desde cero, pero como ya sabían todos desde el principio, no encuentran nada más que lo que ya tienen: indicios y la certeza de que Jonás Bustos mató a la pequeña Lucía. A las ocho de la tarde se rinde y los manda a todos a descansar, algunos de ellos llevan un día entero allí encerrados revisando grabaciones y analizando pruebas.

Mientras conduce, fantasea con la idea de presentarse en casa del juez, sacarle a patadas a la calle y violarle con un palo delante de todos sus vecinos. Solo así entendería que no debe dejar libre a gente como Jonás Bustos, ellos hacen lo mismo. A cambio, como premio de consolación, da un volantazo para coger el desvío de avenida de América en la M-30 y vuelve a meterse en Madrid. Aparca en doble fila en la calle Serrano, frente al despacho del abogado Joaquín Macías, el abogado del pederasta. Le encuentra en la puerta dispuesto a volver a casa con la satisfacción del deber cumplido. El muy cabrón está tan campante.

—Es usted un sinvergüenza, abogado.

La acompañante de Macías, una joven y guapa becaria, abre la boca sorprendida. Joaquín Macías mira con condescendencia a la inspectora y se dirige a su becaria antes de que esta decida defender a su jefe y se meta en un lío. Parece dispuesta a hacerlo, aunque seguramente, cuando hable con su novio al llegar a su casa, también opine que no se debería dejar suelto a un violador y asesino de niñas.

—Está bien, Carmen. Nos vemos mañana en el desayuno.

La inspectora no espera a que la becaria se marche para volver a arremeter contra el abogado.

—¿Cómo puede dormir tranquilo con Jonás Bustos en la calle?

—Según la Constitución que usted misma defiende, todos tenemos derechos, inspectora.

—¡Usted sabe que es culpable!

—No ha podido demostrarlo. Así es el juego —zanja Macías con frialdad.

—Esto no es un juego, bastardo.

El abogado tiene aguante. Lleva mucho tiempo en esto y es consciente de que le conviene llevarse bien con la Policía. La mira con dureza, más allá no puede llegar.

—Dadas las circunstancias, no se lo tendré en cuenta, inspectora. Le recomiendo que hable con la familia de la niña, mañana a primera hora tengo

previsto dar una rueda de prensa.

Macías se mete en un taxi sin el mínimo atisbo de culpa y la inspectora Gutiérrez vuelve a su coche frustrada. Se le cae la cara de vergüenza mientras conduce y coge el desvío de la M-40 hacia Alcorcón. Toda la familia Abad se reúne para escucharla y eso se lo pone todavía más difícil.

—Entonces, ¿le van a soltar? —El padre de la niña no se lo puede creer.

—Todavía no tenemos pruebas que presentar ante el juez.

—¿Y la grabación que han enseñado en la tele? —Uno de los tíos de la niña se levanta indignado—. ¿Qué coño hacía el pijo ese echando gasolina aquí mismo?

La familia al completo se enciende apoyando esa apreciación y la inspectora se las ve y se las desea para explicarles que con lo que tienen no es suficiente para detenerle, y menos aún para que sea condenado por un juez. Aguanta con resignación los improperios hacia la Justicia en general y hacia la Policía en particular sin quejarse ni culparlos, porque también ella piensa que están cometiendo un gravísimo error dejando a Jonás Bustos en libertad.

—¿Cuándo podremos enterrar a mi niña? —pregunta la madre desconsolada.

—Lo antes posible, le doy mi palabra.

Además de eso, se marcha de allí prometiéndoles que no se olvidará de Lucía y que no parará hasta detener a su asesino, pero ella misma sabe que no podrá hacer nada hasta que cometa un error. Y ese error solo puede ser que se deje una colilla con su ADN en el lugar donde viole, estrangule y arroje a su siguiente víctima. Puede que no lo haga pronto, tal vez con terapia y medicación logre controlarse y aguante unos pocos años, pero tarde o temprano volverá a ocurrir. Cuando lo han probado una vez, sueñan día y noche con repetirlo.

* * *

Jonás Bustos está solo en su calabozo. Solo lleva allí unas horas y ya nota las miradas de desprecio de todos.

—¿No ha llamado mi abogado?

El más veterano de los agentes le mira con lástima. Le han asignado a él la vigilancia del preso por su buen carácter, porque probablemente es el único

de entre todos los policías que no tiene tentaciones de dejarle un par de minutos a solas con algunos ocupantes de las celdas contiguas.

—No te ha llamado nadie.

—Os voy a denunciar —dice Jonás con arrogancia—. No podéis tenerme incomunicado durante tanto tiempo.

—Si quieres, te sacamos a dar una vuelta con los demás.

Otro agente algo más joven no disimula el asco que le produce. Él es uno de los que propiciaría de buena gana un encuentro privado entre el pederasta y los neonazis que detuvieron anoche en una discoteca. Ser un violador y asesino de niñas es lo peor que se puede ser en la vida.

Jonás intenta estar tranquilo, sabe que no tienen pruebas contra él y que pronto llegará la orden de puesta en libertad, pero también sabe que esta vez ha ido demasiado lejos. Él no quería matarla, ni siquiera quería violarla, pero cuando le domina su mal no hay nada que pueda hacer. Antes era un chico normal, un buen estudiante y un prometedor tenista, todo cambió cuando pasó por aquel parque infantil y sus vecinos le dejaron al cuidado de su hija de cinco años. Conocía a la niña de antes, pero aquel día, todavía no sabe por qué, la vio con otros ojos. Nadie entendió que se había enamorado perdidamente de ella. Entonces vinieron las mudanzas, los psiquiatras y las miradas de desprecio, pero a Jonás ya nadie logró extirparle el deseo.

Cuando vio a la pequeña Lucía por primera vez en aquel centro comercial dejó de ser él. Se despertaba por las mañanas pensando en estar con ella y se acostaba pensando en cómo se sentiría después de haber estado con ella. Pasó semanas luchando contra su instinto, incluso una noche estuvo a punto de cortarse la polla con unas tijeras de podar y así acabar para siempre con el problema, pero llegó cierto día en el que se descubrió vigilándola desde su coche. Después de cuatro tardes, encontró el momento adecuado, sacó un helado de fresa de la nevera portátil que llevaba en el asiento trasero y detuvo el coche junto a la niña.

—Lucía, ¡eh, Lucía!

La pequeña Lucía vestía unos vaqueros con la silueta de Mickey Mouse en el bolsillo trasero, una camiseta blanca, unas New Balance minúsculas, y llevaba el pelo recogido con un pasador de La Sirenita. La niña le miró extrañada, sin saber que lo único que la salvaría sería echar a correr.

—¿Quién eres?

—Me manda tu mamá. Quiere que te lleve con ella. Me ha dado esto para ti —dijo el Jonás que no era él mientras agitaba el envoltorio del helado—. ¿Te gustan los helados de fresa?

Los lametones que la niña daba al helado encendieron la perturbada mente de Jonás Bustos. Él sabía que lo que hacía no estaba bien, que era una desviación, pero también sabía que no era el único, que muchos hombres fantaseaban con lo mismo en la intimidad y que había chats muy concurridos en los que todos comentaban sus fantasías y compartían sus hazañas. Solo ellos comprendían lo voraz que era ese apetito.

—Ten cuidado, no te manches o tu mamá te va a regañar.

—¿Dónde está mi mamá? —preguntó Lucía abriendo mucho los ojos, como si por primera vez se diera cuenta de que se había alejado demasiado de ella.

—Ahora vamos a verla. Nos está esperando. Tú sigue comiendo tranquila, bonita.

Pero en lugar de ir a ver a su mamá, el pederasta la llevó a las afueras, a una dehesa que hay cerca de la nacional II. El primer puñetazo la dejó sin conocimiento y el cuerpo de la niña cayó como un fardo. La siguiente vez que abrió los ojos ya estaba desnuda y tenía al salvaje encima, penetrándola con febriles embestidas. El pequeño cuerpo de Lucía se partió por la mitad con un dolor indescriptible. Intentó gritar, pero el aire no llegaba a sus pulmones. Jonás Bustos apretó las manos con todas sus fuerzas a la vez que sintió un inmenso placer. Todavía se excita al recordarlo.

Se quedó más de un minuto observando el cadáver y empezando a darse cuenta de que por fin lo había hecho y que ya no había vuelta atrás. Lavó el pequeño cuerpo con cuidado y lo arrojó a aquel pozo sin remordimientos. De camino a Las Rozas salió de la M-503 en dirección a Villanueva del Pardillo y tiró en un vertedero ilegal su ropa, sus zapatillas y la pequeña nevera portátil. Después detuvo el coche en una gasolinera y lo limpió y aspiró centímetro a centímetro.

—La llamada que esperabas.

Jonás sigue al policía por varios pasillos y en todos ellos nota miradas de repulsa e insultos susurrados. No hay nadie más en el locutorio.

—¿Sí?

—Ya está cursada la orden —dice el abogado al otro lado del teléfono—. Mañana duermes en casa.

Joaquín Macías se ha ganado la fortuna que le pagan, pero hoy se siente más asqueado que nunca aunque lo disimule delante de la inspectora Gutiérrez. Hoy es uno de esos días en los que se arrepiente de no haberse hecho arquitecto.

—En cuanto salgas, tienes que llamar a la periodista de la que te he hablado.

—Que le den por culo a esa zorra. No pienso dar ninguna entrevista.

—Ya lo hemos hablado, Jonás. Te van a crucificar ahí fuera y necesitas que alguien te lave la cara. Solo tienes que decir que tú no has tenido nada que ver e incidir en que en tu anterior condena solo tenías dieciocho años, que fue un error por el que ya has pagado y por el que seguiste un duro tratamiento.

—Sé lo que tengo que decir, abogado —le corta hastiado Jonás—. ¿A qué hora me van a soltar?

—Supongo que a mediodía. Tengo que pasarme por el juzgado y que me firmen los permisos. Prepárate, habrá periodistas esperándote.

Jonás regresa al calabozo con una sonrisa de triunfo dibujada en la cara. A solas, tendrá muchas horas para pensar en lo que será su vida a partir de ahora. No se lo van a poner fácil, le perseguirán los periodistas y escuchará los mismos insultos allá donde vaya, pero pronto lo olvidarán. Él, por su parte, se compromete a luchar para contener su deseo si vuelve a cruzarse otra Lucía en su camino. Nunca más volverá a pasar. Jonás Bustos se tumba en su camastro pensando en sus recurrentes buenos propósitos, pero sabe que, en cuanto se excite, volverá a perder el control.

* * *

Me despierto de la siesta empapada en sudor y con una terrible sensación de ahogo después de haber visto en mis sueños, con un extraño realismo, cómo Jonás Bustos extraía su miembro del cuerpo de la pequeña Lucía arrastrando con él la vagina desgarrada de la niña. No es normal que yo tenga estas pesadillas, supongo que será mi glioblastoma multiforme ganando terreno.

Me tomo un té buscando en Internet las últimas novedades sobre el caso de Lucía Abad y llamo a mi jefe para contarle que estoy detrás de poder entrevistar a Jonás Bustos, que lo haré en cuanto le dejen en libertad.

—¿Cómo es eso? —pregunta Serafín excitado.

—Su abogado me debe un favor. Hago la entrevista, te la mando y se acabó. No quiero cubrir nada más, ¿te parece bien?

—Me parece cojonudo. Déjale seco.

Vuelvo a recomendarle a mi excompañero de clase antes de colgar y saco del armario de la habitación mis compras de por la mañana. Hay tres botes de espray de pimienta, dos porras —una extensible y otra rígida— y tres cuchillos con sus respectivas fundas. No sé por qué narices me he comprado todo esto, pero después de dudar un rato me coloco uno de los cuchillos en la cintura, meto el espray de pimienta en el bolsillo de la chaqueta de Extreme Collection y la porra extensible la sujeto en el costado con un cómodo portadefensas. Me miro en el espejo y solo veo a una infeliz jugando a los vengadores. Pienso en dejar de hacer el imbécil y comportarme como una mujer adulta. Debería quedar con la gente que me quiere, contarles lo que me pasa y hacer que me mimen. No estoy segura de que Carol, Silvia y Susana se volcaran en mi cuidado, pero Lorena quizá me sorprendería. Tras titubear unos minutos, consciente de que me juego el que terminen violándome o dándome una paliza, decido dejarme llevar por mi instinto. No sé hacia dónde se estará extendiendo mi tumor, pero sin duda libera la testosterona que pueda haber dentro de mí.

Salgo a la calle sin saber a dónde voy ni con qué intención, pero con muchas ganas de que pase algo. Decido no tentar a la suerte y evito acercarme a Gran Vía, no sea que los amigos de Jorge W. A. quieran partirme la cara como yo se la partí anoche a él. También podría estar esperándome la Policía y no quiero que me detengan.

Me tiro un par de horas vagando por los alrededores de la plaza Mayor y por La Latina y ceno en una terraza sintiendo que pierdo el tiempo, que yo donde debería estar es despidiéndome de la gente que ha significado algo en mi vida y no deambulando con una porra extensible, un cuchillo y un espray de pimienta. Le pido la clave del wifi al camarero y busco viajes en mi iPhone. El Caribe es mi primera opción, pero enseguida me doy cuenta de que con dinero cualquier lugar es bueno. Miro vacaciones en Tailandia, Hawái, Australia, Brasil, islas Maldivas, Sudáfrica..., pero no termino de decidirme por ningún destino.

Recorro la calle Bailén replanteándome mis objetivos cuando veo a una pareja joven discutiendo en la calle.

—¡Eres una puta!

—¡Y tú un maricón! ¡Por eso tengo que follarme a tus amigos!

El chico levanta la mano, pero ella se envalentona.

—Tócame y mis hermanos te cortan los huevos.

La chica se marcha y él va detrás. Decido seguirlos por si tuviera que intervenir, pero al llegar al Palacio Real ya se están besando y metiendo mano. Sigo caminando sin rumbo y me acuerdo de Nicoleta.

La encuentro junto a su portal, pero no tiene nada que ver con la Nicoleta que conocí ayer. Sus ojos están apagados y con el rímel corrido, su pelo despeinado y sucio, y la clase que tenía ha desaparecido por completo enseñando las enormes tetas sin ningún pudor. Ni siquiera la ropa, llena de arrugas y de manchurroneos, le sienta igual de bien. Me mira tambaleante y sonrío.

—Tía..., llevo esperándote toda la noche.

Me arrepiento de haberle dejado tanto dinero al ver que se lo ha gastado en eso. Menos mal que no le di los cinco mil euros.

—¿Hoy tampoco quieres hacer el amor? —me dice toqueteándome—. Me puedo vestir de Grace Kelly para ti.

En este momento Nicoleta está a miles de kilómetros de parecerse a Grace Kelly y voy a marcharme, pero ella ayer me echó una mano a mí.

—Vamos, te acompaño a casa.

Su estudio también ha sufrido un cambio: el sillón, el baño y los cuadros de películas clásicas siguen ahí, pero todo está más descuidado. Sobre la mesa de la cocina hay un sándwich a medio comer y una botella de cerveza de litro por la mitad. Parte de la otra mitad está en el suelo y hace que los zapatos se queden pegados.

—Ve a ducharte.

—¿Quieres que me duche mientras tú me miras? —Se contonea patéticamente.

—Quiero que te duches a secas, Nicoleta —respondo cortante.

Se mete en la ducha mientras yo me sirvo una copa. Me quito la chaqueta y la dejo en una silla, cubriendo con ella la porra y el cuchillo. A los pocos minutos, Nicoleta se asoma a la puerta del baño completamente desnuda. Todo menos sus pechos es perfecto. Se hace evidente el mal día del cirujano en el izquierdo, cuyo pezón está atravesado por una zigzagueante cicatriz. Exhibe sin pudor un *piercing* en el clítoris.

—¿Me puedes acercar una toalla? Están en la secadora. —Nicoleta se apoya en el quicio de la puerta, todavía inestable.

Le acerco la toalla, termina de secarse y se va a poner el pijama mientras yo me tomo la copa. Cuando vuelve, se sienta avergonzada en el sillón, como si el hecho de que yo la vea en ese estado supusiera una especie de humillación para ella. Nos quedamos en silencio más de cinco minutos.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —pregunto al fin.

—Has pagado —responde mirando los doscientos euros que he dejado sobre la mesa—, puedes hacer lo que quieras.

—¿Por qué te has puesto esas tetas?

—Un cliente me lo pidió.

—¿Y por qué no le mandaste a tomar por culo?

Nicoleta me mira sorprendida. No sabe si le estoy tomando el pelo o simplemente no tengo ni idea de lo que es la vida.

—Era un cliente muy importante.

Comprendo y me callo. Nos pasamos otros cinco minutos en silencio. Ella lucha por no volver a quedarse dormida.

—¿Por qué me dejaste tanto dinero ayer?

—Me ayudaste con esos tíos y pensé que te lo debía..., pero si llego a saber que te lo ibas a meter todo, no te dejo un euro.

—Tú no lo entiendes. Aunque quiera salir, ellos nunca me dejarán.

—¿Quiénes son ellos?

Nicoleta baja la mirada. Ha hablado más de la cuenta y no puede permitirse esos errores. Percibo su miedo.

—Duérmete si quieres. Si no te importa, yo me tomo la copa y me voy.

Ella niega aliviada y tarda menos de quince segundos en caer profundamente dormida. Me termino la copa y me levanto a curiosear por la casa. Está desordenada pero limpia en general. Revuelvo en su bolso y encuentro una tarjeta en rumano: Nicoleta Serban, nacida en Sibiu, Rumanía, hace veintidós años. Todavía es una niña. También hay maquillajes, un monedero, una bolsa de medicinas y una bolsita de heroína junto a un estuche con varias jeringuillas, una cuchara y una botellita de agua. En un bolsillo lateral encuentro una pequeña libreta.

Bajo las iniciales C. P. hay anotadas diferentes cantidades y fechas. Es una deuda. Empieza hace seis meses en diecinueve mil euros y logra bajarla a trece mil, dos meses después. A partir de entonces empieza a subir de nuevo durante unos días hasta alcanzar los veinte mil euros y vuelta a empezar hasta

la anotación de ayer: la deuda estaba fijada en quince mil doscientos euros y hoy ha subido a quince mil quinientos. Miro a Nicoleta mientras duerme en el sillón y comprendo que su vida se complica cuando se droga.

En un armario de su habitación encuentro todo tipo de consoladores, fustas, esposas y trajes de cuero, y dentro de un bolso imitación de Loewe un recorte de periódico: «Cornel Popescu, declarado inocente». El tal Cornel Popescu —sin duda el C. P. con quien Nicoleta tiene su deuda— es un rumano acusado de trata de blancas.

Voy a marcharme sin dejar dinero para que no se lo gaste en drogas, pero finalmente me arrepiento y dejo otros mil euros sobre el lavabo, el sitio habitual. Al llegar a casa busco en Internet a Cornel Popescu y encuentro varias noticias similares a la que tenía Nicoleta en su bolso. Me canso a los pocos minutos y me quedo dormida viendo en la tele *Memorias de África*.

* * *

A la inspectora Daniela Gutiérrez se le nota la dureza de las últimas noches en las bolsas de los ojos. Desde ayer resuenan en su cabeza las protestas de los padres de la pequeña Lucía cuando les dijo que tenían que soltar al asesino de su hija. Espera en la puerta de los calabozos a que pongan en libertad a Jonás Bustos. Cuando llega su abogado para llevárselo, ella no abre la boca, y cuando se cruza con el pederasta continúa en completo silencio. Solo le dice con la mirada que no parará hasta acabar con él, y le basta con saber que lo ha entendido.

Los medios hoy tienen un día completo; por la mañana, la puesta en libertad de Jonás Bustos, y por la tarde, el velatorio de la pequeña Lucía. Presionados por la opinión pública, las autoridades han acelerado el proceso para que los padres de la niña puedan despedir a su hija cuanto antes. Frente a la comisaría, los reporteros de los programas en directo de la televisión se afanan en encontrar a familiares de detenidos o a funcionarios que les hablen sobre las vivencias del presunto asesino en la comisaría. Muchos de los reporteros rivales son amigos, probablemente hasta compañeros de facultad y de juergas, pero en esos momentos defienden su territorio a empujones, a mordiscos, como haga falta. Los de la prensa escrita y los de los medios digitales están algo más tranquilos y se dedican a discutir sobre el caso que les ocupa.

—Si no se ha podido demostrar que es culpable, tal vez sea inocente — comenta uno de ellos.

—Si dices eso es que no tienes ni puta idea de qué va esto — responde otro—. Bustos es culpable de violar y de matar a esa niña, pero esta mierda de Justicia le va a dejar escapar.

—Alguien debería hacer algo —apunta una tercera.

Álvaro se separa del grupo y busca en la agenda de su teléfono móvil el número de Marta Aguilera.

—Martita, no sé dónde te metes, pero esto está a punto de empezar. Si le sueltan y no estás aquí, vas a tener problemas. Llámame.

La excitación de los periodistas cuando se abren las puertas de la comisaría es igual que la de un grupo de adolescentes cuando sale su grupo favorito al escenario, como cuando abren las puertas de unos grandes almacenes el día que empiezan las rebajas al cincuenta por ciento.

La salida del pederasta, como siempre ocurre en estos casos, es decepcionante. Los reporteros le acosan preguntándole a voces cómo se siente y si está contento con su puesta en libertad, y él recorre los veinte metros que le separan de la seguridad del coche a trompicones, cubriéndose con la chaqueta como puede.

El abogado Macías da otra rueda de prensa improvisada y disfruta de su momento de fama mientras es requerido por las distintas televisiones y radios. Afirma que no hay pruebas contra su cliente y que el verdadero asesino de Lucía Abad sigue libre. Los periodistas le atacan sin compasión y él dice que todos tenemos derecho a una defensa y que solo hace su trabajo.

El espectáculo se acaba a los pocos minutos y la prensa pone rumbo al tanatorio de la M-30. Estarán hasta la noche entrevistando a políticos y a representantes de todos los gremios y recogerán la indignación popular por una muerte tan injusta.

Después de presentar sus respetos a la familia de Lucía Abad, la inspectora Gutiérrez vuelve a casa con la intención de descansar y desconectar, pero ya en el coche se da cuenta de que será muy difícil olvidarse de sus problemas. Al fracaso profesional tiene que sumarle su fracaso como madre. Es consciente de que Sergio se le empieza a ir de las manos, pero no sabe qué puede hacer. Al pasar por delante del hotel de Las Letras recuerda algo y aparca el coche.

El recepcionista la recibe desconcertado:

—Inspectora, ¿cómo usted por aquí?

—Creo que el otro día me dejé un anillo sobre la mesilla. Este martes. No recuerdo la habitación.

—Enseguida lo compruebo.

El recepcionista consulta apresurado en el ordenador y Daniela le observa con recelo. Muestra el típico comportamiento huidizo de los culpables que ella trata a diario.

—Lo siento mucho, inspectora —dice al fin sin atreverse a mirarla directamente a los ojos—. Aquí no hay nada anotado, pero deje que lo consulte con la gobernanta.

—¿Va todo bien? —pregunta la inspectora interrumpiendo la llamada que el recepcionista se disponía a hacer.

—Sí, señora... —responde él nervioso.

—¿Puede mirarme, por favor?

Él obedece con incomodidad.

—¿Qué pasa?

La mirada del recepcionista se desvía hacia un punto indeterminado a la espalda de la inspectora. Solo es una milésima de segundo, pero lo suficiente para que ella capte el mensaje y se dé la vuelta. Aunque solo le ve de refilón mientras entra en el ascensor, le reconoce sin lugar a dudas.

—¿A qué habitación va?

—Inspectora, comprenda que esa información...

—¿Prefiere que vaya preguntando puerta por puerta?

El recepcionista duda agobiado, y al fin se rinde.

—Habitación 42.

En el interior de la habitación 42 se oyen risas de mujer. La inspectora se acerca por el pasillo y llama a la puerta sin precipitación, como si fuera del servicio de habitaciones. El inspector Guillermo Jerez abre la puerta con la camisa abierta y se queda pálido.

—¿Qué haces aquí, Daniela?

—Eres un cabrón.

—¿Quién es, cariño?

A Daniela le duele todavía más descubrir que con quien Jerez se acuesta los jueves tiene veinticinco años menos que ella y trabaja en su misma comisaría.

* * *

Lllaman a la puerta. Son los de las tiendas de ayer, que parecen haberse coordinado y vienen a entregarme mis compras. Les pido a los repartidores que lo metan todo en el cuarto de la plancha y le doy a cada uno cincuenta euros de propina que reciben como si les hubiera tocado la lotería. Mientras reviso el pedido, veo en la tele la salida de Jonás Bustos de la comisaría. Después compruebo mi teléfono y descubro que tengo tres mensajes nuevos: dos de mi amigo Germán diciéndome que no me olvide de la cita a la una y media en la notaría y otro de Álvaro preguntándome por qué no he ido a la puesta en libertad de Jonás Bustos.

Me ducho y me pruebo con una estúpida ilusión toda la ropa que me he comprado. Al terminar, me pongo unos vaqueros y una camiseta, hago mi mochila y me voy a hacer deporte. Mientras aguante, quiero llevar una vida normal. Al llegar al gimnasio me encuentro a los mismos de siempre: grupos de madres, maduritos ocupando las máquinas justo después de ellas, monitores tonteando con alumnas y chavales entrenando duro para merecerse salir en la tele. Veo que va a empezar una clase de boxeo y entro. El monitor, Walter, es un colombiano con el pelo teñido de diferentes colores y cortado en una especie de escalado. Sus sienes recuerdan a un teclado infantil. Dan ganas de apretar a ver si suena un maullido.

—¿Es la primera vez que vienes? —me pregunta Walter.

—No, suelo venir por las tardes. He olvidado mis guantes.

Me presta unos y golpeamos el saco durante media hora. Cuando comprueba que los doce alumnos —ocho hombres y cuatro mujeres— sabemos golpear y protegernos, Walter nos propone disputar unos asaltos y a todos nos parece bien. A mí me empareja con una chica de unos veintitrés años. Es delgada pero fibrosa, y luce con orgullo el tatuaje de un dragón que le ocupa medio brazo. Me mira con suficiencia.

—Solo te marco, no te preocupes.

—Pega si quieres. Para eso hemos venido, ¿no?

Me perdona la vida con la mirada y cruzamos unos golpes. Nos movemos como dos viudas en bailes de salón y yo empiezo a sentir ganas de abrirle la cabeza. Me temo que uno de esos episodios de extrema violencia de los que hablaba el bueno del doctor Oliver está a punto de suceder.

—¿No sabes pegar un poco más fuerte, bonita? Solo te falta darme con la mano abierta y soltar grititos...

La chica se pica y empieza a darme más fuerte.

—Tranquilas —dice Walter.

Yo encajo un directo y un gancho seguidos que apenas siento, y lanzo la izquierda con todas mis ganas. El golpe le da de lleno en el mentón y la hace tambalearse. Aprovecho su confusión para conectar tres golpes más; los dos primeros le dan de refilón, pero el tercero hace saltar su protector bucal y la tira de espaldas, fuera de combate. Walter me sujeta por detrás.

—¿Te has vuelto loca?

De pronto, no sé si a consecuencia de la excitación o del tumor cerebral, lo veo todo negro y me desplomo. Walter se asusta y pretende llamar a una ambulancia. Me toca y, al notar su tacto, me siento todavía peor. Me lo quito de encima diciéndole que estoy bien, que acabo de salir de una gripe y que no debí esforzarme tanto, y dejo la clase a trompicones. Me ducho, me maquillo ligeramente y salgo de allí con mal cuerpo.

Mi amigo Germán me espera en la puerta de la notaría y vuelve a preguntarme si estoy segura de lo que hago. Yo respondo que completamente y subimos. La notaría es un despacho peculiar cerca de la calle Alcalá, decorado con cientos de vacas de todos los colores y en distintos formatos: cuadros, esculturas, tapices, fotos... Después de esperar a que el notario estampe su firma en el préstamo que un banco le concede a una joven e ingenua pareja, pasamos a lo nuestro. Antes de firmar digo que tengo varias condiciones y noto que al comprador —un inversor inmobiliario que lleva frotándose las manos desde que le llamó Germán— se le tensan todos los músculos del cuello. Se relaja cuando aclaro de qué se trata: quiero que la transferencia bancaria se efectúe en el día de hoy —algo que el especulador ya sabía— y que me permita ocupar la casa los próximos dos meses o hasta que encuentre un lugar al que mudarme. A cambio, le cedo los muebles y todo lo que quede en el piso.

Media hora después, Germán y yo ya estamos tomándonos una cerveza en el bar de abajo. Él sigue mirándome extrañado, pero se abstiene de seguir insistiendo, sin duda le he solucionado las pensiones de los próximos cuatro meses. Yo ya estaré muerta y Germán seguirá disfrutando de esta comisión. Me dice que se tiene que marchar a una comida y yo vuelvo a casa. Nada más entrar, recibo una llamada con número oculto.

—¿Quién es?

—¿Marta Aguilera? —La voz al otro lado del teléfono me produce un extraño escalofrío.

—Sí, ¿quién es?

—Jonás Bustos. Si estás interesada en entrevistarme, tiene que ser esta tarde, a las ocho. ¿Tienes dónde apuntar?

Escribo la dirección que me da en un trozo de papel y cuelga sin más. Aunque de verdad fuese inocente y en los medios se esté cometiendo una injusticia haciéndole un juicio paralelo —cosa que dudo—, me cae mal desde el primer momento. Y además me va a hacer coger el coche e ir hasta Hoyo de Manzanares, al chalé que tiene su familia en la sierra de Madrid. El asesino de niñas se ha refugiado allí.

Me olvido de todo lo demás y repaso la biografía de Jonás Bustos para intentar hacerle una buena entrevista. Será el broche a mi carrera y quiero hacerlo lo mejor que pueda. Jonás es el menor de cuatro hermanos de una acomodada familia que llevaba generaciones viviendo en El Viso, el barrio más rico de la capital. Creció bien atendido y feliz y jugó al tenis de manera semiprofesional, pero el verano que iba a entrar en la facultad de Ciencias Políticas fue detenido por la violación de una niña de cinco años, hija de unos vecinos de sus padres a la que conocía desde que nació. Eso puso en el punto de mira a una familia hasta entonces respetada y se tuvieron que mudar a Las Rozas, una localidad del noroeste de Madrid. Desde entonces, Jonás ha estado en tratamiento psiquiátrico. Me paso el resto de la tarde documentándome y solo puedo llegar a la misma conclusión que todos los que están en este mismo momento velando el cadáver de la niña: ese hijo de puta secuestró y violó hasta perforarle el estómago a la pequeña Lucía Abad.

* * *

La inspectora Gutiérrez mira desde su coche la entrada del chalé de la familia de Jonás Bustos, en una acomodada urbanización de Las Rozas. Frente a la casa hay media docena de periodistas intentando conseguir declaraciones, o al menos una imagen del pederasta recientemente puesto en libertad. El resto sigue en el tanatorio por segundo día consecutivo. Hasta mañana, como si se tratara de conseguir hora en la peluquería, no hay hueco para dar sepultura a la niña.

Piensa en el inspector Jerez y en su joven amante. Ella sabía que algo así podría suceder —al fin y al cabo, él es casi veinte años más joven y sigue estando soltero—, pero no se esperaba que fuera a dolerle tanto. Lo más humillante será tener que encontrarse a diario con la joven y guapa agente María Lorenzo. No le cae mal y sabe que es buena profesional y que esto no es culpa suya, pero ahora la odia con todas sus fuerzas. Esta mañana han coincidido en un pasillo de la comisaría y la muy cínica le ha dado los buenos días como si no la hubiera visto en la puerta de la habitación del hotel con la cara desencajada. Le ha costado contenerse.

Un coche entra en la rampa del garaje y vuelven a sucederse las carreras y los empujones. El padre de Jonás Bustos se baja del coche para abrir el garaje deseando haber instalado la puerta automática y solo atina a decir que no hará declaraciones. El señor Bustos es un hombre aún joven al que las aberraciones de su hijo menor le han echado muchos años encima. Encogido de la vergüenza ante el acoso de los periodistas, logra regresar a su coche y desaparece en el interior de la casa. Los periodistas resoplan y siguen con su guardia. Álvaro se separa de sus compañeros para hacer una llamada de teléfono.

—Cariño, lo siento mucho pero no podré acompañarte a esa exposición. De aquí tengo que volver al tanatorio.

—Álvaro... —se queja Cristina al otro lado del teléfono—. ¿Tú sabes lo que me ha costado conseguir las invitaciones?

—Lo sé, pero estoy en Las Rozas y no sé cuánto voy a tardar. Perdóname, te prometo que te compensaré.

La inspectora Gutiérrez detiene su coche junto al periodista y baja la ventanilla. Sale una humareda por ella.

—Perdona. —Mira hacia la casa del pederasta—. ¿Sabes si va a salir o si va a hacer alguna declaración?

—No lo creo —responde Álvaro tapando el auricular—. Algunos dicen que ni está aquí.

La inspectora agradece con un gesto y se marcha tranquila, sabiendo que hoy la vigilancia del monstruo la harán los periodistas por ella.

—Cariño —Álvaro vuelve a su conversación—, me está entrando una llamada de un número que no conozco. Perdóname, de verdad. Te quiero.

—Y yo a ti, aunque esta me la debes.

Álvaro espera no hacerse un lío con los botones, casi siempre termina colgando las dos llamadas.

—¿Sí, dígame?

—¿Álvaro Herrero? —pregunta una áspera voz al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—Soy Serafín Rubio, redactor jefe de *El Nuevo Diario*. ¿Estarías interesado en ser nuestro redactor de Sucesos?

—Sí, claro que sí. —A Álvaro le da un vuelco el corazón—. Pero ¿ese no es el puesto de Marta Aguilera?

—Aguilera es historia. Te quiero mañana a las ocho en punto en la redacción. Si llegas un minuto tarde, se lo doy a otro.

Muchos se asustarían al recibir una primera llamada de su futuro jefe en ese tono, pero Álvaro está feliz. Todos en la profesión saben que Serafín Rubio ladra mucho pero es un buen periodista. Saca su móvil y vuelve a marcar el teléfono de Marta Aguilera. Sigue sin contestar y se extraña.

La inspectora Gutiérrez vuelve a casa pensando en cómo afrontar la conversación que tiene pendiente con su hijo Sergio. No puede seguir mirando hacia otro lado, pero tampoco sabe qué debe hacer. Empezará intentando razonar tranquilamente con él, pero cinco minutos después ya estará gritándole y echándole en cara que le abandonase de pequeño y que nunca se haya preocupado por él.

Al entrar en casa esperaba encontrarse a un Sergio en pie de guerra, pero descubre a un chico desvalido. Sale a recibirla con el mando de la tele en la mano, completamente aterrorizado.

—¿Qué pasa, Sergio? —pregunta Daniela asustada.

—Lo están diciendo en todas las cadenas, mamá.

—¿Qué están diciendo?

Sergio sienta a su madre frente a la tele y busca un canal de noticias. Están terminando de hablar de la puesta en libertad de Jonás Bustos y vuelve a tomar la palabra la presentadora:

«La de Jonás Bustos no ha sido la única polémica del día. Esta misma mañana la Audiencia Nacional ha decretado la puesta en libertad de la etarra Amaya Eiguibar, en prisión desde que en 1995 hizo explotar una bomba en un centro comercial de Madrid que acabó con la vida de diecinueve personas, entre ellas varios menores».

Daniela y su hijo no apartan la mirada de la televisión, incapaces de hacer ningún comentario. En la pantalla vuelven a ver las imágenes del

destrozo causado por la bomba de treinta kilos de amonal, cien litros de gasolina, escamas de jabón y pegamento hasta sumar ciento ochenta kilos de carga explosiva.

«La derogación de la doctrina Parot vuelve a causar controversia — comenta el reportero que aparece en un recuadro de la imagen—. Amaya Eiguíbar, alias *Katu*, cuyas condenas suman casi tres mil años de cárcel, saldrá a la calle tras haber cumplido únicamente veintiuno. La Sala de lo Penal ha aceptado el requerimiento de su abogado y se espera que regrese a Hernani en los próximos días. La Asociación de Víctimas del Terrorismo ha calificado de inadmisibles estas decisiones y exige que se adopten medidas para evitar las celebraciones en la localidad natal de la terrorista.»

Daniela aún se queda un par de minutos sin reaccionar, con la mirada clavada en la tele a pesar de que han pasado a la información internacional.

—No pueden hacer eso, ¿verdad, mamá? —Sergio habla al fin—. No pueden soltar a una asesina así como así.

—No lo sé, Sergio.

—¡Esa hija de puta mató a papá y a David!

Sergio tira el mando contra la pared y se encierra en su habitación dando un portazo. Daniela sale a la calle y, por primera vez desde hace ya muchos años, entra en un bar y se toma una copa.

* * *

No sé por qué, nunca me ha gustado el juego, pero ya que tengo que ir a Hoyo de Manzanares a entrevistar a Jonás Bustos y no me va a dar tiempo a conocer Las Vegas, he decidido que a la vuelta pararé en el Casino de Torreldones. Sigo queriendo gastarme mi dinero y no se me ocurre otra manera mejor. Mientras me arreglo delante del espejo sonrío pensando que, aunque mi intención es perder, lo más seguro es que salga de allí con ganancias. Esas cosas pasan y todavía nadie ha encontrado una razón científica. Estreno un vestido de Carolina Herrera, unos zapatos de Magrit y, cuando me estoy poniendo los pendientes, me doy cuenta de lo bien que me quedaría la pulsera de Fiona Hansen que me regaló mi exnovio la noche que le dejé. Pensaba esperar unos días y devolvérsela por correo, pero la miro dentro de su caja y no me puedo resistir. Nadie tiene por qué enterarse de que la he estrenado.

Contesto la tercera llamada de Álvaro cuando intento arrancar mi Peugeot 207, que apenas ve la luz del día y que me va a hacer llegar más de una hora tarde —si es que llego— a hacer mi última entrevista como periodista. Me pregunta asustado qué ha pasado y por qué le ofrecen a él mi puesto, y yo le explico que me he despedido porque necesito tomarme un tiempo. Le felicito por el trabajo y le digo que ya me invitaré a algo y se lo explicaré con calma, que ahora me coge en un mal momento.

Informo al de la grúa de que ya tuve problemas con la bomba del gasoil, que a lo mejor es eso, y él me dice que no, que lo he dejado sin batería. Conecta una batería portátil a mi coche y, después de un par de intentos fallidos en los que el motor se queja tras tantos días de inactividad, tose una bocanada de humo.

Cojo la carretera de La Coruña escuchando un viejo CD de Antonio Vega pasadas las nueve y veinte de la noche. Estoy a punto de pararme directamente en el Casino y olvidarme de Jonás Bustos para siempre, pero dejo atrás los desvíos hacia Pozuelo, Majadahonda y Las Rozas y salgo por el de Torreldones. El GPS del móvil me indica que tengo que coger una carretera serpenteante, en el puro campo, hasta llegar, unos kilómetros después, a Hoyo de Manzanares, un bonito pueblo con chalés modernos mezclados con antiguas casas de piedra. Atravieso el pueblo y me adentro en la maraña de calles de una urbanización. Cuando al fin doy con la que busco, no logro descifrar en el papel donde tengo apuntada la dirección si el pederasta me espera en el número 26 o en el 76.

En la primera de las dos viviendas que localizo hay unas niñas de unos ocho años saltando a la comba en el jardín. No creo que las familias de la urbanización hayan decidido traer a sus hijas para darle la bienvenida al nuevo vecino. Estoy a punto de llamar a la puerta para avisar a los padres de las criaturas del peligro que las acecha, pero finalmente no lo hago. En la segunda de las casas veo a Jonás Bustos despidiéndose en la puerta de un colombiano con pinta de camello que viste una llamativa chaqueta roja. Me sobreviene una repentina arcada. Espero hasta que el camello se marcha para bajarme del coche.

—Habíamos quedado a las ocho y son casi las diez —me dice con desdén.

—Perdóname —digo con cara de inocente—. He tenido un problema con el coche y después me he perdido.

Me desnuda con la mirada pensando que me he arreglado tanto para verle a él y finalmente me deja entrar. El interior de la casa es como me imaginaba que serían todas las casas de campo: con robustos muebles de madera, cabezas de animales disecados colgadas en la pared, alfombras y un viejo televisor junto a la chimenea. Jonás Bustos es alto y desgarrado, de ojos minúsculos y mirada huidiza, un lobo con piel de cordero. Su frente está plagada de espinillas, la mitad de ellas reventadas o a medio reventar, y algunas supuran un líquido blanquecino. Su pelo está pegado a la cabeza, sucio, como si hiciera tres días que se lo embadurnó con gomina y ahora solo se lo moja esperando que el gel siga haciendo su efecto. Su cuello es delgado, con una nuez prominente que sube y baja cada vez que abre la bocaza. Mi rechazo hacia este tipo se acrecienta cuando me tiende su sudorosa y flácida mano. Tengo otra arcada que me sale de las entrañas.

—¿Te pasa algo? —me pregunta asqueado.

—Nada. ¿Dónde hacemos la entrevista?

Nos vamos a la mesa de la cocina, de madera como todo lo demás. He puesto el modo avión en mi iPhone para que nadie nos moleste y le grabo con él. El violador y asesino de niñas fuma compulsivamente y va media docena de veces al cuarto de baño a probar la mercancía del camello. No puedo concentrarme y le hago una entrevista de mierda, la misma que le harían todos los malos periodistas del mundo. Mi último trabajo no lo estudiarán mis futuros colegas en la facultad.

—¿Dices que hubo maltrato policial? —pregunto sin interés.

—Esa inspectora me ha estado acosando desde el primer día. Hoy mismo me ha amenazado en comisaría.

—¿Y por qué no lo has denunciado allí?

—Como si eso sirviera de algo. Prefiero denunciarlo en tu periódico. Me ha dicho que le daba igual que fuese inocente, que ella tenía que detener a alguien. Y me ha tocado a mí.

Por un segundo me quedo en blanco y al fin le clavo la mirada intentando mostrarle todo mi desprecio, todo mi asco y mi repulsa, como me enseñaron a hacer en el curso de interpretación que me regaló un exnovio hace años.

—Nadie cree que seas inocente. Y yo tampoco. Cada vez estoy más segura de que secuestraste a esa niña y la reventaste por dentro antes de ahogarla con esas manos de hijo de puta.

Jonás Bustos me mira sorprendido. Empieza a sudar y yo sigo el recorrido de una gota que sale de su frente y termina en la sien izquierda

arrastrando hasta ella pedacitos de piel y pus de sus espinillas. Se me empiezan a revolver seriamente las tripas.

—¿Qué mierda de periodista eres tú? —dice con rabia—. ¿Quieres que te demande por calumnias?

—¿Qué hacías cerca de casa de la niña esa misma tarde?

—Fui a echar gasolina, puedes comprobarlo. Y además, mucho antes de que se la llevaran. Soy inocente, no hay ninguna prueba contra mí.

No hago más que observarle y me detengo en la lengua con la que chupó a la pequeña Lucía y que no hace más que entrar y salir de su boca, en los restos de saliva seca pegados en la comisura de sus labios, en el moco blanquecino que asoma de su fosa nasal izquierda..., y vomito sobre la mesa.

—¿Qué coño haces? —Se levanta como si mi vómito fuese radiactivo.

—Perdona —digo—. Voy a lavarme al baño y me marchó. Ya hemos terminado la entrevista.

Cojo mi móvil y lo guardo en el bolso sin saber que sigo grabándolo todo. En el baño me lavo la cara y me enjuago la boca a toda prisa. Tengo que marcharme inmediatamente de aquí, cada vez me encuentro peor. Cuando salgo del baño veo la puerta del garaje abierta. Enciendo la luz y compruebo que dentro hay aparcado un Volkswagen Golf blanco. Tengo otra arcada pero ya no me queda nada que echar. Rodeo el coche observándolo con todo detalle. El pederasta entra cuando yo curioseó el maletero.

—¿Qué cojones estás haciendo? —Se pone agresivo—. ¡Me lo has puesto todo perdido, ya te puedes estar largando!

—¿Fue en este coche? ¿En él te llevaste a Lucía?

Veo la incomodidad en su mirada y empiezo a notar una enorme presión en mi cabeza. Juraría que mi tumor acaba de crecer un centímetro. Se me nubla la vista y tengo que apoyarme en el coche para no desmayarme.

—Aunque fuera así, no hay pruebas.

—¿Te crees que te vas a ir de rositas?

—Eso parece, sí —alardea—. Lárgate o te saco yo, puta.

Al notar su tacto en mi piel estallan cientos de nervios a lo largo de todo mi cuerpo. Le empujo con todas mis fuerzas y él cae de espaldas contra el coche. Me mira con los ojos centelleantes, como si estuviera esperando algo así para tener una justificación y poder atacarme.

—Te vas a enterar, zorra de los cojones —escupe desquiciado.

—¿Me vas a violar o solo te empalmas con niñas pequeñas, puto degenerado? —pregunto retándole y poniéndome en guardia.

El pederasta sonríe sobrado y viene a por mí, pero yo le recibo con la misma combinación con la que tumbé a la chica en el gimnasio. Su segundo ataque es más violento y, aunque consigo conectar un par de golpes, recibo un fortísimo puñetazo en la mandíbula que me hace caer de espaldas. En un segundo le tengo encima.

—¿Quieres que te cuente cómo reventé a la niña, puta?

Intento zafarme pero me resulta imposible, estoy totalmente inmovilizada. Busco algo con lo que defenderme y percibo el frío acero de una llave de tubo de unos veinte centímetros de longitud. Está a punto de escaparse rodando pero consigo alcanzarla y, como si alguien guiara mi brazo, se la hundo en el cráneo hasta hacer tope con mi puño. Un chorro de sangre atraviesa la herramienta y sale disparado hacia mi cara como si de una fuente posmodernista se tratara, y Jonás Bustos, el violador y asesino de la niña Lucía Abad, se desangra por la cabeza en el suelo del garaje, con los ojos muy abiertos y brillantes, junto al coche que le llevó en busca de una inocente.

Salgo de allí una hora después, pero no logro recordar qué he hecho en todo este tiempo. Tal vez solo me haya desmayado. Al mirarme en el espejo de mi coche, veo que estoy cubierta de sangre y descubro con horror que no llevo puesta la pulsera de Fiona Hansen.

—Mierda...

La busco entre mi ropa y en el suelo del coche desesperadamente y, por suerte para mí, la encuentro enganchada a mi vestido. Tiene el cierre roto, seguramente a causa de la pelea. La guardo en el bolso tratando de tranquilizarme, arranco el coche y desaparezco calle abajo.

Mientras conduzco, pienso a toda prisa y decido que tengo que deshacerme de la ropa. Al salir del pueblo, de vuelta a Torreldones, me desvío por un camino de tierra, avanzo un par de cientos de metros y me bajo del coche. A mi alrededor solo hay campo. Oigo los mugidos de unas vacas en la distancia, o tal vez sean toros bravos. Debo darme prisa.

En el maletero del coche encuentro una bolsa del gimnasio que puede llevar allí abandonada varios meses, pero me servirá. Después me desnudo y me lavo con el agua de una garrafa de cinco litros que no recuerdo cómo ha llegado ahí e impregno la ropa con varias botellitas de güisqui y de ginebra que una vez guardé en la guantera. La visión del fuego me serena, pero me da

una rabia tremenda ver cómo arde mi Carolina Herrera. Aun así, jamás pensé que me sentiría tan bien después de matar a alguien.

Al llegar a casa limpio el coche, me deshago de la ropa del gimnasio y me doy una ducha de más de una hora. Por primera vez desde que sé que algo crece por su cuenta dentro de mi cabeza, consigo dormir en paz.

* * *

Nicoleta anoche atendió a cinco clientes a cuarenta euros cada uno, tres de ellos en el coche. No está en condiciones de cobrar sus tarifas habituales de Grace Kelly. El dinero que ganó lo invirtió en heroína y en las comisiones de las chicas que le permitieron colocarse junto a ese portal de la calle Montera. Y todavía tuvo que pedirle más a un rumano de la organización de Cornel Popescu al darse cuenta de que lo que le quedaba lo había perdido o se lo habían robado.

Sale de la ducha y se pone una buena cantidad de vaselina en el ano; dos de los clientes pidieron griego y no fueron demasiado cuidadosos. A ella no le gusta, nunca le ha gustado, pero los hombres tienen una enfermiza fijación por darles por culo a las chicas. Siempre ha pensado que tal vez le gustaría si lo hiciera por voluntad propia con un hombre del que estuviera enamorada, pero nunca se ha dado el caso.

Saca su libreta del bolso y apunta los doscientos euros que han incrementado su deuda. Pasó de quince mil quinientos a quince mil novecientos, y hoy ha quedado fijada en dieciséis mil cien euros, todavía muy lejos de recuperar su libertad y poder regresar con su familia. Busca dentro del bote de café y en el fregadero, pero allí ya no hay rastro del dinero que le dejó la periodista. Ha volado y lo peor es que no recuerda cómo.

Nicoleta piensa una vez más en escaparse lo más lejos posible y esconderse hasta que la encuentren y la maten, pero recuerda como si fuera ayer lo que le dijo el primer proxeneta que compró su deuda:

«Vas a tener libertad de ir y venir, Nicoleta, pero si no regresas o hablas con tu familia o con la Policía, te encontraremos y te mataremos, y entonces tu deuda pasará a tu hermana Alina.»

«Dejadla en paz, por favor —suplicó Nicoleta—. Solo tiene diez años.»

«Hay mucha clientela para niñas de su edad, mucha más de la que te imaginas.»

Nicoleta piensa en Alina. Ahora solo faltan unos meses para que cumpla dieciséis años y puede que ya la hayan atrapado y haya iniciado el mismo camino que recorrió ella, pero también puede que no. Por primera vez supera el terror con el que la someten, busca papel y bolígrafo y escribe dos cartas. La primera de ellas en el mismo tono que las que la obligan a escribir cada pocos meses desde que fue secuestrada y que pronto vendrá a reclamar un rumano de la organización:

Querida madre:

Le escribo desde Londres, donde estoy en la fase final de un casting para una conocida marca de champú. Las chicas aquí son guapísimas, por lo que lo tendré muy difícil para conseguir el contrato, pero me servirá para hacer contactos. La carrera que he elegido es dura, como me dicen mis representantes. Lamento no poder enviarle dinero más a menudo, pero todo se va en gastos de viajes y representación. Aun así, vivo bien y no me falta de nada. Espero que a usted tampoco. Si Dios quiere, volveremos a vernos pronto. Dé besos a mis hermanos y sobrinos y otro muy fuerte para usted, para padre y para los abuelos. Volveré a escribirle pronto. Rece por mí.

Nicoleta

Mete la carta en el sobre, coge aire y escribe la segunda:

Querida Alina:

No creas nada de lo que le digo a madre en mis cartas. Siento mucho no haber regresado desde que marché de Sibiu, pero las cosas no han resultado tan bien como yo esperaba. Nunca pisé una pasarela ni un plató de televisión, todo era mentira. Tal vez algún día volvamos a encontrarnos, pero para eso tienes que aprenderte bien esta carta y destruirla después sin hablar de ella con nadie. Márchate, márchate lejos, Alina. Olvídate de todos y coge un tren que te aleje de ese lugar. Nunca confíes en nadie que diga conocerme o te hable en mi nombre, porque solo querrán hacerte daño. Te entregarán a hombres día y noche sin importarles la edad que tengan o si te resultan vomitivos. No te despidas y escóndete lo mejor que puedas, por favor. Si el hombre que me llevó a mí o cualquier otro se acerca a ti, solo corre.

Tu hermana que te quiere,

Nicoleta

Cierra el sobre y escribe «Para Alina Serban» junto a la dirección de la cafetería Baraka, en la calle Balea de Sibiu. Si sigue en pie y con los mismos dueños, ellos sabrán dónde localizar a su hermana. Antes de salir a echar la carta, se prepara un café, pero apenas le da un par de sorbos cuando descubre la bolsita de heroína dentro de su bolso. Entonces se olvida de todo lo demás.

Coloca una considerable cantidad en la cuchara, la empapa con agua y la calienta sobre la llama de una vela. Cuando empieza a hervir, recoge la mezcla blanquecina con su jeringuilla y se la inyecta en el tobillo para ocultar las marcas lo mejor posible. El calor llega a todos los rincones de su cuerpo en unos pocos segundos y los ojos de Nicoleta giran ciento ochenta grados.

En otras ocasiones el chute le sienta bien, hace que se olvide de lo que es y de cómo llegó a estar donde está, pero hoy Nicoleta tiene un mal viaje. La ropa le roza el cuerpo y se tiene que desprender de ella porque siente que le está lacerando la piel. Va al baño a echarse agua por encima, desnuda y tambaleante, y se queda veinte minutos odiando lo que ve reflejado en el espejo. Busca una cuchilla y decide quitarse esas tetas que la obligó a ponerse aquel político italiano que al poco tiempo la cambió por otra más niña y más guapa que ella.

Nicoleta va tan drogada que apenas siente la incisión, y solo se desploma cuando ya se ha sacado un implante y la sangre inunda el lavabo.

* * *

A la inspectora Gutiérrez le molesta el sol a pesar de las oscuras gafas que lleva y se pierde al llegar a Hoyo de Manzanares, pero al entrar en la urbanización enseguida encuentra la casa. Hoy había decidido quedarse con Sergio hasta la hora del entierro de Lucía Abad e intentar asimilar con él la puesta en libertad de la asesina de su marido y de su hijo mayor, pero, nuevamente, ha surgido algo más importante.

Los policías municipales que recibieron la llamada de una vecina que encontró abierta la puerta del chalé de los Bustos contienen a los vecinos cotillas y a los periodistas que ya se han congregado en el lugar. Álvaro la ve llegar y corre a su encuentro, adelantándose a sus compañeros. La aborda cuando apenas ha puesto un pie en la calle.

—Tiene que hacerme un favor, inspectora. Hoy es mi primer día en *El Nuevo Diario* y tengo que llevar algo. —Álvaro la mira suplicante—. Hoy por

ti y mañana por mí, ¿qué me dice?

—De momento, sé lo mismo que vosotros.

La inspectora Gutiérrez se abre paso entre los periodistas, enseña su placa a los agentes y llega a la puerta principal tras recorrer un pequeño sendero de piedras blancas. Camina contenida, no quiere hacerse ilusiones hasta que le confirmen la noticia con la que la han despertado esta mañana. Al entrar en la casa se encuentra con un policía contándole por teléfono a su mujer lo que ha descubierto, superado por la situación. Espera a que cuelgue mientras se hace una composición de lugar.

—Inspectora Gutiérrez —dice volviendo a sacar su placa—. ¿Qué ha pasado?

—Una carnicería —responde el policía—. Jonás Bustos está muerto.

—¿Está seguro de que es él?

—Completamente. Ayer mismo le vi en la tele y no se me olvida esa cara.

La inspectora al fin respira aliviada. No podrían decirle nada mejor. Muchas niñas dormirán tranquilas hasta que aparezca otro depravado con el mismo desperfecto en su cerebro.

—¿Puedo verlo?

—No es plato de buen gusto.

—Lo soportaré.

—Como quiera. Por aquí.

La inspectora sigue al policía por el pasillo hasta llegar a la puerta del garaje. Se cruza con dos agentes jóvenes a los que parece haberseles atragantado el desayuno. El que hace de guía se detiene antes de entrar y le muestra el camino.

—Yo ya lo he visto una vez y tengo suficiente.

A pesar de que deseaba contemplar su cadáver desde hace varios días, lo que la inspectora ve le hace sacar un pañuelo y llevárselo instintivamente a la boca. El forense y varios fotógrafos de la Policía rodean un Volkswagen Golf blanco cubierto de sangre. Jonás Bustos está boca arriba sobre el capó, destripado. En un primer vistazo solo puede distinguir una protuberancia metálica que le sale de la cabeza, como si fuera la macabra representación de un unicornio. El médico forense se acerca a ella.

—¿Causa de la muerte? —pregunta la inspectora sin dejar de cubrir su boca y su nariz con el pañuelo.

—Le clavaron una llave de tubo en la frente. Una vez muerto, le destriparon hasta arrancarle sus órganos sexuales y posteriormente se los

metieron en la boca.

—Ni yo lo habría hecho mejor. ¿Hay huellas?

—En ello estamos, pero parece que han limpiado bien todo esto. El chico estaba puesto hasta las cejas —añade el forense—. Hay restos de cocaína por toda la casa. Por aquí han pasado varios camellos.

—¿Un ajuste de cuentas?

—Eso no me toca averiguarlo a mí. —Coge una pequeña bolsa de pruebas y se la tiende—. Hemos encontrado esto junto a una de las ruedas del coche.

La inspectora observa el pequeño objeto que le muestra el forense y le mira desconcertada.

—¿Un tornillo? ¿Qué tiene de especial un tornillo?

—Deberías mandarlo analizar, pero creo que es de oro blanco. Si no estoy equivocado, pertenece a algo que vale mucho dinero.

—¿Algo como qué?

—Si tuviera que apostar, yo diría que a un reloj.

La inspectora se guarda la bolsita con cuidado en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Hora de la muerte?

—Entre las once y las doce de la noche, aproximadamente.

Cuando la inspectora regresa al salón, se encuentra con Joaquín Macías, el abogado de la ahora víctima.

—¿Se sabe ya quién ha sido?

—No me explico quién querría hacerle esto a su cliente, abogado. —La inspectora se toma su pequeña venganza—. Al final, habría estado mejor en la cárcel, aunque no sabemos cuánto tiempo más habría durado.

—Ayer le dio una entrevista a una periodista. —El abogado evita entrar al trapo—. Jonás me dijo que habían quedado aquí a las ocho.

—¿Sabe cómo se llama?

—Marta Aguilera, de *El Nuevo Diario*.

La inspectora Gutiérrez se detiene al comienzo del camino de piedras y deja entrar en la zona acordonada por la Policía al joven periodista.

—¿Dónde dices que trabajas?

—En *El Nuevo Diario*, desde hoy —responde Álvaro.

—¿Has venido con Marta Aguilera?

—No, la estoy sustituyendo, Marta se despidió hace unos días, ¿por qué?

—¿Por qué se despidió?

—Eso pregúnteselo a ella. ¿No me va a dar nada?

—Le cortaron los cojones y se los metieron en la boca.

La inspectora Gutiérrez atraviesa la barrera de periodistas sin prestar atención a sus preguntas. Cuando decide que no le va a dedicar demasiado tiempo a esta investigación, siente lo mismo que el abogado Joaquín Macías cuando consiguió que pusieran a ese depravado en la calle: nada.

Va al entierro de Lucía Abad con otro ánimo. Se mezcla con las hordas de ciudadanos indignados y celebra con todos la noticia de la muerte del violador y asesino de niñas.

* * *

Me despierto a las diez de la mañana, después de dormir más de nueve horas y sintiéndome más sana que nunca. Hacía meses que no descansaba así, probablemente desde que mis células decidieron empezar a mutar para acabar conmigo. Pongo la tele y veo en directo el entierro de Lucía Abad y una conexión con Hoyo de Manzanares, pero todavía no tienen claro qué ha pasado. Cojo mi teléfono y busco la grabación de mi entrevista con Jonás Bustos. Para mi sorpresa, dura una hora y cincuenta minutos.

Después de matar al pederasta hay un silencio de más de siete minutos en el que solo se oye mi respiración, igual que la del copiloto alemán Andreas Lubitz antes de estrellar su avión en los Alpes. Después, sonidos que me hacen recordarlo todo con nitidez; busco un cuchillo para extirparle su miembro y se lo meto en la boca. Más tarde borro mis huellas con dedicación, deteniéndome en cada detalle. En la cocina pienso que el vómito debería dejarlo como marca personal, como el asesino de la baraja dejaba sus naipes, pero finalmente cambio de opinión y también lo limpio. La grabación se detiene cuando me dispongo a fotografiar mi obra.

Está claro que he perdido la cabeza, pero sorprendentemente no me siento mal. Intento comprender qué me pasa, por qué no estoy desolada después de haber asesinado y destripado a un hombre. Probablemente mi glioblastoma multiforme haya empezado a tomar el control de mi cerebro, pero yo estoy encantada por haber librado al mundo de una escoria semejante, como si hubiera comprendido al fin el sentido de la vida y realmente hubiera nacido para esto. Y lo peor de todo es que rememoro los detalles de mi crimen con sumo placer. Lo lógico hubiera sido llamar a la Policía, al fin y al cabo le

maté en defensa propia, pero ahora recuerdo que no lo hice porque deseaba con toda mi alma profanar su cadáver como él había hecho con el de la pequeña Lucía.

—Joder, soy una puta chiflada... —Debería estar asustada, pero no logro borrar la sonrisa de mi cara.

Hago una copia de la grabación y edito la parte en la que insulto a Jonás Bustos y vomito, para retomar cuando le digo que hemos terminado. Transcribo la entrevista añadiendo detalles de mi propia cosecha y se la mando junto a la grabación editada a Serafín Rubio, zanjando mi relación profesional con *El Nuevo Diario* y agradeciéndole que haya contratado a Álvaro Herrero.

Cuando la inspectora Gutiérrez y su ayudante llaman a mi puerta, yo podría operar a corazón abierto y no me temblaría el pulso.

—¿Marta Aguilera? —Me enseña su placa con un gesto mecánico—. Soy la inspectora Gutiérrez y él, el agente Martos, ¿podemos hacerle unas preguntas?

—Supongo que sobre la muerte de Jonás Bustos, ¿no? —Trato de mostrarme impresionada—. Lo están diciendo en la tele.

—Si nos deja pasar, podremos hablarlo tranquilamente.

Nada más entrar, en un alarde de profesionalidad, la inspectora recorre con la mirada toda mi casa en unos pocos segundos. Me fijo en ella y me invade una extraña sensación de cercanía, una especie de apego que no debería sentir por quien tiene como objetivo encerrarme lo poco que me queda de vida. El olor a alcohol y a tabaco que emana y la profunda tristeza que desprenden sus ojos me dicen que estoy ante una mujer tan fría por fuera y destrozada por dentro como yo. No sé si es porque me veo reflejada o simplemente porque al ser ella policía y yo asesina nuestros destinos han quedado unidos para siempre, pero noto que se crea un vínculo entre nosotras. La inspectora Gutiérrez también parece haber percibido algo extraño y me observa con curiosidad, en completo silencio. El agente Martos, incómodo al no tener ni idea de qué está pasando, carraspea y yo reacciono.

—¿Quieren tomar algo?

—¿Cuándo vio por última vez al señor Bustos? —La inspectora va al grano.

—Ayer mismo. Fui a entrevistarle a su casa de Hoyo de Manzanares.

—¿A qué hora?

—Empezamos sobre las ocho y veinte. Habíamos quedado a en punto, pero me perdí en la urbanización —aclaro tranquila—. Me marché de allí a eso de las nueve de la noche, a las nueve y cuarto como mucho.

—¿Fue usted sola, sin fotógrafo ni nada? —interviene el agente Martos.

—Sí, así lo había exigido él. ¿Cómo ha muerto? En la tele todavía no lo saben.

—¿Qué le dijo en la entrevista?

—Nada nuevo; que era inocente de la violación y asesinato de Lucía Abad y que una inspectora de Policía, supongo que usted, no dejaba de acosarle.

—¿Podemos escuchar la grabación? Porque lo habrá grabado.

—Ya se la he mandado a mis jefes y es a ellos a quienes tiene que pedírsela, inspectora —sigo muy segura de mí misma—. Ya sabe cómo se ponen con estas cosas.

—Entiendo —dice ella frunciendo el ceño—. ¿Qué hizo después de dejar la casa del señor Bustos?

—Vine aquí a trabajar. Pocas veces se tiene la oportunidad de hacer una entrevista como esa. Y más, visto lo visto.

La inspectora afila su mirada, pero enseguida la desvía para ver sobre la mesa el portátil abierto e informes y apuntes del asesinato de Lucía Abad. Eso y la tranquilidad que muestra una mujer aparentemente frágil, con una carrera universitaria y sin antecedentes penales, corre a mi favor.

—¿Estuvo sola toda la noche? —insiste Martos.

—Sí. Ya les digo que tenía trabajo.

—¿Por qué fue usted si había dejado el periódico?

—Acordé con mi jefe que me marcharía después de hacer la entrevista. Se llama Serafín Rubio.

—No es normal que alguien deje un trabajo como el suyo en los tiempos que corren.

—No me sienta bien ver muertes y miseria y necesito tomarme un tiempo. —Me sorprendo a mí misma por mi cinismo—. Puede que escriba una novela.

—¿Qué le ha pasado en la cara? Parece que tiene un golpe.

—Lo tengo, inspectora... —Señalo hacia una esquina del salón, donde están colgados mis guantes de boxeo Everlast de color rosa—. Hago boxeo un par de veces por semana y ayer a una compañera y a mí se nos fue un poco de

las manos. Puede preguntar en el gimnasio que hay en la esquina, dimos un buen espectáculo.

La inspectora hace una pausa que me llega a incomodar y saca una pequeña bolsa transparente con un diminuto tornillo en su interior.

—¿Reconoce esto?

—No —respondo aturdida—. ¿Debería reconocer un tornillo?

—Es de oro blanco y pertenece a una joya de muchísimo valor.

El cierre de la pulsera. Maldita sea. Mi mirada se desvía hacia mi bolso, que está sobre la mesa y en cuyo interior está la pulsera de Fiona Hansen con el cierre roto.

—Me encantaría poder permitirme algo así —digo al fin tratando de mantener la calma—, pero el sueldo de periodista no es demasiado alto.

—Coja la bolsa y mírelo con calma, señorita Aguilera.

Si no fuera porque pertenezco a ese dos por ciento de personas impasibles, lo que me ha causado tantos problemas en mi vida social, la bolsa temblaría en mis manos y la inspectora sabría que estoy mintiendo.

—No, ya le he dicho que yo no tengo joyas así.

La policía cruza la mirada con su ayudante, recupera la bolsa y noto que me descartan como sospechosa. Saca una tarjeta de visita de su cartera y me la entrega.

—Ahí tiene mi teléfono, por si recuerda algo. Que tenga suerte con su novela.

Miro por la ventana y veo que, nada más salir del portal, los policías se dirigen hacia el gimnasio para confirmar que el golpe de mi cara realmente me lo hice boxeando y no peleando a muerte con Jonás Bustos. A los diez minutos los veo regresar sobre sus pasos, subirse en un coche negro y marcharse.

Salgo de casa y camino sin rumbo por la ciudad. Al cabo de una hora deambulando me doy cuenta de que estoy en Gran Vía, muy cerca de casa de Nicoleta. Nunca antes había necesitado calor humano, pero hoy, no sé por qué, quiero pasar un rato con algo parecido a una amiga. Estos sentimientos, novedosos para mí, me desconciertan.

Cuando estoy llamando a su telefonillo, se me acerca una señora.

—¿Por quién pregunta?

—Por Nicoleta Serban. Es una chica rubia, muy guapa...

—Sí, sé quién es —me interrumpe—. Una pobre desgraciada. Se la llevaron al hospital.

—Al hospital, ¿por qué?

—Intentó suicidarse.

A mí me coge por sorpresa y la señora se da cuenta de cuánto me impresiona. Me mira con recelo, seguramente pensando que soy otra prostituta como ella.

—¿Es amiga suya?

—Sí. Bueno, soy amiga de su familia.

—¿Qué hacemos con el alquiler? Porque yo soy su casera y, si no va a ocupar más el piso, tiene que dejarlo libre.

—Le pagaré un mes por adelantado. ¿Tiene llaves de la casa?

La señora cede tras dudar lo que tardo en sacar mi cartera y me deja entrar en el estudio de Nicoleta. Hay un reguero de sangre seca y de pisadas, probablemente de los médicos, que van desde la entrada hasta el baño.

—Menos mal que la del segundo la oyó pedir ayuda y llamó a la Policía, que si no se queda en el sitio —dice la casera.

—Ya me encargo yo, gracias.

—¿También de limpiarlo? Porque si esto se deja así mucho tiempo termina oliendo toda la casa.

—Estará limpia antes de que huela, no se preocupe.

La casera me mira a través de la puerta y se marcha. Entro en el baño con cuidado de no mancharme. El lavabo en el que habitualmente le dejo el dinero está inundado de sangre. Abro el grifo y pienso en limpiarlo yo misma, pero la idea desaparece de mi cabeza en un par de segundos. Recorro la casa y compruebo que está en orden. Sobre la mesa del salón encuentro dos cartas en rumano; una de ellas está en un sobre en blanco y la otra va dirigida a Alina Serban. Las convierto al castellano con un traductor *online*, saco una fotografía con mi móvil y me guardo la dirigida a Alina en el bolsillo de la chaqueta. Antes de irme también saco fotos del baño y del salón y escondo dos mil euros en el mismo bolso en el que encontré el recorte de periódico.

Cuando salgo a la calle lo primero que hago es buscar un estanco, comprar los sellos y echar la carta de Nicoleta a un buzón de Correos deseando que llegue a tiempo y Alina pueda escapar. Hago un par de llamadas y no me cuesta averiguar que Nicoleta Serban está ingresada en el Hospital Universitario de la Princesa.

—¿Es usted familiar? —me pregunta el médico de Urgencias censurándome con la mirada.

—Lo más parecido, amiga de la familia. Podríamos decir que sí.

—Nicoleta es adicta a la heroína, ¿lo sabía?

—Sí —asiento pesarosa—. Está intentando desengancharse, pero de vez en cuando tiene recaídas. ¿Se ha cortado las venas?

—Se ha mutilado un pecho. Se arrancó el implante con sus propias manos bajo los efectos de la droga.

Voy impresionada hasta la habitación que me indica el médico —donde solo podré visitarla durante media hora— y allí encuentro a Nicoleta tumbada en la cama, sedada, guapísima. Vuelve a parecerse a Grace Kelly. El vendaje alrededor de su pecho está empapado en Betadine y le mancha la parte izquierda del pijama de hospital. Cojo su mano y ella abre los ojos pesadamente. Me mira y sonrío con esfuerzo.

—La periodista...

Eso es lo único que consigue decir antes de volver a perder el conocimiento, pero permanezco a su lado apretándole la mano hasta que me marchó media hora después. En la puerta del hospital me da un vuelco el corazón al reconocer sin lugar a dudas a alguien sobre quien ya he buscado información en Internet: Cornel Popescu. Fuma mientras charla con un gigante de casi dos metros y más de ciento cincuenta kilos. Yo saco un cigarro y me acerco a ellos todo lo que puedo.

—Hay que venderla cuanto antes, Yurik —le dice con total frialdad el proxeneta a su guardaespaldas en un correcto español con acento rumano.

—Todavía puede hacernos ganar mucho dinero, Cornel —responde Yurik conteniendo la voz con un acento que suena a ruso—. Sigue siendo la mejor.

—Ahora está tullida, no sirve para nada.

—Puede volver a operarse.

—No va a hacer más que darnos problemas. Habla con Sorin antes de que se salga con la suya y termine lo que ha empezado.

El ruso asiente y ambos entran en el hospital. Yo me quedo paralizada, horrorizada por lo que acabo de escuchar. Hasta este momento no había sido consciente de la terrible existencia que ha llevado Nicoleta. Entonces veo claro cómo devolverle el favor que me hizo librándome de aquellos dos pandilleros. Me he sentido extrañamente bien matando y mentiría si dijera que no quiero volver a hacerlo. Como afirmaba Dexter, «Matar engancha, y nadie

llora la muerte de un villano». Cornel Popescu se merece morir tanto como Jonás Bustos, y algo me dice que a mí me corresponde hacer justicia.

La ley del talión.

CORNEL Y NICOLETA

La muerte de Jonás Bustos, o tal vez solo sea mi tumor, ha liberado recuerdos que tenía ocultos en lo más recóndito de mi cerebro. Cuando alguien olvida algo así, solo puede ser por vergüenza, por dolor o por miedo. No sentir vergüenza ni dolor fue precisamente lo que me hizo tener miedo, miedo de mí misma.

Sucedió un caluroso día de final de verano. Acababa de cumplir doce años y, mientras mi madre veía en la tele *Santa Bárbara*, su telenovela favorita, yo decidí ir a darme un baño. Pero para llegar al río tenía que pasar obligatoriamente por las vías del tren, el dominio de Felipe y sus amigos. Cuando no había perros o gatos a los que maltratar, quedaban allí para tirarle piedras al expreso que iba a Barcelona. Y mientras esperaban al tren, afinaban su puntería con Dimas, un chico con síndrome de Down.

—¡Corre, mongolo! ¡A ver cómo esquivas las piedras!

La lluvia de guijarros que caía sobre él era tan densa que hacía imposible que pudiera esquivarlos. No había día que no volviera a casa con una brecha, pero las amenazas de Felipe le impedían contarles a sus padres dónde se hacía todas esas heridas.

—Como digas algo, vamos a por tu hermana pequeña —le escuché decir más de una vez—. ¿Es eso lo que quieres?

Dimas negaba y se dejaba hacer todo tipo de perrerías con tal de que a su hermana no la tocaran. En el fondo era un valiente, tan valiente como los demás cobardes, incluida yo misma. Sabía que, si decía algo, Felipe la tomaría conmigo, pero aquella tarde estaba siendo especialmente duro con él.

—¡Déjale en paz, Felipe! —grité tratando de proteger a Dimas con mi cuerpo.

—¡Mira quién se hace la valiente! ¡Marta Aguilucho, la huérfana!

—¡Yo no soy huérfana! —me revolví enfurecida.

—Peor todavía —respondió Felipe con crueldad—. Yo preferiría que mi padre estuviera muerto a que me abandonase como ha hecho el tuyo.

—No me ha abandonado, ¿te enteras?

—Mi padre dice que se fue con la mujer del panadero porque tu madre está loca y tú vas por el mismo camino.

—¡Cállate, imbécil! ¡No estamos locas!

Me tiré a por él, pero debido a su superioridad física —aparte de ser bastante más corpulento, era dos años mayor— no tuve ninguna oportunidad. Además de humillada, me refugié bajo aquel árbol magullada. Lloré durante horas, sin comprender cómo podía haber personas tan retorcidas. Si de verdad existía Dios, tendría que castigarle de alguna manera..., y vaya si lo hizo. Hasta que no empezó a anochecer no reuní fuerzas para volver a casa con mi madre, a la que los niños del pueblo llamaban la Loca por culpa de aquel desalmado. Al pasar de nuevo por las vías volví a verle. Sus amigos ya se habían marchado de regreso al pueblo, pero Felipe seguía allí. Al acercarme vi que junto a él estaba Dimas, arrodillado y con la cara ensangrentada.

—¿Qué estás haciendo, Felipe?

—Dándole una lección a este mongolo —acompañó su respuesta con un puñetazo que Dimas encajó sin protestar—. Así aprenderá que tiene que obedecerme.

—¡Suéltale! —grité desde el otro lado de las vías—. ¿No ves que está sangrando?

—Y más que va a sangrar —dijo a la vez que volvió a golpearle—. Tú vuelve a tu casa con la loca de tu madre.

El tren silbó a lo lejos, todavía en la curva de Los Olivos, pero Felipe ni siquiera miró hacia allí. Me agaché, cogí una piedra y se la tiré con todas mis fuerzas. La puntería, que siempre había sido esquivada conmigo, esta vez hizo acto de presencia. La piedra le dio en la frente y Felipe se cayó de culo.

—¡Ven aquí, Dimas! ¡Corre!

Dimas corrió hacia mí y yo le abracé. La frente de Felipe enseguida se tiñó de rojo, pero era un macarra de pueblo acostumbrado a las pedradas y se levantó con los ojos inyectados en sangre.

—¡Te mataré, Marta Aguilucho! ¡Te juro que te mataré!

Felipe vino corriendo hacia nosotros, pero, al atravesar las vías, su pie se quedó encajado y su cara se transformó al instante. Dejó de ser un cabrón sin escrúpulos para convertirse de repente en un niño asustado.

—¡Me he quedado enganchado!

Mi primera intención fue correr hacia él para ayudarlo, pero Dimas me cogió de la mano y me miró sin pestañear.

—Si le ayudas te pegará, y yo no quiero que te pegue.

La claridad de su mensaje era apabullante, y me di cuenta de que esa era la justicia que yo llevaba toda la tarde pidiendo. El tren estaba ya a menos de doscientos metros y hacía sonar su bocina, pero Felipe no lograba liberarse. Forcejeaba desesperado.

—¡Ayudadme, por favor!

—Todos estaremos mejor sin ti, Felipe —dije con una frialdad que aún hoy me pone los pelos de punta—. Te lo mereces.

—¡Perdóname! ¡Te juro que no volveré a meterme con nadie!

—Lo siento, pero ya es tarde. El tren está demasiado cerca y no podemos arriesgarnos.

Cien metros, ochenta... El tren chirrió intentando frenar, pero necesitaba al menos doscientos metros más para detenerse. Cincuenta metros, treinta, veinte...

—¡Loca! ¡Estás loca!

Felipe desapareció delante de Dimas y de mí, pero yo no sentí absolutamente nada. Mi única preocupación era que una gota de sangre fue a parar al vestido con el que pensaba ir al cine al día siguiente, al estreno de *El silencio de los corderos*.

—Este será nuestro secreto, Dimas. Júrame que nunca jamás se lo dirás a nadie.

—Te lo juro.

—Muy bien —dije sonriendo—. Ahora vayamos al río a limpiarnos la sangre.

Volvimos al río cogidos de la mano y, mientras Dimas se limpiaba sus heridas, yo lavé las manchas de mi vestido tranquilamente, como si no acabáramos de presenciar la muerte de un chico de solo catorce años.

Después de aquel verano, Dimas se mudó con sus padres y su hermana a Valencia y ya nunca más supe de él. Me pregunto si alguna vez le confesaría a alguien nuestro pequeño secreto o lo ha guardado, como he hecho yo. Aunque lo sensato hubiera sido ayudar a Felipe, en el fondo no me arrepiento de haberle dejado morir, estoy segura de que hoy en día sería un hijo de puta cualquiera. Ahora me doy cuenta de que mi glioblastoma multiforme solo me ha hecho ser honesta conmigo misma, pero siempre he sentido cierta indiferencia por la vida, sobre todo por la de los canallas.

—Hoy la encuentro más animada.

—¿Perdón?

—Y más despistada, por lo que parece.

Debo controlar la excitación que me produce haber matado a Jonás Bustos, especialmente delante de la doctora Molina. Supongo que una psicóloga tan preparada como ella podría descubrir que está frente a una psicópata —si verdaderamente eso es lo que soy—, pero nunca en mi vida había tenido tantas preguntas por hacer y me cuesta centrarme. Necesito saber por qué me encuentro tan bien, si es normal que sienta una satisfacción tan grande al recordar lo que hice con el pederasta y al imaginar lo que haré en un futuro próximo con otro desgraciado como él, y si destripar a un hombre y hacer una escenografía con sus restos al estilo de Hannibal Lecter entra dentro de alguna patología conocida.

—Ha salido en primera página la entrevista que le hice a un pederasta antes de ser asesinado. ¿No la ha leído?

—Enhorabuena —responde asintiendo—. Una buena entrevista.

—Y también tendrán que ver algo los antidepresivos que me recetó el doctor Oliver. Me muero a toda pastilla, pero contenta.

Consigo arrancar una tenue sonrisa en la doctora, pero se da cuenta y corrige apresuradamente su expresión.

—Puede ser. ¿Ha encontrado ya un objetivo?

Sí, la verdad es que sí, voy a matar a un hombre que se merece morir, un canalla al que muchos matarían si no temiesen las consecuencias.

—No, todavía no. Estoy planteándome salir de viaje un par de semanas a ver si me aclaro. Puede que vaya al Caribe o a alguna isla del Pacífico. O incluso a Australia. Siempre he querido ir a ver la Gran Barrera de Coral.

—Me parece una idea estupenda. Tal vez pueda permitirse invitar a algún amigo o amiga.

—Pues sí, mire. Eso estaría bien. —Si no tuviera otros planes, sería una muy buena idea.

Quedo en avisarla si me voy de viaje y en decírselo al doctor Oliver para que me prepare un cargamento de pastillas e informes que siempre deberé llevar conmigo, y regreso a casa excitada, deseando empezar esta última etapa de mi vida. Me preparo un té y me siento frente al ordenador, dispuesta a rastrear a un asesino, secuestrador y tratante de blancas al que espero que le queden muy poquitos días de vida...

* * *

Lenuta Popescu supo que su hijo Cornel iba a ser problemático desde el momento mismo de parirle. Aquel frío día de enero de 1968, la viuda Popescu trabajaba en la cadena de montaje de una envasadora de fruta en Buftea —a pocos kilómetros de Bucarest— cuando notó una extraña humedad bajándole por el interior de los muslos. En un primer momento pensó que se había orinado, pero pronto descubrió que había roto aguas a pesar de estar solo en el séptimo mes de embarazo. No le dio tiempo a ir a ningún hospital y parió allí mismo a su tercer hijo, apoyada en una pila de cajas de manzanas que esperaban para ser enviadas a la capital.

El pequeño Cornel había nacido con mala estrella: si hubiera llegado quince días antes, ahora podría decir que conoció a su padre. La rotura de un anclaje en el edificio en el que trabajaba provocó que el señor Popescu y dos compañeros se precipitasen al vacío desde un noveno piso. El joven padre tampoco iba a poder ver la cara a su primer hijo varón. Por aquel entonces, durante los primeros años del Gobierno de Nicolae Ceaucescu, no faltaba trabajo y Lenuta pudo sacar adelante a sus hijas mayores y al pequeño Cornel. A principios de los ochenta empezaron los problemas serios.

Cornel, de catorce años, sonrió al ver las cuentas del humilde colmado que con tanto esfuerzo habían levantado él, su madre y sus hermanas. Al fin, después de quince meses sin apenas dormir ni comer, habían pagado las deudas y tenían beneficios. Pero aquello duró poco. En cuanto empezó la racionalización de alimentos impuesta por Ceaucescu, les expropiaron el negocio y los dejaron literalmente en la calle.

Durante los siguientes seis años, Cornel hizo de todo para poder alimentar a los suyos y terminó más de una vez apaleado por la Policía del régimen. Tuvo que dar permiso para que sus hermanas se casasen con dos viejos viudos y tuvo que ver cómo su madre se rendía un poco más cada día. En aquella época fue cuando se juró que su vida no siempre sería así, que algún día él estaría arriba.

A mediados de diciembre de 1989 la Policía Local de Timisoara y la Securitate —el Departamento de Seguridad del Estado— intentaron desalojar de su casa a un pastor luterano magiar llamado Laszlo Tokes por criticar el régimen de Ceaucescu en un medio internacional, pero tropezaron con la oposición del pueblo. Lo que en principio era una pequeña revuelta se complicó cuando se empezaron a oír las primeras proclamas anticomunistas, y

más aún cuando estas llegaron a Bucarest. Empezaba la Revolución rumana de 1989 y en esos días, con veintiún años, Cornel descubrió el gusto por la sangre y el poder.

Cornel fue de los primeros que ocupó la antigua plaza del Palacio cuando Ceaucescu dio su discurso desde un balcón de la sede del Comité Central del Partido Comunista Rumano condenando a los disidentes de Timisoara y al que se le ocurrió arrancar el escudo de la bandera rumana como protesta, creando con ello un símbolo de la Revolución. Después de aquello todo fueron persecuciones, disparos y muerte. La orden de Elena Ceaucescu, la esposa del dictador, fue que los matasen a todos y que tirasen sus cuerpos a fosas comunes.

El día que Cornel hundió su cuchillo en el cuello de un francotirador que había matado a varios de sus camaradas desde la azotea de un edificio y le vio desangrarse ante sus ojos, comprendió que su vida había cambiado para siempre y que ya no había vuelta atrás. A esa primera muerte le siguieron varias más, hasta que el día de Navidad de 1989, Nicolae y Elena Ceaucescu fueron juzgados, condenados a muerte e inmediatamente ejecutados.

Después de las celebraciones, cuando el Frente de Salvación Nacional ya había tomado el control del país y cuando la adrenalina volvió a nivelarse, Cornel se dio cuenta de que volvía a tener hambre. La ayuda humanitaria internacional sació su apetito, pero despertó su codicia. No le fue difícil hacerse con el primer camión de alimentos para venderlo en las aldeas más necesitadas, y a ese le siguieron muchos más con ropa y medicinas. Se enriqueció rápidamente a costa de los desamparados, pero la verdadera barbarie, por lo que de verdad merece morir, empezó algunos años después, cuando Cornel se iba a reunir con un comprador de objetos robados y descubrió a Nicoleta paseando con sus hermanos por la plaza de Sibiu.

Nicoleta Serban tenía dieciséis años, mucha hambre y una belleza deslumbrante, más que de sobra para estar condenada. Cornel la paseó en su coche, la agasajó con flores y vestidos y finalmente la enamoró. De pronto, de un día para otro, Nicoleta pasó de compartir un plato de sopa con padres, cinco hermanos y tres abuelos a comer en restaurantes con vino y postre, y empezó a creerse que lo que decía Cornel era cierto: una chica como ella, tan bonita y proporcionada, podría conseguirlo todo en países como Italia, Francia o España. Él sería su representante y juntos se harían ricos, se la

rifarían en las televisiones para hacer anuncios de champú o de dentífrico y desfilaría en las mejores pasarelas. En muy poquitos meses podría llevarse con ella a sus padres, a sus abuelos y a sus hermanos para que disfrutasen de todo lo que habría conseguido como modelo en el nuevo mundo, tan lejano siempre y ahora al alcance de su mano.

Pero no fue así. Nicoleta pasó los siguientes seis años prostituyéndose de país en país para pagar una deuda cada vez más elevada, hasta que se amputó un pecho en el baño de un apartamento de Madrid. Lo último que se le pasó por la cabeza mientras hundía la cuchilla fue aquel fatídico primero de diciembre, el Día Nacional de Rumanía.

—Os mandaré dinero y os daré la dirección en cuanto alquilemos un piso, pero Cornel dice que las primeras semanas tendremos mucho trabajo y las pasaremos alojados en hoteles. —Nicoleta estaba exultante.

—¿Te van a sacar fotos, Nicoleta?

Nicoleta sonrió ante la ingenuidad de su hermana pequeña, Alina, tan bella como ella y también carne de cañón.

—Claro que sí, Alina. Es lo primero que haremos al llegar a París. Cornel ya ha hablado con un fotógrafo profesional que trabaja para muchas revistas.

Cornel tocó el claxon desde el otro lado de la calle, impaciente por marcharse a cobrar su botín. Nicoleta besó y abrazó a los suyos jurándoles que volvería a verlos muy pronto y cruzó la calle rumbo a su negro destino. De camino al aeropuerto, Cornel cogió un desvío equivocado.

—Perderemos el avión, Cornel. —Nicoleta se estaba poniendo nerviosa—. Y el fotógrafo nos espera en París.

—Tenemos tiempo de sobra, Nicoleta. Ya sé por dónde es.

—He pensado que podría aprender francés en una academia. Yo soy muy lista y en poco tiempo lo hablaría perfectamente. —Los planes se amontonaban sin orden en la cabeza de Nicoleta.

—Eso está muy bien —Cornel sonrió y le pellizcó la barbilla—. Así podrás presentarte a *castings* para la televisión.

La excitación de Nicoleta era tal que sentía que le iba a reventar la vejiga a pesar de que acababa de hacer pis en el sucio retrete de una gasolinera.

—Dame tu pasaporte.

—¿Para qué? —se extrañó Nicoleta—. ¿No será mejor que lo lleve yo?

—Tienen que sellarnoslos para poder salir del país. Dámelo.

Nicoleta obedeció; si Cornel lo decía, sería cierto. En Rumanía no era raro tener que pagar sobornos para hacer cualquier trámite. Tampoco dijo nada cuando Cornel detuvo el coche en un descampado ni cuando se bajó y le vio hablar con dos hombres. Tras intercambiar unas palabras con ellos, le dieron un fajo de billetes a cambio del pasaporte de Nicoleta y los tres se acercaron al coche. Cornel abrió la puerta.

—Sal.

—¿Por qué? —Nicoleta sintió que se le erizaba el vello de la nuca al notar la mirada torva de aquellos tipos.

—Mis amigos te van a llevar al aeropuerto.

—No entiendo nada, Cornel. ¿Por qué no vienes tú conmigo?

—¡He dicho que salgas!

Cornel sacó a Nicoleta del coche con un violento tirón y la chica cayó al suelo raspándose las rodillas.

—Ten cuidado —dijo uno de los hombres—. Si tiene heridas, vale menos.

—No me quiero ir con ellos, Cornel.

Nicoleta lloraba y se aferraba a Cornel mientras los matones tiraban de ella. Él se libró de la chica con un puñetazo y acto seguido sacó un par de billetes y los dejó caer con desdén sobre su cuerpo.

—Por los desperfectos.

Se subió al coche y se marchó sin decir una palabra más. Nicoleta no comprendía qué estaba pasando ni por qué la arrastraron y la metieron por la fuerza en la parte trasera de una furgoneta. Y menos aún por qué allí había otras tres chicas tan bellas y aterrorizadas como ella.

Cornel descubrió un filón con Nicoleta y después de ella vinieron muchas más adolescentes, y también madres, y niñas y niños, y hombres que aún hoy son enviados como esclavos a diferentes partes del mundo. Solo unos años después, Cornel Popescu es un hombre muy poderoso al que sus abogados han conseguido librar de la cárcel. Vive en una urbanización de lujo en Cabopino, a pocos kilómetros de Marbella, junto a su joven esposa y sus dos hijos pequeños. Otros cuatro hijos oficiales, la mayor de veintisiete años y el más pequeño de doce, están desperdigados por el mundo con sus respectivas madres.

* * *

La inspectora Gutiérrez y su ayudante esperan respetuosos a que los padres y los tíos de Lucía Abad terminen de celebrar los escabrosos detalles de la muerte de Jonás Bustos. No les culpa, ella haría exactamente lo mismo si estuvieran hablando de la etarra Amaya Eiguíbar. A la madre de la niña se le pasa repentinamente algo por la cabeza y deshace el abrazo con su hermana para mirarla con los ojos empapados por una extraña felicidad.

—Fue él, ¿verdad? Ese chico fue quien mató a mi Lucía.

—Oficialmente, no se lo puedo confirmar por falta de pruebas, pero a nivel personal le diré que sí. No tengo ninguna duda de que fue él.

La señora, una mujer de bien que según la sociedad no debería alegrarse por la muerte de ningún semejante, sonrío aliviada.

—Entonces, lo tiene bien merecido.

—Que se joda. Bien muerto está —zanja uno de los tíos de la niña.

—Sabemos que es un momento muy duro para ustedes, pero nosotros debemos hacer nuestro trabajo. ¿Podrían esperar en la cocina mientras hablamos con los padres de Lucía? —la inspectora se dirige al resto de la familia—. Solo serán cinco minutos y enseguida estamos con ustedes.

Los familiares asienten y un par de agentes los conducen a la cocina. Los policías y los padres de Lucía Abad se sientan alrededor de la mesa del comedor. Sobre el aparador hay una enorme foto de Lucía con un crespón negro. Martos saca su libreta y se dispone a tomar nota. La inspectora se dirige al padre de la niña procurando ser respetuosa:

—Necesito saber qué hizo exactamente la noche que mataron a Jonás Bustos, desde las ocho hasta las doce.

—Estuve velando a mi niña.

—¿Estuvo allí toda la noche?

—No me separé de ella.

—¿Ni siquiera fue a cenar?

—¿Quién puede comer cuando le han matado a su hija de esta manera?

La inspectora hace preguntas más incómodas para ella que para los propios familiares que van sentándose a la misma mesa y al cabo de un rato da por finalizados los interrogatorios. Antes de salir, el padre le pide que, si encuentra a quien lo ha hecho, le dé las gracias de su parte.

—¿Tú qué opinas? —la inspectora mira a Martos, que repasa sus notas en el asiento del copiloto.

—Seguro que tendrían ganas, pero no creo que hayan sido ellos.

Serafin Rubio, el redactor jefe de *El Nuevo Diario*, sale de su despacho cuando ve a los policías hablando con la secretaria de recepción.

—Inspectora, ¿qué le trae por aquí?

—Vengo a cobrarme el favor que le hice a su redactor dándole detalles de un crimen bajo secreto de sumario. —La inspectora se fija en un periódico que hay abandonado sobre una mesa, en el que se describe en exclusiva el asesinato de Jonás Bustos—. Veo que lo han sacado en primera página.

Cuando Rubio pasa por delante de la mesa de Álvaro Herrero, le pide con un gesto que los acompañe. Los cuatro se reúnen en el despacho.

—Queremos escuchar la grabación de la entrevista a Jonás Bustos.

—Eso es cosa de los abogados, inspectora. Sabe que no puedo dársela hasta que lo autorice el juez.

Serafin Rubio no tendría ningún inconveniente en facilitarle las cosas si no fuera porque la imbécil de Marta Aguilera se inventó la mitad de las respuestas del pederasta. La dirección decidió no entregarla hasta que lo ordenase el juez; una demanda de la familia de Jonás Bustos podría causarles muchos problemas.

—¿Se niega a colaborar en la investigación de un asesinato?

—No me niego a nada, sigo los cauces legales.

—Solo díganos si hay algo que pueda ayudarnos.

—¿Sospechan de Marta Aguilera? —Álvaro interviene sorprendido.

—Fue una de las últimas personas que le vio con vida.

Serafin Rubio sabe que no tiene que contarle nada a la Policía sin una orden judicial, pero ciertamente les debe un favor.

—No hay nada. Hizo una entrevista de mierda y se largó en menos de una hora. Si le coge este chico, le exprime —señala a Álvaro—. Tiene mucho más instinto asesino que Aguilera. En solo un día ha conseguido una portada.

Cuando salen del periódico se pasan a ver al inspector de la Científica para confirmar por tercera vez que no había ni una huella en el garaje de la casa de Hoyo de Manzanares y vuelven a su despacho con la tranquilidad de haber visto de nuevo a Jonás Bustos destripado sobre la mesa de autopsias. Otro de sus ayudantes entra con unos papeles.

—¿Qué sabemos del tornillo de oro blanco?

—Todavía nada. Hemos consultado a varios joyeros y nos han confirmado que pertenece a una pieza bastante cara, pero todavía no sabemos de qué marca es. La buena noticia es que no son muchos en Madrid los que utilizan un material así y con suerte no tardaremos en dar con la tienda.

—Encontradla ya. ¿Tenemos el registro de llamadas de Jonás Bustos?

—Aquí está —el ayudante le tiende los papeles—. De doce a tres llamó a su casa y al abogado Joaquín Macías varias veces. Por la tarde, de nuevo a su casa, a Marta Aguilera, la periodista, a un psiquiatra llamado Leandro Mateo y a un número contratado hace poco en Torrelodones a nombre de una tal Leonor Milena, de nacionalidad colombiana.

—La novia del camello —deduce la inspectora.

—La última llamada la hizo a ese número a las nueve y veinticinco.

La inspectora se aclara la voz y llama desde su propio móvil. Descuelgan pero no contesta nadie.

—¿Hola? —imposta la voz y finge nerviosismo—. ¿Hay alguien?

—¿Quién es? —contesta un hombre joven con acento sudamericano.

—Sí, hola. Charly me ha dado tu teléfono.

—¿Qué Charly? —pregunta inquisitivo el camello.

—El de Torrelodones. Me dijo que podía llamarte si quería algo. Es que esta noche tenemos el cumpleaños de una amiga y..., bueno, por si podíamos quedar.

Silencio al otro lado de la línea mientras el camello pondera entre el riesgo y las posibles ganancias.

—¿Hola?

—Sí —dice al fin el camello—, ¿qué querías?

—Cocaína.

—¡Chsss! —chista el camello mosqueado—. ¿Tú eres gilipollas, niña? ¿No sabes que pueden estar grabándonos?

—Perdona, perdona —la inspectora finge agobiarse—. Es la primera vez que llamo y no lo sabía.

—¿Cuántas entradas?

—Entradas, sí. ¿Cinco pueden ser?

—Te espero en una hora en la plaza de Torre, en el bar de la esquina. Yo llevo una chaqueta roja.

A la inspectora le sorprende lo bonito que es Torrelodones y lo cerca que queda de Madrid, pero lo que más le sorprende es lo imbécil que puede llegar

a ser un camello de pueblo. Allí está él, tomándose un botellín con una cazadora roja ideal para pasar desapercibido.

—Alguien tan tonto y descuidado no puede haber cometido un crimen como el de Jonás Bustos sin dejar ninguna huella —le dice a su ayudante.

—No, no lo creo. ¿Voy yo por detrás?

La inspectora asiente y Martos se baja del coche. Rodea la plaza hasta que se sitúa a la espalda del camello. La inspectora se acerca a él con tranquilidad y le enseña la placa y la pistola.

—Podemos hacerlo fácil o difícil, tú verás.

El camello intenta buscar una vía de escape, pero se encuentra con el otro policía. Se derrumba como el niño que es —no mayor de diecinueve años— y se deja llevar esposado hasta el coche, agachando avergonzado la cabeza al desfilar ante los vecinos. Cogen la carretera de vuelta a Madrid.

—Está llorando —dice Martos.

La inspectora le mira a través del retrovisor y se detiene en el aparcamiento de una gasolinera, un poco antes de llegar al Casino de Torreldones.

—¿Quieres que te soltemos?

El camello la mira desconcertado.

—¿Tú eres tonto o sordo? ¿Quieres marcharte? —le presiona Martos.

—Sí, señor —dice al fin el camello sorbiéndose los mocos.

—Entonces, tómate tu tiempo para contestar a cada una de mis preguntas, porque como me hagas dudar en una sola te meto en la cárcel por tráfico de drogas y homicidio, ¿lo has entendido bien?

El camello solo atina a asentir asustado.

—¿Fuiste a ver a Jonás Bustos la noche de su asesinato?

—Sí, señora.

—¿A qué hora?

—Me llamó sobre las nueve y media, y como yo estaba en Hoyo, solo tardé diez o quince minutos en llegar a su casa. Le dejé cuatro pollos.

—¿Había alguien más en la casa?

—Yo no vi a nadie, señora. No, creo que no, pero no pasé de la puerta. Le di la coca y me marché.

—¿No hablaste con él de nada?

—Estaba cabreado porque le sacaban todo el rato en la tele, pero yo no le di cancha. Sabía lo que había hecho y no quería tratar con él.

—Pues para no querer tratos con él, bien que fuiste a venderle farlopa, amigo —apunta Martos.

—Lo siento, señor. Tengo que llevar dinero a casa.

La inspectora le estudia con la mirada y sabe que no miente, que fue así. Alguien más tuvo que ir después de la periodista y del camello, pero no tiene ni idea de quién pudo ser, están en un callejón sin salida. Le hace un gesto a su ayudante y ambos salen del coche.

—¿Algún grupo radical de la sierra? —pregunta la inspectora.

—Puedo preguntar, pero no me suena que sea cosa suya.

—Hazlo por si acaso. —Mira al camello, que sigue llorando en el asiento trasero del coche—. ¿Qué hacemos con este?

—Yo no creo que esté mintiendo. Le podemos tener detenido unas horas o darle una patada en el culo y nos ahorramos el papeleo.

La inspectora abre la puerta y le quita las esposas.

—Saca todo lo que lleves encima.

El camello saca de su bolsillo los cinco gramos de coca y una piedra de hachís y lo coloca todo sobre el capó del coche. El agente Martos apunta sus datos.

—¿No llevas nada más? —le pregunta.

—No, señor, se lo juro. Tengo un niño pequeño y no encuentro trabajo, por eso lo hago —lloriquea—. No me lleven preso, se lo ruego.

—Hoy estás de suerte, pero, como volvamos a oír hablar de ti, no te salva de una condena ni tu puta madre. Lárgate.

El camello corre despavorido de vuelta a su casa sin creerse la suerte que ha tenido a pesar de perder trescientos euros en mercancía. La inspectora abre los sobres de droga y los vacía en el aparcamiento. Martos lanza la piedra de hachís al campo.

—¿En qué piensas? —pregunta al ver que su jefa mira al horizonte en silencio.

—En el dichoso tornillo. Estoy segura de que, cuando sepamos a qué pieza de joyería pertenece, tendremos a nuestro asesino.

De regreso a Madrid, la inspectora Gutiérrez piensa en Sergio y en el cambio que ha dado desde que se sabe que la asesina de su padre y de su hermano será liberada muy pronto. Está atemorizado y no quiere salir de casa. Tal vez sea el momento de replantearse el futuro. Quiere estar junto a él cuando llegue el momento.

* * *

Llevo mi coche a una cadena de talleres para que lo revisen y cambien el aceite y prometen que estará listo mañana a primera hora. Si no lo ha hecho ya, Cornel Popescu no tardará en volver a su casa de Marbella, donde le esperan su mujer y sus hijos. Y yo quiero salir cuanto antes para estudiar mis opciones sobre el terreno. Mi intención inicial era trasladarme a Málaga en AVE, pero no quiero dejarle pistas a la inspectora Gutiérrez, porque he decidido que ella investigará la muerte de Cornel Popescu a pesar de que esta se producirá en Málaga y de que ella trabaje en Madrid. Sigo sin encontrar una explicación al vínculo que surgió entre nosotras cuando vino a interrogarme tras la muerte de Jonás Bustos, pero siento que debe ser ella quien me persiga y, aunque a estas alturas todavía ni se le pasará por la cabeza que una mujer esté detrás del salvaje asesinato del pederasta, tal vez quien me atrape. Pero, pase lo que pase, estoy segura de que en el fondo es una de los millones de personas que celebrarán mi obra cuando esto acabe. La celebrarán en privado y dirán que hacen falta más Martas Aguilera en este mundo.

Empiezo a imaginar cómo me gustaría que fuese la muerte del proxeneta rumano y se me ocurre una idea que me hace sonreír. Busco en mi cartera y allí encuentro la tarjeta de visita de la inspectora Gutiérrez. Me paso por una papelería para comprar cartulinas de tarjetas de visita y en una mercería me hago con hilo y agujas para coser cuero. Dos horas después ya he hecho mi maleta y he guardado uno de mis cuchillos, una de mis porras y uno de mis espráis de pimienta en ella. Busco un lugar donde alojarme en el que pase desapercibida y encuentro un estudio con garaje cerca de la plaza de la Merced, en pleno centro de Málaga. Hablo por teléfono con la dueña y acuerdo pagarle la semana en efectivo y sin facturas de por medio.

Después de escanear la tarjeta de visita de la inspectora repaso una vez más todo lo que he encontrado sobre mi futura víctima, pero ya le conozco mejor que él mismo. Trato de relajarme y me siento a ver la tele. Como si fuera una señal, empieza *Kill Bill*, una de las pocas películas que hay sobre justicieras. No es demasiado realista ni tiene que ver con lo que yo hago, pero hay un mensaje que parece escrito expresamente para mí. Justo después de matar a Vernita Green delante de su hija, mientras Uma Thurman tacha su nombre de la lista, se escucha una voz en *off*:

«Para aquellos que se consideran guerreros: durante el combate, la única preocupación es la derrota de sus enemigos, suprimir la compasión y toda

emoción humana, matar a quienquiera que se interponga en su camino, ya sea Dios o el propio Buda. La verdad se halla en el corazón del arte de la lucha».

Suprimir la compasión y toda emoción humana. Supongo que si no se tiene un tumor en la cabeza que te hace perder la razón un poquito más cada día, sumado a la incapacidad de sentir empatía por los demás, no será fácil lograrlo. A mí me cuesta menos que un parpadeo. «Compasión» es una palabra que está eliminada de mi diccionario. Durante la sangrienta e inverosímil pelea entre la Novia y el ejército yakuza de O-Ren, llaman a la puerta.

—Me vas a explicar qué está pasando. —Álvaro se ha colado en mi casa sin esperar a que yo le invite a pasar—. Para empezar, por qué te has despedido.

—Voy a escribir una novela.

—Ja. Eso no te lo crees ni tú. Si no te gusta ni leer.

—Eso no es verdad —protesto—, lo que pasa es que no tengo demasiado tiempo. Por eso lo necesito ahora; para leer y para escribir.

A Álvaro se le pasa algo por la cabeza y me mira descolocado.

—¿Te ha tocado la Primitiva o qué?

Sí, un tumor entre un millón.

—Te pido por favor que no se lo digas a nadie. No ha sido una millonada, pero lo suficiente como para poder tomarme un par de años sabáticos.

Álvaro duda mirándome con incredulidad, él nunca ha conocido a nadie a quien le haya tocado la lotería, pero, al ver que no me río y no le digo que estoy de coña, me sonrío con sinceridad.

—Tía, qué suerte. Me alegro por ti.

—Gracias. Si necesitas algo...

—Bastante has hecho consiguiéndome el trabajo —me dice negando con la cabeza—. He oído la grabación de la entrevista. El jefe se sube por las paredes.

—¿Por qué?

—Te inventaste la mitad, Marta. —Noto cierto reproche—. La parte en la que Jonás Bustos dice que a veces pasa con su coche cerca de colegios no aparece por ningún lado. Y además está editada, falta un trozo.

—Una cagada. Me quedé sin batería. Eso del colegio me lo dijo justo cuando estaba cargando el móvil. Y no te preocupes, ya no creo que me demande.

—La Policía está pidiendo la grabación —dice con gravedad.

—¿Se la han dado ya? —me alarmo. No quiero que la inspectora Gutiérrez sospeche por mi edición y siembre una mínima duda en ella. Todavía no.

—Qué va. Están metidos en un *fregao* de jueces y abogados y va para largo. Un par de meses o así. En el periódico no quieren que se haga pública para evitar demandas de la familia. Igual te llaman a declarar.

—Ya veré si me presento. ¿Te trata bien Serafin?

—No se fía de mí.

—No se fía de nadie. Tú haz bien tu trabajo y no tendrás problemas.

Pasamos lo que queda de tarde hablando sobre mi entrevista y los detalles escabrosos del asesinato de Jonás Bustos que se han filtrado hasta el momento y sobre el cirujano plástico presuntamente involucrado en una red de tráfico de órganos, pero parece ser que está en Miami y no volverá en unos cuantos meses. También charlamos sobre los jefes y compañeros de los que se puede fiar en el trabajo y sobre lo que yo voy a hacer con el dinero que he ganado. Con la cuarta cerveza descubro que, aunque la compasión ya no existe para mí, de repente tengo una emoción inesperada y muy humana.

—¿Alguna vez has estado enamorado de mí? —pregunto de sopetón.

—¿Qué? —Se queda descolocado.

—En la universidad intentaste enrollarte conmigo en todas las fiestas, pero no sé si solo era para echar un polvo o porque de verdad sentías algo por mí.

—¿A qué viene eso ahora?

—Solo es curiosidad. Después de tantos años, teníamos pendiente esta conversación.

Álvaro me mira en silencio unos segundos meditando bien su respuesta.

—Puede que en algún momento sintiera algo, pero básicamente lo que quería era acostarme con la tía más buena de la facultad. El problema es que tú siempre has sido dolorosamente sincera conmigo y me has rechazado porque consideras que soy un blando.

—Perdóname por no haberte mentido —me río—. Pero para tu tranquilidad te diré que has mejorado con los años.

—¿Me estás tirando los trastos o es cosa mía, Marta?

—¿Aún te sigo poniendo?

—Hace mucho tiempo que no te miro con esos ojos.

Me levanto y me quito el jersey y el sujetador, mostrándole por primera vez mis pequeños pero proporcionados pechos. Es realmente trágico, pero es

así de sencillo lograr que un hombre aparte una amistad forjada durante casi quince años y mire a una mujer con intenciones puramente sexuales.

—¿Y ahora?

Me acerco lentamente, me subo sobre él a horcajadas y le beso. Jamás pensé que Álvaro besara bien, pero al mordirme el labio noto cómo me humedezco. Quizá para intentarme demostrar que he estado equivocada toda la vida, se levanta conmigo encima y me empuja violentamente contra la pared, tirando al suelo varias fotografías y libros de una estantería cercana. Noto su erección y me excito más de lo que nunca hubiera imaginado. Le quito la camiseta y descubro que la ropa no le hace justicia; sus trabajados pectorales y sus marcados abdominales certifican sus horas de gimnasio. Acaricio sus hombros y su cuello mientras él me muerde los pezones con desesperación. Cuando mi mano baja hasta sus pantalones, se los desabrocho con urgencia y libero su miembro, duro como una piedra y goteando de excitación.

—No dejas de sorprenderme, Alvarito.

Me dejo caer apoyando la espalda en la pared y, tras admirarlo unos segundos en mi mano, me lo meto en la boca, haciéndolo desaparecer por completo.

—Tú tampoco, Martita.

Nos vamos a la cama y me devora literalmente, provocando una serie de sorprendentes miniorgasmos que me hacen empapar las sábanas.

—Fóllame, métemela de una vez.

—Espera que me ponga un condón.

—Da igual.

Le atrapo con mis piernas y me introduzco su polla. Alvarito, el chico al que nunca había mirado como a un hombre, me hace el amor de manera magistral, uno de los mejores polvos de toda mi vida. Mientras me fumo un cigarro, le descubro mirándome como hacía años que no me miraba y endurezco el gesto.

—Ha estado genial, Álvaro, pero no se va a volver a repetir. Tú estás bien con Cristina, así que será mejor que lo olvides.

—Ya sabía yo que la Marta de hoy solo era un espejismo —dice decepcionado antes de levantarse y encerrarse en el baño.

Por la noche decido ir a cenar al restaurante de la calle Ayala. Hoy precisamente no me apetece acostarme con el camarero mulato —Álvaro me

ha dejado servida para unos cuantos días—, pero quiero verle por última vez por si algo sale mal en mi visita a Málaga; llevo ya varios días pensando en él con la sensación de que me dejo una cuenta pendiente. Entro en el local sintiéndome una acosadora. Cuando el chico me ve, me dedica una esperanzadora sonrisa y se acerca a mí.

—¿Otra vez por aquí?

—El otro día me fui sin probar vuestras croquetas tigre y he leído por ahí que están buenísimas.

—Entonces, te pido una ración mientras le echas un vistazo a la carta. Bebías vino blanco si mal no recuerdo.

—Buena memoria...

Eric —así dice llamarse— me atiende con profesionalidad y sin hacer ninguna mención a nuestra conversación junto a su moto, pero al traerme la deliciosa tarta de manzana de postre le pica la curiosidad.

—¿De verdad ibas a pagarme quinientos euros por tomar una copa?

—¿Te lo has pensado mejor?

—Ya te dije que no pensaba cobrarte por quedar contigo.

—Si solo quisiera llevarte a la cama, sería una simple transacción comercial.

—Eso me convertiría en un puto, y no sé si estoy preparado para dar ese paso.

—No te preocupes —sonríó—. No es sexo lo que pretendo de ti.

—Entonces, ¿qué?

—Solo charlar un rato, ya te lo dije.

Espero a Eric en un bar cercano. Cuando entra, saluda a los camareros con familiaridad y comprendo que no es la primera vez que queda aquí con alguna clienta del restaurante. Lo primero que hago es entregarle discretamente el dinero.

—Acéptalo, por favor. Me quedo más tranquila si lo coges.

Eric se guarda el dinero y me mira con curiosidad.

—¿Por qué quieres conocerme?

—Aparte de porque soy una mujer cerca de los cuarenta en plena madurez sexual y tú un mulato guapísimo, algo me dice que tienes una interesante historia que contar.

—Mi vida no tiene nada de interesante. Solo trabajo y cuidado de mi hijo Lionel.

—¿Lionel por Messi?

A Eric se le velan levemente los ojos negros.

—No, por otra persona.

Eric se pide una cerveza y yo un ron Zacapa con Coca-Cola. Me cuenta que tiene veintiséis años, que es cubano y que vino a España hace siete. Me puedo fijar bien en él y confirmo que, aparte de tener un cuerpazo, es un chico realmente guapo; tiene el pelo negro y corto y unos ojos enormes del mismo color. Su tono de piel es tostado y uniforme, los labios rosáceos y unos dientes blancos y ligerísimamente separados. Me dice que su sueño es montar su propio restaurante y que está separado desde hace poco de la madre de Lionel, su hijo de cuatro años.

Después de dos copas y de dos cervezas más, le acompaño a la moto. Mientras le quita el candado, Eric me mira esperando que desvele el truco de los quinientos euros y le proponga ir a algún hotel cercano.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Ha sido un placer conocerte. Puede que nos veamos otro día.

—A ti te pasa algo, ¿no? —pregunta observándome.

—¿Algo como qué?

—No lo sé, pero no estás bien, pareces atormentada. Si la pasta la has sacado de algún sitio que no debías, te la devuelvo.

—¿Tengo pinta de haber roto la hucha?

—El próximo día invito yo.

—De acuerdo.

Eric se despide de mí con dos besos, arranca su moto y le veo alejarse como el otro día. De vuelta a casa contesto varios mensajes rechazando ofertas para ir a televisión a hablar de mi entrevista con Jonás Bustos —llevan llamándome desde que salió publicada— y me entra un wasap de Álvaro. Aunque solo me pide la clave de Documentación del periódico, su tono conmigo ha cambiado. No hace ni cuatro horas que nos hemos acostado y nuestra amistad ya se ha resentido. No hay nada más efectivo para perder a un amigo que acostarse con él.

* * *

Ya llevaban demasiadas horas de viaje y el olor a orín y a miedo inundaba la parte trasera de la furgoneta. Habían recogido a otras tres chicas

más en distintos lugares y ya eran seis las que compartían encierro con Nicoleta. Durante las dos paradas que hicieron para repostar, intentaron pedir ayuda y explicaciones, pero solo recibieron amenazas.

—¿No sabéis a dónde nos llevan? Yo debo coger un avión hacia París.

Sus historias se mezclaban entre la incredulidad y la desesperación. Tres iban a trabajar de niñeras a España o a Francia; otras dos, de camareras a Milán y a Roma, y la última, de modelo y presentadora de televisión en Inglaterra. Pese a que empezaba a ser evidente y que aún le dolía la mandíbula y tenía raspadas las rodillas, Nicoleta no se creía que eso fuera real, Cornel jamás le haría ningún daño. Desde niña había notado las lascivas miradas de los hombres y aprendió a desconfiar de ellos, por eso estaba tan segura de lo que Cornel sentía por ella. Solo podía tratarse de un error.

Al fin, la furgoneta se detuvo y las puertas traseras se abrieron. La bocanada de aire fresco llenó los pulmones de las chicas.

—Joder, aquí dentro se han cagado —dijo uno de los hombres mientras agitaba la mano frente a la cara—. Salid.

Las chicas salieron cojeando y doloridas después de tantas horas de inmovilidad. A varias de ellas les flojearon las piernas y cayeron de rodillas.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde está mi novio? Se llama Cornel.

—Está esperándote dentro. Tú, tranquila, que ahora os lo explicamos todo —el hombre templó la voz—. Ha habido problemas con vuestros pasaportes y era la única manera de salir de Rumanía.

Todas sintieron un alivio momentáneo. Sí, eso era, necesitaban creerlo. Siguieron a los hombres hasta el interior de una casa de campo. Al pasar por el salón, Nicoleta se asomó y vio una televisión encendida en la que ponían un programa en italiano. Tuvo un profundo escalofrío.

—¿Estamos en Italia? A mí me esperan en Francia, en París.

Como respuesta solo recibió un empujón. Entraron en un garaje en el que había dos hombres y dos mujeres esperándolas. Los hombres agarraban con fuerza unas mangueras de jardín y las mujeres cajas con pastillas de jabón y toallas.

—Desnudaos.

De poco sirvieron las protestas. Bastó un golpe a una de las frustradas camareras para que todas las demás obedecieran. Nicoleta siempre se había aprovechado de su belleza para conseguir un plato de comida o tabaco de los hombres, pero algo le decía que aquello ahora sería un verdadero problema y

se encorvó, tratando de hacerse invisible. Fue inútil, una de las mujeres no dejaba de observarla.

—¿Has visto a esa? —le dijo a su compañero dándole un codazo, y enseguida se dirigió a ella—: ¿Cómo te llamas?

—Nicoleta. —La chica tembló.

Buscó su nombre en un papel y la miró sorprendida.

—¿De verdad eres virgen?

Nicoleta no comprendía qué importancia tenía aquello. Ella había tonteado muchas veces con chicos, pero nunca se había entregado a ninguno, ni siquiera a Cornel. Había decidido que no lo haría hasta su noche de bodas y él la respetó, por eso creía que la quería de verdad. Lo que Nicoleta aún no sabía es que, al ser virgen, le habían pagado el doble por ella. En cuanto la mujer escuchó aquel sí, sus ojos brillaron y sonrió.

La separaron de las demás y la lavaron a conciencia. Recortaron su pubis, la vistieron con un precioso traje de noche y la peinaron y maquillaron como si de verdad fuera a hacerse las fotografías en el estudio de París del fotógrafo de las estrellas. Cuando se miró en el espejo, Nicoleta reconoció la imagen que siempre había soñado para ella, pero no iba a subir a un escenario.

El hombre que la desvirgó tenía la edad de su abuelo y de él solo recuerda que olía a rancio. Agarró sus muñecas con fuerza y la penetró mientras le chupaba la cara, dejándole un rastro de babas del que conservaría su olor lo que le quedaba de vida. Esa misma noche lo harían tres hombres más, penetrarla y chuparla, y uno de ellos le metió un consolador en el culo. A las siete de la mañana se acostó por última vez en la cama, pero en esa ocasión para dormir. Lloró, algo que no dejaría de hacer hasta tres semanas después, cuando ya se había acostumbrado.

* * *

A los dieciséis años descubrí lo que significaba aquello de «ironías de la vida». En el pueblo había pocas chicas de mi edad y no se podía escoger a las amigas, tenías que conformarte con las que te tocaban. Éramos seis o siete las que nos juntábamos los fines de semana para ir a bailar a la única discoteca de los alrededores, Chaqué. Yo no me sentía demasiado identificada con unas adolescentes a las que lo único que les preocupaba era la ropa de marca, si la gira de Héroes del Silencio pasaba cerca del pueblo y forrar sus carpetas con

fotos de Alejandro Sanz. Con la que más relación tenía, la única con la que me sentía a gusto fuera de esa cutre discoteca de paredes negras, bolas de espejos y música a todo volumen era con Raquel, la hermana del fallecido Felipe en las vías del tren.

Raquel no tenía nada que ver con su desaparecido hermano; era una chica gordita y poco agraciada, pero muy amable, tímida, inteligente y buena persona. Seguramente, si Felipe no hubiera sido su hermano, ella sería la típica a la que él habría humillado por costumbre. No fue hasta dos años después del incidente con Dimas y el tren cuando empecé a tener una relación más estrecha con ella. Al principio me sentía incómoda, cada vez que la miraba pensaba que la tristeza que desprendían sus ojos yo la podía haber evitado ayudando a Felipe aquel día de final de verano, pero cuando nos convertimos en inseparables descubrí que su pesar tenía un origen muy distinto.

—El sábado podíamos coger un autobús e ir a Ávila, Marta. Me han dicho que han inaugurado un centro comercial lleno de tiendas, de cines y de restaurantes.

—En lo que vamos y venimos se nos pasa el día entero.

—Venga, no seas aburrida, tía —me rogó—. Si cogemos el autobús de las ocho, podríamos estar allí a las once y tendríamos todo el día para comprar ropa, comer una hamburguesa y ver alguna película. ¿Tú crees que tu madre te dejará coger el último autobús de vuelta?

—También podríamos ir en tren y nos ahorraríamos dos horas de viaje.

—Ya sabes que no me gustan los trenes —respondió bajando la mirada.

—Mira —dijo Raquel excitada, pegando la frente a un escaparate del centro comercial—, los Levi's están de oferta. ¿Por qué no te compras unos 501?

—Yo ya tengo suficientes vaqueros. ¿Por qué no te los compras tú?

—Sí, hombre, con el culo que tengo.

—¿Qué le pasa a tu culo? —pregunté mirándoselo desconcertada.

—Que es gordo, Marta. Si tuviera tu tipo, me pondría ropa más ajustada, pero yo solo puedo llevar faldas y cosas así.

—No digas gilipolleces. Vamos.

La cogí de la mano y entramos en la tienda. Pasamos más de una hora mirando todos los modelos de vaqueros hasta que Raquel se decidió por unos

negros. Cuando íbamos a entrar en los probadores, se detuvo en seco.

—Tú espérame aquí por si me tienes que traer otra talla, ¿vale?

No comprendí su repentina timidez cuando ambas nos habíamos visto en bañador decenas de veces, pero no le di mayor importancia. Al cabo de unos minutos, sacó los vaqueros por una rendija de la puerta.

—No puedo ni cerrármelos. ¿Me traes una talla más?

Yo cogí los pantalones y fui a buscar lo que me había pedido. Al regresar para darle unos más grandes, abrí la puerta y lo vi. Raquel tenía un enorme y oscuro moratón que empezaba en la nalga y bajaba en espiral hasta la rodilla.

—¿Qué te ha pasado ahí? —pregunté asustada.

—No es nada —respondió nerviosa, cubriéndose rápidamente con los vaqueros que le había llevado—. El otro día me caí sacando al perro. El muy bruto vio un gato y me arrastró por media calle.

Y me cerró la puerta en las narices sin darme la oportunidad de cuestionar la verosimilitud de su historia. Estaba segura de que aquellas marcas no las producía una simple caída, y menos provocada por un bulldog francés de poco más de diez kilos. Al rato volvió a salir con la falda que traía puesta y los vaqueros en la mano.

—No me veo, la verdad. ¿Vamos a comer algo y miramos las pelis que echan?

Raquel y yo fuimos a por un perrito caliente y nos metimos a ver *Seven* porque ambas estábamos profundamente enamoradas de Brad Pitt. Yo dejé por un rato de darle vueltas al verdadero origen del terrible moratón de mi amiga para centrarme en una película que me atrapó desde el principio. Debí darme cuenta de que algo no estaba bien dentro de mi cabeza cuando me posicioné a favor de un asesino que acababa sin piedad con hombres y mujeres que cometían sistemáticamente alguno de los siete pecados capitales. Raquel no paró de reírse durante todo el trayecto de vuelta al pueblo.

—Mira que eres bruta, Marta. ¿Cómo puedes defender a alguien así?

—Menos la mujer de Brad Pitt, todos los demás se lo merecían.

—Y el pobre gordo, ¿qué? —preguntó Raquel tomándose como algo personal—. ¿Y si estaba así porque tenía mal las tiroides?

—Bueno, vale —concedí—. El gordo no, pero los demás eran abogados corruptos, traficantes de drogas, prostitutas que pegaban el sida a sus clientes... ¿Me vas a decir que te dan pena?

—No lo sé... —respondió incómoda, como si decir que no fuera el octavo pecado capital, y enseguida cambió de tema—. Brad Pitt estaba para

comérselo, ¿verdad?

—Me gustaba más en *Leyendas de pasión...* Oye —dije mirándola a los ojos—, ¿de verdad ese moratón te lo ha hecho Rufus?

—Claro que sí. —Forzó una sonrisa que me demostró que mentía—. No veas cómo tira de la correa con lo pequeñito que es.

* * *

La inspectora Gutiérrez aguarda detrás del comisario a que este termine de dar la rueda de prensa. Los periodistas más críticos, los que nunca están de acuerdo se decida lo que se decida, acusan a la Policía de no investigar lo suficiente para detener al asesino de Jonás Bustos, de hacer la vista gorda por ser quien es. El comisario se defiende diciendo que la investigación sigue abierta, pero que no han encontrado pruebas que lleven a la detención de ningún sospechoso. Entre los asistentes, cada uno en una esquina como si no follasen en un hotel de Gran Vía, están Guillermo Jerez y la agente María Lorenzo. La inspectora se siente humillada al notar sus miradas.

—Álvaro Herrero, de *El Nuevo Diario* —el periodista se levanta para hacer su pregunta—. En algunos foros de Internet se comenta que pudo ser una especie de rito satánico. ¿Están siguiendo esa línea de investigación?

—Nada nos hace suponer que tenga que ver con eso —se adelanta la inspectora Gutiérrez a petición del comisario—. Sin embargo, no descartamos nada.

—Que tuviera una llave de tubo clavada en la frente y los testículos en la boca no es muy normal.

—No, no lo es —concede ella.

—¿Tal vez un asesino a sueldo?

—Ya le digo que no descartamos nada. El problema en este caso es el móvil. A muchos que tengan televisión o hayan comprado un periódico estos días atrás no les habrá costado encontrar un móvil para atentar contra la vida de Jonás Bustos.

A los pocos minutos el comisario da por zanjada la rueda de prensa y cada uno sigue con su trabajo; los policías a investigar nuevos crímenes y los periodistas a defenderse de las acusaciones por haberle hecho un juicio mediático a Jonás Bustos cuando no había pruebas de su culpabilidad.

El inspector Jerez alcanza a la inspectora cuando entra en su despacho.

—¿Podemos hablar?

—No tengo nada que hablar contigo. Mejor déjalo estar.

Pero Jerez ya se ha colado y cierra la puerta a su espalda.

—Por favor. Déjame explicártelo.

—Cogiste una habitación para ti solo y al llegar, ¡sorpresa!, allí estaba la muñequita de la comisaría abierta de piernas. ¿Así fue?

—No.

—Entonces, ¿qué coño de explicación me vas a dar? —pregunta Daniela irritada—. ¿No te la podías haber llevado a otro hotel, joder?

—Lo siento, fue un error.

—Por lo menos, ten vergüenza y lárgate. No me dirijas la palabra a menos que sea por trabajo. Y entonces tampoco, habla con mis ayudantes.

—Daniela, cariño, no te lo tomes así —intenta conciliar él—. ¿Por qué no lo hablamos cenando?

—¿Me vas a hacer tus famosos raviolis?

—Si quieres...

Se acerca a él, le sonríe y le agarra los huevos con todas sus fuerzas.

—¿Te los arranco? Recuerda que sé cómo hacerlo.

—No, tranquila —Jerez levanta las manos asustado.

—Entonces, lárgate.

A media mañana, la inspectora entra en el despacho del comisario y le entrega un papel. Él lo lee y la mira con gravedad.

—¿Estás segura de esto?

—Ahora necesito estar con mi hijo. Si espero un poco más, puede que sea demasiado tarde.

—Ya, ya me he enterado de lo del otro día —suspira el comisario—. ¿Os ha llegado la citación?

—Eran unos pocos gramos de marihuana. Se ha quedado en una multa.

El comisario vuelve a leer el papel.

—Tú estás hecha para perseguir asesinos, en un destino de oficina te vas a morir del asco. Lo sabes, ¿no?

—Puede que vuelva en un par de años.

—Guardaré esto en mi cajón —dice el comisario mientras archiva la petición de traslado—. Si la semana que viene no has cambiado de opinión, lo mandamos.

La inspectora vuelve a casa convencida de que no cambiará de opinión. En el trayecto piensa en proponerle a Sergio hacer un viaje juntos, a donde él quiera. Le deben muchas vacaciones y es el momento de gastarlas. Sergio al principio se negará a acompañarla a ningún sitio, pero si encuentra un destino adecuado podrá convencerle. Cuando era pequeño y todavía la perdonaba, hablaron de ir a ver leones y jirafas a África. Con un poco de paciencia terminará ablandándose y aceptará. Daniela se ilusiona pensando en una nueva vida para ellos.

Al entrar en casa ve que su hijo no está solo. Junto a Sergio hay tres chicos más bebiendo cerveza, y los tres visten de manera muy parecida: uno de ellos lleva botas militares, pantalones vaqueros y una camiseta de Dramatic Battle. Los otros dos, zapatillas, pantalones cargo y parcas negras de Thor Steinar. Indumentaria sin duda de extrema derecha. El más mayor, el que tiene un tatuaje con una telaraña en el codo y el número 88 grabado en el antebrazo —el número que simboliza por partida doble la octava letra del abecedario, la «H» de «Heil Hitler»—, se levanta y choca la mano con Sergio.

—Bueno, tío, nosotros nos piramos. Ya hablaremos, ¿vale?

Los chicos se marchan despidiéndose educadamente de Daniela y esta persigue a su hijo por toda la casa. En la cocina, Sergio se empieza a hacer un sándwich y ella pierde los nervios y estampa el paquete de pan de molde contra la pared.

—Muy bonito, mamá —ironiza Sergio—. Si esta es la educación que ibas a darme, es mejor que me haya criado con los abuelos.

—Te he hecho una pregunta, Sergio. ¿Quiénes eran esos chicos?

—Y yo ya te he respondido: unos amigos.

—¿Desde cuándo tienes amigos de extrema derecha?

—Ya ves, las cosas cambian.

Sergio se dirige hacia su habitación, pero Daniela no lo puede dejar pasar. Vender un poco de hierba a los colegas es una cosa y otra bien distinta meterse en un grupo neonazi. Le agarra del brazo con fuerza cuando pasa por su lado.

—¿Te denuncio por malos tratos, mamá? Quedaría de puta madre en tu expediente.

—Quiero que me digas ahora mismo qué querían esos chicos o te juro que llamo a comisaría para que envíen a un par de patrullas a buscarlos.

—¿De verdad quieres saber qué hacían aquí?

—Sí.

—Echarle cojones, los mismos que no le echa este puto Gobierno ni la puta Policía. Vamos a darle a la zorra de la etarra el recibimiento que se merece. Va a pedir que la vuelvan a encerrar en su agujero hasta que se pudra.

—Esa no es la solución, Sergio.

—Entonces, ¿cuál, mamá? ¿Nos quedamos viendo en la tele cómo le hacen una fiesta en su pueblo?

—He hablado con el juzgado que lleva el caso y todavía tiene causas abiertas. Es probable que no llegue a poner un pie en la calle.

—Por si acaso.

Sergio se zafa de su madre y se encierra en su habitación. Daniela se deja caer en el sillón temiendo haber pedido el traslado demasiado tarde, cuando su hijo ya se le ha ido de las manos. A pesar de lo que le acaba de decir, a ella ya le han comunicado que Amaya Eiguibar será irremediabilmente excarcelada en muy pocas horas.

* * *

Tal y como me habían prometido en el taller, mi coche está listo a primera hora de la mañana. Al parecer, tenía algo haciendo contacto y, después de dos meses de inactividad, se había descargado la batería. Cargo mi maleta y mis herramientas en el maletero, lleno el tanque de gasolina y cojo la A-4. Antes de atravesar Despeñaperros llamo al Hospital Universitario de la Princesa y pido que me pasen con la habitación de Nicoleta Serban. Descuelga tras un par de tonos.

—¿Sí?

—¿Estás sola, Nicoleta?

—¿Quién es?

—La periodista. Solo dime si hay alguien contigo.

—No hay nadie. —Noto que sonrío—. Viniste a verme.

—¿Cómo estás?

—Bien. El médico dice que saldré mañana.

—Escúchame, Nicoleta. Esta semana estaré de viaje por trabajo, pero quiero que vuelvas a casa y no te muevas de allí, ¿me has oído bien?

—Tengo que ganar dinero.

—Olvídate del dinero. Le he pagado a tu casera un mes por adelantado y he escondido dos mil euros en un bolso de tu armario. Habrá mucho más si me juras que me vas a obedecer y que no te vas a drogar.

Hay un silencio al otro lado del teléfono.

—Necesito que me lo jures por tu hermana Alina, Nicoleta.

—¿Cómo sabes...?

—Encontré tu carta y la eché a un buzón de Correos. Necesito que me lo jures.

—Te lo juro —dice al fin—. ¿Por qué haces esto por mí?

—Mientras yo me iba de fiesta con mis amigas, tú estabas siendo explotada por una panda de malnacidos. Creo que te mereces una oportunidad, es una cuestión de solidaridad femenina.

—Gracias —dice emocionada.

—Gracias a ti. Aunque no comprendas lo que quiero decir, en cierta manera le has dado sentido a mi vida.

Me paro a comer unas perdices en escabeche en La Carolina, Jaén, e inicio el último tramo hasta Málaga. En las dos horas que me quedan de viaje me da tiempo a analizar lo que me ocurre, y no me refiero precisamente a mi tumor. Estoy confusa, totalmente desconcertada por lo que he empezado a sentir por personas que hasta hace unos días no me provocaban más que una intrascendente simpatía; me siento culpable por haberle dado falsas esperanzas a Álvaro, por haber tratado con tanta frialdad a Jaime y a los demás hombres que le precedieron, me preocupo por el futuro de Nicoleta y hasta me acuerdo de Dimas, mi amigo de la infancia. Siempre he dado por hecho que viviría tan bien como yo con nuestro pequeño secreto y solo ahora me doy cuenta de que tal vez a él sí le haya torturado ver a Felipe desaparecer delante de nuestras narices. Hasta este mismo momento no se me había ocurrido pensar que pude haberle jodido la vida, y eso me provoca una congoja que me oprime literalmente el pecho. Hace un par de años, cuando mi amiga Lorena descubrió una infidelidad de su marido y se separó unos meses de él, me tocó hacer de paño de lágrimas en más de una ocasión y ella me decía que sentía esto mismo. Yo intentaba ser comprensiva con su desesperación, pero en el fondo pensaba que había visto demasiadas películas románticas, que ese dolor físico solo era producto de su imaginación. Pero ahora me doy cuenta de que es muy real. Detengo el coche en el arcén cuando me miro en el retrovisor y veo los churretos de rímel corriendo por mis mejillas.

—¿Qué coño te pasa, Marta?

Salgo a estirar las piernas y a fumarme un cigarro y, después de respirar profundamente y de darme cuenta de que solo son las alteraciones en mi conciencia que ya me anunció el doctor Oliver, logro olvidarme de todas esas personas y volver a ser yo misma, una mujer vacía de sentimientos. Llego a Málaga pasadas las seis de la tarde y no me cuesta encontrar el estudio, que es perfecto para mí; discreto, limpio y cómodo, y la dueña está encantada de que le pague una semana aunque probablemente me marche antes. Deshago mi maleta, me tumbo media hora y me pongo en marcha. Estoy excitada.

Compruebo que tengo todo lo que necesito en el maletero y me pierdo por la ciudad hasta que encuentro la salida hacia Algeciras. Dejo atrás Benalmádena y Fuengirola y me desvío cuando un cartel, unos kilómetros antes de llegar a Marbella, me indica que estoy en Cabopino.

La urbanización en la que vive Cornel Popescu está rodeada de montañas y de campos de golf. Tiene vigilancia las veinticuatro horas, calles ajardinadas y chalés de diferentes estilos, y ninguno se vende por menos de dos millones de euros; hay palacetes, casas solariegas, modernas viviendas de metal y vidrio tintado... y una réplica a pequeña escala del palacio del Parlamento rumano de Bucarest.

Aparco a unos metros de la vivienda y empiezo a sentir una enorme ansiedad. Hay cámaras de vigilancia y varios guardias apostados frente a la casa. ¿Cómo narices voy a acercarme a él, y más para matarle como se merece morir? Durante las siguientes dos horas se forma en mi cabeza la idea de abandonar. Lo de Jonás Bustos no fue premeditado y por eso me ha salido bien, pero esto es distinto. Yo solo he matado a un pederasta con una llave de tubo, y Cornel Popescu a decenas de hombres, mujeres y niños, ¿qué me hace suponer que voy a conseguirlo? Al cabo de un rato he decidido que conseguiré una pistola, me acercaré a él en un restaurante y le descerrajaré los tiros que pueda hasta que Yurik me agarre y me parta por la mitad. Arranco el coche para marcharme de vuelta a Madrid, pero veo que las puertas de la mansión se abren y sale un Range Rover Evoque negro metalizado. Cuando pasa por mi lado distingo perfectamente a Cornel Popescu en el asiento del copiloto y siento la misma profunda arcada que sentí al ver a Jonás Bustos y que me confirma que no estoy equivocada, que debe ser él y ahora.

Sigo al Range Rover hasta el desvío de Fuengirola-Los Boliches, atravesamos una rotonda con una escultura a tamaño real de un Seat 600 y tomamos el camino hacia la playa. El coche se detiene frente a un chiringuito llamado Los Marinos-Paco, el último del paseo marítimo. Cornel Popescu, su joven y bella esposa rusa Natascha y los dos hijos de ambos entran en el restaurante mientras Yurik, el gigante, aparca el coche. Un sudor frío recorre mi espalda al comprender que antes de llegar a mi objetivo tendré que deshacerme de esa masa de músculos y grasa.

La comida se prolonga durante un par de horas en las que yo no dejo de estudiarlos a distancia. La futura viuda es una belleza rubia, y mientras la observo me pregunto si ella esquivó el destino que le esperaba enamorándole de verdad o simplemente tuvo la suerte de conocer a Cornel cuando él ya era rico y no necesitaba venderla. Los hijos, de entre cuatro y seis años, son guapos, rubios y hablan entre ellos en andaluz. Yurik necesita pedirse dos raciones de coquinas para descubrir a qué saben y Cornel es un encantador de serpientes. Quien no sepa quién es y de dónde ha sacado el dinero para pagar la comilona diría que está ante un hombre atractivo, de rasgos duros, muy educado, agradable y generoso. No escatima sonrisas con sus hijos, con su esposa, con los camareros e incluso con su guardaespaldas, para el que pide otra ración de gambas a la plancha y se las pela con sus propias manos debido a la inutilidad del gigante. Sus hijos insisten en ir a meter los pies en el agua y Cornel los reta a una carrera. Yurik, que no se lo esperaba, tarda algo más en levantarse y en seguirlos por la arena de la playa. A solas, Natascha se enciende un cigarrillo y la amargura inunda su mirada. Comprendo inmediatamente que, aunque viva mucho mejor, ella está tan secuestrada como Nicoleta y como tantas otras.

Los sigo de vuelta a Cabopino y, cuando veo entrar el coche en la réplica del palacio de Bucarest, regreso a mi estudio de Málaga.

Ya lo tengo todo preparado, ya sé lo que quiero transmitir y las herramientas para hacerlo, pero todavía no he encontrado la manera de quedarme a solas con él durante al menos una hora para poder llevar a cabo mi obra. Me tumbo en la cama estrujándome la cabeza hasta que suena mi teléfono. Es Jaime, mi exnovio.

—Hola, Marta.

—Hola —respondo más seca de lo que debería después de haber pensado hoy mismo que tendría que haberle tratado mejor.

—No te llamo para presionarte, no te preocupes.

—Escucha, ya sé que no te va a hacer gracia, pero la pulsera que me regalaste me encanta. ¿Qué te parece si me dices cuánto te costó y te hago una transferencia?

—Olvídate de la pulsera. Puedes quedártela sin ningún compromiso, decidas lo que decidas. Yo te llamaba para otra cosa.

—¿Para qué?

—Ayer me encontré con tu amiga Silvia y me contó que te ibas a trabajar a Nueva York. ¿Es verdad?

—Sí.

—¿Y no pensabas decírmelo?

—¿Por qué debería haberlo hecho? Tú y yo ya no estamos juntos.

—¿Tú siempre tratas a las personas que te quieren con tanta indiferencia? —pregunta tratando de contener su irritación.

—Lo siento, Jaime —intento templar—. Tienes razón, debería habértelo dicho, pero, si me llegas a pedir que rechazara el trabajo, lo habría pasado mal.

Eso parece aplacar su orgullo masculino.

—Nunca te pediría que rechazases algo así. Aunque tú no te lo creas, siempre te he deseado lo mejor.

—Lo sé.

—¿Quieres que quedemos a cenar y me lo cuentas?

—Me encantaría, pero estoy en Galicia documentándome para una novela que quiero escribir hasta que me incorpore. Es la primera vez en mi vida que voy a tener dos meses libres y quiero aprovecharlos.

—¿Una novela? ¿Tú? —pregunta extrañado—. ¿Y sobre qué va a tratar?

—Sobre una asesina.

Jaime se ríe. Le digo que volveré a llamarle en unos días, cuando regrese a Madrid, y nos veremos. Él se lo toma bien y me manda un beso y sus mejores deseos para mi vida y para mi novela. No sabe que las dos cosas van unidas.

Atravieso caminando la plaza de la Merced y entro por la calle Alcazabilla. Me detengo un rato a ver el teatro romano construido en el siglo I a. de C. por el emperador César Augusto y bajo caminando hasta que entro en un restaurante de la calle Larios. Cuando termino de cenar pienso en tomarme una copa para no desperdiciar una noche de las pocas que me quedan, pero estoy cansada del viaje y mañana quiero seguir a Cornel y a Yurik desde temprano. Vuelvo al estudio y me meto en la cama buscando la manera de llegar hasta él.

* * *

En los dos años que llevaba prostituyéndose, Nicoleta había aprendido a complacer a los hombres con una sonrisa en la boca, pero para mantenerla le hacía falta el polvo blanco que descubrió al poco de empezar su nueva vida. Desde el primer día que se inyectó heroína encontró en ella la vía de escape que necesitaba para sobrevivir tras salir de Sibiu por la fuerza hacía ya tantos meses. Sabía que esa noche sería dura y se puso un chute bastante más cargado de lo habitual. Se quedó aletargada durante las siguientes cuatro horas.

—Mírala, jefe. Está muy colocada. —El chófer de Pierre, el amo de Nicoleta desde que salió de Italia para ocuparse en un piso de Lyon, miraba a la chica con cara de circunstancias—. ¿Llevamos a la polaca?

—Han pagado por ella, joder. Llama a un par de chicas para que la laven y la espabilen. Nos vamos en una hora.

A la hora convenida, después de un buen baño y de litros de café, el chófer ya la estaba llevando al chalé que un grupo de amigos habían alquilado para una despedida de soltero. Pierre le había explicado que tenía que bailar, hacer un número lésbico con otra compañera y acostarse con el novio. Todo lo demás tendrían que pagarlo aparte.

—No deberías meterte tanta mierda —le dijo el chófer con condescendencia—. Tu deuda sigue subiendo.

Cuando llegó a su primer destino en Italia, Nicoleta ya debía una fortuna por el viaje desde Rumanía, los cuidados y el alojamiento, pero por muchos hombres que pasaran por su cama nunca lograba saldar la deuda. Ahora que a todo eso le debía sumar la droga que ellos mismos la habían obligado a probar por primera vez, el fin de la pesadilla de Nicoleta estaba cada vez más lejos. El precio por recuperar su documentación, o para que la comprase cualquier otro proxeneta del país que fuese, en ese momento estaba fijado en veinticuatro mil euros.

En la fiesta hizo lo contratado y además, por empeño de uno de los amigos del novio que estaba dispuesto a pagar mucho dinero, se masturbó con una botella de vino encima de la mesa del comedor. Regresó dolorida al piso a las cuatro de la mañana y recibió la noticia que empeoró todavía más su mal día.

—Yo no quiero operarme, Pierre —protestó Nicoleta mientras se sujetaba los pechos con las manos—. Ya tengo buenas tetas.

—Él pagará la operación y seis mil euros de tu deuda.

Con «él», Pierre se refería al exsenador italiano Pasquale Carduccio, de setenta y nueve años, a quien Nicoleta había conocido hacía apenas un año. En cuanto la vio, el viejo se encaprichó de ella. Iba a visitarla dos veces por semana coincidiendo con viajes de negocios y siempre llevaba perfumes y vestidos. Al principio, Nicoleta agradeció haber encontrado a un hombre bueno como él y planeó durante semanas cómo decirle lo que le estaban haciendo, pero cometió el error de contárselo antes a una compañera.

La paliza de los hombres de Pierre la tuvo postrada en la cama durante dos semanas, y las medicinas, los cuidados y el alojamiento hicieron aumentar su deuda todavía más. Cuando volvió a ver al exsenador, este había cambiado. Ya no era cariñoso ni le llevaba regalos, había encontrado a otra a quien colmar de atenciones y a Nicoleta solo la quería para jugar con esposas y fustas. Ella se empezó a acostumbrar a despedirle con la piel marcada, pero meterse en un quirófano era demasiado.

—Me da igual la deuda. No voy a operarme.

—¿Te da igual la deuda, zorra? —Pierre la agarró con fuerza del cuello —. Pues a mí no. He pagado mucho por ti.

—¿Te crees que no sé lo que te hago ganar? —le retó ella.

Pierre levantó la mano para abofetearla, pero a Nicoleta ya no le dolían los golpes y esta vez no se arrugó.

—Si sigues dándome problemas, tendré que vender tu deuda. ¿Es eso lo que quieres?

—Me da igual a quién me vendas.

—¿Ah, sí? ¿Qué te parecería si te mando a Marruecos para que aprendas lo que es follarse a veinte moros al día? Los ojos verdes les vuelven locos.

Antes de acostarse aquella madrugada, Nicoleta volvió a comprar heroína, y con ello se gastó una vez más casi todas las ganancias de la noche.

* * *

Después de hacer una llamada a un contacto en los juzgados que le confirma la inmediata excarcelación de Amaya Eiguibar, la inspectora Gutiérrez mira su reloj. Solo le quedan quince minutos para confirmar su asistencia a una fiesta privada que se celebrará por la noche en un piso cerca de Ópera. No quiere volver a una dinámica que dejó hace más de cinco años, pero necesita desquitarse de alguna manera contra el inspector Jerez, y

entregarse a uno o a varios hombres es lo mejor que se le ha ocurrido. Descuelga el teléfono y marca.

—Soy Iris.

—Buenas tardes, Iris —contesta una amable voz femenina al otro lado del teléfono—. Estábamos a punto de cerrar la lista de invitados.

—¿Todavía estoy a tiempo?

—Claro que sí. Empezaremos a las diez con unas copas y algo de picoteo. ¿Tienes dónde apuntar la dirección?

Daniela va a casa, se arregla y se maquilla como si fuera a tener una cita —ni demasiado provocativa ni con los trajes que suele llevar al trabajo—, y llama al telefonillo del señorial portal a las diez y cuarto de la noche. Contesta la misma chica con la que ha hablado por teléfono.

—Iris.

La puerta se abre y tarda un par de minutos en subir en el ascensor y ponerle cara a aquella voz. Es una mujer de aproximadamente treinta años, guapa y con estilo. Parece más la recepcionista de un hotel de lujo que la encargada de una orgía.

—Conoces las normas, ¿verdad?

—Recuérdamelas, por favor —dice Daniela mientras guarda su teléfono, su documentación y su arma en una pequeña caja fuerte que le proporcionan.

—Hay doce parejas, seis chicas solas y cuatro chicos solos. Todos los asistentes son tan de confianza como tú, así que lo ideal es relajarse y disfrutar. Ellos pagan trescientos euros, las parejas doscientos y las chicas cien. Para el alquiler de la casa, el cáterin y esas cosas...

—Muy bien —asiente Daniela entregándole dos billetes de cincuenta.

—No está permitido preguntar sobre la vida privada de los asistentes. Aquí estamos para divertirnos y a nadie le importa lo que hagamos fuera. Lo que sí te garantizo es que todos son profesionales en distintos ramos. No hay nadie turbio ni con intenciones más allá de pasar un rato desinhibido.

—Bien.

—En cuanto al sexo, vale todo siempre que haya respeto y todos nos lo estemos pasando bien. Si alguien aparta tu mano o tú apartas la mano de alguien, deberá terminar ese juego inmediatamente. Si deseas tener intimidad con una pareja, con un hombre o con una mujer, la podrás tener en las zonas habilitadas para ello. ¿Has traído lencería o algo que quieras ponerte?

—Así estoy bien.

—Perfecto. ¿Me acompañas, por favor?

Daniela sigue a la mujer a través de un pasillo con cuadros de motivos náuticos y llega a la puerta de un salón. Por ella se cuelan conversaciones cruzadas y una suave música de fondo. «Gracias a Dios», piensa. A la última reunión a la que acudió llegó demasiado tarde y aquello ya se había convertido en una bacanal; lo primero que vio fue a tres hombres maduros penetrando por turnos a una chica de unos treinta años con pinta de modelo mientras su novio, un chico joven y musculoso, los animaba como si estuviera viendo un partido de fútbol. A su lado había una mujer de unos cincuenta años que le hacía sexo oral a una chica de aproximadamente veinte que llegaba al orgasmo escandalosamente. Más allá había tres hombres que habían decidido que no necesitaban mujeres. Dos cuarentones bien conservados se acercaron a Daniela completamente desnudos.

«Buenas noches, ¿te quieres unir a nuestra fiesta?», le preguntó uno de ellos señalando hacia un grupo de parejas que se revolcaban en un colchón formando un bosque de culos, coños, tetas, manos, piernas, bocas y pollas.

En aquel momento, cuando su adicción al alcohol estaba en su punto más álgido, Daniela se unió a la fiesta. Ahora no creía estar preparada para algo parecido.

Por suerte, esta vez encuentra un ambiente de bar de copas normal, con grupos de hombres y mujeres que beben y picotean algo de un generoso cóctel que han colocado en el fondo del salón. Lo atraviesa notando decenas de miradas recorriéndola de arriba abajo. Ella también mira a los asistentes buscando algún peligro, pero no ve más que a un grupo de personas anónimas deseando dar rienda suelta a sus fantasías. Se sirve una copa y sale a una lujosa terraza desde la que se ve el Palacio Real. Allí, varios hombres de entre treinta y cincuenta años charlan de fútbol como si estuvieran en el bar de abajo mientras las mujeres de dos de ellos observan y toquetean los pechos a una tercera alabando las manos del cirujano, pero no hay nada de sexual en ello. Al fondo de la terraza descubre que cuatro hombres y tres mujeres han decidido pasar de charlas y de convencionalismos y ya se revuelcan desnudos sobre una gran cama habilitada para tal efecto. Se fija en una pareja que le hace una felación por turnos a un chico. Cuando la mujer la descubre observándolos, la invita con un gesto a que se una a la fiesta, pero Daniela declina la propuesta forzando una sonrisa. Un atractivo hombre de pelo canoso, de unos cincuenta años, se acerca a ella con timidez.

—Hola.

—Hola.

—¿No te animas? —pregunta el hombre señalando con la cabeza hacia el conato de orgía.

—De momento estoy bien... ¿Tú?

—Yo no creo que me empalme con tanta gente a mi alrededor.

Daniela deja escapar una espontánea carcajada. Lo último que esperaba es que allí se fuera a reír.

—La mayoría se toma una pastillita. Para rentabilizar la inversión, más que nada. Si no, la fiesta se les acabaría en veinte minutos.

—Ahhh... —exclama el hombre canoso comprendiéndolo al fin todo.

—¿Es la primera vez que vienes?

—Lo más transgresor que había hecho fue un trío en la facultad. He acompañado a una amiga que tenía mucha curiosidad por asistir.

—¿Y se lo está pasando bien?

—Dímelo tú...

Ella sigue su mirada y ve a una entregada mujer a la que prestan completa atención los dos hombres y la mujer restantes. Daniela vuelve a reírse.

—¿Te apetece que busquemos un lugar más íntimo?

—¿Por qué no?

Después de saciar su apetito y su sed y de darle un teléfono falso al hombre canoso, Daniela sale a la calle y va a buscar su coche tambaleándose. Al doblar una esquina, un chico de unos veintisiete años se le echa literalmente encima y ambos ruedan por el suelo. Ni siquiera puede fijarse en él porque aparecen dos tipos más que le alcanzan y le muelen a patadas.

—¡Hijo de puta! ¡La próxima vez vas a robar a tu puta madre!

—¡Yo no he robado nada! —protesta el chico cubriéndose de los golpes—. ¡El móvil estaba en el suelo!

—¿En el suelo, cabrón?! ¡Si te he visto cogerlo de encima de la mesa!

—¡Ya basta, estaos quietos! —grita la inspectora.

—¡Tú no te metas, zorra! —le dice uno de los chicos sin dejar de pegarle patadas al ladrón.

—¡He dicho que pares, imbécil!

Los dos chicos se detienen y levantan las manos asustados cuando ven que la mujer les apunta con una pistola.

—Largaos de aquí.

Los dos agresores se marchan corriendo.

—¿Estás bien?

El ladrón asiente desconfiado y se levanta con precaución.

—¿Es usted poli? Yo no he hecho nada, se lo juro. A esos tíos no los había visto en mi vida. Son de los que van buscando pelea y zurren a la gente como yo.

La inspectora Gutiérrez al fin puede fijarse en él. Es un yonqui sucio, flaco y con cara de susto que arrastra una pronunciada cojera. Enseguida nota que tiene un ligero retraso, probablemente causado por el accidente que le ha dejado una enorme cicatriz en la cabeza.

—No deberías robarles si después no puedes huir —dice mirándole la pierna.

—Si son idiotas y se dejan los móviles en la mesa no es culpa mía.

La inspectora sonrío.

—¿Cómo te llamas?

—Jesús Gala, pero todos me llaman el Pichichi.

—¿El Pichichi? —se sorprende la inspectora—. ¿Tú no eres el que da palos a los turistas en la calle Preciados?

—Yo no he dado un palo en mi vida, señora. No tendrá por ahí un par de euros para un bocadillo, ¿verdad? No he comido nada en todo el día.

—Vamos, te invito a cenar.

La inspectora y el Pichichi se sientan en una mesa de un bar cercano y él devora un bocadillo de lomo con queso mientras ella se toma su cuarto güisqui de la noche.

—¿Sabes que una vez le robaste el teléfono móvil a mi hijo?

El chico deja de masticar y la mira pálido.

—Dígame cómo era y le consigo otro igual, se lo juro.

—No te preocupes, la culpa fue suya. Me dijo que controlabas muy bien el balón, tanto que eras capaz de desplumar a la gente sin dejar de dar toques.

—Antes era un *crack*. Casi llego al Madrid —sonrío orgulloso.

—¿Y qué pasó?

—La mala vida —se encoge de hombros.

A la inspectora le causa ternura el chaval y le invita a un segundo bocadillo, a un arroz con leche y a un café mientras ella se toma el quinto y el sexto güisqui. Hablan durante un par de horas de la vida, del destino y de la mala suerte. No sabe por qué pero, antes de despedirle, le da veinte euros para una pensión, aunque es perfectamente consciente de que se los gastará en otra cosa.

Al entrar en casa arrastrando el abrigo tropieza y tiene que sujetarse en el aparador de la entrada. Un gran jarrón de cristal se cae al suelo haciéndose añicos.

—Mierda...

Daniela se agacha para recoger los cristales, pero pisa el abrigo y se cae. Va a encender la luz para quitarse un cristal que se le ha clavado en la palma de la mano, pero Sergio se adelanta. Mira a su madre desde el fondo del pasillo, sin hacer ningún amago de ayudarla.

—Estoy bien —balbucea—. Solo he tropezado.

—Borracha de mierda —escupe su hijo con desprecio antes de volver a encerrarse en su habitación.

* * *

Vuelvo a seguir a mi objetivo y en esta ocasión, en la que solo viajan Yurik y Cornel, han cogido un Porsche Panamera que conduce el propio criminal. Se me ocurre que yo también debería cambiar de coche, que esta gente está muy preparada y enseguida se darán cuenta de que los están siguiendo, pero me quito la idea de la cabeza cuando compruebo que no reparan en mí. La primera parada la hacen en un banco, la segunda en un concesionario de coches propiedad de la señora Popescu y la tercera en el Club de Golf Santa Clara. En el aparcamiento, Cornel se ríe al ver que su guardaespaldas no puede salir del coche y le ayuda a incorporarse para que vaya a buscar un *buggy* mientras él se cambia los zapatos allí mismo. Es la primera vez que está solo y por un momento pienso en echar a correr hacia él como una posesa y estrenar al fin mi cuchillo, pero las pocas probabilidades de éxito, mi vacilación y la llegada de Yurik subido en un cochecito blanco y verde que le queda pequeño por todas partes arruinan la oportunidad.

Durante las siguientes cuatro horas y media, Cornel disfruta de su día de golf y a mí me vienen a la cabeza un sinfín de ideas absurdas que evidencian mi desesperación: ¿y si me escondo entre la vegetación que rodea el campo de golf y le ataco allí mismo?, ¿y si le atropello cuando vuelva al aparcamiento y me doy a la fuga?, ¿y si me cuelo en la cocina del siguiente restaurante que visite y enveneno su comida? Cuando Cornel y su fiel Yurik regresan al coche, yo todavía no he encontrado la manera de hacerlo.

Los sigo a unos cincuenta metros y los veo entrar en el aparcamiento de un puticlub cerca de Fuengirola. Está claro que, si para el portero y para el encargado del burdel de Madrid suponía un problema que una mujer entrara sola en el local, aquí va a ser, cuando menos, igual de complicado. Lo único que conseguiría si decidiera arriesgarme sería llamar la atención y tirar por tierra mis pocas probabilidades de éxito. Espero casi una hora en el coche sin saber qué hacer, hasta que decido dar por finalizado mi seguimiento y regresar a Málaga. Apenas avanzo medio kilómetro por la carretera cuando oigo una explosión y el volante de mi coche se endurece repentinamente. Aparco asustada en la cuneta, me bajo del coche y veo que he reventado una rueda.

—Mierda. No me lo puedo creer.

Busco la rueda de repuesto en el maletero y observo el gato como si estuviera mirando el mecanismo de una bomba nuclear. No tengo ni la más remota idea de cómo se maneja ese chisme. La mala suerte se ceba conmigo cuando veo parar un coche veinte metros por delante del mío. De él se bajan Cornel Popescu y Yurik —este con cara de malas pulgas— y se acercan a mí caminando.

—¿Qué ha pasado, princesa? —me pregunta Cornel mirándome de arriba abajo.

—Un reventón —respondo con cara de inocente—. Iba a llamar a la grúa.

—No hacen falta grúas. Yurik cambia la rueda en un momento.

El gigante se traga el sapo y me mira con suficiencia.

—¿Dónde está el gato?

—En el maletero.

Yurik va hacia el maletero, aparta la mochila en la que llevo las armas destinadas a acabar con él y con su jefe y saca la rueda de repuesto y el gato. Mientras su guardaespaldas hace el trabajo sucio despotricando para sí en ruso, Cornel sigue mirándome fijamente hasta lograr incomodarme.

—Eres muy guapa, ¿lo sabías?

—Gracias.

—¿Vives aquí?

—No.

—¿De vacaciones, entonces?

—Sí, más o menos. He venido a visitar a una amiga que vive en Marbella y que acaba de dar a luz.

—¿Tú tienes hijos?

—No, todavía no he encontrado al amor de mi vida.

—Los hombres españoles son gilipollas.

Cornel suelta una risotada y yo le sonrío con timidez. No sé si me desconcierta más que intente ligar conmigo teniendo a su disposición a auténticas bellezas como Natascha o Nicoleta o que lo haga recién salido de un puticlub.

—Necesito ayuda, jefe —dice el gigante desde el suelo.

—Todos los rusos sois unos inútiles —responde el rumano irritado—. No sabes ni cambiar una rueda. Déjame.

Cornel le quita las herramientas de mala gana y entre los dos cambian la rueda en apenas unos minutos mientras yo me quedo allí parada mirándolos, pensando en lo que supone que mis futuras víctimas y yo nos hayamos conocido de manera tan singular. Lo que está claro es que ahora me costará más sorprenderlos.

—Esto ya está —dice Cornel mientras Yurik guarda el gato y la rueda pinchada en el maletero—. Ve a un taller para que la reparen.

—Eso haré, muchas gracias.

Cornel va a decirme algo con ademanes de seductor, pero empieza a sonar su teléfono móvil y, al mirar la pantalla, críspala el gesto.

—Los guardaespaldas rusos son unos inútiles y las mujeres rusas unas pesadas. Hasta otra.

—Hasta otra. Y de nuevo, muchas gracias.

Cornel regresa a su coche discutiendo por teléfono en castellano y Yurik le sigue sin siquiera mirarme cuando le agradezco su ayuda. Yo vuelvo a Málaga, dejo el coche en un taller para que arreglen la rueda y me encierro en mi apartamento de la plaza de la Merced. Me siento en la cama a intentar asimilar todo lo que ha pasado, consciente de que las cosas se han complicado más de lo que esperaba, cuando, como me temía desde que mi conciencia ha empezado a darme la murga, pienso en mi padre. Intento apartar esas distracciones de mi cabeza, pero media hora después hago lo que nunca había hecho desde que se inventó Internet: escribo su nombre en Google. «Juan Aguilera Romero» solo aparece en una entrada, en la de la Antigua Hermandad y Real Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Humildad en su Presentación al Pueblo (Ecce-Homo), Nuestra Madre y Señora de la Merced y San Juan Evangelista. ¿Mi padre cofrade? Nunca lo hubiera imaginado. De hecho, las pocas veces que he pensado en lo que sería, llegué a la conclusión de que era un delincuente de baja estofa. Tras otros

treinta minutos de lucha interior, salgo a la calle y voy caminando al barrio de la Victoria, a la calle Agua.

En la puerta de la Casa-Hermandad, un antiguo edificio pintado de blanco que como distintivo solo tiene un pequeño altar con una Virgen en la fachada, hay dos hombres charlando, discutiendo sobre la faena que les han hecho cambiándoles el itinerario de alguna procesión. Paso junto a ellos sin que se fijen en mí, pero una vez dentro se me acerca otro hombre de mediana edad.

—¿Desea algo?

—No... —titubeo—, sí. Estoy buscando a Juan Aguilera Romero.

El hombre me mira con desconfianza y al fin señala hacia el interior de una habitación en la que han clavado un cartel que reza «Salón de Tronos».

—Está ahí dentro.

El hombre pierde interés por mí y se marcha. Yo me quedo petrificada, sin saber si salir corriendo o entrar y enfrentarme a ese fantasma de una vez por todas. Avanzo los dos pasos que me separan de esa puerta y empiezo a notar una enorme presión bajo mi cráneo. Cuando me asomo y veo a cinco ancianos discutiendo sobre lo mismo que los dos de fuera, empiezan las convulsiones. No soy capaz de reconocerle, ninguno de ellos se parece al recuerdo que tengo de mi padre. Uno de los hombres se asusta al verme.

—¿Qué le ocurre, señorita?

Las palabras no salen de mi garganta y la repentina cefalea amenaza con hacer estallar mi cabeza. Veo luces, sirenas y caras, pero no reconozco ninguna. Veo el techo de un pasillo avanzando a toda velocidad y a gente vestida de blanco. Y veo una luz apuntando directamente hacia mi córnea.

—¿Me está oyendo? Si puede escucharme, asienta con la cabeza.

Lo hago.

—¿Recuerda cómo se llama?

Voy a responder, pero nuevamente me quedo muda, pero no porque no pueda hablar, sino porque no tengo una respuesta para esa pregunta. La angustia se empieza a apoderar de mí. No sé quién soy, ni qué hago aquí ni por qué este hombre vestido de médico me pregunta por mi nombre.

—¿He tenido un accidente?

—Se ha desmayado. ¿No recuerda su nombre ni a qué se dedica?

Al cabo de unos segundos consigo centrarme y lo recuerdo todo. Me llamo Marta Aguilera, tengo un tumor cerebral que acabará conmigo dentro de muy poco y me dedico a matar canallas. Me niego bajo mi responsabilidad a

hacerme pruebas —pese a la insistencia de los médicos y las enfermeras que me persiguen hasta casi la misma parada de taxis— y regreso al estudio.

Una vez allí, en la soledad de mi habitación, pienso en castigarme por mi estupidez clavándome el cortaúñas en el interior de los muslos a modo de cilicio, como el rubio de *El código Da Vinci*, pero eso solo me confirmaría que estoy perdiendo definitivamente la cabeza y es lo último que necesito. Me juro que no volveré a pensar en nada más hasta que haya acabado con Cornel Popescu. No debo descentrarme así.

* * *

En el Hogar Social del grupo de extrema derecha España36, situado en un edificio ocupado en el centro de Madrid, hoy dan cocido gratis, pero solo para españoles. Enseñando el DNI tienes derecho a sopa con fideos, un plato repleto de garbanzos, verduras y morcillo, media barra de pan y un yogur de plátano. Las mesas, del mismo verde apagado que las del comedor de un colegio, las ocupan familias enteras, aunque no necesariamente de ideas fascistas; más de uno y más de dos de los que llevan allí a los suyos a diario han votado a la izquierda toda la vida, pero el hambre de un hijo hace tambalearse todas las ideologías y procuran no fijarse en los carteles y lemas que pueblan las paredes del comedor. Los otros, los de extrema izquierda, anarquistas y antifascistas igual de violentos que los propios neonazis, hacen otro tipo de campañas, pero no regalan cocido. Lo único que hay que aguantar cada vez que se llevan una cucharada a la boca es que intenten convencerlos de que les den su voto en las próximas elecciones, siempre a la vuelta de la esquina. En el otro lado habría que aguantar exactamente la misma monserga.

Sergio atraviesa el comedor siguiendo al Rulo, que junto al 88 luce orgulloso su tatuaje en el codo como señal de que ha cumplido condena; cada uno de los aros de la telaraña representa un año entre rejas.

—Esto es una puta vergüenza —dice el Rulo mirando a su alrededor—. No hay derecho a que los españoles tengamos que estar así.

Sergio se abstiene de opinar. Nunca ha tenido nada en contra de los inmigrantes, pero ellos ahora le importan una mierda. Salen del comedor por la puerta del fondo y suben por unas escaleras decoradas con banderas españolas preconstitucionales y carteles con lemas y convocatorias de manifestaciones. Aunque el edificio está en pésimo estado, sus habitantes

intentan mantenerlo limpio. Una señora de unos sesenta años friega el suelo del descansillo del primer piso. Junto a ella hay dos niños haciendo los deberes. Lo que se puede ver del interior de la vivienda es modesto pero digno; hay una mesita de comedor, un par de silloncitos y una televisión encendida.

—Doña Emilia —saluda el Rulo con simpatía—, se pasa usted el día fregando.

—Si no, se nos come la porquería, hijo. Dile a tu amigo el alto que ya le he cosido la chaqueta.

—¿Y a mí cuándo me va a hacer las natillas?

—Mañana mismo, te lo prometo.

—¿Se portan bien los mocosos? —el Rulo les revuelve el pelo a los niños—. Que no me entere yo de que le dais problemas a vuestra abuela, ¿eh?

Suben un par de pisos más y se adentran por un pasillo. A esta zona del edificio suben solo unos pocos y no está tan cuidada, pero sí mucho más vigilada por unas cámaras colocadas en el techo. A ambos lados hay apartamentos llenos de basura, la mayoría de ellos sin puertas ni ventanas.

—En este edificio mantenemos a cuatro familias enteras, dieciocho españoles. Dime tú si estamos haciendo algo malo como para que la Policía nos toque los cojones día sí y día también. Espérate aquí.

El Rulo y Sergio se han detenido frente a una puerta blindada recientemente repuesta. Cuando les abren, el Rulo deja al hijo de la inspectora Gutiérrez esperando en el pasillo. La puerta se vuelve a abrir y Sergio ve que es una vivienda privada, seguramente de alguno de los dirigentes. Cree haberse teletransportado a la casa de una familia de clase media de cualquier urbanización de las afueras con piscina y cancha de pádel. No falta ni un detalle: cuadros, electrodomésticos, alfombras e incluso aire acondicionado. Una mujer muy guapa sirve la comida a sus tres hijos de entre ocho y diez años. El padre, el líder, de casi cuarenta años y sin ningún signo exterior de ser un neonazi, apaga la tele de plasma con el mando a distancia y se levanta de su cómodo sofá para salir al pasillo con el Rulo. Le tiende la mano a Sergio.

—Bienvenido, Sergio. Soy Fernando. Raúl me ha hablado de lo que te ha pasado. Lo siento, tío.

—Gracias.

—Síguenos.

Sergio los sigue hasta otro piso. Detrás de una puerta hay una imprenta con montones de pasquines y, tras otra puerta más, tres chicos y dos chicas pintando unos carteles en los que se lee: «Ni olvido ni perdón. ETA al paredón». Fernando les presenta a Sergio y todos le dan sus condolencias. Se sientan alrededor de una mesa. Fernando clava su mirada en el chico.

—Me han dicho que tu madre es poli, Sergio.

—Mi madre no tiene nada que ver con esto. Además, prácticamente no es mi madre, la conozco casi menos que a ti.

Fernando sonrío dándole un voto de confianza.

—¿Qué recibimiento pensabas darle a esa etarra de mierda?

—A mí no me basta con unos cuantos gritos —responde Sergio.

—A nosotros tampoco —añade el Rulo.

Una de las chicas se levanta y saca de un armario una mochila con símbolos anarquistas. La pone sobre la mesa y suena a metal.

—Tenemos lo que les quitamos a los guarros la semana pasada —dice.

Los «guarros», como los llaman ellos, son los antifascistas. Todas las semanas reciben varios ataques en el Hogar Social de los grupos de extrema izquierda. Normalmente se queda en unos gritos y en unas pedradas contra la fachada del edificio, pero de vez en cuando corre la sangre. Dentro de la mochila hay tubos, grandes tuercas de camión, bolas de acero de varios tamaños y todo tipo de metralla. Sergio no duda y saca de dentro un tirachinas.

—Esto me lo quedo yo.

—Si te cogieran... —Fernando empieza a hablar, pero Sergio le interrumpe:

—No me van a coger, pero, si lo hicieran, nunca sabrían de vosotros ni de este lugar. No al menos por mi parte. Os doy mi palabra.

—Bien —Fernando vuelve a sonreír complacido—. Nos mezclaremos con los de la Asociación de Víctimas del Terrorismo y con los de la Falange.

Elaboran un plan de ataque y otro de huida. Aunque irán a la cárcel de Ávila en un autobús financiado por algunos simpatizantes, dispondrán de coches para recogerlos si la cosa se complica, como está previsto que ocurra. Tampoco pueden llevar ropa ni simbología que los relacione con España36 y las armas se las entregarán una vez que hayan pasado los controles policiales.

—Quiero llevármelo —dice Sergio con el tirachinas en la mano—. Si no practico, podría darle a algún funcionario.

—Si fallas, mejor dale al puto abogado de los etarras.

Todos se ríen y siguen organizándose, pero Sergio no presta atención al plan, solo agarra con fuerza su tirachinas esperando que con él pueda abrirle la cabeza a la asesina de su padre y de su hermano mayor. Cuando sale de allí, practica día y noche y no para de hacerlo hasta que consigue acertarle seis veces seguidas a una lata colocada sobre un árbol a veinte metros de distancia. Solo entonces devuelve el tirachinas y la munición para que puedan entregársela el mismo día de la excarcelación.

* * *

Todavía faltaban dos semanas para mi diecisiete cumpleaños, pero Raquel ya estaba de los nervios. Ella no era de las que solían estar invitadas a demasiados eventos y saber que era la mejor amiga de la homenajeadita la hacía sentir importante. Yo tampoco hice demasiado para ser popular, pero sabía que la mitad de los chicos del pueblo vendrían babeando si yo los llamaba. Habían pasado varios meses desde que descubrí su terrible moratón y no habíamos vuelto a hablar de aquello, pero yo no podía quitármelo de la cabeza. Estaba tirada en su cama acariciando a Rufus mientras la observaba caminar de un lado para otro de la habitación. A pesar de que hacía más de treinta grados, Raquel iba cubierta desde el cuello hasta los pies.

—¿Vas a invitar a Néstor? —preguntó nerviosa.

—No sé, si tú quieres...

—Pues claro que quiero, Marta. Como si no supieras que me gusta desde hace cuatro años.

—Ese niño es idiota, Raquel. No sé qué puedes haber visto en él.

—Es guapísimo y tiene unos ojos preciosos.

—¿No eras tú la que decía que fijarse únicamente en el físico de una persona era de imbéciles sin personalidad?

Raquel me miró y se desinfló como un globo. Mi pregunta la hizo descender de golpe a la Tierra y se sentó a mi lado deprimida.

—Ya, ya sé que no tengo ninguna posibilidad con él, pero a mí me gusta. ¿Qué quieres que le haga?

—Eh. —Le acaricié el pelo intentando animarla—. Te aseguro que ese idiota dentro de diez años rezará para estar con alguien como tú.

—Y hasta entonces, ¿qué? ¿Me quedo virgen?

—No te pierdes nada, te lo juro. La primera vez duele como si te metieran un palo por el chichi.

Raquel se rio y volvió a llamarme bruta por tercera vez en media hora. A mí se me ocurrió de qué manera podía confirmar lo que llevaba toda la tarde sospechando.

—Pero si quieres comprobarlo por ti misma, yo te ayudaré. ¿Qué piensas ponerte?

—No tengo ni idea —respondió insegura.

—Veamos qué tienes por aquí. Ve quitándote la ropa.

Fui al armario a rebuscar entre sus cosas y cogí una camiseta de tirantes que a mí me quedaría como un camisón. Cuando me di la vuelta, Raquel estaba tiesa como un palo en mitad de la habitación, completamente vestida.

—¿Qué haces? Pruébate esta camiseta a ver cómo te queda.

—Es que ahora no me apetece. Mejor otro día.

—Venga, tía —insistí—. Pruébatela y, si te queda bien, volvemos el sábado a Ávila para comprarte aquellos vaqueros.

Me acerqué a ella e intenté levantarle la sudadera, pero ella se resistió con violencia, totalmente fuera de sí.

—¡He dicho que no, Marta! ¡¿No te has enterado o qué?!

Su reacción me confirmó sin necesidad de verlo lo que ya sabía desde hacía horas. Su madre entró en la habitación. Aunque llevaba un pañuelo alrededor del cuello, se podían ver claramente las marcas.

—¿Qué son esos gritos, chicas?

—No es nada, mamá. Marta y yo nos estábamos peleando en broma.

—No hagáis ruido, por favor. Hoy tengo jaqueca.

Cerró la puerta y se marchó.

—¿Y a tu madre qué le ha pasado en el cuello? —pregunté incisiva—. ¿También se ha caído paseando a Rufus?

—Será mejor que te marches, Marta —dijo frunciendo el ceño—. La semana que viene tengo examen de Química y voy a estudiar.

—Como quieras.

Fui a recoger mi bolso a la cama y ella se relajó, así que al pasar por su lado le levanté la sudadera y la camiseta con un rápido movimiento. Esta vez el terrible moratón lo tenía en un costado. Raquel se puso roja como un tomate.

—Ha sido tu padre, ¿verdad? Él os hace esto a tu madre y a ti.

—N-no es culpa suya —balbuceó—. Desde la muerte de mi hermano no se encuentra bien. Tú no sabes lo que es perder a un hijo así.

—Lo que sé es que deberías denunciarle para que deje de haceros daño, Raquel. Cualquiera día os va a matar.

—Se le pasará, ya verás. —Sus ojos se inundaron de lágrimas—. Lo que pasa es que se van a cumplir cinco años y el pobre se acuerda mucho.

—Si ya ha empezado, nunca dejará de hacerlo.

—Márchate, por favor. Y si de verdad eres mi amiga, no se lo cuentes a nadie.

Volví a casa con una rabia y una impotencia que me salían por todos los poros de la piel. Pensé en traicionar a mi amiga y denunciar a ese asqueroso maltratador yo misma en el cuartelillo de la Guardia Civil, pero al pasar por delante del bar de la plaza le vi y me detuve a observarle escondida en los soportales. Felipe padre estaba borracho como una cuba, manoseando a Olga, la oronda camarera extremeña, mientras ella se lo quitaba de encima entre risas.

—¡Jesús, qué hombre! Hoy pareces un pulpo, Felipe.

—Fúgate conmigo, Olguita —dijo rijoso, arrastrando las palabras—. Te llevaré a la costa y allí viviremos como marqueses hasta que seamos viejos.

—Te recuerdo que tú estás casado y tienes una hija.

—No sería el primero que abandona a su familia en este pueblo de mierda. Fíjate si no en Juan Aguilera, el marido de la Loca.

Hasta ese momento, nunca había odiado tanto a alguien, ni siquiera a su hijo cuando le vi aquella tarde machacando a Dimas junto a las vías del tren. Entonces decidí que la cárcel no era suficiente castigo para ese cerdo. Si quería salvar a Raquel y a su madre, Felipe padre debía desaparecer de sus vidas. Y además, si los maltratos que infligía a su mujer y a su hija de verdad eran porque había perdido a su único hijo varón siendo este apenas un niño, a mí me correspondía cerrar el círculo.

* * *

Cornel está nervioso. No sabe por qué pero esta mañana se ha despertado a las seis y no ha podido volver a dormirse hasta las ocho. Ahora que son las diez, no se ha quitado del todo esa extraña desazón. Se asoma a la ventana y ve a Natascha haciendo yoga junto a la piscina. Es realmente preciosa, una joya que encontró en uno de sus viajes a Rusia, el mismo en el que conoció a Yurik. Un dos por uno en toda regla. Ella podría desfilarse en cualquier pasarela

a pesar de haber parido dos veces con solo dos años de diferencia. La mira y se excita, y piensa que tal vez le haga una hija, es lo único que falta para que todo sea perfecto. Uno de los hombres que hacen guardia en el fortín presencia el espectáculo de la bella rusa y Cornel le ve. No aparta la mirada, ni pestañea, en los cinco minutos que el chico mira a su esposa con lascivia sin saber que está siendo observado. Al descubrir a su jefe tras el cristal agacha la mirada, farfulla una disculpa y piensa en saltar a la calle desde su torreta de vigilancia y echar a correr hasta que no quede campo.

—¿No podrías ponerte un poco de ropa, Natascha? Tienes a todos los guardias meneándosela.

—No entiendo por qué necesitamos tantos guardias, Cornel.

«Maldita estúpida», piensa Cornel. Ni se imagina la cantidad de enemigos que se ha granjeado a lo largo de estos años. No solo otros proxenetes como él y de orígenes tan duros o más que el suyo, también lo que él llama, desde que se lo oyó decir a alguien en televisión, «daños colaterales»: un padre que busca a su hija puede ser más peligroso que cualquier paramilitar de la antigua Yugoslavia. Él lo sabe bien, ya ha tenido que enfrentarse a unos cuantos. Aún recuerda al de Nicoleta. Le persiguió durante meses denunciándole a gritos ante quien le quisiera escuchar y solo logró callarle ejecutándole. Aquella muerte pesa más que ninguna otra sobre su conciencia. Si le hicieran algo a alguno de sus hijos él enloquecería, solo ahora lo comprende. Cuando recuerda cómo desapareció aquella cabeza frente a su pistola, se descompone y piensa en dejarlo todo y retirarse. Ya tiene más de lo que necesita, lo suficiente para que sus hijos jamás pasen el hambre que él pasó de niño. Saber que todo lo ha hecho por ellos es su único consuelo.

—Mañana llega el cargamento —Yurik le saca de su ensimismamiento mostrándole un teléfono—. ¿Les digo que mandamos a los moros?

—No, iremos nosotros.

Yurik arruga la nariz. Sabe que a Cornel no hay que discutirle las órdenes, pero después de siete años a su lado se ha ganado el derecho.

—¿Por qué?

—Porque me quiero quedar a pescar.

—¿Pescar? —Al grandullón no le hace gracia.

—Pescar, sí, que todo hay que repetírtelo, joder —zanja Cornel—. Diles que después les mandamos las coordenadas y la hora. Ah, y otra cosa. ¿Cómo se llama ese guardia, el moreno?

—Andrei.

—Que se lo lleven un par de hombres y que aprenda a no mirar a las mujeres de los demás.

Yurik asiente y se aleja hablando por teléfono. Cornel sigue desayunando y retoma sus buenos pensamientos. Ya está, lo ha decidido: después de cerrar unos flecos que tiene pendientes lo deja, vende las deudas de sus chicas a alguno de sus socios y empieza a vivir un merecido retiro viendo crecer a sus hijos. Le gusta la idea y sonrío.

* * *

Recojo mi coche en el taller y lo llevo al aparcamiento de la estación de tren María Zambrano. No puedo arriesgarme a seguir a Cornel y a Yurik con mi coche después de que le cambiaran la rueda y es allí donde están la mayoría de las agencias de alquiler. Consigo un Audi A3 en una de ellas y me dirijo a Cabopino para empezar el tercer día de seguimiento sin tener clara la manera de acercarme a mi futura víctima. Empiezo a desesperarme pensando que no lograré vengar a Nicoleta como se merece. Después de salir de Cabopino y de hacer las visitas de rigor a bancos y al concesionario de coches a nombre de Natascha Popescu, Cornel y Yurik van a comer a Puerto Banús. Mientras los vigilo desde el coche suena mi teléfono. Es Álvaro. Ya me ha llamado varias veces en estos últimos días y no he contestado. No estoy contestando a nadie.

—¿Tanto te arrepientes de lo que hicimos que has decidido desaparecer?

—No, no me arrepiento, pero esto no tiene nada que ver contigo. Me están agobiando pidiendo una entrevista y ya me he cansado de decir que no. ¿Tan pesados somos los periodistas?

—Un poquito. ¿Ni siquiera me la vas a dar a mí?

—Ya veremos, pero todavía no.

Hablamos durante diez minutos en los que él me cuenta que no hay pistas sobre el asesino de Jonás Bustos y me pregunta por mi vida. Yo le digo que muy bien, que no he podido devolverle las llamadas porque estoy en Galicia empezando a documentarme sobre mi novela y que ya casi tengo claro lo que voy a contar, que va a ser de acción y de misterio. Álvaro intenta hablar sobre nuestra pequeña aventura, pero yo vuelvo a desviar el tema recomendándole que se olvide de lo que pasó y que siga feliz junto a su novia.

—El problema es que no sé si podré volver a serlo después de haber estado contigo, Marta.

Estas son las típicas cosas por las que siempre le he considerado un blandito. Aunque no disfruto haciéndole daño, zanjo el tema para siempre:

—Será mejor que lo intentes, Álvaro. Como ya te dije, nunca jamás se volverá a repetir.

Me despido y cuelgo cuando Cornel y Yurik terminan de comer. Me pongo una gorra, unas gafas de sol y una sudadera bastante ancha para evitar que me reconozcan y los sigo caminando hasta el puerto deportivo por las callejuelas empedradas salpicadas de tiendas de ropa, joyerías y kebabs. Allí se reúnen con un hombre junto a un enorme yate bautizado como Natascha II. Yo no entiendo nada de barcos, pero este debe de costar más de un millón de euros. ¿Nadie se ha preocupado por descubrir de dónde saca un tipo como ese el dinero para pagar algo así?

Trato de acercarme todo lo que puedo a ellos mezclándome con los turistas que se detienen a fotografiarse con los lujosos yates allí amarrados. Acostumbrados a sentirse en lo alto de la pirámide, ni Cornel ni Yurik se fijan en mí.

—¿Habrán atunes o no? —pregunta Cornel al típico malagueño acostumbrado a tratar con nuevos ricos.

—Más bien lubinas y corvinas si van al curricán, pero algo caerá.

—¿Y tendremos que ir muy lejos?

Enseguida comprendo que el agua no es el medio en el que Yurik más a gusto se siente.

—En la orilla no van a estar.

—Te tomas una pastilla y arreglado, Yurik.

Cornel, Yurik y el malagueño entran en el barco y se quedan dentro por espacio de diez minutos. Cuando salen, me arriesgo acercándome demasiado a ellos, pero necesito oír su conversación.

—¿Quieren que lleve chicas?

—Trae a las nuevas, así las conocemos —responde Cornel—. Quince como mucho, a partir de esa cifra a las putas es difícil controlarlas.

Cornel, Yurik y el malagueño se ríen.

—Cómo se lo monta, *jodío*. Yo de mayor quiero ser como usted —dice el malagueño guiñándole el ojo con confianza y golpeándole en el brazo.

El rumano le atraviesa con la mirada. Él, por menos de eso, ha matado a gente. Se libra porque están donde están y porque ha decidido dejarlo todo.

—Saldremos sobre las ocho. Ten preparado el cebo, por favor.

—Y comida —añade Yurik.

—¿Alguna marca de cerveza en particular?

Cornel saca un fajo de billetes entre grandes risotadas, le da unos cuantos al hombre y se marcha con su inseparable Yurik, pasándole el brazo por los hombros y asegurándole que navegarán despacio y que los mareos no serán para tanto.

Tardo un cuarto de hora en darme cuenta de que tengo en bandeja una oportunidad de oro para acabar con Cornel y con Yurik. Mi plan es muy arriesgado, pero tengo que intentarlo. Esperaré a que sea de noche para esconderme en el Natascha II y me haré pasar por una de esas prostitutas, supongo que da igual que sean quince o dieciséis. Ese barco será la tumba flotante del secuestrador de Nicoleta y de su guardaespaldas.

Busco *sex-shops* en Internet y visito el más lujoso de ellos para comprar lencería y algún vestido que me favorezca y potencie mis virtudes. Como en atractivo natural no podré competir con muchas de esas chicas, decido que interpretaré un rol más sofisticado, algo así como de madurita experta en dar placer. Una chica joven, morena, guapa, con rastas, piercings y tatuajes se acerca a mí.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

—A lo mejor... —digo con timidez.

—No te cortes —me sonrío con simpatía—. Aquí estamos para lo que estamos.

—Me gustaría sorprender a mi marido y vestirme provocativa para él, pero que sea algo sofisticado además de atrevido.

—Tú tienes muy buen tipo —dice examinándome—. Un traje de cuero puede hacerle babear. Pasa al probador y ve desnudándote, enseguida te acerco varios modelos.

Yo obedezco y paso a un pequeño vestidor. Cuando la chica regresa, la estoy esperando en ropa interior. Vuelve a mirarme de arriba abajo con descaro y eso me hace sentir bien y albergar ciertas esperanzas de éxito con Cornel Popescu.

—Vaya, estás mucho mejor de lo que parecía...

—Gracias. Procuero cuidarme.

—Lo consigues, te lo aseguro.

Yo le sonrío, divertida por su naturalidad, y me pruebo varios vestidos de cuero negro y rojo, combinaciones que jamás pensaría ni que fueran legales y

algún que otro corpiño que me da un aire de *mistress*. El más radical es precisamente el que más parece gustarle a mi joven vendedora.

—Te queda como un guante... ¿Alguna vez has probado el BDSM?

—La verdad es que no.

—¿Cómo crees que reaccionaría tu marido si te presentas con botas de cuero y un arnés con un dildo acoplado?

—Pues no tengo ni idea. ¿Eso les gusta a los hombres?

—A todos, aunque la mayoría vayan de estrechos. ¿No ves que en la próstata tienen su punto G?

—Tal vez sea demasiado para mi primera vez.

—Como quieras, pero unas esposas son muy socorridas. Siempre puedes dejarle esposado al cabecero de la cama e irte de juerga con tus amigas.

—Esa me la apunto —digo riéndome.

Aparte de toda la ropa que me he probado, me vende unas botas negras que me llegan hasta la rodilla, unos guantes que me llegan hasta el codo, las socorridas esposas y una mordaza con una bola de cuero. Cuando firmo el recibo, que asciende a más de trescientos euros, me regala un discreto maletín para guardarlo todo y desliza sobre el mostrador una tarjeta con su número de teléfono.

—Si a tu marido no le gusta, dame un toque, ¿vale?

—Hecho —respondo con una sonrisa de oreja a oreja.

Me paso las siguientes tres horas estudiando las cámaras de vigilancia del puerto y viendo trabajar al malagueño y a su equipo. Revisan el motor del Natascha II, lo llenan de combustible y dejan preparadas las cañas de pescar. Cuando pasan por mi lado al marcharse, escucho al malagueño hablar con uno de sus ayudantes:

—Mañana a las ocho menos cuarto te estás aquí con el cebo y con las putas, *quillo*, no la vayamos a cagar con el rumano.

Ceno en uno de los restaurantes del puerto que abren hasta tarde y, pasadas las tres de la mañana, voy a por mis cosas al coche y me subo al yate. El problema ahora es cómo entrar. Reviso las seis puertas exteriores y compruebo que todas están cerradas. Entonces veo a dos hombres que saltan a la cubierta, cada uno de ellos con una caja de cervezas, y me escondo.

—¿Por qué no las dejamos aquí y que las guarden mañana?

—Porque no nos cuesta nada meterlas en la nevera.

Abren una de las puertas y se pierden en el interior. Yo entro detrás de ellos y me cuelo en un aseo. A los pocos minutos se marchan y cierran la puerta con llave. Salgo a un enorme salón con sofás, mesa de comedor y una televisión de más de cincuenta pulgadas. Junto a la zona de radio —igual de grande que el baño de mi casa— hay unas escaleras que conducen al piso inferior. Un pasillo con seis puertas a los lados que llevan a habitaciones y baños completos y, tras la última de ellas, encuentro un gigantesco camarote. Debe de tener más de treinta metros cuadrados y no le falta ningún lujo: aparte de una enorme cama de matrimonio tiene baño con *jacuzzi*, un vestidor que para mí quisiera yo, un despacho con ordenador, televisión, equipo de música, una lámpara de araña colgada del techo, una terraza con hamacas, un bar completo con su barra... Abro los armarios y descubro que dentro hay espacio de sobra para que espere mi oportunidad de acabar con Cornel Popescu.

Descorcho una botella de vino blanco, picoteo algo que encuentro en la cocina y, después de vestirme de ama dómina, pongo el despertador de mi móvil para las siete de la mañana y me tumbo en la cama para intentar descansar un rato. Dentro de unas horas, aquí va a haber una fiesta que no se olvidará en mucho tiempo...

* * *

La inspectora Gutiérrez vuelve a tener resaca y busca en su cajón un ibuprofeno prometiéndose que no volverá a beber en su vida, pero consciente de que muy pronto, tal vez hoy mismo, incumplirá su palabra. El agente Martos entra en su despacho con la cara que siempre trae cuando ha descubierto algo y quiere apuntarse un tanto.

—Lo tenemos —dice satisfecho.

—Hoy no estoy para adivinanzas, o sea que suéltalo.

—Fiona Hansen, esa es la marca de joyas a la que pertenece el tornillo que encontramos en casa de Jonás Bustos. La factoría de Albacete que los fabrica nos ha remitido a ella.

—No había oído hablar de esa marca en mi vida.

—Es una danesa que lleva veinte años afincada en Madrid que se dedica a diseñar joyas para la alta sociedad. Tiene una pequeña tienda en la calle Sagasta.

—Vamos a verla.

La inspectora Gutiérrez y el agente Martos esperan pacientemente a que la señora Hansen, una bellísima mujer rubia de cerca de sesenta años, termine de atender a una joven pareja que busca un anillo de compromiso. La chica está tan ilusionada como él acobardado.

—Ese —señala ella emocionada dando golpecitos con el dedo en la vitrina, y enseguida mira radiante a su novio—. Es precioso, ¿no te parece?

—No lo sé, cariño. —Él traga saliva—. A mí me parecen todos iguales. Además, yo creo que tampoco debemos volvernos locos. Total, solo lo vas a llevar unos meses y después se sustituye por el anillo de casada, ¿no?

—Eres menos romántico que un botijo, Rafa —cabecea desilusionada, pero enseguida recupera la sonrisa y se vuelve hacia la diseñadora de joyas—: ¿Podría probármelo?

—Tal vez se salga un poquito del presupuesto que habíamos hablado, hija —responde la danesa con condescendencia—. Este cuesta dos mil ochocientos euros.

—La hostia... —dice el chico impresionado—. La de horas extra que tengo yo que hacer para ganar eso. Si no le importa, vamos a seguir mirando.

—Estáis en vuestra casa —responde Fiona con amabilidad—. Cuando os hayáis decidido, no dudéis en avisarme.

La pareja va hacia una vitrina del fondo de la tienda discutiendo en voz baja y Fiona Hansen se acerca a los policías.

—Discúlpennme, señores. ¿En qué puedo ayudarles?

Los policías sacan sus placas a la vez que se presentan con discreción.

—Somos la inspectora Gutiérrez y el agente Martos. Quisiéramos hacerle unas preguntas, señora Hansen.

—Ustedes dirán...

—Creo que este tornillo es igual que los que utiliza usted —dice la inspectora poniendo la bolsita de pruebas sobre el mostrador—. Obsérvelo cuanto guste, pero no lo saque de la bolsa, por favor.

La diseñadora examina el tornillo a través del plástico.

—Sí, es mío.

—¿Está completamente segura?

—Así es, inspectora. Si se fija bien, tiene la punta redondeada y yo creo ser la única que los pide así.

—¿En qué productos lo utiliza?

—Principalmente en relojes, pero también en alguna pulsera y en gargantillas. Si quiere, puedo sacarles algunos modelos para que los vean.

—Por favor.

La señora Hansen busca en las diferentes vitrinas y regresa con varios relojes —tres de hombre y uno de mujer—, una pulsera igual que la que le regaló su exnovio a Marta Aguilera y una gargantilla.

Los policías observan las joyas y el agente Martos silba sorprendido al ver la etiqueta con el precio de uno de los relojes.

—¿Tres mil doscientos euros por un simple reloj?

—No es, ni mucho menos, el más caro que tengo, agente.

—¿Qué es lo que más se vende?

—Los relojes de hombre, sin duda ninguna.

—Siendo tan exclusivos, no habrá vendido demasiados de estos en concreto, me imagino —interviene la inspectora.

—Menos de los que me gustaría. Además, con ese tornillo en particular solo los fabrico desde hace unos meses.

—¿Apunta usted en algún sitio los clientes que los han comprado?

—Si pagan en efectivo, algunos no desean rellenar la ficha, pero en los tiempos que corren la mayoría paga con tarjeta y queda registrado, claro.

—¿Podría facilitarnos una lista de clientes que se hayan llevado alguno de estos productos?

—Lo siento, inspectora, pero comprenda que atiendo a un público muy selecto y debo proteger su anonimato. Sin una orden judicial, me temo que no puedo ayudarles.

«Malditas órdenes judiciales», piensa la inspectora. Si no fuera por esa molesta burocracia, su trabajo sería infinitamente más sencillo y a la Policía se le escaparían muchos menos delincuentes. Pero los años de experiencia le han enseñado que, dependiendo de la naturaleza del asesinato que esté investigando, la gente se puede mostrar tremendamente colaboradora. Se acerca a ella lo suficiente como para no incomodarla, pero como para hablarle con confianza y hacerla sentir importante.

—Supongo que estará usted enterada del asesinato de la niña Lucía Abad...

—¿Quién no? —responde la señora Hansen indignada—. Lo que hizo ese chico con ella es una auténtica salvajada. Se merece lo que le ha pasado.

—El caso es que todavía no estamos totalmente convencidos de que Jonás Bustos fuera culpable y de usted depende que cerremos el caso o que el

verdadero asesino de esa niña siga en libertad.

—Nada me gustaría más que poder ayudarles, pero...

—No le pedimos que nos entregue esa lista —interrumpe la inspectora—, ni siquiera que nos la enseñe, sabemos que podríamos causarle problemas y es lo último que queremos. Le doy mi palabra de que todo lo que nos diga quedará entre nosotros tres.

—Tal vez debería consultarlo con mi abogado.

—No hay tiempo para eso —insiste la inspectora—. Ayúdenos a saber si nuestras investigaciones van por buen camino, por favor. Las horas que adelantemos hasta conseguir la orden judicial pueden ser cruciales para salvarle la vida a otra niña.

La mujer mira dubitativa a la joven pareja, que sigue discutiendo en el otro extremo de la tienda, y finalmente se rinde.

—Está bien. ¿Qué necesitan saber?

—Solo si la compradora de algún producto que lleve ese tornillo se llama Marta Aguilera.

—Aguarden aquí, por favor.

Mientras la señora Hansen consulta en su ordenador, el agente Martos mira a su jefa con extrañeza. No necesita verbalizar su pregunta para que ella le responda:

—Al fin y al cabo, aparte del camello, ella fue la última persona que vio a Jonás Bustos con vida.

La diseñadora de joyas finalmente niega con la cabeza.

—Lo siento, inspectora. Solo puedo decirle que el noventa por ciento de las ventas se han hecho a hombres, y de las mujeres ninguna se llama Marta Aguilera.

La inspectora Gutiérrez resopla frustrada. Sinceramente, no esperaba que el nombre de la periodista apareciese en esa lista, pero tiene muy poquitos hilos de los que tirar y la experiencia le dice que no hay que descartar nada hasta que el verdadero culpable de un crimen sea condenado.

—¿Se han vendido muchas unidades de estos modelos? —pregunta Martos.

—Media docena de relojes de hombre, un par de ellos de mujer, dos o tres pulseras y tal vez alguna gargantilla. No me pregunten más, por favor. Ya he hecho todo cuanto puedo.

La inspectora le agradece su colaboración y los dos policías salen a la calle decepcionados por el escaso éxito de sus investigaciones.

—Tenemos que pedir la orden judicial hoy mismo. Quiero conocer los nombres de esos clientes cuanto antes.

—Ya sabes que, a según qué jueces, este tipo de cosas no les hacen mucha gracia. Seguramente en esa lista aparezca algún político u otro juez amigo suyo.

—Me da igual que le guste o no. Si el juez se niega o nos pone algún problema, se lo filtramos a Álvaro Herrero y verás qué rápido cede.

—Estás jugando con fuego, jefa.

—¿Te crees que a estas alturas me importa quemarme? Pide la orden.

—Como quieras...

* * *

La adicción a la heroína de Nicoleta empezaba a hacer estragos en su físico; estaba pálida, con una extrema delgadez, sus dientes habían dejado de ser perfectos y sus ojos verdes de brillar. Después de Lyon pasó por París e Ibiza y había recalado en Barcelona. Allí la deuda la tenía con doña Marga, una sexagenaria que regentaba un piso en el barrio del Eixample. Siendo mujer y exprostituta, cabía esperar algo de comprensión por parte de la proxeneta, pero doña Marga era implacable. Según ella, todo lo hacía para dejarles algo a sus nietos y no podía descuidar sus inversiones. Un buen propósito logrado a través de una infamia.

La facilidad para los idiomas de Nicoleta —aparte de rumano, chapurreaba francés e italiano y hablaba casi perfectamente español— hizo que empezaran a ofrecerla como una andaluza universitaria llamada Violeta. Cuando los clientes se daban cuenta de que de española tenía bien poco, normalmente ya se habían empalmado y no se quejaban.

—Las españolas no saben follar como yo, amor mío —les decía mientras se subía sobre ellos y les mordía el lóbulo de la oreja—. Ahorra, porque volverás.

La mayoría ahorraba los ciento cincuenta euros que costaba disfrutar de ella a solas durante una hora y volvían.

—Niña —le dijo doña Marga con la misma condescendencia de siempre—. Si no te controlas un poco, nunca vas a pagar tu deuda.

Nicoleta sonrió. Desde hacía tiempo sabía que precisamente eso era lo que querían sus secuestradores. A las más jóvenes podían controlarlas con ese

tipo de cosas, pero ella ya era veterana y había comprendido que si salía de allí sería para ocupar una plaza en cualquier otro puticlub. Solo esperaba que fuese en España. A pesar de todo lo que había vivido aquí, le gustaba como país.

—Usted no se preocupe por la deuda, doña Marga —respondió Nicoleta con frialdad—. Si algún día se la pago, le daré un disgusto.

Como siempre hacía en estos casos, doña Marga le perdonaba la vida con la mirada y se marchaba pensando en deshacerse de ella. Era muy guapa y tenía una clientela muy fiel, pero una chica tan maleada solo podía causarle problemas con las recién llegadas.

El día que Nicoleta volvió a ver a Cornel estaba tan drogada que al principio no logró reconocerle. Entró al salón con las demás chicas y se presentó forzando una sonrisa. Al cabo de unos minutos le dijeron que era la elegida y fue a la habitación donde la esperaba su cliente con una toalla, un juego de sábanas desechables y una ristra de preservativos, como había hecho ya tantas y tantas veces. Se quitó el sujetador y mostró sus pechos mal operados, con las cicatrices aún brillantes y rojas, pero mucho más voluminosos que cuando había salido de Rumanía cuatro años antes.

—Si quieres anal, deberás pagar un extra.

—Me alegra ver que te has convertido en una buena profesional, Nicoleta.

Al fijarse en el hombre que le hablaba con tanta familiaridad y que no la llamaba Violeta, como había sido presentada, Nicoleta sintió que se le abría el pecho por la mitad. No le reprochó, no le pidió explicaciones, solo lloró y rogó que la sacara de allí, que la devolviera a Sibiu con sus padres.

—Debes mucho dinero.

—Préstamelo y te lo devolveré, te lo juro.

—¿Te crees que soy el Banco Nacional de Rumanía?

—Podrás hacer conmigo lo que quieras, siempre que quieras —Nicoleta suplicaba y se desesperaba por momentos—. Devuélveme con mis padres y seré para ti una esposa hasta el día que me muera.

—Mírate —dijo Cornel con desprecio mientras la examinaba de arriba abajo—. Ya no eres tan guapa como antes. ¿Para qué quiero yo una esposa como tú?

Cornel no sentía piedad por ella, como tampoco la sentía por todas las demás que la siguieron. A Luciana, también de dieciséis años y también de Transilvania, una incauta que se escapó del piso al que él la había vendido poco después que a Nicoleta, la persiguió hasta encontrarla y la acuchilló mientras ella prometía que si la dejaba regresar con su familia sería una esposa para él.

—Doña Marga quiere vender mi deuda, Cornel. Cómprala tú y te haré ganar mucho dinero.

—Veamos si merece la pena.

La aún niña esclava sexual —Nicoleta había cumplido veinte años hacía unas semanas— se esforzó como nunca había hecho para complacer a un hombre. Se arrodilló frente a él y se metió en la boca la polla aún flácida de Cornel. Un par de minutos después ya estaba dura y a punto de descargar.

—Tranquila o no duraré mucho, Nicoleta.

—Córrete —le dijo Nicoleta mientras le miraba sin dejar de chupársela—, haré que vuelvas a tener ganas.

Cornel se corrió en su boca y Nicoleta se lo tragó mirándole para que él comprendiera que siempre sería suya. Le llevó de la mano a la ducha y le frotó complaciente por todos los rincones. Cuando de nuevo estaba arrodillada secándole uno a uno los dedos de los pies, él la miró con desprecio.

—Tápate esas tetas. Son lo peor que he visto en mi vida.

Nicoleta corrió a tapárselas con una tira de gasa y regresó a su lado dispuesta a recuperar el terreno perdido. Le dio un masaje con aceite templado y se lo folló con tanta maestría que Cornel compró una deuda que en aquel momento ascendía a diecinueve mil euros.

Nicoleta se trasladó a un piso de Madrid ligeramente superior al de doña Marga y Cornel la visitaba allí una vez al mes. Ella aún seguía convencida de que su secuestrador estuvo realmente enamorado y en sus pocas visitas se esforzaba para que lo recordase. Trabajó bien y en pocos meses su deuda había bajado a doce mil euros..., algo que no podían consentir. La obligaron a recaer en la heroína un par de veces, hasta que Nicoleta tuvo que buscar otra salida.

—¿Irte por tu cuenta? —Cornel abrió un ojo mientras Nicoleta le daba un masaje—. ¿Para qué coño te quieres ir por tu cuenta?

—Porque ganaría mucho más dinero. Aquí no vienen los clientes que tienen pasta de verdad. Y mi sitio lo podría ocupar otra chica.

—Serías una buena puta de lujo si no tuvieses esas cicatrices, Nicoleta. Así no te van a pagar más de doscientos la hora.

—Déjame intentarlo, Cornel. Conozco a una chica mucho más fea que yo que les cobra seiscientos a algunos futbolistas. Yo me buscaré un piso y pagaré el alquiler.

—Olvídate.

A Nicoleta le costó tres meses más convencerle, pero por fin alquiló un pequeño estudio cerca de Chueca. Su intención era trabajar veinte horas al día y mantener una deuda lo suficientemente alta como para no alarmar a sus propietarios, e ir ahorrando por su cuenta para algún día poder saldarla de un plumazo. Pero enseguida se dio de bruces con la realidad. Llevaba seis meses en aquel estudio y no tenía clientes haciendo cola en su puerta, y menos aún futbolistas. Apenas le llegaba para pagar el alquiler y saldar sus cuotas y comisiones con Cornel y su organización. Todo iba de mal en peor hasta que aquella noche apareció aquella mujer con una puñalada en el brazo.

* * *

Me he quedado profundamente dormida y me sobresalto con las risas de un grupo de chicas jóvenes y de varios hombres. Mierda. Ya están entrando en el barco y yo no he oído el despertador. Estiro la cama a toda prisa y me encierro en uno de los armarios. Mi intención era esconder mis cosas en el barco y encontrarme con Cornel en el puerto, convencida de que me invitaría a su crucero, pero todo el plan se ha ido al garete. El traje de ama dómina, aparte de haberse quedado como un acordeón, no es el pijama más cómodo con el que he dormido y me duele todo el cuerpo. Intento tranquilizarme y pensar, ahora no sé muy bien cómo hacerlo. ¿Debería salir ya y mezclarme con las chicas o ser paciente y esperar una oportunidad mejor? Decido que esperaré, si saliera ahora seguramente me dejarían en tierra, aunque lo mismo después me tiran por la borda. La voz de uno de los hombres sobresale por encima de todas las demás; es la de un futuro cadáver.

—Chicas, tranquilidad. Todavía es temprano y tenemos el día entero para corrernos una buena fiesta.

—No seas aburrido, Cornel —dice una de ellas—. Vamos a poner música.

«¡Sí!», gritan todas las demás al unísono. Al cabo de unos segundos oigo rugir el potente equipo de música del salón.

—¡Apaga eso, coño! —grita Yurik—. ¿No ves que distrae al capitán?

—Apágalo hasta que salgamos del puerto, bonita —responde Cornel jocosamente—. A Yurik no le gustan los barcos y teme que la música lo vaya a hundir.

La música se apaga y se ponen en marcha los motores. Noto cómo salimos del puerto despacio y el acelerón cuando estamos en mar abierto. Vuelven a poner la música y oigo las conversaciones y las risas de las chicas, que no piensan esperar ni un minuto más para empezar la fiesta, aunque lo más probable es que la continúen desde ayer. Pasan un par de horas y, aparte de tener los músculos entumecidos por la inmovilidad, me empiezo a dar cuenta de la estupidez que he cometido; jamás podré matar a Cornel y a Yurik y marcharme sin que nadie me vea. Además de ellos dos, en este barco hay por lo menos cuatro personas de la tripulación y quince prostitutas que no querrán separarse de su mecenas.

Ahora recuerdo que no es la primera vez que he querido matar a un hombre premeditadamente. En aquel momento, cuando solo era una adolescente, me di cuenta de que esa línea no podría traspasarla, y empiezo a temer que ahora me ocurra lo mismo. Las dos muertes que cargo a mis espaldas hasta el día de hoy —la de Felipe en las vías del tren y la de Jonás Bustos en su garaje de Hoyo de Manzanares— no fueron asesinatos propiamente dichos. El primero fue una simple omisión del deber de socorro y el segundo una defensa propia. ¿Podré convertirme realmente en una asesina? Ahora no lo tengo tan claro. También recuerdo que entonces también intenté seducir a un hombre para darle su merecido...

—¿Quién es? —preguntó Raquel por el telefonillo.

—Soy Marta. ¿Puedes bajar?

—Lo siento, pero estoy haciendo limpieza con mi madre.

—Hoy es la limpieza, ayer fue la comida y antes de ayer tenías que estudiar.

Raquel no contestó a mi observación, pero tampoco colgó el telefonillo. Se produjo el silencio más prolongado entre nosotras desde que éramos amigas.

—¿Vas a venir a mi cumple? He invitado a Néstor.

—Perdóname, pero justo el sábado vamos a cenar con mi abuela.

—Ya...

—Te tengo que dejar, Marta. Felicidades por adelantado.

El chisporroteo del telefonillo al cortarse la comunicación fue el broche a una amistad que había durado casi tres años. Aunque los maltratos a los que sometía Felipe padre a su mujer y a su hija habían dejado de ser asunto mío, la idea de hacérselo pagar seguía muy viva dentro de mi cabeza. En los últimos cuatro días había comprobado que aquel animal no faltaba a su cita diaria en el bar de la plaza; llegaba a eso de las seis, jugaba su partida de dominó y manoseaba a la camarera hasta las diez, y se marchaba borracho de vuelta a hacer que las dos mujeres a las que más debía querer siguieran viviendo un infierno. El quinto día entré a comprar un helado. Llevaba un vestido muy parecido al que manchó la sangre de su hijo hacía ya cinco años, pero yo ya había dejado de ser una niña y lo llenaba bastante más.

—Buenas tardes, don Felipe —saludé con una fingida amabilidad.

Felipe padre me miró de arriba abajo y perdió todo el interés por la oronda camarera.

—Qué guapa estás, Martita. Ya eres toda una mujer.

—Pasado mañana cumpla diecisiete —sonreí con coquetería.

—Lo que yo digo, toda una mujer. ¿Y no tienes novio?

—Ya sabe que a los chicos de mi edad solo les interesa el fútbol y las motos.

—Son idiotas. Si yo tuviera unos años menos, te tendría como a una reina. No te iba a faltar de nada.

—Qué cosas tiene, don Felipe —mi risa camufló el profundo asco que sentía por aquel borracho.

—¿Por qué no te quedas a charlar conmigo? —preguntó excitado al descubrir que el encaje de mi sujetador asomaba por mi escote—. Te invito a una Coca-Cola.

—Se lo agradezco, pero mi madre me espera en casa.

No aguantaba ni un segundo más cerca de aquel degenerado y, tras sonreírle, di media vuelta y salí del bar notando cómo me seguía desnudando con la mirada. En ese momento descubrí cómo iba a hacerle pagar todo el mal que desprendía. En las últimas cuatro noches apenas había dormido pensando en cómo quería matarle. Lo más fácil sería coger la escopeta de caza que mi padre dejó cuando se fugó con la mujer del panadero y descerrajarle dos disparos cuando pasara por la calle del Caño de camino a su casa. Era una

calle pequeña y poco iluminada, el sitio ideal para salir corriendo sin que nadie me viera. Pero a la hora de la verdad, cuando bajé al trastero a buscar la escopeta, me di cuenta de que no tendría valor. Una cosa era ponerme del lado de los malos en las películas y otra bien distinta la vida real. Es cierto que jamás sentí un atisbo de culpa por dejar morir a su hijo en las vías del tren, pero al fin y al cabo yo no fui quien le mató. Yo tenía claro que no era una asesina, aunque castigar de la peor manera posible a ese tipo era algo que necesitaba hacer ya no solo por sus víctimas, sino también por mí; por su culpa había perdido a la única persona, aparte de mi madre, por la que sentía algo parecido al cariño.

El borracho entró en la calle del Caño pasadas las diez y cuarto. Iba hablando solo, y escuchar lo que decía hizo que se disiparan todas mis dudas.

—La cena está fría. Yo me paso el día entero trabajando mientras tú te dedicas a ver la tele y a follarte a no sé cuántos y tengo que aguantar que la cena de los cojones esté fría. Tú te lo has buscado, puta...

Salí de entre las sombras cuando Felipe padre estaba a punto de torcer por la calle del Mercado. Yo llevaba el mismo vestido que por la tarde, pero me había quitado el sujetador y lo había guardado en mi bolso.

—Buenas noches, don Felipe.

Él se detuvo y me miró entornando los ojos. Tardó un par de segundos en reconocermé y sonrió.

—Martita..., ¿qué haces aquí tan sola?

—Me aburría en casa y he salido a tomar el aire. Qué calor hace, ¿verdad?

Ahuequé mi vestido para refrescarme y a Felipe padre casi se le salen los ojos de las cuencas cuando pudo ver de refilón mi pecho izquierdo.

—Si quieres vamos a refrescarnos al río... —dijo babeando.

—¿No pretenderá que nos bañemos desnudos, don Felipe?

—¿Te da vergüenza?

—¿Vergüenza? —Solté una carcajada—. Si le cuento una cosa, ¿me guardará el secreto?

—Claro que sí, bonita.

—A veces, cuando estoy en la cama, me toco pensando en usted.

Felipe padre, presa de una excitación que hacía muchos años que no sentía ni con su mujer ni con las prostitutas que solía visitar el mismo día que recibía la paga en la fábrica, perdió los papeles y se acercó para besarme, pero yo me retiré.

—Aquí no. Alguien podría vernos. ¿Conoce algún sitio discreto?

—Vayamos a mi garaje, allí nadie nos molestará.

Entre la borrachera y la erección, Felipe padre apenas podía caminar. Era realmente patético. En cuanto entramos en su garaje, me empujó contra la pared y me bajó los tirantes del vestido para descubrir mis firmes pechos. Me los estrujó y me los babeó sin ninguna delicadeza. Cuando supe que ya no podría detenerse, inicié mi temeraria estrategia y me separé de él fingiendo agobio.

—Espere... Esto no está bien.

—¿Qué es lo que no está bien? —preguntó sin dejar de manosearme.

—Es el padre de mi mejor amiga. No puedo acostarme con usted.

—Te prometo que yo no se lo diré.

Felipe me subió el vestido e intentó bajarme las bragas mientras se desabrochaba los pantalones, ciego de deseo. Llegó el momento que estaba esperando y le abofeteé con todas mis fuerzas.

—¡He dicho que no!

El inicial desconcierto de Felipe padre se convirtió en apenas un par de segundos en una profunda cólera. Me miró con los ojos cargados de ira.

—Si te crees que puedes ponerme cachondo y después largarte como si nada, estás muy equivocada, pequeña zorrita.

—¡Quiero marcharme a mi casa!

—¡Te marcharás cuando yo lo diga!

Me devolvió la bofetada con la misma fuerza con la que seguramente pensaba pegar esa noche a su mujer y a su hija, y yo enseguida noté el sabor de la sangre. Cuanto más me resistía, más cachondo se ponía él. Me arrancó las bragas, me apretó el cuello hasta casi ahogarme, se escupió en el miembro y me lo metió con un golpe seco que me dolió como la primera vez en aquel Renault 5 con el inexperto de Fede. Durante los dos minutos que tardó en correrse dentro de mí, Felipe padre me mordió, me abofeteó y me arañó mientras yo lloraba por fuera pero sonreía por dentro. Una vez nivelada su excitación, pareció darse cuenta de lo que había hecho y me miró amenazante.

—Si se lo cuentas a alguien, te juro por Dios que haré lo mismo con tu querida amiga Raquel, ¿te has enterado bien?

Yo asentí fingiendo un miedo que no sentía ni de lejos y Felipe padre se subió los pantalones y me dejó allí tirada, magullada, con el vestido hecho jirones y llena de restos de ADN que confirmarían que él era el salvaje que me había hecho eso —según declaré esa misma noche ante unos guardias

civiles crispados por la indignación— solo por rogarle que dejara de maltratar a su hija.

Durante las siguientes semanas, el pueblo se llenó de periodistas que confirmaron que Felipe Prieto era un monstruo que, aparte de la atrocidad que había cometido con una inocente chica de dieciséis años, maltrataba sistemáticamente a su mujer y a su hija adolescente. Mi madre, para alejarme de todo el revuelo que aquello había causado, me envió a estudiar a Madrid y ya apenas regresé al pueblo en vacaciones y algún fin de semana suelto. Me volví a cruzar con Raquel al año siguiente y, aunque ella no me habló, vi que el miedo había desaparecido de sus ojos. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros que le sentaban de maravilla. Ni que decir tiene que hasta ahora jamás he sentido ningún tipo de remordimiento por la trampa que le había tendido a su padre, todavía estoy convencida de que le salvé la vida a mi amiga. Felipe fue condenado a seis años, pero murió a los tres a causa de una puñalada que le dio otro recluso en la cocina de la prisión.

Me pregunto qué habrá sido de Raquel. La última vez que la vi fue en el entierro de mi madre. A los entierros en los pueblos suelen acudir todos los vecinos y ella no iba a ser menos. Al acabar la ceremonia, intenté acercarme para saludarla, pero cuando llegué al sitio que ocupaba —casi en la última fila— ya se había marchado. Me enteré de que se había casado con un ingeniero que trabajaba en una planta eléctrica y que tenían dos hijos. Me alegro por ella, la verdad. Me hace feliz saber que el negro futuro que le esperaba cuando teníamos dieciséis años y éramos íntimas no se ha cumplido en absoluto. De nuevo, mi conciencia me juega una mala pasada y me da por pensar en si hice bien. Es cierto que aquel degenerado la maltrataba, pero no dejaba de ser su padre. Supongo que sentiría por él lo mismo que sienten la mayoría de las personas por su progenitor y yo se lo arrebaté sin pararme a analizar las consecuencias. Intento sacudirme esa incómoda culpa, pero cada vez me cuesta más. ¿Será que de verdad estoy cambiando y empiezo a sentir empatía por mis semejantes?

Me sacan de mi ensimismamiento las voces de dos o tres hombres que no había identificado hasta ahora. Los recién llegados entran en el camarote detrás del proxeneta y de su guardaespaldas. A través de una rendija del armario, los grabo con mi móvil cuando dejan una bolsa de deportes sobre la cama.

—No me estaréis colocando mierda, ¿verdad? —pregunta Cornel desconfiado.

Uno de los hombres raja uno de los paquetes que hay en el interior de la bolsa y le ofrece a Cornel la navaja con una muestra del polvo blanco en la punta.

—Pruébala, Cornel. Verás que puedes fiarte de nosotros.

Cornel esnifa la droga y enseguida se frota las sienes, como si le hubiera llegado directamente hasta el cerebro.

—Todavía la puedes cortar un par de veces y tendrás una coca cojonuda —dice el segundo de los hombres.

—Págales —le ordena Cornel a Yurik.

Yurik le entrega una bolsa de papel al tercero de ellos y este la abre y cuenta los billetes sobre la mesa de despacho. Aparte de proxeneta, asesino y tratante de blancas, es traficante de drogas. Saberlo es un aliciente más para lo que tengo que hacer.

—Es un placer hacer negocios contigo, Cornel.

Cornel mete la bolsa de deportes en otro de los armarios y los cinco abandonan el camarote.

—Ahora ya podemos pescar atunes. —Cornel suelta una risotada.

A pesar del jolgorio que hay en el piso de arriba, siento cómo una pequeña embarcación se aleja de nosotros. Oigo otra vez el bramido del motor y pasamos la siguiente hora navegando a toda velocidad. Aparte del entumecimiento por la postura, la impaciencia y el pánico me oprimen el pecho. Cuando estoy planteándome seriamente no traspasar la línea de convertirme en una asesina y tratar de hacer, como hice con Felipe padre, que todo el peso de la ley caiga sobre el tratante de blancas enviando la grabación a Álvaro Herrero, el gigante Yurik, después de varias horas de angustia, entra en el camarote descompuesto. Cornel entra detrás de él y le mira con indulgencia.

—Tómame otra pastilla.

—A la mierda las pastillas. Solo necesito echarme agua.

Yurik entra en el baño y Cornel va detrás. Es mi oportunidad de cogerlos a solas y, a pesar de que sigo pensando que es una insensatez, algo me impulsa a salir del armario. ¿Qué más da que me maten y me tiren al mar? Con tantos testigos como hay, tal vez alguno se vaya de la lengua y condenen a estos dos malnacidos por asesinar a una periodista disfrazada de ama dómína. Me arreglo delante del espejo cuando la puerta del baño vuelve a abrirse.

—¿Quién eres tú? —pregunta Yurik agresivo.

—Olivia —respondo fingiendo agobio—. Ya sé que no debería estar aquí, pero la puerta estaba abierta.

—No te he visto con las demás chicas —me presiona a pocos centímetros de mi cara salpicándome con su nauseabunda saliva.

—Estaba con ellas, pero al llegar me he mareado un poco y me he metido a dormir en uno de los camarotes hasta que empezara la fiesta —digo con cara de inocente, buscando la complicidad del gigante.

—Acompáñame arriba.

El guardaespaldas me coge del brazo y me va a arrastrar fuera del camarote, a punto de dar por finalizada mi breve carrera como justiciera. En el último momento, Cornel le detiene, mirándome de arriba abajo con curiosidad.

—Un momento... ¿Tú no eres la del pinchazo? —Se acerca a mí y me coge la cara—. Sí, claro que eres tú. Explícame qué cojones haces aquí antes de que te deje en manos de mi amigo.

—Me han enviado del club.

—Pero ¿tú no estabas visitando a una amiga que acababa de parir, bonita?

—Como comprenderá, no le voy diciendo a todo el que me cruzo a qué me dedico realmente —respondo cargada de razón.

Yurik sigue mirándome con profunda desconfianza y vuelve a tirar de mí hacia la puerta.

—Veamos si dices la verdad.

—Tranquilo, Yurik. Ya me ocupo yo de ella.

—No sabemos quién es, Cornel —protesta Yurik.

—Una puta, ¿no lo ves? —Cornel acompaña su observación con otra de sus risotadas—. Déjanos solos.

—Esperaré en el pasillo —dice el guardaespaldas asesinándome con la mirada.

Yurik sale y cierra la puerta. Cornel sigue observándome y yo me estremezco, pero trato de conservar la calma.

—Eres un poco vieja para ser puta, ¿no?

—Si a ti una chica de treinta y cinco años te parece vieja, algo va mal en este mundo.

—Me gustan las mujeres que dan buenas respuestas —dice riéndose—. ¿De qué vas disfrazada?

—Me excita tener el dominio —respondo sonriendo y acariciándole el pecho—. ¿Quieres que te enseñe lo que sé hacer?

—Las órdenes siempre las doy yo.

—Eso se acabó durante la próxima hora...

Le empujo y cae de espaldas sobre la cama, divertido ante el inesperado giro que toman los acontecimientos. Me subo sobre él y dejo que me manosee las tetas y el culo unos segundos, pero enseguida le inmovilizo.

—Como no te estés quieto, voy a tener que esposarte.

—¿También tienes esposas? —pregunta encendido de deseo.

Me levanto y saco mis esposas del maletín. Espero que de verdad sirvan para inmovilizarle, que no sean solo un juguete para parejas atrevidas y se vayan a romper a la mínima.

—Dame tu muñeca.

—No me gustan estos juegos.

—He dicho que me des tu muñeca —repito autoritaria—. No querrás que te espose a la fuerza, ¿verdad?

Cornel vuelve a reírse y me tiende las muñecas sin saber que está firmando su sentencia de muerte. Yo le esposo las dos manos al cabecero de la cama y tiro de los grilletes con fuerza. De momento, aguantan.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Saco el cuchillo y se lo pongo en el cuello con un rápido movimiento. Le hago un pequeño corte para demostrarle que esto no es ninguna broma. Cornel me mira desconcertado, comprendiendo el enorme error que ha cometido.

—Ahora vas a pedirle a esa bola de sebo que hay en la puerta que entre.

* * *

En el aparcamiento de la cárcel de Ávila se ha congregado más de medio millar de personas entre policías, periodistas y manifestantes. Detrás del compacto cordón policial, respetuosos con las autoridades, hay varios grupos de extrema derecha con pancartas en las que se leen proclamas contra ETA, contra el Gobierno, contra la excarcelación de asesinos, contra jueces, contra la anulación de la doctrina Parot y contra todo lo que se ponga por delante. Un poco más allá están los de la Asociación de Víctimas del Terrorismo con pancartas en contra de la Audiencia Nacional, calificando de humillante su decisión de liberar a la etarra Amaya Eiguibar, y junto a ellos decenas de

espontáneos que no pertenecen a ningún grupo, que simplemente se han acercado a manifestarse contra lo que consideran una enorme injusticia. Un hombre se alza sobre el resto con un megáfono en la mano.

—¡Ni olvido ni perdón, ETA al paredón! ¡Ni olvido ni perdón, ETA al paredón!

Los cientos de personas concentradas se unen repitiendo el mismo grito. A muchos policías y periodistas les gustaría unirse al clamor, pero tienen que repetírselo en voz baja, para sus adentros. Algunos lo gritan con pasión, otros dejándose llevar aunque no lo sientan como los más extremistas y se conformen con que cumplan las condenas que les habían sido impuestas, y unos pocos se desgañitan. Sergio tiene las venas del cuello hinchadas y su voz sobresale por encima de la del resto. Nunca había gritado algo que le saliera de tan adentro.

—¡Ni olvido ni perdón, ETA al paredón!

El Rulo se acerca a él por la espalda y le da un toque en el hombro.

—¿Estás preparado?

Sergio asiente y el Rulo le coloca una bola de acero en la mano y el tirachinas dentro de la chaqueta. El chico toquetea la bola, la sopesa; es más pequeña que las que ha utilizado en sus prácticas.

—No es igual que las que me disteis.

—Date con un canto en los dientes de que lo hayamos podido pasar. Ha tenido que meterlo una vieja de ochenta años. Deberías ir acercándote.

—Antes tengo que arreglar un asunto —dice Sergio al ver que su madre se acaba de bajar del coche—. Quédate con esto. Te buscaré donde los de la Falange.

El Rulo se lleva la bola y el tirachinas y Sergio sigue desgañitándose. Daniela no tarda en dar con él, entre los de Alianza Nacional y los de Democracia Nacional.

—Sergio, tenemos que salir de aquí. Esto podría ponerse feo.

—Déjame en paz, mamá. Estoy en mi derecho de manifestarme pacíficamente.

—Vamos a la zona de prensa, allí estaremos más tranquilos.

—Yo estoy bien aquí, ve tú.

—Júrame que no vas a hacer ninguna tontería, Sergio.

—Si quieres puedes registrarme. —Se abre la chaqueta retador—. Solo he venido a gritar contra esa hija de puta. Es lo mismo que deberías hacer tú si tuvieras cojones.

A Daniela le basta un simple vistazo para comprobar que no lleva nada y se tranquiliza.

—Si ya estás contenta, puedes ir a emborracharte. —Sergio le da la espalda y grita con todas sus fuerzas—: ¡A-se-si-na! ¡A-se-si-na!

Lo grita con tanta rabia que todos los que están a su alrededor se unen a él. En unos pocos segundos lo corean todos los manifestantes. Daniela se aleja unas decenas de metros, sin dejar de vigilar a su hijo.

Fernando, el líder de sus nuevos amigos, se coloca a su lado y le habla con disimulo, sin mirarle directamente:

—¿Algún problema, Sergio?

—Mi madre —dice el chico también evitando mirarle—. Está donde la prensa. No deja de vigilarme.

—Nosotros nos ocupamos. Cuando la etarra vaya a salir, el Rulo te dará lo tuyo. Tienes que hacerlo rápido. Buena suerte y arriba España.

Fernando se aleja de él y habla con un par de camaradas. Estos asienten y se dispersan entre los manifestantes. Al cabo de media hora en la que la indignación ha ido alcanzando cotas cada vez más altas, los periodistas se ponen en marcha. Se empieza a oír un rumor que enseguida llega hasta Sergio.

—Ya está saliendo.

Los gritos contra ETA y contra Amaya Eiguíbar arrecian. Sergio busca con la mirada al Rulo y este le pide que tenga paciencia, que aún no ha empezado el espectáculo. La excitación de los periodistas provoca que los manifestantes vayan ganando terreno a la Policía y surjan las primeras escaramuzas.

Amaya Eiguíbar, en la cincuentena y con el pelo canoso y corto, se acerca sonriente por la carretera que lleva hasta la puerta principal de la cárcel. Va caminando, charlando con dos abogados. Al verla, Fernando da la señal y diferentes puntos del cordón policial son atacados. Los adoquines y las tuercas vuelan hacia el coche que espera a la etarra junto a la puerta. Un policía inexperto rompe la formación y se abre una brecha por la que entran una veintena de personas lanzando todo lo que tienen a mano. Es el caos.

El Rulo comprueba que la vigilancia de la inspectora Gutiérrez sobre su hijo también ha hecho aguas y se aproxima para entregarle, por segunda vez, el tirachinas y el proyectil. Le coloca una bufanda que le cubre la nariz y la boca y una gorra con la visera hacia atrás.

—Solo tienes un disparo, compañero. Ábrele la cabeza.

Sergio no tiembla. Corre hacia el descabalado cordón policial a la vez que carga el tirachinas y embiste contra uno de los agentes. Rebota en su escudo y cae de espaldas, pero consigue reponerse y corre dejándole atrás. Se detiene a treinta metros del coche, mucho más lejos de lo que le gustaría, pero no puede acercarse más y alcanza una intensidad de concentración que no conocía. La bufanda le molesta y se la baja hasta la barbilla. Se seca el sudor de la cara con el hombro e hincha sus pulmones de aire. Apunta con el tirachinas y tensa la goma.

—¡Sergio, no!

A Sergio apenas le perturba distinguir la voz de su madre a unos pocos metros. Para él allí no hay nadie más. Tiene la mirada clavada en una Amaya Eiguibar que ya no sonríe tanto al ver el cariz que han tomado los acontecimientos. Ya ha traspasado la puerta de la cárcel y sus abogados la conducen hacia un coche que espera con la puerta abierta, en marcha, como si estuvieran atracando un banco. Está a cuatro pasos de desaparecer en el interior del coche, tres, dos... Sergio suelta el aire y a la vez afloja la presión de sus dedos sobre la bola de metal amortiguada por el cuero. El proyectil sale recto, perfecto, está a punto de impactar contra el escudo de un policía que protege el coche pero lo supera sin desviarse. Va a entrar en la cabeza de la asesina por la sien izquierda, pero en el último instante la gira para meterse en el coche y la bola de acero la golpea en la frente, de refilón. La sangre brota enseguida, aunque la herida es insuficiente y Amaya Eiguibar consigue entrar en el coche y salir viva de allí.

Daniela se detiene a un par de metros de Sergio y mira a su alrededor rezando para que nadie le haya visto, pero a su espalda hay al menos cuatro fotógrafos y dos cámaras de televisión registrándolo absolutamente todo. Su reflejo como madre es gritarle que corra, pero no le da tiempo porque dos antidisturbios se tiran encima de él y le reducen en el suelo. Desde ahí, Sergio la mira y sonríe.

—¿Lo has visto, mamá? ¡En toda la cabeza!

El orgullo que muestra Sergio es inversamente proporcional al miedo de Daniela. No podrá protegerle dentro de la cárcel.

* * *

—Morirás, hija de puta —escupe Cornel con odio.

—Eso no hace falta que me lo digas tú... —respondo con una tranquilidad que inquieta al proxeneta—. ¿Vas a llamar de una vez a tu guardaespaldas o tengo que degollarte como a un cerdo y que oiga tus gruñidos?

Aprieto el cuchillo contra su cuello, haciendo brotar otra gota de sangre.

—¡Yurik!

Inmediatamente se abre la puerta y entra el gigante ruso.

—Pero ¿qué coño...? —Saca una pistola de la cintura y me apunta con ella directamente a mi tumor—. ¡Suéltale!

—Deja esa pistola en el suelo o despídete de tu jefe, Yurik.

Decenas de gotas de sudor brotan de su frente como por arte de magia. Su mirada pasa de mis ojos a los de Cornel, al que apenas dejo respirar por la presión de mi cuchillo. El gigante está concebido para matar, no para tomar decisiones.

—¡¿No me has oído?! ¡Tira la puta pistola!

—Está bien, está bien... Tranquila. —Yurik deja la pistola en el suelo del camarote sin dejar de mirarme—. ¿Qué quieres?

—La droga.

—Llévatela, es toda tuya —dice Cornel—. Dásela, Yurik.

Yurik va hacia el armario y saca la bolsa de deportes.

—Cógela y lárgate —dice tendiéndomela.

—No es tan sencillo. En este barco hay demasiadas personas que podrían identificarme.

—¿Te crees que vamos a denunciarte a la Policía, estúpida? —me pregunta Cornel con desprecio.

—No, supongo que tú eres de los que prefiere tomarse la justicia por su mano, ¿verdad, cabrón?

Aprieto el cuchillo un poco más. Tengo unas inmensas ganas de rebanarle el pescuezo y de mirarle a los ojos mientras se desangra.

—Dinos qué necesitas —interviene Yurik.

—Escúchame bien, porque solo te lo diré una vez. Quiero que salgas y encierres a las chicas y a los miembros de la tripulación en uno de los camarotes. No puede quedar nadie suelto por el barco, ¿te ha quedado claro?

—El capitán tiene que estar a los mandos.

—No juegues conmigo y nadie saldrá herido, Yurik. Si tengo que abrir en canal al cabrón de tu jefe, te aseguro que lo haré. De hecho, solo estoy esperando que algo no salga como yo quiero para matarle.

—¡Haz lo que dice, joder!

Yurik tarda un par de segundos en reaccionar, pero finalmente sale del camarote. Yo cojo su pistola del suelo, compruebo que el seguro está quitado y saco la mordaza con la bola de cuero de mi maletín.

—No hagas tonterías y tal vez vuelvas a tu hortera casa de Cabopino.

Mientras le coloco la mordaza, Cornel me jura con la mirada que me destripará con sus propias manos. Enseguida escucho las protestas de las chicas y de los miembros de la tripulación, que empiezan a bajar por las escaleras.

—¿Por qué tenemos que bajar, Yurik? La fiesta es arriba.

—Cállate la puta boca. Entrad ahí.

—¿Dónde está Cornel? —pregunta otra de las chicas.

—¡Entrad ahí, joder!

Me asomo por la rendija de la puerta y veo que las quince chicas y los cuatro miembros de la tripulación entran en uno de los camarotes. Cuando Yurik los encierra, salgo al pasillo apuntándole con su propia pistola.

—Atranca la puerta.

—¿Con qué?

—Pónmelo fácil, Yurik. No me hagas enfadar.

El guardaespaldas descuelga un remo decorativo de la pared y atranca la puerta del camarote con él. En el interior resuenan las protestas de las chicas.

—Muy bien. Ahora Cornel, tú y yo tendremos una charla. Pasa delante.

Volvemos al camarote principal y, nada más entrar, traspaso la línea y aprieto el gatillo. La cabeza del gigante se hace papilla delante de mi pistola. Cornel ahoga gritos de terror tras su mordaza mientras en el camarote contiguo se hace un espeso silencio. El enorme cuerpo de Yurik se desploma a mis pies. Me hubiera gustado disfrutar más de mi primer asesinato premeditado, pero todos mis esfuerzos se deben centrar en mi principal víctima.

—Como verás, esto va en serio, Cornel. Ahora te quitaré la mordaza y responderás a todas mis preguntas sin titubear, ¿lo has entendido?

Cornel se limita a asentir, probablemente más asustado de lo que haya estado en toda su miserable vida. Cuando le quito la mordaza, me da la impresión de que está a punto de llorar. Me recuerda a Felipe en las vías del tren.

—No tendrías que haberle matado. ¿Por qué has hecho eso?

—Cállate. Aquí las preguntas las hago yo. ¿Dónde está el pasaporte de Nicoleta?

—¿Nicoleta? —pregunta desconcertado—. ¿Qué tiene que ver esa puta con esto?

—¿Dónde está su pasaporte?

—No sé de qué me hablas.

Me harto de sus tonterías y le disparo en un muslo. Sigo sin oír ni un ruido desde el camarote contiguo mientras el rumano grita retorciéndose de dolor.

—Deja de hacer el imbécil o el siguiente disparo te volará la cabeza, Cornel.

—Lo tiene mi socio, joder. Se llama Sorin Popa. Su número está en el teléfono de Yurik.

Saco el móvil del bolsillo del gigante muerto y busco el número de Sorin Popa.

—Ya está, ya te lo he dado. Ahora suéltame.

—Lo siento, pero me temo que vas a morir aquí —chasqueo la lengua.

—¿Por qué? —pregunta aterrado.

—Porque te lo mereces.

Me subo sobre él y le vuelvo a poner el cuchillo en el cuello.

—¿Quieres decir unas últimas palabras?

—¡Putas! ¡Mis socios te buscarán y te matarán!

—Eres un mierda, Cornel Popescu. Nadie querrá vengarte.

Aprieto el cuchillo con todas mis fuerzas a la vez que Cornel me maldice en rumano. Pronto se le llena la boca de sangre y se centra en intentar respirar, pero es inútil; sus pulmones ya nunca se llenarán de aire. Mientras me empapa de sangre caliente, los gorgoteos y gruñidos que salen de su garganta abierta me provocan una placentera sensación de superioridad. Miro por la ventana de la terraza y veo una luz brillante que me ciega durante unos segundos. Probablemente solo sea el reflejo de un avión, pero yo siento que Dios me acaba de guiñar un ojo.

Quince minutos después he borrado mis huellas con dedicación, me he lavado y cambiado de ropa y salgo a la cubierta vacía del yate. Hay varias motos de agua amarradas a la popa y una zódiac. Me meto en la lancha neumática, consigo arrancarla sin dificultad y me encamino hacia la costa, dejando el Natascha II abandonado a la deriva. En la bolsa de deportes solo llevo mis efectos personales y unos quince mil euros en efectivo que he

encontrado en una mariconera que llevaba Yurik; de todo lo demás —incluidos los seis paquetes de cocaína— ya me he deshecho en un mar muy agradecido para hacer desaparecer pruebas. Dejo la zódiac varada en la arena de una playa y un grupito de niños se acerca corriendo a mí.

—¿Viene de pescar, señora?

—Sí. El atún más grande de todos.

Al salir al paseo marítimo paro un taxi y le pido que me lleve a Puerto Banús a por el coche de alquiler. No sé dónde había desembarcado, pero no debía de ser cerca porque por la carrera me cobra sesenta euros.

Sé que debería marcharme inmediatamente, recoger mi coche en la estación María Zambrano y volver a casa, pero no tengo fuerzas ni para pensarlo, no me queda nada, ni siquiera un minuto para celebrarlo. Caigo en la cama de mi estudio derrotada y me sumerjo en un profundo sueño.

* * *

El doctor Oliver suele aprovechar la hora de la cena para comer un sándwich mientras construye barcos a escala. Lo que a muchos les pondría de los nervios por la paciencia que se necesita, a él le relaja. Además le sirve para entrenar el pulso de cara al quirófano. Desde hace ya más de un mes está dedicado en cuerpo y alma a una magnífica maqueta del vapor Príncipe de Asturias, hundido junto a las costas brasileñas en 1916. La cifra oficial de muertos superó los cuatrocientos cincuenta, pero se sospecha que fueron bastantes más por la cantidad de polizones que viajaban en él. Durante muchos años fue conocido como el Titanic español.

El médico se concentra para afrontar uno de los momentos más delicados de la construcción —el montaje de las coloridas vidrieras de la cubierta de primera— cuando llaman a la puerta. Intenta ignorar el toque de nudillos, pero sin duda debe de ser alguien que sabe que está allí porque insiste. El doctor Oliver resopla y cierra con delicadeza el tubo de pegamento.

—¡Adelante!

Entran dos de los estudiantes que hacen las prácticas con él, un chico y una chica, cargados de papeles.

—Disculpe que le molestemos, doctor Oliver —dice la chica con timidez—, pero tenemos que hablar con usted.

—¿No podéis esperar a que termine de cenar?

—Es urgente, créanos.

—Está bien —dice resoplando y dejando el sándwich sobre la mesa—. ¿De qué se trata?

—De la paciente Marta Aguilera. Estábamos revisando su historial y hemos encontrado algo que debería ver.

—Con Marta Aguilera ya no hay nada que hacer. Solo podemos darle cuidados paliativos.

—Se equivoca, doctor —interviene el chico—. En el *New England Journal of Medicine* de este mes hay un artículo sobre algunos tumores que podrían ser operables, y creemos que Marta Aguilera cumple con todos los requisitos.

—Eso es una estupidez.

—Mírelo usted mismo. Por lo visto, ya ha sido probado con éxito en media docena de pacientes.

La alumna pone la revista abierta sobre la mesa y el doctor Oliver lee el artículo con detenimiento. Saca apresurado los resultados de la paciente y los compara con los datos que aparecen en la publicación. Cuando termina de hacerlo, mira a los estudiantes totalmente confundido.

—¿Quién firma esto?

—Todos los artículos que aparecen en esa revista son minuciosamente revisados por al menos cinco expertos en la materia, doctor. Es posible operarla.

—Hay que hablar con ella inmediatamente. Quizá todavía estemos a tiempo...

* * *

Sergio no está tan asustado como debería por el lío en el que se ha metido. Desde que ha entrado en el calabozo, los demás presos le han convertido en un héroe y su orgullo sigue por las nubes. Sus imágenes disparando con el tirachinas en la entrada de la cárcel las ponen como un bucle en todas las televisiones y no hay nadie en España que no sepa ya lo que ha hecho. La mayoría de los ciudadanos se declara en contra de la violencia, pero en este caso, y tratándose del hijo de una víctima de la etarra liberada, lo justifican y piden que se le deje marchar inmediatamente a su casa. Al llegar a la comisaría, cuando Sergio fue conducido a la enfermería para que le curasen

unos arañazos que se había producido en el costado durante su detención, pudo escuchar una noticia que daban por radio:

«Según las primeras informaciones, Sergio Costa Gutiérrez es hijo y hermano de dos asesinados por ETA en el atentado de 1995 en el que perdieron la vida diecinueve personas y seis más quedaron mutiladas. La Asociación de Víctimas del Terrorismo ha condenado la acción, pero ha declarado textualmente: “Esto es lo que ocurre cuando se humilla a una víctima poniendo a la asesina de sus seres queridos en la calle”. Por su parte, ninguno de los principales grupos de extrema derecha presentes en la manifestación ha admitido que Sergio sea uno de sus afiliados, pero todos ellos tienen previsto ofrecerle asesoramiento legal gratuito. En diferentes plazas a lo largo de toda la geografía se han organizado multitudinarias y espontáneas manifestaciones apoyando al agresor de la etarra Amaya Eiguibar».

—¿Tú eres el que le ha abierto la cabeza a la etarra?

La inconsciencia y la excitación de Sergio le hacen sacar pecho y responder que sí antes de hablar con un abogado. El policía que se ha acercado a su celda movido por la curiosidad sonrío y hace un gesto de aprobación.

—Bien hecho, chaval.

—¿La he matado?

—No, pero la marca que le has dejado hará que se acuerde de ti toda su puta vida. Si necesitas algo, pídemelo a mí.

Sergio espera un par de horas más sin saber lo que está pasando fuera, hasta que viene a buscarle otro policía.

—Tienes visita.

El chico sigue al agente hasta la sala de visitas, pero, al contrario de lo que le sucedió hace unos días con Jonás Bustos, a él nadie le mira con animadversión. Le tratan con respeto y simpatía, y no es precisamente porque sea hijo de una inspectora de Policía, esta vez se lo ha ganado por méritos propios. Lo primero que hace su madre al verle es abrazarle, como haría cualquier madre en su lugar.

—¿Estás bien, Sergio?

—Estoy cojonudamente —responde Sergio con frialdad, aún henchido de orgullo—. La lástima es que no la haya matado.

Daniela suspira vencida. Nunca pensó que llegaría a mantener esta conversación con su hijo, pero ahora que ya está todo perdido es absurdo

dejarse cosas en el tintero.

—Yo también intenté matarla, ¿sabes?

A Sergio le sorprende la confesión de su madre.

—Por eso dejé que te criasen los abuelos, porque sabía que tarde o temprano me ibas a perder. Lo preparé, pero salió mal.

—¿Y por qué no volviste a intentarlo?

—Por ti y por mí, porque me di cuenta de que no merecía la pena que esto acabase así. Amaya Eiguibar mató a papá y a David, y no iba a consentir que nos enterrase también a nosotros dos.

—No podemos quedarnos callados, mamá.

—No lo estaremos, pero tampoco nos pondremos a su altura. Si quieres, militaremos en la Asociación de Víctimas del Terrorismo e iremos a todas las concentraciones, no nos saltaremos ni una, pero no quiero que vuelvas a verte con esos chicos.

—Tú no tienes tiempo para ir a manifestaciones —Sergio sonríe por primera vez—. Siempre hay asesinos que detener.

—Ya no. He pedido el traslado a oficinas.

—No pienso delatar a nadie, mamá.

—No lo hagas, no quiero que lo hagas. —Daniela le coge la mano—. Lo que quiero es que te desvincules de ellos. Declaras que actuaste por tu cuenta y asumes las consecuencias en solitario.

—Vine con ellos en un autobús.

—Fue tu único contacto. Al saber que se dirigían hacia la cárcel de Ávila, te subiste y no hablaste con nadie. El tirachinas y la bola de acero te los vendieron en el Rastro. No tienes que decir nada más.

—¿Cuánto me va a caer por esto?

—Tienes atenuantes, así que es probable que te pongan en libertad a la espera de juicio en las próximas cuarenta y ocho horas. Tu abogado espera fuera para asistir a tu declaración. ¿Estás preparado?

Sergio asiente y se abraza a su madre. La inspectora Gutiérrez agradece a sus compañeros la deferencia que han tenido con ella al dejar que le visite antes que nadie y asiste a la declaración ante los secretarios judiciales y los inspectores que se van a ocupar de su caso. Sergio no se sale de lo pactado.

Daniela se despide de su hijo pidiéndole que no le cuente a nadie quién es su madre y prometiéndole que le esperará a la salida y empezarán a superar esto juntos. Al entrar en el coche recibe una llamada del comisario. Chasquea la lengua antes de descolgar.

—Necesito que estés en la estación de Atocha dentro de dos horas. Tienes que ir ahora mismo a Málaga.

—A Málaga, ¿para qué?

—Debes ocuparte de un doble homicidio.

—Yo ahora no puedo ocuparme de nada, jefe, ya se lo dije. Mi hijo se ha metido en un buen lío y...

—La cosa es seria, Gutiérrez —interrumpe el comisario—. Te han involucrado. Martos te esperará en Atocha para acompañarte.

La inspectora se pasa por la comisaría antes de obedecer ciegamente, pero allí le vuelven a repetir lo mismo: es un asunto complicado y tiene que viajar de inmediato a Málaga para que la informen personalmente. Es un doble homicidio en el que, de una u otra manera, ella parece estar implicada.

* * *

La propietaria del estudio se sorprende al encontrarme aún allí, vestida y tirada boca abajo sobre la cama.

—Disculpe. Creía que ya había dejado la habitación y venía a limpiar.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde.

He dormido más de dieciséis horas seguidas y empiezo a ser consciente de lo que he hecho. Después de librarme de la propietaria asegurándole que en una hora me marcharé, repaso en mi cabeza cada segundo de los vividos ayer y me enorgullezco por mi obra. Aunque esta vez haya cometido dos asesinatos de verdad, sigo sin sentir nada parecido al arrepentimiento, todo lo contrario. Miro mi móvil y descubro seis llamadas perdidas de un número largo, de esos de centralita. Supongo que será de alguna tele o de algún periódico para hacerme una oferta de trabajo o pedirme una entrevista, así que las ignoro. Hago mi maleta y voy a devolver el coche de alquiler y a recoger el mío al *parking* de la estación del AVE.

Ni la inspectora Gutiérrez ni su ayudante saben aún por qué los hacen ir a Málaga. Les han repetido que tenían que coger el AVE de la una y que allí les explicarían, que el caso está bajo secreto de sumario y que es un asunto muy feo. Al llegar a la estación María Zambrano, dos policías se acercan a ellos.

—¿Inspectora Gutiérrez?

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—No estamos autorizados a informarles, lo siento. Acompañénnos, por favor.

Los cuatro policías avanzan por los pasillos. Al pasar por el escaparate de una de las múltiples agencias de alquiler de coches, ninguno de ellos se fija en una guapa mujer que rellena un parte por un pequeño arañazo que le hicieron en la puerta del conductor estando el coche aparcado en Puerto Banús. Bajan al *parking*, se suben al coche oficial y lo abandonan solo unos segundos antes de que Marta Aguilera salga del ascensor y vaya a recoger su coche, aparcado a solo cinco metros de la plaza que acaban de desocupar los policías. Ni la inspectora Gutiérrez ni la justiciera saben que han estado a punto de encontrarse.

Me subo al coche sin pensar, pero como siempre que dejo algo inacabado, aparece el temblor nervioso de mi pierna derecha. Llevo treinta kilómetros recorridos cuando tomo el cambio de sentido que me devuelve a Málaga. En la puerta de la Casa-Hermandad vuelve a haber dos señores discutiendo, tal vez los mismos del otro día y sobre el mismo tema de entonces, y tampoco se fijan en mí cuando paso por su lado y entro en el edificio.

—¿Ya está recuperada? Menudo susto nos dio.

Un hombre de unos setenta años me mira con curiosidad desde la puerta del Salón de Tronos. Se asusta al ver que no reacciono.

—No le iré a dar otra vez el telele, ¿verdad?

—No —sonríó—. Busco a Juan Aguilera Romero.

—Soy yo, dígame.

Por más que le observo no me veo reflejada en el anciano que tengo delante, y por lo que percibo en su mirada él tampoco me reconoce a mí.

—¿Está... seguro?

—¿No lo voy a estar? —Noto su extrañeza—. ¿Quién es usted?

—Soy... periodista.

—Ah, viene por lo de mi esposa, ¿verdad? —sonríe mi padre al fin—. Ya pensé que se habían olvidado, pero creía que mandarían a los del telediario.

—Me han mandado a mí.

—Los recortes, ya me imagino. Si aguarda un momento, le acompaño a verla. A estas horas suele estar en el parque con nuestra hija.

Le sigo como una zombi a través de varias callejuelas mientras Juan Aguilera me habla sobre la negligencia médica que cometieron con su esposa y que la ha dejado con las condiciones mermadas y postrada en una silla de ruedas, pero yo no dejo de pensar en su hija. Cuando al fin veo a mi recién descubierta hermana junto a la silla de ruedas de la mujer que le destrozó la vida a mi madre, me reconozco perfectamente en ella: es más joven, de unos veinticinco años, pero tiene la misma nariz, los mismos ojos y la misma boca que yo. A ella también le resulta familiar mi cara cuando nos damos dos besos. Se presenta como Natalia y yo digo llamarme Carmen García.

—Viene por lo de la entrevista a mamá —le dice mi padre a mi hermana Natalia—. Ve a buscar los papeles del hospital.

—No es necesario —la detengo—. Me los puedes escanear y mandar más tarde por mail: carmengarcía@elmundo.es. Fácil, ¿no?

Nos sentamos en un banco del parque y descubro a un hombre enamorado que no suelta la mano de su esposa mientras explica indignado que la anestesia que le pusieron para operarla de la cadera le provocó un trombo que la ha dejado en ese estado. Me dice que ellos no quieren mucho dinero, solo el suficiente para poder contratar a una enfermera que vaya a cuidarla. Su hija es la que se ocupa de todo y está siendo muy difícil para ella. Al mirarla, la descubro observándome, devanándose los sesos para recordar de qué le sueno.

—¿No tiene más hijos, señor Aguilera?

Noto perfectamente cómo se le nubla la mirada, como si hubiera sentido un calambre en lo más profundo de su cerebro. Tanto tarda en contestar que su hija le echa un capote.

—¿Qué te pasa, papá? —le pregunta extrañada, y enseguida se dirige a mí—: No, soy hija única.

Decido quitarme de en medio, no siento ningún placer haciéndole daño a ese anciano desconocido, y mucho menos a esa chica que ni sabrá que tiene una hermana de una vida anterior de su padre. Les saco varias fotos con el móvil para acompañar a la supuesta entrevista y doy por finalizado mi trabajo ante la extrañeza de Natalia por la prisa que me ha entrado, la tribulación de mi padre al saber que debería acordarse de algo y la completa indiferencia de la mujer del panadero.

Al incorporarme de nuevo a la carretera, cuando ya he conseguido borrar de mi cabeza para siempre a mi padre y a mi hermana, veo que tengo otras dos llamadas perdidas de la misma centralita y llamo por teléfono a Nicoleta.

—¿Me has obedecido, Nicoleta?

—Solo he salido de casa para comprar en el súper y en la farmacia, te lo juro. Ni me he drogado ni nada. He pasado el mono yo sola.

—Buena chica.

Lo más seguro es que esté equivocada, pero por su tono de voz no parece haberse drogado.

—¿Cuándo vendrás?

—Ya falta poco.

—¿Cuánto me vas a pagar?

—Lo suficiente, no te preocupes. Quiero que tengas preparada una maleta con tus cosas para cuando yo vaya a buscarte.

—¿Una maleta? —pregunta desconcertada.

—Sí, quiero llevarte de fin de semana a la playa. Tomaremos el sol y nos pondremos moradas de vino y de marisco, ¿te parece bien?

—Sí, pero yo tendría que avisar.

—Ya avisaremos cuando llegue el momento. No te muevas de casa.

Cuelgo y me detengo a echar gasolina a trescientos kilómetros de Madrid. Mientras me como un bocadillo en el coche, trasteo con el móvil y me descargo una *app* para distorsionar la voz en las llamadas telefónicas. Aunque no tengo claro que vaya a funcionar, selecciono una voz de hombre. Quito el identificador de llamadas, pongo la grabadora y marco el teléfono de Sorin Popa, el socio del fallecido Cornel Popescu. Tarda cuatro tonos en contestar. Su acento es bastante más cerrado que el de Cornel y en ocasiones es difícil entenderle.

—¿Quién?

—¿Sorin? ¿Dónde debo llevarte el dinero?

—¿De qué dinero hablas? ¿Quién eres tú, tío?

Parece que el distorsionador de voz funciona bien.

—La semana pasada negocié con Cornel Popescu la compra de una deuda.

—Cornel Popescu está muerto.

Guardo unos segundos de silencio, haciendo ver que asimilo la noticia.

—En ese caso, supongo que tú estarás al mando, ¿no?

—Sí, yo estoy al mando —se envalentona—. ¿De quién es la deuda?

—De Nicoleta Serban.

—Nicoleta no está en venta.

—A mi jefe no le gustará escuchar eso. Lo considerará una falta de respeto.

Sorin calla. Supongo que en el mundo en el que se mueve hay que tener mucho cuidado con a quién se le falta al respeto.

—¿Quién es tu jefe?

—Le conocerás si le llamo para decirle que os habéis echado atrás.

—La chica se ha cortado una teta. Ya no tiene teta, solo una.

—Vaya —chasqueo la lengua—. Eso habrá ajustado su precio.

—Imposible menos de dieciséis mil. Es lo que debe.

—¿Qué tal si lo dejamos en quince mil y nos olvidamos de la teta que mi jefe no va a poder disfrutar, Sorin?

Sorin Popa me cita en un bar de Lavapiés a las once de esta misma noche. Mientras me acerco a Madrid, voy pensando en la manera de hacer el intercambio. Si me presento en ese bar con el dinero probablemente me quede sin dinero, sin pasaporte y como mínimo sin un par de dientes.

* * *

La inspectora y su ayudante van en el coche oficial cada vez más intrigados. Los llevan en silencio por las calles de Málaga y entran en el garaje de un edificio sin distintivos salvo una bandera de España y otra de Andalucía. Siguen a los policías por varios pasillos hasta que llegan a una sala de autopsias perfectamente equipada.

Allí hay varios médicos y un inspector, y sobre dos mesas metálicas sendos cuerpos. Uno de ellos es grande, musculoso, y lleva un enorme tatuaje de una virgen en el pecho. Tiene la cabeza destrozada por un disparo. En la otra camilla, a primera vista, solo es un hombre degollado. Uno de los médicos se acerca y les tiende un par de mascarillas.

—Pónganselas.

Se las ponen y llegan hasta el grupo de hombres.

—Soy la inspectora Gutiérrez. Él es el agente Martos.

—Les estábamos esperando —dice el que parece policía tendiéndoles la mano—. Soy el inspector Torres. Bienvenidos a Málaga.

—¿Qué es todo esto?

—A ese de ahí le reventaron la cabeza con un disparo en la nuca a muy corta distancia —el inspector señala el cuerpo de Yurik—. Y a este de aquí... —suspira mirando a Cornel—. No sé por dónde empezar.

—Le esposaron, le torturaron disparándole en la pierna y le abrieron la garganta de lado a lado —apunta el forense.

—Los muy cabrones —continúa el inspector molesto porque le quiten protagonismo— se lo hicieron pasar bastante mal.

La inspectora Gutiérrez trata de ordenar sus ideas.

—Lo que yo no entiendo es por qué nos llaman a nosotros.

—Tenía la boca cosida con hilo de zapatos, y dentro... esto.

El inspector Torres les muestra una bolsa de pruebas y dentro de ella la tarjeta de visita de Daniela Gutiérrez, arrugada y manchada de sangre. La inspectora se fija en la boca del muerto y distingue con absoluta claridad las marcas de las puntadas de hilo alrededor de los labios.

—Joder. —No sabe qué más decir.

—¿Tenía alguna relación con las víctimas? Tal vez las haya investigado en algún momento.

—Todavía no sé quiénes son.

—El grandullón es Yurik Ivanov, ruso, guardaespaldas de este otro, Cornel Popescu, rumano.

—Dios los cría y ellos se juntan —dice Martos.

—Popescu es uno de los grandes capos europeos de la trata de blancas —continúa el inspector Torres—. Ha sido condenado en varias ocasiones por secuestro y proxenetismo.

—No me suena de nada. —La inspectora intenta hacer memoria—. Y tampoco he trabajado nunca en casos de trata de blancas.

—Pues parece que el asesino le ha dedicado el cadáver. ¿Quieren ver el yate en el que los encontramos?

En el trayecto en coche, mientras el inspector les cuenta que unos pescadores encontraron el barco a la deriva a varias millas de distancia, la inspectora Gutiérrez se repite una y otra vez ese nombre, pero sigue sin sonarle de nada. Recuerda todos y cada uno de los casos en los que ha trabajado desde que entró en Homicidios y en ninguno de ellos apareció nadie llamado Cornel Popescu.

—Al guardaespaldas le encontramos tirado en el suelo y a Popescu tumbado ahí.

El inspector Torres señala la cama del enorme camarote, tan empapada de sangre como las paredes y los espejos que hay alrededor.

—Supongo que un barco tan grande necesita tripulación.

—Estaban todos encerrados en uno de los camarotes. Los cuatro miembros de la tripulación y quince prostitutas de entre diecinueve y veintiún años.

—Entonces vieron a los asesinos —apunta Martos.

—Me temo que no... —cabecea el inspector Torres—. Parece ser que el gigante fue quien los encerró.

—Qué cosa más rara... —La inspectora examina cada milímetro del camarote—. ¿No han dejado huellas?

—Ninguna. Lo limpiaron con jabón industrial. Estaba más limpio que la casa de mi abuela.

—Si el barco estaba a la deriva, tuvieron que abordarlo con otro barco, ¿no?

—No —vuelve a negar el inspector—. El asesino se llevó la zódiac y la abandonó en la playa de El Morche, al este de Málaga. También sin huellas.

—Si el asesino iba con ellos en el barco, tuvo que subirse en el puerto —deduce Martos—. ¿No hay grabaciones de cámaras de seguridad?

—No sé si conocen Puerto Banús, pero el puerto está integrado en el pueblo y al día pasan por allí cientos de turistas de todas las nacionalidades. Sin saber lo que buscamos, es difícil encontrar nada. Y no, ninguna cámara enfocaba este yate.

La inspectora Gutiérrez y Martos se pasan la tarde interrogando a las jóvenes prostitutas y a los miembros de la tripulación, pero no parecen mentir cuando dicen que Yurik les ordenó bajar, los encerró en un camarote, atrancó la puerta con un remo y no lograron salir hasta que los encontraron los pescadores.

Después visitan mercerías en las que les dicen que el hilo que han utilizado para coserle la boca al muerto es muy común y venden decenas de rollos a la semana; hablan con los trabajadores del puerto, que aseguran no haber visto nada raro; visitan a la viuda, que más que disgustada parece sorprendida por la vida que se presenta ante ella tras ser liberada; a los empleados del concesionario de coches, que solo le veían cuando iba por las mañanas a hacer algunas llamadas, y a los directores de los bancos, que se niegan a colaborar sin una orden judicial.

Regresan a Madrid en el AVE de las nueve y veinte sin haber sacado nada en claro. La inspectora no tiene ni la más remota idea de por qué el asesino de Cornel Popescu y de Yurik Ivanov la ha elegido a ella para atraparlo.

* * *

Llego a casa pasadas las nueve de la noche, me ducho, me desinfecto la herida del brazo e investigo a Sorin Popa en Internet. Hay varias personas que se llaman así, pero no parecen delincuentes. Cojo uno de mis cuchillos y un espray de defensa y a las diez y media ya estoy vigilando desde mi coche la puerta del bar en el que me he citado con el socio de Cornel Popescu. A las once menos cuarto tres hombres llegan a la puerta del bar, se despiden con un gesto y dos de ellos se ocultan entre las sombras de un portal cercano. El otro entra en el bar. Sin duda, son Sorin Popa y dos de sus esbirros. La suerte es que los tres juntos dan menos miedo que Yurik.

A las once y tres minutos —después de ver que tengo otras dos llamadas perdidas de la misma centralita— vuelvo a poner el distorsionador de voz y le llamo por teléfono.

—¿Sorin? Hemos hablado esta tarde.

—¿Dónde te metes, tío? Te espero con el pasaporte.

—Ha habido un cambio de planes. Quiero que salgas a la calle y te subas en el primer taxi que pase. Tú solo, sin tus amiguitos.

—¡Unos cojones!

—Escúchame, Sorin —digo muy tranquila—. Las cosas se han puesto feas con la muerte de Cornel y mi jefe está nervioso. Supongo que tú querrás tu dinero, ¿verdad?

—Sí.

—Y yo quiero el pasaporte de esa chica. El problema es que no me fío demasiado de ti. ¿Qué tal si hacemos un intercambio seguro para los dos?

Sorin guarda silencio unos instantes, pero sé que no va a perder la oportunidad de recaudar quince mil euros.

—¿Dónde?

—Súbete a un taxi y pídele que te lleve a la discoteca Liberata, en Alberto Alcocer. Si vas solo y no haces ninguna estupidez, te volveré a llamar.

Cuelgo y veo que Sorin sale del bar y se reúne con sus esbirros en mitad de la calle. Discuten en rumano y finalmente uno de ellos le entrega un

pasaporte. Sorin para el primer taxi que pasa por la calle y se sube en él. Le sigo por Madrid hasta que le veo bajarse en la puerta de la discoteca en la que le he citado.

Le tengo esperando diez minutos en los que él se impacienta por momentos. Veo llegar a sus dos esbirros en moto. Uno de ellos se va a acercarse a Sorin, pero este niega levemente con la cabeza y esperan en la acera de enfrente. Vuelvo a marcar su número.

—¿A qué coño juegas, tío? —parece mosqueado.

—Entra y pídete una copa en la barra del fondo, la que está junto a los baños.

—Vete a la puta mierda. Si no apareces ahora mismo, me largo.

—Ya queda poco, Sorin. Muy pronto habremos terminado y tú tendrás tu dinero. Mil euros más de lo acordado por las molestias, ¿te parece bien?

Sorin duda, pero les hace un gesto disimulado a sus esbirros y entra en la discoteca. Yo espero cinco minutos más, pongo mi móvil a grabar y entro integrada en un grupo de compañeros de trabajo de cena de empresa. Bajo por las escaleras que llevan a la sala y localizo a Sorin en la barra del fondo. Me acerco mezclándome con los clientes hasta que me coloco a su lado. Él me mira con cara de pocos amigos.

—Largo, ahora no quiero nada con guarrillas.

—Eres todo un seductor, Sorin —digo sonriendo—. ¿Y el pasaporte?

—¿Quién coño eres tú?

—La elegida para hacer el intercambio. Quiero ver el pasaporte.

—Yo quiero ver el dinero.

Saco del bolso un sobre con el dinero que me llevé del barco de Cornel y lo pongo sobre la barra tapándolo con la mano.

—Dieciséis mil, como habíamos acordado. El pasaporte.

Sorin se mete la mano en el bolsillo y me enseña un pasaporte.

—Ábrelo, quiero verlo bien.

El rumano lo abre y me muestra la fotografía de Nicoleta con dieciséis años, esbozando una sonrisa que hasta este momento yo no conocía.

—Déjalo sobre la barra.

Sorin me obedece y yo aparto la mano del dinero para coger el documento y guardármelo. Él se hace con el sobre, lo cuenta por encima y se marcha sin decirme nada, solo me mira con condescendencia, como haciéndome ver que me he equivocado jugando con él. Me pido una copa, me la tomo pensando cuánto me gustaría ocuparme personalmente de este

malnacido y, al cabo de diez minutos, voy hacia la atiborrada pista de baile y vacío disimuladamente el bote de espray de pimienta.

No tardan en empezar las toses y los gritos. La gente se tapa la cara con la ropa y echa a correr hacia la salida. En medio de la estampida voy hacia los baños y salgo por la terraza que se ha habilitado como zona de fumadores, mezclada con algunos clientes que han tenido la misma idea. Entro en el restaurante contiguo y salgo por la puerta principal como si nada. Me subo en un taxi y paso por delante de Liberata. Allí están Sorin Popa y sus dos esbirros cabreados y desconcertados, intentando localizarme entre la gente que corre intoxicada por mi espray. Cuando dejamos atrás el Santiago Bernabéu y nos incorporamos a la Castellana, llamo por teléfono a Nicoleta.

—Coge tu maleta y espérame en Gran Vía, a la altura de donde nos conocimos.

—Yo no puedo irme así —protesta Nicoleta—. ¿Qué está pasando?

—Te lo explicaré en cuanto nos veamos, Nicoleta. Sal de casa ahora mismo y no hables con nadie. En diez minutos estoy ahí.

Cuelgo y veo que el taxista me mira por el retrovisor con desconfianza.

—Estoy liberando a una prostituta —digo.

—Yo no quiero líos, señorita.

—No tendrá ninguno.

Nos desviamos por Cibeles y entramos en Gran Vía. Allí espera Nicoleta con una pequeña maleta a sus pies. Mira muy nerviosa hacia todos lados. Saco un billete de cien euros y se lo tiendo al taxista.

—Olvídese de esta carrera y puede quedarse con el cambio. ¿Hecho?

—Hecho.

Salgo del taxi y atravieso la calle. Nicoleta siente alivio al verme.

—¿Qué pasa?

—Lo sabrás cuando llegemos a mi casa.

—Yo tengo que avisar si voy a hacer una salida —vuelve a protestar.

—Avisarás después. ¿Confías en mí?

Nicoleta me mira dubitativa. No tiene claro que deba confiar en alguien como yo, pero todo lo que he hecho por ella ha sido bueno y termina asintiendo.

—Ponte cómoda, estás en tu casa —le digo al entrar.

—¿Puedo llamar ya? Si no digo dónde estoy, voy a tener problemas.

Nicoleta se ha quedado de pie en mitad del salón sin atreverse a soltar su maleta. Mi intención era darle mi regalo después de cenar, pero está claro que no va a poder esperar tanto tiempo. Saco el pasaporte de mi bolso y se lo entrego. Lo coge desconcertada y, al comprobar que es el suyo, le da un vuelco el corazón.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Lo he comprado. He pagado tu deuda.

Nicoleta me mira asustada, pensando que la enviaré a cualquier prostíbulo del mundo. Advierto su temor y sonrío tranquilizándola.

—Es tuyo, eres libre. Mañana mismo puedes coger un avión hacia Bucarest.

—¿No me estás vacilando? —pregunta desconfiada—. ¿Puedo irme?

—Si quieres, pido un taxi ahora mismo, pero hasta mañana no tienes vuelos.

Nicoleta esboza por primera vez la misma sonrisa que se ve en la foto de su pasaporte y me abraza. Le cuento que Cornel Popescu ha muerto sin decirle cuánto he tenido que ver yo en eso y le hablo del acuerdo al que he llegado con Sorin Popa.

—Estará cabreado, así que mejor aléjate de él todo lo que puedas.

Hacemos juntas una ensalada y, después de cenar, nos sentamos en el sillón a tomar una copa. Nicoleta me habla de su vida y memorizo algunos nombres como el de Pierre Bernard y doña Marga Somoza, proxenetas, o el del exsenador italiano que la obligó a ponerse los dos gigantes implantes de silicona, Pasquale Carduccio. Cuando se cuente mi historia quiero que esos nombres salgan a relucir. Sonrío al ver que Nicoleta se ha guardado el pasaporte en la cintura y lo toca cada pocos segundos para comprobar que sigue estando ahí y que sigue siendo real.

—Tengo otro regalo para ti.

—¿Otro? —pregunta dando palmas, excitada como una niña pequeña.

Saco un sobre de un cajón y se lo entrego. Dentro hay veinte mil euros.

—Si te lo montas bien, te servirá para empezar de nuevo.

Nicoleta se emociona y me besa en los labios.

—Creía que no te gustaban las mujeres.

—Tú no eres una mujer normal.

—Ya eres libre, Nicoleta. Jamás tendrás que volver a acostarte con alguien si no quieres hacerlo.

—Quiero hacerlo.

Vuelve a besarme y me desabrocha la camisa. No me siento incómoda, sobre todo al notar que ella no lo hace por obligación. Se excita cuando acaricia mis pechos por encima del sujetador.

—¿Nunca te lo habías montado con una chica? —pregunta al percibir mi nerviosismo.

—Nunca.

—Déjate llevar. Haz todo lo que te pida el cuerpo.

Cuando voy a quitarle la camiseta, ella se resiste con pudor.

—No me importa, Nicoleta.

Ella se deja hacer y descubro su enorme pecho derecho intacto junto a un vendaje cruzado desde el hombro hasta la cadera que evidencia que debajo no hay nada. Realmente no me importa. Hoy es más Grace Kelly que nunca. Sobre la cama de mi habitación beso cada centímetro de su cuerpo.

—Lo haces muy bien —me dice excitada.

—Si lo llego a saber, lo habría probado mucho antes.

—No siempre es así —sonríe divertida—. Esto no es una cuestión de sexos, sino de personas. Tú y yo encajamos bien.

Seguramente sea la experiencia que Nicoleta ha adquirido a lo largo de todos estos años, pero quiero creer que de verdad está haciendo el amor libremente por primera vez en su vida.

Cuando me despierto, compruebo que Nicoleta ya se ha marchado. Voy al baño y sonrío al ver que me ha dejado un mensaje en el espejo escrito con pintalabios: «Gracias por la mejor noche de mi vida. N.».

Después de ducharme, me visto, estreno bolso de Louis Vuitton y voy dando un paseo para recoger mi coche hasta la calle Alberto Alcocer. De pronto vuelvo a notar mi tumor expandiéndose. Siento un gancho de carnicero entrándome por la nuca y arañándome la frente desde dentro, buscando un sitio por el que salir. Caigo de rodillas y miro al cielo. El guiño de Dios me vuelve a deslumbrar, como en el yate de Cornel Popescu, y entonces todo se queda en calma. Frente a mí está la puerta de la parroquia de San Agustín, en la calle Joaquín Costa.

Cinco personas están desperdigadas por los banquitos de la iglesia, de cara al altar. Una pareja de peruanos reza con devoción en la última fila. Delante de ellos hay dos señoras mayores y un poco más allá, junto a las capillas laterales dedicadas al Santísimo Sacramento, un confesionario. Hay

un cartelito que indica cuáles son los días de confesión y el horario de atención a los feligreses. Veo que estoy en hora y en día.

—¿Se puede?

—Vaya. —Noto que el cura sonrío y eso me tranquiliza—. Una novata.

—Sí —le devuelvo la sonrisa—. Es la primera vez que vengo y no quiero ofenderle, pero tampoco mentirle. Yo... no creo en Dios.

—Dime entonces qué te ha traído hasta aquí —dice tranquilo.

—Antes explíqueme cómo va eso del secreto de confesión, por favor. Llevo viéndolo toda la vida en la tele pero nunca lo he tenido claro.

—El secreto de confesión es inviolable, es lo que se llama «sigilo sacramental». Todo lo que hablemos aquí quedará entre Dios y nosotros dos.

—¿Ni siquiera si le confesara que pienso cometer un delito? No es que sea el caso, pero quiero saber en qué límites nos movemos.

—Si hubieras cometido un delito o tienes pensado cometerlo, solo podría intentar que cambies de opinión y que te entregues a la Policía, pero no podría revelarlo ni por orden judicial. Sería excomulgado.

Me sorprende mucho, no sabía que podía entrar aquí, decirle que soy una asesina y marcharme tan tranquila. Dudo si confesarlo todo, tengo la necesidad de contarle a alguien que he matado a tres hombres y los motivos que me llevaron a hacerlo, pero decido no arriesgarme. Deberé buscar otra manera de darme a conocer.

—Habla, hija. Te escucho.

—Me han diagnosticado un tumor en fase terminal.

—Lo siento. ¿Qué tal si empezamos por la confesión? Te aliviará, te lo aseguro.

Me convence, me relajo y le confieso algunos de mis pecados: que he mentido, que he deseado al marido de la vecina, que una vez robé un pañuelo en Zara y otra unos zapatos de Sara Navarro en El Corte Inglés, que he cometido actos impuros conmigo misma y con otros..., todos menos que he matado. Me perdona y, quieras que no, salgo de allí mucho más tranquila.

Encuentro mi coche aparcado enfrente del Liberata. Recojo varias multas de aparcamiento y, mientras espero a que se abra un semáforo de la Castellana, escucho en la radio la hazaña de un chico que atacó con un tirachinas a la asesina de su padre y de su hermano. Me alegra saber que no soy la única dispuesta a arriesgarlo todo por hacer justicia. Habrá muchos más como ese chico y como yo. Entonces se me ocurre cómo apaciguar este afán de protagonismo que empiezo a tener. Conduzco excitada hasta casa y me siento

frente al ordenador: «Jonás Bustos, Cornel Popescu y Yurik Ivanov han sido los primeros, pero habrá más. Si has matado y no estás pagando por ello, serás el siguiente. La Justicia no está a la altura». Me siento creativa después de mi visita a la iglesia y añado: «Éxodo, 21».

Echo el sobre con el *pen drive* a un buzón de Correos y siento la vibración de mi teléfono. Me irrita comprobar que de nuevo es el mismo número de centralita.

—No me lo puedo creer... —contesto con sequedad—. ¿Sí?

—¡Gracias a Dios que la localizo, señorita Aguilera! Soy el doctor Oliver. Le he dejado media docena de mensajes en su buzón de voz.

—Mire, agradezco su preocupación, doctor, pero ni quiero hacerme más pruebas ni pienso volver a meterme en la máquina esa.

—Tengo una importante noticia para usted. Debe venir a mi consulta.

—No voy a ir a ningún sitio, estoy muy ocupada.

—Podemos operarla —suelta de sopetón.

—¿Qué? —me quedo petrificada.

—Acaba de salir un artículo en una prestigiosa revista médica en la que hablan de casos como el suyo. Hay un colega mío que tal vez podría operarla en un hospital de Londres. Necesito que venga a verme inmediatamente.

GENARO Y ERIC

La primera vez que detuvieron a Jesús Gala acababa de cumplir ocho años y todavía nadie le llamaba «el Pichichi». Desde los seis acompañaba a su padre y a su tío a la faena, como ellos llamaban a lo que hacían. La misión principal del niño consistía en deslizarse por conductos de ventilación o por cualquier otro acceso minúsculo y abrir puertas desde dentro. Después, como premio — independientemente del botín que hubieran conseguido ese día—, se lo llevaban a comer una hamburguesa y a jugar al fútbol con los mayores. Para Jesús, los días de faena eran los mejores del mundo. La última vez, después de desvalijar la recepción de un hotel cerca de Atocha, le dejaron jugar cinco minutos en la pachanga y nada más salir al campo le robó un balón a su tío Ángel, dribló al que conducía en los atracos, le hizo un caño al del bar donde los preparaban y batió con una vaselina perfecta al cerrajero experto en reventar cerraduras, que estaba de portero.

—¡Me cago en la puta, niño! —exclamó su padre impresionado—. ¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—Se lo he visto a Raúl en la tele.

El día que su vida cambiaría para siempre empezó mejor que nunca; su padre fue a buscarle al colegio a media mañana, le dijo a la profesora que el niño tenía médico y se lo llevó a vigilar un restaurante. Aunque la cosa pintaba seria, el chico solo podía pensar en el partido de por la tarde. Se moría de ganas de enseñarles a todos lo que había aprendido pasándose días enteros con el balón en los pies.

—Esto es muy fácil, Jesús —le dijo su padre dentro de la furgoneta, donde también estaba su tío—. Tú solo tienes que entrar cuando te digamos y coger la bolsa, pero todo en un suspiro, en menos de quince segundos. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Claro que sí —respondió el niño envalentonado—. En quince segundos yo esta tarde le meto dos goles al cerrajero.

Jesús entró justo cuando su padre y su tío le dijeron, se deslizó con una sorprendente habilidad por la tubería y apareció donde le habían asegurado. Allí estaba la bolsa negra que debía coger. Corrió entre las mesas y se hizo

con ella con decisión, pero cuando regresaba al pequeño hueco por el que había entrado notó una ligera resistencia. En lugar de pararse y mirar qué la provocaba, tiró con fuerza. Descubrió que era la punta de un cuchillo que sobresalía de una estantería cuando la tela ya se había rasgado y las monedas y billetes se desparramaban por el suelo. Jesús dudó, su padre siempre le había dicho que si pasaba algo que no estuviera en los planes debía salir corriendo, pero no podía volver con las manos vacías. Recogió los billetes y se olvidó de las monedas, una de las cuales había ido rodando por el suelo hasta chocar con el pie del encargado. Eso llevaría a su padre y a su tío a la cárcel.

Jesús ya conocía la culpa, la sentía desde que supo que al nacer había matado a su madre, aquello solo era la puntilla. Durante los años en los que padre e hijo cumplieron condena —el padre en Soto del Real y el hijo en un orfanato al que allí llamaban «residencia»— no hubo un día en el que Jesús dejara de torturarse por la suerte que habían corrido sus padres. Pasó día y noche dándole balonazos a una pared, igual que las anteriores veces que le habían separado de su corta familia.

—Solo te interesa el fútbol y fumar porros, Jesús —le dijo el educador con reproche—, y del equipo te han apartado por llamar hijo de puta al entrenador. Ya me dirás tú qué hacemos.

—Su madre es puta —respondió Jesús con tranquilidad—. Unos chicos la vieron chupándosela a un tío en un coche. ¿No decís que aquí no hay que mentir?

—Así no vamos a ningún lado. Ya tienes trece años, tío. Es hora de que pienses qué quieres hacer con tu vida.

—Yo lo tengo claro: voy a jugar en el Madrid.

—¿Tan bueno te crees?

—No es que me lo crea, es que lo soy. Todavía quedan ocho partidos y yo ya he batido el récord de goles de este puto orfanato.

—No basta con ser bueno, Jesús. Si no recibes una educación y dejas de hacer el gilipollas, en el Real Madrid no te van a querer ni de recogerpelotas.

—Eso ya lo veremos.

La gran oportunidad de Jesús iba a llegar cuando, tras proclamarse campeones de la liga escolar, a su equipo lo invitaron a jugar contra el juvenil del Real Madrid. Allí ya habían oído hablar de él, los ojeadores decían que tenía algo distinto a todos los demás chicos —de hecho, ese partido amistoso se había organizado únicamente para verle a él—, el único problema era su mal comportamiento. Pero, si de verdad era tan bueno, ya moldearían su

carácter; era más fácil encauzar a un delincuente que encontrar a un buen futbolista. Lo malo es que Jesús nunca se presentó a jugar aquel partido. Ese mismo día, por la mañana, soltaron a su padre.

Cuando le vio, Jesús comprendió por qué no había querido recibirle en sus últimas visitas. Su padre parecía haber pasado treinta años en aquella prisión: estaba calvo, flaco, con heridas, con los ojos hundidos en sus cuencas, le faltaban dientes y apenas se tenía en pie. En la cárcel había cogido una enfermedad de la que él no había oído hablar hasta entonces, pero que decían que solo la cogían los yonquis y los maricas: el sida.

Mientras su padre pasaba semanas enteras ingresado en el hospital, el chico se tuvo que buscar la vida en la calle. Cuando enterró aquel saco de huesos y llagas en el que se había convertido su progenitor, tuvo claro que no iba a volver voluntariamente al orfanato y pasó los siguientes años huyendo de la Policía y sobreviviendo a base de pequeños delitos. Robaba carteras, bolsos, tiendas y lo que fuera. Era tan rápido huyendo entre las piernas de la gente que pocas veces podían alcanzarle.

Una mañana vio a un tipo pidiendo en un semáforo mientras hacía malabarismos con una pelota y se dio cuenta de que él era mucho mejor. Robó un balón en una tienda de deportes, encontró un buen sitio en una calle turística y descubrió con sorpresa que, al final, sí iba a poder vivir del fútbol.

* * *

Clac, clac, clac, clac, clac, clac... Nunca he tenido claustrofobia, pero dentro de la máquina que me va a escanear otra vez el cerebro siento algo parecido. El ruido tampoco ayuda demasiado a relajarse, la verdad. Golpes, pitidos y fricciones a todo volumen, no me extraña que la gente entre aquí acojonada. Tengo un botoncito junto a la mano que puedo pulsar si me agobio mucho, pero sé que se me pasará en unos minutos. Durante el rato que permanezco ahí tumbada me da tiempo a pensar en lo hipócrita que soy. He matado a varias personas porque eran asesinos y se lo merecían, pero yo he batido el récord de velocidad viniendo al hospital para que me salven la vida. Según mi propia regla de tres, merecería morir tanto como ellos, pero trato de justificarme decidiendo que Jonás Bustos, Cornel Popescu y Yurik Ivanov eran malos y yo soy buena.

—Debería enviarles un jamón a estos dos muchachos, señorita Aguilera —dice el doctor Oliver con una sorprendente honestidad mientras señala a una pareja de jóvenes estudiantes que me sonrían tímidamente—. Fueron ellos los que me mostraron el artículo en el que se hablaba de casos como el suyo.

—Nosotros fuimos los primeros que leímos la revista —dice la chica con humildad—, pero lo hubiera visto cualquiera.

—Gracias, estoy en deuda con vosotros. Y contad con el jamón, por supuesto.

—Ya lo celebraremos cuando la operen y todo salga bien, señorita Aguilera —dice el chico con simpatía.

—¿Qué posibilidades reales hay de que eso ocurra?

El ambiente festivo que se respiraba hace solo unos segundos desaparece por completo. Los chicos se mimetizan con el mobiliario y le dejan todo el peso de la conversación al doctor Oliver.

—Eso solo podrá decirlo el doctor Battle, a quien le enviaremos inmediatamente el resultado de las pruebas que acabamos de hacerle.

—Vamos, doctor —le animo a responder—, no me puedo creer que no se lo haya preguntado ya.

—Dada la situación de su tumor, digamos que hay entre un setenta y un ochenta por ciento de posibilidades de que sobreviva a la operación.

Por la seriedad con la que me miran los tres médicos me doy cuenta de que ahí hay gato encerrado.

—Si se supone que existen tantas posibilidades de que salga de esta, ¿por qué tengo la sensación de que me está dando una mala noticia?

—Hasta que abandone el quirófano no se sabrá qué secuelas quedarán, pero debe hacerse a la idea de que alguna será.

—Entiendo... —trato de mantener la cabeza fría—. ¿Y cuáles son las más habituales?

—Lo mejor es no pensar en...

—Doctor, por favor —le corto inquisitiva.

El médico suspira y suelta el premio gordo.

—Parálisis, ceguera, pérdida de funciones mentales como la memoria, el habla o el entendimiento, demencia...

La indignación por haberme engañado de mala manera se dibuja en mi cara y estoy a punto de tirarme a por el doctor Oliver, pero la estudiante se da cuenta y se adelanta tratando de frenarme.

—Hay riesgos, eso es indudable, pero también muchas posibilidades de que todo vaya bien y pueda recuperar su vida, señorita Aguilera.

—Recuperar mi vida no sé si depende únicamente de una operación.

—Pues podrá empezar una nueva. Es usted joven y fuerte. Lo más seguro es que tenga un duro posoperatorio, no se lo negaré, pero estoy convencida de que en un par de años todo esto no será más que un recuerdo.

—Eso si conservo la memoria...

—Seamos positivos. Lo primero que ha de hacer es pasarse por su aseguradora para firmar los permisos.

El doctor Oliver se compromete a preparar mi traslado para visitar al doctor Battle en Londres en las próximas horas y me hace prometerle que no me separaré del teléfono. Me marcho de su consulta con una sensación agrídulce; por un lado, quiero confiar en los buenos deseos de la estudiante, pero, por otro, creo que me merezco un castigo por lo que he hecho y que, de una u otra manera, pagaré.

Me dispongo a coger un taxi para arreglar el papeleo con mi aseguradora, pero nuevamente están en huelga por su eterna guerra con las compañías privadas y tengo que usar el transporte público. Cuando ya estoy a punto de bajarme del metro en la estación de Manuel Becerra, descubro que en el andén está esperando Eric, el camarero. Me sorprende que se desplace en metro en lugar de en su moto, pero comprendo el motivo cuando veo que llega corriendo hasta él un niño mulato de unos cuatro años, con el pelo muy negro y rizado, vistiendo una camiseta del Atlético de Madrid y con un ramo de flores en la mano. Se montan y yo decido no bajarme. Me dispongo a saludarlos, pero algo, probablemente el significado que pueda tener ese ramo de flores, me detiene. La simple curiosidad —o tal vez la deformación profesional— me hace volver a mi asiento. No estoy cómoda siguiéndolos, pero desde pequeña siempre quise ser detective o periodista. Es una cuestión de vocación.

Me bajo tras ellos en La Elipa y compruebo que el ramo de flores no era para una nueva novia de papá, sino para alguien que descansa eternamente en el cementerio de La Almudena. Atravieso la puerta principal cincuenta metros por detrás de ellos y, al pasar junto a la capilla de la entrada, me fijo en la figura que la corona. Es un ángel sentado al que los madrileños han bautizado como Fausto. Según la leyenda, todo el que le oiga tocar la trompeta está a punto de hacerles compañía a los más de cinco millones de personas

inhumadas en este lugar. Tan arraigada estaba esa creencia entre los visitantes que la trompeta, que originariamente estaba en su boca, ahora descansa sobre sus rodillas para evitar sustos. Nunca he sido supersticiosa, pero aguanto la respiración mientras cruzo a su lado y me alivia alejarme de Fausto sin oír su despiadada sentencia. Será que tengo entre un setenta y un ochenta por ciento de probabilidades de vivir, aunque a saber en qué estado.

Tras un recorrido de más de diez minutos entre unas lápidas y unos monumentos que no parecen llamar la atención del crío, Eric y Lionel se detienen frente a un enorme columbario. El niño divide ceremoniosamente el ramo de flores en dos mitades y las coloca en sendos nichos. Padre e hijo se quedan allí unos quince minutos rezando sus oraciones y después se marchan. Cuando los he perdido de vista me acerco y leo los nombres escritos en las pequeñas lápidas: Lionel y Daysi Kazanowski. ¿De qué me suena ese apellido?

Saco mi móvil para buscarlo en Internet y solo tardo unos segundos en recordar: fue durante mi primer gran caso cuando entré a trabajar en *El Nuevo Diario*. Lionel y Daysi Kazanowski, hermanos cubanos de diecisiete y quince años, fueron dos de las víctimas de Genaro Cortés, un gitano traficante de drogas que mandó adulterar con matarratas la cocaína que vendía un clan rival y acabó con la vida de veintidós chicos y chicas en una fiesta. Hubo mucha polémica en los medios porque, aunque su culpabilidad era sabida por todos, no se pudo demostrar que Genaro Cortés estuviera detrás de aquello y tuvieron que ponerle en libertad. Meses después, cuando parecía que empezaban a acorralarle, un primo de su mujer adicto a la heroína y con hepatitis C en fase terminal confesó ser el autor del envenenamiento masivo y la Policía se vio obligada a cerrar el caso. No me cuesta demasiado averiguar que Eric es el hermano mayor de Lionel y Daysi Kazanowski.

* * *

Por más vueltas que le da, la inspectora Gutiérrez no consigue descubrir qué relación tiene ella con Cornel Popescu para que su asesino le haya dejado ese recuerdo suyo cosido en la boca. Lleva desde las siete y media de la mañana en comisaría leyendo historiales e informes, comprobando una vez más que nunca participó en ningún caso que tuviera que ver mínimamente con el proxeneta asesinado. Hace cuatro años fue investigado por la muerte de una

joven prostituta rumana, pero se ocupó otro inspector que no sacó nada en claro. Tuerce el gesto al leer el nombre del policía que llevó la investigación.

—Hola. —El inspector Jerez se tensa y se lleva la mano a la entrepierna instintivamente—. Si puedo hacer algo en lo de tu hijo...

—Nada, gracias. ¿Te suena de algo Cornel Popescu?

—Es un rumano metido en trata de blancas. Le investigué hace tres o cuatro años por el asesinato de una chica, ¿por qué?

—¿Le trajiste aquí? ¿Pudimos cruzarnos él y yo?

—¿Por qué? —insiste el inspector Jerez.

—Le han encontrado en un yate, degollado y con la boca cosida. Dentro tenía mi tarjeta de visita.

—Joder... Sí, estuvo aquí un par de horas. Tuve que soltarle.

—Pero ¿pudo cruzarse conmigo?

—Por poder, podría. Pero recuerdo que vino con su abogado y se marchó sin hablar con nadie.

—No entiendo nada —la inspectora resopla frustrada.

—Una de dos, o te estaba haciendo un favor personal matando a ese tipo, cosa que no parece porque no le conocías, o quiere que investigues tú el asesinato.

—Hasta ahí llego. Lo que no sé es por qué.

—Es un poco peliculero eso de coserle la boca, ¿no?

—Últimamente me encuentro demasiados asesinatos peliculeros.

Según lo está diciendo, la inspectora tiene una corazonada. Sale sin despedirse ni agradecer la información y le lleva el informe preliminar de Cornel Popescu al forense encargado del cuerpo de Jonás Bustos.

—¿El mismo asesino? —pregunta el médico sorprendido.

—Solo es una corazonada, pero es lo único que se me ocurre. Mira a ver si encuentras algo que te resulte familiar, por favor. Ahí tienes apuntado el teléfono de tu colega malagueño por si acaso.

El forense promete mirarlo y la inspectora recibe la llamada del abogado de su hijo que llevaba esperando toda la mañana. Deja a su equipo buscando delincuentes fichados que pudieran coger el AVE de Madrid a Málaga en los días anteriores a la muerte de Cornel Popescu sin explicarles el motivo y va a recoger a Sergio a la comisaría de Ávila donde está detenido. Hay fotógrafos y periodistas esperándole a la salida y pasan un rato desagradable hasta que consiguen subirse al coche y poner rumbo de vuelta a Madrid.

—¿Es verdad que has pedido el traslado?

- Solo tengo que cerrar un caso y se acabó.
—¿Qué caso?
—Sabes que no puedo hablarte de eso, Sergio.
—¿Y no puede encargarse otro?
—Esta vez no, pero después se acabó. Te lo prometo.

Daniela pensaba que el ataque de Sergio contra la etarra Amaya Eiguibar era lo peor que les podía pasar en la vida, pero al final ha resultado ser lo que necesitaban para entenderse. En el trayecto les da tiempo a hablar de abogados, de declaraciones, de condenas y del viaje que harán cuando todo esto termine. Daniela deja a su hijo en casa haciéndole prometer que no se moverá de allí y que no hablará con la prensa y va directa a ver al forense.

—Puede que sí, puede que no —le dice este—. La manera de destripar a Jonás Bustos y de degollar a Cornel Popescu es similar, hecha por alguien que no tiene ni idea de anatomía, pero al primero le mataron con una llave de tubo y al segundo con un cuchillo de caza.

—Pero la presentación de los cadáveres es parecida.

—Yo no lo veo así. Tal vez tengas razón, pero no puedo asegurarlo.

Aunque el forense no pueda asegurarlo, la inspectora está convencida de que se trata del mismo asesino, lo que hace que la cosa se complique todavía más. ¿Qué tienen que ver Jonás Bustos y Cornel Popescu?

* * *

Hace ya un buen rato que Eric y su hijo se marcharon del cementerio, pero yo sigo aquí, frente a los nichos de Lionel y Daysi Kazanowski, intentando adivinar si esto es una señal o simple casualidad. ¿Me corresponde a mí hacer justicia con Eric de la misma manera que la hice con Nicoleta? Antes de tomar una decisión, debo comprobar si se lo merece. Vuelvo al metro y voy directa al restaurante Ten con Ten.

—Hoy Eric libra —me dice uno de los camareros.

—¿Podrías darme su teléfono?

—Cuando le veas, se lo pides tú.

—Llámale tú y me pasas. Te juro que está esperando mi llamada. Si te dice que no, cuelgas y ya está.

El camarero se va a negar, pero deslizo un billete de cincuenta euros por la barra y cambia de opinión. Se guarda el dinero resoplando como si de

verdad me hiciese un favor y busca en la agenda de su iPhone mientras vigila que no le vean sus jefes.

—Eric, aquí hay una tía que pregunta por ti —me mira—. ¿Cómo te llamas?

—Marta Aguilera.

El camarero se lo transmite y me pasa el teléfono.

—Pensaba que no volvería a saber de ti.

—He estado de viaje de negocios. ¿Vas a pagarme esa copa que me debes?

—Estoy en el zoo con mi hijo. —Hace una pausa—. Si quieres acompañarnos...

Hace años que no visito el zoo y me hace ilusión, cabe la posibilidad de que no vuelva a ver animales más allá de perros y gatos. No es algo trascendental para mí, pero al saber que puede ser la última vez que hago la mayoría de cosas intento darles su importancia. Eric y Lionel me esperan junto al recinto de los leones. El niño se interpone entre nosotros con su camiseta rojiblanca de Fernando Torres y me mira con cara de pocos amigos.

—¿Tú eres la amiga de mi papá?

—Sí, me llamo Marta —le tiendo la mano—. Yo también soy del Atleti.

Lionel pasa de mí y se va a mirar los leones.

—Está enfadado porque no he querido comprarle una manzana de caramelo —le justifica Eric—. Le da un mordisco y después ya no quiere más. Y tú... ¿qué querías?

—Nada. Me gustó conocerte el otro día y..., bueno. —Miro a mi alrededor—. Esto del zoo no me lo esperaba, la verdad.

Eric se ríe.

—Se lo había prometido a Lionel.

—Papá, los leones están muertos —protesta el niño.

—No están muertos, hijo, están durmiendo la siesta.

Efectivamente, los leones parecen muertos, no mueven ni un músculo. Podrían tener ahí unos peluches y la gente no se enteraría. A pesar de las protestas de Eric, le doy al niño todos los caprichos comprándole una manzana de caramelo, fruta para los elefantes y cacahuetes para los monos, mucho más animados que las fieras. El niño intenta darle comida a un bebé mono, pero todos los demás van a robársela a golpes. Se forman peleas descomunales y Lionel disfruta con la extrema violencia, está en nuestra naturaleza. Después

del espectáculo nos sentamos a tomar un helado mientras Lionel persigue a unos patos. Eric por fin nombra a sus hermanos muertos.

—Lionel es por su tío. Él y mi otra hermana murieron al poco de llegar a España. Hoy precisamente se cumplen seis años.

—Lo siento.

Eric se encoge de hombros, como haciendo ver que ya se ha resignado a la injusticia, y me cuenta que en una fiesta los invitaron a cocaína adulterada. Yo le digo que conozco el caso, que se dijo que había sido por una guerra entre clanes gitanos.

—Da igual por lo que fuera, murieron.

Por los altavoces del zoo anuncian que van a cerrar. Eric me promete que otro día haremos un plan de adultos, pero que ahora tiene que volver a casa con el niño. Me da su teléfono antes de subirse en el autobús.

—No tardes tanto en llamarme.

—No te preocupes, sabrás de mí.

Es una pena no haberlos conocido en otras circunstancias, pero si no fuera por esas mismas circunstancias jamás los habría conocido. Cuando voy caminando hacia la parada del metro veo salir a los trabajadores del zoo. Van discutiendo sobre el nuevo recinto de un gorila, por lo visto demasiado pequeño en comparación con el que tenía antes. Al cruzarme con ellos me detengo con la piel de gallina; entre los trabajadores hay un hombre con síndrome de Down. Parece bastante mayor que yo, pero sus ojos, su sonrisa y esa cicatriz en la ceja producto de una pedrada son inconfundibles.

—¿Dimas?

—¿Nos conocemos? —pregunta él extrañado.

—Soy Marta, Marta Aguilera.

Él duda unos instantes y al fin sonríe con franqueza y me abraza con cariño.

—¡Marta! ¿Qué haces aquí?

—He venido con unos amigos, ¿y tú?

—Trabajo aquí. Yo soy quien alimenta a los herbívoros.

Encontrarme en este momento de mi vida con Dimas me produce una alegría tan grande que no sabría describirla. Es justo lo que necesitaba.

—Me encantaría invitarte a un café para ponernos al día, Dimas. ¿Tienes tiempo?

—Tengo que volver a casa... Pero, si quieres, acompáñame y así te presento a mi mujer. A ella le gustaría conocerte.

—¿Estás casado? —pregunto sorprendida.

—Pues claro —responde orgulloso—. Desde hace ocho años.

De nuevo aparece mi conciencia o lo que quiera que sea que se me remueva por dentro estos últimos días y, a pesar de que intento controlar mis sentimientos, me emociono como una boba. Dimas se asusta.

—¿Qué te pasa, Marta?

—No es nada, no me hagas caso —lloro y río a la vez—. Solo es que me ha hecho muy feliz encontrarme contigo y saber que te va bien.

Rosa, una encantadora y risueña mujer también con síndrome de Down, me abraza con afecto, como si me conociera de toda la vida.

—Gracias, muchas gracias —me mira sinceramente agradecida—. Dimas me ha hablado mucho de ti. Dice que le ayudaste de pequeño.

—Tienes suerte de haberle encontrado, Rosa. Es un chico estupendo, el mejor de todos los que había en el pueblo.

—Dejad de hablar de mí como si no estuviera delante, leñe, que me vais a sacar los colores —dice Dimas riéndose.

—Os dejo solos para que habléis de vuestras cosas.

Rosa sale del salón y Dimas y yo nos sentamos en el sofá. Es una casa humilde, pero limpia y acogedora. Me acerco a mirar las fotos que hay colgadas en una pared. Algunas son de su boda, otras de Dimas dándoles de comer a diferentes animales, otras de Rosa atendiendo tras el mostrador de una pastelería y algunas más juntos de vacaciones en la playa. En todas ellas sonrían.

—¿Tú no te has casado ni tienes hijos, Marta?

—Nada de nada. Me he quedado para vestir santos.

—Rosa y yo queremos tener un hijo, pero es muy complicado. Yo no soy fértil y las clínicas se resisten a inseminarla.

—¿Vuestro hijo podría salir...?

—Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que tenga síndrome de Down, pero estamos seguros de que saldría sin él. Y aunque lo tuviera, ¿no se merecería vivir y tener unos padres que le quieren?

—Claro que sí. Yo, si quieres, puedo hablar con un amigo periodista para que os haga un reportaje. Tal vez así consigáis algo.

—Te lo agradezco, pero no hay nada que hacer —cabecea apesadumbrado—. Lo más sencillo sería hacerlo en el extranjero, pero cuesta

mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Entre unas cosas y otras, más de treinta mil euros. Eso son muchos años dándoles de comer a las jirafas...

Yo le aprieto la mano con cariño y él me mira. Sé perfectamente la pregunta que me va a hacer a continuación.

—¿Piensas mucho en Felipe?

—Casi nunca. ¿Tú?

—Todos los días. Nunca lo he hablado con nadie, pero me pregunto a menudo si hicimos bien.

—Hicimos bien, Dimas. Si le hubiéramos ayudado, nos habría matado a los dos. Era él o nosotros.

—Solo era un niño.

—Era un hijo de puta. No pierdas un segundo más de tu vida pensando en él, tienes cosas mucho más importantes de las que ocuparte.

Dimas me sonrío aliviado, como si llevara los últimos veintiséis años esperando escuchar estas palabras. Rosa vuelve con unos refrescos y unos sándwiches y paso con ellos la mejor velada en mucho tiempo; nos reímos, hablamos de lo que hemos hecho en estos años y me alegro sinceramente de comprobar que están profundamente enamorados el uno del otro, con muchísimos planes y sueños por cumplir. Este encuentro me sirve para reconciliarme algo con la vida, todavía hay justicia divina.

* * *

De todos los que se acercaron a la Ciudad Deportiva del Real Madrid para ver jugar a Jesús Gala, al que más le fastidió que no apareciera fue a Alfonso Castro; desde hacía años entrenaba a un modesto equipo de Segunda B más acostumbrado a luchar por la salvación que por el ascenso y él fue quien le descubrió. Era un enamorado del fútbol que los fines de semana se sentaba a leer el periódico en parques donde hubiera chavales jugando, pero rara vez veía algo interesante: los había con habilidad, con ganas y con experiencia, pero nada que llamase la atención de alguien acostumbrado a ver futbolistas de verdad.

Lo primero que le sorprendió de Jesús fue que el chaval, de apenas doce o trece años y más bien enclenque, infundía respeto entre los demás jugadores,

bastante más corpulentos y altos que él. Aquella tarde se acercó con un grupo de colegas —la mayoría, entre ellos Jesús, fumando porros y bebiendo litronas de cerveza— a unos chicos que esperaban totalmente organizados y uniformados.

—Mira los pijos —dijo Jesús riéndose—. ¿Dónde habéis robado esos uniformes?

—Los chorizos sois vosotros. ¿Habéis traído la pasta?

Uno de los colegas de Jesús sacó un fajo de billetes y lo puso dentro de una gorra que le tendía el que iba a hacer de árbitro. Los contrarios pagaron su parte.

—¿Tenéis que calentar? —les preguntó el árbitro.

—Nosotros ya venimos calentitos.

Todos se rieron y empezaron a jugar. El partido fue sucio desde el primer momento y pasados diez minutos todo habían sido pelotazos y desorden. El chico que tanto había llamado la atención del entrenador se dedicaba más a tocarle los cojones al férreo defensa al que habían dado orden de no separarse de él que a jugar al fútbol. Empezaba a perder interés cuando pasó algo que le hizo sentir un escalofrío: Jesús se zafó del defensa, recibió el balón y sonrió. Entonces arrancó, rebasó a los cuatro contrarios que le salieron al paso con un control absoluto y marcó con un disparo seco por la escuadra. Acto seguido hizo un corte de mangas a los rivales.

—¡Joderos, que os he meado a todos!

Se formó una tangana y el partido se interrumpió sin dar oportunidad a Alfonso de ver algo más que aquel destello. Se enteró de que jugaba en el equipo de un orfanato y fue a verle el siguiente domingo. Cuando salió a jugar en el segundo tiempo, aparte de descubrir con excitación que no se había equivocado con él, Alfonso Castro también confirmó que el chico tenía un grave problema de conducta: en el segundo de los goles que marcó, regateó al portero y al defensa tres veces antes de empujar el balón a la red. Cuando los contrarios le recriminaron, heridos en su orgullo, Jesús les escupió a la cara. Alfonso comprendió que en las categorías inferiores de su modesto club no podrían hacer mucho por él y habló con el entrenador de los juveniles del Real Madrid. Después de aquel partido al que Jesús no se presentó —que terminó ganando el Madrid por quince goles a uno—, fue a buscarle al orfanato, pero el chico ya nunca apareció por allí. Durante los siguientes meses intentó dar con él, pero lo último que supo era que su padre había muerto de sida y que

los de los Servicios Sociales le buscaban sin éxito desde entonces. Se había esfumado.

Cuatro años después, Alfonso Castro todavía no se había olvidado de aquel chico que acosaba a los defensas hasta robarles el balón y después marcaba. Le recordó desde el primer momento a Raúl González Blanco. Aunque no era raro que eso ocurriera —por aquel entonces Raúl era el espejo en el que se miraban todos los aspirantes a futbolista—, Jesús Gala se acercaba a él más que ningún otro.

Decidió salir a fumar un cigarrillo a la calle mientras su mujer discutía por el color de unas cortinas con un dependiente, y volvió a verle. Ya tenía diecisiete años y había cambiado, pero sin duda era él. Jesús había puesto una caja de puros en el suelo y hacía malabarismos con un balón mientras los turistas le echaban monedas. Charlaba y bromeaba con ellos sin dejar caer la pelota, haciendo un jueguito que no se lo había visto ni a Maradona. En un momento determinado, pidió a los turistas que le dejaran espacio —mientras seguía dando toques— y chutó con todas sus fuerzas hacia el cielo. El balón subió en vertical tres o cuatro pisos, para admiración de sus espectadores. Alfonso era el único que no miraba hacia arriba y pudo ver que cuatro compinches aprovechaban el momento en el que los turistas perdían de vista sus pertenencias para desplumarlos. Para cuando el balón inició el descenso, el chico ya se había guardado la cajita de puros llena de monedas y tenía preparada la mochila para recoger la pelota antes de que tocara el suelo. Cuando la atrapó, se colocó la mochila a la espalda y salió pitando de allí. Los turistas enseguida se dieron cuenta de lo que había pasado y se iniciaron los gritos y las carreras. Jesús notó que alguien le agarraba del brazo y se sintió perdido. Era un hombre de casi sesenta años. Lo extraño es que le sonreía.

—¡Suélteme, joder! ¡Yo no he hecho nada! —gritó forcejeando.

—Hola, Jesús.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Porque llevo mucho tiempo buscándote.

Al ver que sus perseguidores se aproximaban, Alfonso le soltó y Jesús salió disparado, esquivando a decenas de viandantes sin dejarse atrapar, sin apenas rozarlos, con una habilidad innata para regatear. A Alfonso no se le

borró la sonrisa de la cara mientras le veía alejarse, a pesar de que a su lado había un tipo que le miraba con cara de pocos amigos.

—¿Por qué coño le ha soltado? Me han robado la cámara de fotos.

Alfonso se encogió de hombros, llamó por teléfono a su mujer para decirle que volviera a casa en taxi porque le había surgido algo y fue a preguntar a la comisaría de Policía más cercana. Allí conocían de sobra a Jesús y a sus compinches, en los últimos años los habían detenido decenas de veces, pero siempre terminaban escapándose de los centros a los que eran enviados. Le dijeron que a veces se le veía trapicheando con los yonquis que venían de la Cañada Real, por la Glorieta de Embajadores.

Alfonso no tardó en localizarle; estaba negociando con un despistado el precio de una cunda que le llevara al supermercado de la droga. Cuando terminó de hacer su negocio, sacó un porro de su chaqueta y se lo encendió. A Alfonso ese detalle fue, de todo lo que había visto, el que menos le gustó. El chico le reconoció y se tensó.

—¿Qué quiere, viejo?

—Soy un amigo, tranquilo. Entreno a un equipo de fútbol.

—Pues me alegro, yo ya no juego.

—Todavía eres joven para retirarte —sonrió el entrenador—. A tu edad, hay chicos que apenas han empezado a darle patadas a un balón.

—Mal van...

Alfonso le invitó a una Coca-Cola —a pesar de que quería una cerveza— y a un bocata de calamares, y le hizo una oferta que no pudo rechazar: a cambio de entrenar cuatro veces por semana con su equipo de Segunda B, le conseguiría alojamiento, le pagaría la manutención y doscientos euros semanales durante los tres primeros meses. Si pasado ese tiempo decidieran ampliar el contrato, mejorarían sustancialmente las condiciones para él.

—Usted está flipando, ¿no?

—Probablemente, pero hablo en serio. De momento, solo quiero verte entrenar, después ya veremos.

Jesús se lo pensó unos segundos y al fin sonrió.

—¿Por qué no? Ya va siendo hora de que llegue el verdadero heredero de Raúl.

—Eso sí, ya te puedes ir olvidando de los porros y de las litronas. Te haremos controles exhaustivos.

Alfonso Castro convenció al presidente de su club de que era la mejor idea del mundo —aunque entonces pareciese la peor— y le hicieron un

contrato por tres meses. Él no estaba seguro de que en tan poco tiempo fueran a conseguir algo de ese chico criado en las calles, pero Jesús le sacó de dudas en el primer entrenamiento. Alfonso, el presidente, sus hasta entonces reticentes ayudantes y los propios jugadores le miraban embobados mientras acosaba, robaba, regateaba y ejecutaba. Lo hacía igual que cuatro años antes en aquel parque, pero ahora contra defensas y porteros de verdad.

El problema surgía cuando Jesús no jugaba al fútbol. En esos primeros tres meses le tuvieron que ir a buscar seis veces a la comisaría: tres por trapichear con drogas, otras dos por robar carteras y otra más por quedarse atrapado en el conducto de ventilación de una tienda de ropa. De los once partidos que pudo haber disputado aquella primera temporada, solo jugó algunos minutos en cinco de ellos. Normalmente montaba tanganas y le expulsaban, pero las estadísticas no mentían: jugando poco más de media hora en cada uno de esos cinco partidos, había marcado nueve goles.

* * *

No he podido dormir en toda la noche pensando en lo que debería hacer. Quiero vivir, desde luego, pero no con unas secuelas que podrían dejarme ciega, muda, demente y no sé cuántas cosas más. Y tampoco me apetece demasiado soportar la humillación de un juicio mediático seguido de una larguísima temporada en prisión; mis asesinatos los he programado de tal manera que la inspectora Gutiérrez no me descubra hasta después de muerta, nunca tuve intención de escapar para siempre. Estoy segura de que alguien como ella ya tiene alguna pista que seguir, por mínima que sea. Por otra parte, no dejo de pensar en Eric y en lo feliz que le haría saber que Talión se ha fijado en su caso para hacer justicia. Ayer, cuando me habló de sus hermanos en el zoo, no me pareció alguien que ansiara venganza, pero a nadie le amarga un dulce. Si supiera que Genaro Cortés ha muerto de la peor manera posible, tanto él como los familiares y amigos de la otra veintena de víctimas en aquella fiesta respirarían aliviados. Y por último estoy yo y lo que siento cuando mato con mis propias manos a canallas que se lo merecen. Lo de Jonás Bustos fue improvisado y apenas pude disfrutarlo, pero los días en los que preparé la muerte de Cornel y de Yurik fueron los más excitantes de mi vida. Me saca de mi ensimismamiento el sonido del teléfono. De nuevo es el interminable número de la centralita del doctor Oliver.

—Buenos días, señorita Aguilera. Acabo de hablar con su aseguradora y debe de haber algún error. Según ellos, no se pasó usted por allí para formalizar la petición de traslado al Reino Unido.

—Lo olvidé.

—¿Lo olvidó? —pregunta el médico confundido—. Debemos hacerlo inmediatamente para...

—Quiero pensármelo mejor, doctor Oliver —le interrumpo.

—No hay tiempo para pensar. El doctor Battle ya ha recibido su expediente y ha quedado en telefonarme hoy mismo. Probablemente quiera ingresarla esta noche para meterla en el quirófano mañana por la mañana.

—No tengo claro que quiera asumir los riesgos de los que me habló.

—¿Prefiere morir irremediablemente?

—Ya le he dicho que necesito pensármelo bien, doctor. Le telefonaré dentro de unos días.

Y cuelgo a pesar de las protestas del médico. Vuelve a llamarme, pero yo le ignoro y apago el teléfono. Me preparo un té y me siento frente a la tele con la intención de buscar una película que me evada un rato. En uno de los magacines matinales están hablando de Sergio Costa, el muchacho que atacó con un tirachinas a la etarra Amaya Eiguibar durante su salida de prisión. Veo por enésima vez las imágenes del altercado y tengo ganas de aplaudirle. Lo único que censuro es su supuesta pertenencia a un grupo radical —tanto da que sea de derechas o de izquierdas—, aunque supongo que en su situación todos nos agarraríamos a un clavo ardiendo. Mis divagaciones vuelven a llevarme a Genaro Cortés e inconscientemente abandono el mando de la tele y abro el portátil sobre mis rodillas. Acaricio el teclado dubitativa, consciente de que cuando escriba el nombre del traficante gitano en el buscador ya no habrá vuelta atrás. Sé que en cuanto lea las atrocidades que ha cometido no podré parar hasta que me manche con su sangre..., y sinceramente, por más que trate de creerme alguien normal, estoy deseando hacerlo.

* * *

Genaro Cortés nació en 1962 en el poblado chabolista de El Vacíe, en la zona norte de Sevilla, en el mismo vecindario y en el mismo momento en el que María Díaz Cortés —con la que no le unía ningún parentesco a pesar de compartir un mismo apellido— acababa de cumplir setenta de los ciento

diecisiete años que viviría una de las decanas de la humanidad. Genaro no conoció el agua corriente hasta los quince años, cuando el Ayuntamiento le adjudicó a su familia un piso en las Tres Mil Viviendas sevillanas. Ocuparon su nueva casa con la ilusión de ser los primeros de los Cortés que conseguían dejar atrás las chabolas infestadas de ratas, pero se acababan de meter en la que se convertiría en la peor zona de las Tres Mil, en la barriada Martínez Montañés, la más peligrosa y marginal de toda España. Esa calle era conocida popularmente como las 624 Viviendas y poco después como Las Vegas, porque abría las veinticuatro horas.

Genaro, sus padres, sus abuelos, sus tíos y sus cuatro hermanos —dos chicos y dos chicas, todos mayores que él— malvivían hasta ese momento de la venta ambulante, recorriendo las ferias sevillanas con sus puestecitos de ropa, de objetos usados o de lo que se terciase. Gente trabajadora y honrada, o al menos no delincuentes con mala fe. Si se le podía colocar a una paya un tocadiscos estropeado, se le colocaba. Pero se fueron transformando a medida que lo hacía el nuevo barrio.

Pocos años después de la entrega de los pisos, allí había todo lo que se pueda uno imaginar: prostitución, reyertas, venta de drogas, de armas y hasta de esclavos. Cuanto más dinero se movía, más crueles debían ser los clanes para conservar el poder. El Manu, el hermano mayor de Genaro, cometió el error de *ronear* con la gitana equivocada y no vivió para contarlo. Uno del clan de los Peras que la pretendía los descubrió besándose y a él le descerrajó cuatro tiros en el portal de su casa, a plena luz del día. Los Cortés no tuvieron otra que entrar al trapo.

Genaro era el más conflictivo de los tres hermanos varones. No había semana que no se metiera en problemas con la Policía o con otros gitanos, pero con el trabajo en los mercadillos estaba más o menos controlado. Por suerte, hasta entonces, la cosa no había pasado a mayores. Cuando tuvo la excusa de la venganza, el pequeño de los Cortés mostró su verdadera cara. Al asesino de su hermano le rajó el vientre y le tiró colgado del cuello por una terraza que daba a la calle. El golpe seco de la soga al tensarse hizo que se vaciara al instante y todas sus tripas y órganos se desparramaron en el asfalto. Le sacó literalmente las entrañas, tal y como había prometido. La familia entera tuvo que emigrar de las Tres Mil Viviendas y pusieron rumbo a Madrid, donde podrían pasar más desapercibidos. Recalaron en Valdemingómez, al sureste de la capital, en la Cañada Real, que ellos ayudarían a convertir en el

mayor hipermercado de la droga de Europa, ahora infinitamente más importante que la barriada sevillana Martínez Montañés.

La Policía capturó a Genaro y cumplió condena en diferentes cárceles hasta que fue puesto en libertad en el año 2008. Durante los veinticinco años que pasó encerrado, Genaro se casó con la Paqui y tuvieron tres hembras que, para cuando él pisó de nuevo la calle, tenían entre trece y veintidós años, y dos varones de dieciséis y diecinueve.

Cuando Genaro salió de la cárcel se encontró a su familia desestructurada, sirviendo casi como esclavos a los clanes de la droga que dominaban el sector VI de la Cañada Real. Algunos de sus sobrinos se habían convertido en machacas, en simples vigilantes de la calle y del fuego que se enciende delante de las casas para indicar que ahí se vende droga, y normalmente a cambio de una papelina. Era una vergüenza que él hubiese cumplido media vida de condena por honrar su apellido y ellos lo pisotearan así. Solo tardó un par de semanas en descubrir que lo que él había aprendido de joven en su Sevilla natal todavía no había llegado allí, por muy Madrid que fuera. Vio a través de la ventana de la chabola cómo su propio hijo Manuel, el primogénito bautizado con el nombre de su hermano asesinado por los Peras, era llevado a collejas hasta la parte trasera, amedrentado por dos gitanos cargados de oro.

—¿Qué pasa aquí?

—*Na* —dijo el Manu forzando una sonrisa—, métete en la casa.

—El mierda de tu hijo no paga sus deudas —le dijo uno de ellos cogiendo al Manu con violencia por el cogote—. Si no apoquina le vas a *archelar* pronto, gitano.

—¿Cuánto debe?

—Doscientos.

—Templa, yo pago.

Genaro volvió al interior de la chabola y regresó un par de minutos después.

—¿Dónde está la guita? —le preguntó el gitano envalentonado.

Por toda respuesta, Genaro sacó un machete que había escondido a su espalda y se lo hundió en el cuello separándole el cráneo de la columna vertebral. La sangre salió disparada en todas las direcciones y la cabeza se le descolgó hacia un lateral antes de arrastrar al suelo el resto de su cuerpo. El

otro gitano gritó aterrorizado e intentó huir, pero el mismo machete que acababa de matar a su primo le salió como por arte de magia por el pecho. El Manu estaba en *shock*.

—¿Qué has hecho, *papa*? —lloriqueaba el chico—. Estos gitanos eran del clan de los Búlgaros, ¡nos van a matar!

—¡Cállate la boca, Manuel! —Genaro agarró con fuerza la cara de su hijo manchándole de sangre—. Aquí matamos nosotros y *naide* más. Busca al tío Ramón y los enterráis donde no los encuentren. Lo demás es cosa mía.

Genaro reunió a toda su familia esa misma noche y les dijo lo que había. Si se quedaban con él, lo controlarían todo. Si no, los Búlgaros o cualquier otro clan los irían matando uno a uno. No tuvieron opción. La rama del apellido Cortés que había dado nombre a esa familia ya no infundía ningún respeto allí, habían sido humillados sin resarcirse demasiadas veces, así que empezaron a llamarles «los Genaros».

El clan de los Búlgaros estaba al mando desde hacía cuatro años. Ya se habían acomodado en el poder y descuidaban a otros clanes más pequeños a los que habían sometido y prometido respeto. Pero no los respetaban, todos estaban tan acobardados y presionados como hasta ese día lo habían estado los Cortés.

Genaro se reunió con los demás patriarcas y tampoco con ellos fue demasiado diplomático:

—O conmigo o contra mí, vosotros veréis.

La mayoría se unió a él y se inició una guerra que duró dos años y que se llevó por delante muchas vidas de uno y otro bando. La crueldad de Genaro era algo que no habían visto antes ni los demás gitanos ni la propia Policía. En la cárcel aprendió que el miedo es la mejor baza que se puede tener a favor en un conflicto, y los que más miedo infundían eran los grandes capos mexicanos y colombianos. Empezó a imitar sus técnicas decapitando a enemigos, descuartizándolos y devolviéndoles a las madres los trozos de sus hijos a lo largo de semanas. Y cuando por fin tenían el macabro puzle completo, mandaba a un yonqui para que acribillara a balazos a otro de los hijos en el mismo velatorio. El problema fue que, con el tiempo, los Búlgaros aprendieron a hacer lo mismo. La cabeza del Manu, el mayor de los hijos de Genaro, apareció clavada en una pica frente a su casa.

—Hay que envenenarles una partida entera —dijo Genaro después de enterrar los restos del Manu—. Que se los lleve la Policía por delante.

—Esos mierdas no les van a hacer *na* —protestó Tony, el menor y ahora único de sus hijos varones—. Ni asoman por aquí.

—No asoman porque nos estamos matando entre nosotros. Cuando empiecen a caer payos, verás si asoman.

Genaro y su hijo fueron a visitar a José Luis Ferrer, un maletero del aeropuerto que llevaba años trabajando para los Búlgaros y que con el sobresueldo se había comprado un piso en una urbanización de lujo de Pozuelo de Alarcón. Le encontraron jugando al pádel con su mujer y con otra pareja y no esperaron a que terminase el set. El payo los citó en la cervecería Brujas de la Avenida de Europa. La conversación se interrumpió mientras les servían las tres cervezas. Cuando la camarera se alejó, Genaro se bebió media jarra de un trago y le miró a los ojos.

—Tengo currelo, payo. ¿Lo vas a hacer o no?

—Yo... no puedo... —dijo el chico temblando—. Si lo hago, me matan.

—Y si no, te mato yo —respondió Genaro—. Y después a tu mujer y a tu churumbel. Se llama Borja, ¿no? A un gitano nunca le llamaríamos así.

José Luis solo tenía que dar el cambiazo cuando llegase la próxima maleta marcada desde Colombia. Normalmente, la separaba nada más bajar del avión y la escondía hasta que un guardia de seguridad venía a buscarla. Siempre tenía la droga bajo su custodia una media hora, tiempo de sobra para cambiar una mercancía por otra. Los gitanos le llevaron a casa un paquete con la droga adulterada el día anterior.

—¿Y si se dan cuenta de que es un paquete distinto?

—Es el mismo. Eso lo sé yo.

Esa media hora fue la más larga de toda su vida. Siempre había sentido curiosidad, pero nunca antes se había atrevido a abrir ninguna de aquellas maletas. Rezaba porque el paquete que tenía que sustituir fuera exactamente igual y suspiró aliviado cuando comprobó que sí. La droga que había sacado de la maleta tenía que llevarla a la Cañada Real y allí le pagarían veinte mil euros y se olvidarían de todo. José Luis no sabía cómo podía sacar el paquete del aeropuerto, ese nunca había sido su cometido, pero consiguió esconderlo en la mochila que siempre llevaba y que los guardias no le registraban la mayoría de las veces, y puso rumbo al poblado chabolista.

Su coche fue desmontado pieza a pieza hasta que desapareció literalmente, y del cuerpo de José Luis Ferrer ya nunca más se supo. La droga

adulterada fue inmediatamente distribuida y acabó con la vida de veintidós chicos y chicas. Entre los muertos estaban Lionel y Daysi Kazanowski, los hermanos pequeños de Eric.

El clan de los Búlgaros fue desarticulado por la Policía y los Genaros subieron al trono sin encontrar mayor resistencia. Siempre hubo sospechas de que el patriarca del nuevo y sanguinario clan estaba detrás de aquel envenenamiento, pero jamás se pudo demostrar. Para acallar las especulaciones de la prensa y rebajar la presión policial, Genaro obligó a un primo de su mujer con hepatitis C en fase terminal a confesar el crimen. El caso fue cerrado y desde entonces Genaro Cortés no ha podido ser imputado por ningún otro delito. Ya casi nunca va a la Cañada Real y mucho menos tiene contacto con la droga que le sigue haciendo ganar muchos miles de euros diarios. Vive una fantástica jubilación en un dúplex de seis habitaciones en el barrio Pan Bendito, en Carabanchel, cuidando junto a su mujer de sus catorce nietos.

* * *

Álvaro está sentado tras su escritorio. Desde que terminó la carrera no ha trabajado mucho tiempo en la redacción, pero no le está resultando difícil acostumbrarse. Eso de tener café, teléfono y todos los canales de noticias a mano no está nada mal, facilita mucho las cosas. Suena su teléfono móvil y frunce el ceño al ver que es Cristina, su novia. Desde que se acostó con Marta Aguilera, las cosas entre ellos van de mal en peor. No tiene ni idea de cómo, pero está seguro de que Cristina lo sabe. Tal vez sea que, al menos para él, no es tan sencillo ponerle los cuernos a su novia y seguir con su vida como si nada.

—¿Vas a venir hoy a cenar? —pregunta Cristina con sequedad.

—No lo creo, tengo mucho lío en el periódico.

—Antes no trabajabas hasta tan tarde, Álvaro.

—Antes tenía un trabajo de mierda con el que no ganaba ni quinientos euros al mes. ¿Ya se te ha olvidado? Porque, si quieres, lo mando todo a tomar por culo y volvemos a tener que pedirles dinero a tus padres para pagar la factura de la luz.

—Está visto que contigo no se puede hablar.

Cristina cuelga y Álvaro tira el teléfono sobre la mesa. Intenta tranquilizarse y vuelve a mirar la pantalla de su ordenador, en la que hay un histórico de los últimos premios de la Primitiva, la Bonoloto y el Euromillones. No es que desconfíe de Marta Aguilera, nunca ha tenido por qué hacerlo, pero su curiosidad periodística le ha llevado a investigar un poquito más sobre el dinero que dice haber ganado. Los premios principales oscilan entre los quinientos mil euros y los dos millones en el caso de la Primitiva, algo menos en la Bonoloto y se disparan con el Euromillones, con premios desorbitados de ocho y nueve cifras que llegan hasta los ciento cincuenta millones de euros. Descubre con asombro que le toca a mucha más gente de la que pensaba, pero ninguno de los últimos premios que rondan el millón de euros —la mínima cantidad que, por lo que dijo, piensa que ha ganado su amiga— ha caído en Madrid. Lo más cerca es Valencia la semana pasada, pero el feliz acertante, un albañil en paro que cobró cerca de un millón y medio de euros, está perfectamente localizado y ya se ha comprado su correspondiente deportivo. Algo no cuadra.

A pesar de que sabe que a Marta no le gusta especialmente el fútbol, va a comprobar las quinielas cuando llega un mensajero y le deja un sobre encima de la mesa. La dirección está escrita a ordenador y no es nada específica: «Sucesos. *El Nuevo Diario*». Dentro encuentra un pen drive. Lo mete en el puerto USB de su ordenador. Solo hay un documento titulado «Talión». Lo examina en busca de virus y lo abre cuando comprueba que está limpio. Lee y se sobrecoge.

—La hostia...

Hace una copia del documento en su ordenador y escribe en el buscador de Google el nombre de Cornel Popescu. Al ver quién es, saca el *pen drive* y va hacia el despacho de Serafín Rubio. No le importa que esté reunido con su secretaria.

—Tienes que ver esto.

—Me cago en la puta —protesta el redactor jefe de *El Nuevo Diario*—. ¿A ti te parece normal entrar así?

—Perdona, pero es que es muy urgente. Créeme.

—Déjanos solos —le dice Rubio resoplando a la secretaria y se dirige a Álvaro—: A ver, ¿qué pasa?

La secretaria fulmina a Álvaro con la mirada mientras este va hacia el ordenador de su jefe y mete el *pen drive*.

—Acabo de recibirlo.

En la pantalla aparece un breve mensaje y fotos explícitas de los cadáveres de Jonás Bustos, Cornel Popescu y Yurik Ivanov. En el caso del rumano, imágenes de antes de coserle la boca para introducir en ella la tarjeta de visita de la inspectora Gutiérrez, algo que no tiene ni la Policía. Rubio aparta la mirada de la pantalla asqueado. Se detiene en el mensaje y lee en voz alta:

—«Jonás Bustos, Cornel Popescu y Yurik Ivanov han sido los primeros, pero habrá más. Si has matado y no estás pagando por ello, serás el siguiente. La Justicia no está a la altura. Éxodo, 21». —Mira a Álvaro estupefacto—. ¿Qué mierda significa esto?

—Cornel Popescu era un proxeneta rumano y Yurik Ivanov, su guardaespaldas. Fueron asesinados hace unos días en Málaga, lo acabo de comprobar. El otro es Jonás Bustos. Creo que es un justiciero, un... asesino en serie.

—Joder. —Serafin Rubio se revuelve en su silla nervioso, pensando ya en los beneficios del periódico—. ¿Y la cita de la Biblia?

—La ley del talión, lo de ojo por ojo.

—¿Esto no será una coña de los de Administración?

—Si te fijas, Cornel Popescu tiene la boca abierta, y cuando le encontraron estaba cosida. Son reales.

—Ponte con ello ya.

Serafin Rubio saca el pen drive, le dice a su secretaria que llame a los abogados y corre hacia el despacho del director. Álvaro vuelve a su mesa y empieza a investigar y a escribir. Dos horas después llega la inspectora Gutiérrez con su ayudante. Los policías se reúnen con el director, al que acompañan el redactor jefe, dos abogados, dos secretarias y Álvaro. En las primeras fotografías que aparecen en el ordenador se ve a Jonás Bustos sobre el capó del Volkswagen Golf blanco. La inspectora quiere creer que esas imágenes se han filtrado desde la oficina del forense, pero las de Cornel Popescu le confirman que fueron hechas por el mismo asesino en serie que ella ya temía encontrarse. En las imágenes se ve el proceso que siguió para meterle dentro su tarjeta y coserle la boca. Es difícil mirarlas sin que se revuelvan las tripas. Una de las secretarias sale corriendo tapándose la boca.

—Supongo que sería mucho pedir que no saquen esto a la luz hasta que lo comprobemos, ¿verdad?

—El anónimo nos lo han mandado a nosotros, inspectora. Bastante hemos hecho avisándonos.

—Necesitamos analizar el *pen drive*, ¿también van a tenernos esperando dos meses hasta que el juez lo autorice?

—No hay nada —interviene Álvaro—. Ya lo he mirado y está limpio.

—Entonces, no les importará que nos lo llevemos.

—He hecho varias copias y se lo he mandado a Serafín por correo —dice Álvaro mirando al director—. No nos hace falta.

Serafín Rubio comprueba su teléfono.

—Aquí está.

—Entonces puede llevárselo, inspectora. Después no diga que no colaboramos.

—Nos vendría muy bien escuchar la grabación de la entrevista que le hicieron a Jonás Bustos.

—En eso no puedo ayudarla, ya lo sabe. Está en manos de los abogados.

La inspectora regresa a comisaría y se reúne con todo su equipo. Tal y como había dicho el periodista, el documento del *pen drive* no da ninguna pista que pueda llevar al autor. El sobre tampoco aclara nada; demasiadas huellas mezcladas y la dirección escrita en Times New Roman, la letra más común del mundo.

—Hay que encontrar un vínculo entre Jonás Bustos y Cornel Popescu —dice uno de los ayudantes.

—El vínculo es que los dos eran asesinos —dice otro.

—Pero ¿por qué ha elegido a esos y no a otros? —pregunta la inspectora—. Debía conocerlos o haber tenido algún contacto con ellos.

—A Jonás Bustos no era difícil conocerle, salía bastante en la tele.

—Pero Cornel Popescu no. Tenemos que empezar desde el principio. Enteraos de dónde estaban el camello de Torreldones y los familiares de Lucía Abad cuando mataron a los rumanos. Los demás sacadme lo que encontréis de su organización.

—A la orden, jefa.

—¿Y qué narices pasa con la orden judicial para identificar a los compradores de las joyas de Fiona Hansen?

—Ya te dije que el juez se resistiría —responde Martos.

El equipo de la inspectora se pone en marcha y ella se dirige a su despacho. Telefonea al juez y no se anda con medias tintas:

—Mire, ahora mismo no estoy para tonterías. Necesito esa orden judicial inmediatamente o deberá atenerse a las consecuencias.

La policía incrusta el auricular en el aparato sin esperar la respuesta del iracundo juez y se enciende un cigarrillo junto a la ventana. Ahora que había pensado retirarse de la vida activa se encuentra con esto, nada menos que con un justiciero que desde mañana mismo estará en todos los periódicos y televisiones. Vuelve a mirar las fotografías en el ordenador e intuye que el segundo asesinato, el de Cornel Popescu, fue premeditado, pero el de Jonás Bustos no tanto, parece algo más improvisado. Yurik Ivanov solo es una víctima circunstancial.

* * *

Durante el parón estival de la liga, Jesús Gala desapareció dos semanas y fue detenido por agredir a un policía de Tarifa que le había pedido la documentación de la moto robada que conducía. Alfonso Castro recibió la llamada del chico y decidió no avisar al presidente del club y pagar la fianza de su propio bolsillo. En el viaje de vuelta a Madrid, Jesús escuchó la charla del entrenador con indiferencia, y en cuanto llegó al apartamento que el club le pagaba, se duchó, se cambió de ropa y volvió a salir de juerga con sus colegas. Tras otra semana de ausencia, el viejo ya se había dado por vencido y se disponía a hablar con el presidente asumiendo su error, pero entonces apareció. A cualquier otro jugador le habría echado de una patada en el culo, por muy bueno que fuera, pero llegaba con un aspecto fantástico, incluso parecía más fuerte.

—¿Cuándo empezamos, entrenador?

—¿Dónde has estado?

—Entrenando a mi puta bola. Fíjese, va a flipar, apriete bien —dijo el chico exhibiendo su bíceps.

—¿Has estado robando pesas?

—¡Qué cabrón! —respondió riéndose—. Bueno, ¿qué? Por cierto, me tiene que buscar otras botas. Las mías se me perdieron, o las vendí, ya no me acuerdo.

La psicóloga contratada por el club se centró en hacerle controlar su carácter y, a pesar de algunos altercados iniciales con varios compañeros —especialmente con el portero de su equipo, al que él llamaba Manoplas

despectivamente—, todo parecía ir encarrilándose. En el primer partido de pretemporada recibió el balón en el centro del campo y enfiló hacia la portería contraria como una locomotora. No hizo lo mismo de siempre, no se paró a regodearse en regateos, simplemente fue a meter gol. Había fallado tres ocasiones seguidas y tenía un mono de marcar aún más fuerte que el que a veces sentía por otras cosas. Rebasó a cuatro contrarios y le hizo un caño al central. Cuando iba a fusilar al portero, el defensa desvió el balón llevándose por delante a Jesús. Al ver que el árbitro no pitaba penalti, cogió la bota que se le había salido por la fuerte entrada y se la tiró con todas sus fuerzas llamándole hijo de puta y cegato.

La mañana de su reaparición, tras cumplir los seis partidos de sanción, Alfonso intentó impedir que saliera a dar una vuelta. Sabía que eso significaba porros, alcohol y problemas con la Policía.

—¿Esto qué es, una cárcel?

—¿Tú sabes lo que significa «control antidopaje», Jesús?

—Los putos vampiros.

—Exacto, los putos vampiros. Perfectamente podrían hacerte un control y a la mierda el contrato. ¿Es eso lo que quieres?

—No fumaré porros, no agobie.

Jesús se pasó la mañana bebiendo cerveza en el parque y tuvo la cabeza de no fumar ningún porro. Estaba convocado en el campo a las tres de la tarde y llegó a las cuatro menos cuarto, lo que no despertaba las simpatías entre el resto de los compañeros, que llegaban a su hora y aparecían por todos los entrenamientos. El equipo había empezado muy mal —su mejor resultado era un empate fuera de casa— y pocos confiaban en que aquel macarra pudiera hacer algo para remediarlo, pero en el minuto cincuenta y siete Jesús Gala saltaba al terreno de juego en sustitución de un compañero lesionado. Se hizo un extraño silencio en el campo. La mayoría de los espectadores nunca le habían visto jugar más allá de veinte o treinta minutos entre patadas, tanganas y expulsiones. Aquella tarde no hubo nada de eso y marcó tres goles, uno de los cuales lo colgaron en la página de *Marca* por su belleza y su ejecución. Esa misma noche le hicieron firmar un contrato blindado donde se le subía la ficha considerablemente y se le obligaba a pasar controles antidrogas semanales. En los siguientes cinco partidos, con seis menos jugados, Jesús Gala se colocó tercero en la lucha por el Pichichi de la liga. Cuando iba a jugar el séptimo, los análisis de control arrojaron que había restos de marihuana, de cocaína y de heroína en su sangre.

—¿Marihuana, heroína y cocaína? —preguntó el entrenador mirando perplejo aquel papel—. ¿A ti se te ha ido la olla, Jesús? ¿Heroína y cocaína?

—Solo me fumé un chino en el cumple de un colega. Tampoco es para tanto.

—Durante las próximas semanas te harás análisis cada dos días. Si volvemos a encontrar algo, tendremos que rescindir tu contrato.

A Jesús le había picado el gusanillo de la fama y el dinero y había decidido que ya era hora de tomarse en serio su don. Pensaba estar alejado de su ambiente, de las drogas, y entrenando por su cuenta las dos semanas que le habían apartado del equipo, pero una mañana todo se complicó; su tío Ángel fue a buscarle a la salida del gimnasio.

—¿Qué haces aquí, tío?

—Estás hecho un toro, sobrino. Dame un abrazo, coño.

Nada más abrazarle, Jesús notó huesos marcados debajo de una sucia camiseta y un olor a hospital y a muerte que ya conocía de antes.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Lo pillé en el talego, como tu padre —respondió chasqueando la lengua—. Cuando estás jodido, compartes jeringuilla con cualquiera.

—Lo siento.

—Más lo siento yo. Encima, estoy a dos velas. Voy a dar un palo con un friki de los ordenadores que conocí dentro, ¿te apuntas?

—Si me trincan, me echan del equipo —negó Jesús con la cabeza—. Ahora no puedo hacer ninguna gilipollez.

—De aquí a nada te veo en Ferrari y follándote a una presentadora de la tele.

—De aquí a nada —confirmó Jesús con tranquilidad—, pero todavía soy menor y no me dejan oler la pasta. Podría prestarte cuatrocientos euros. No tengo más.

—Cuatrocientos euros, sí —dijo el tío Ángel sonriendo y palmeándole la cara—. Eres muy generoso, sobrino.

Jesús volvió a estar convocado una lluviosa tarde de invierno. Aquel día Alfonso Castro fue a buscarle personalmente al apartamento varias horas antes de la convocatoria. Cuando llegó, el chico estaba vestido y esperando con ansiedad el momento de jugar al fútbol.

—Si insultas a alguien, ya sea a un contrario, al Manoplas, al árbitro o a quien sea, te siento en el banquillo. Si haces lo que te sale de los cojones en defensa, te siento. Si digo que tú no tiras una falta, no tiras la falta o te siento aunque hayas marcado. Si haces algún gesto obsceno o escupes a los contrarios o al público, te siento. Y si haces alguna de las mil cosas que ya te he dicho que no puedes hacer, te siento. ¿Queda claro?

—¿Me sienta? —Jesús esbozó una sonrisa—. Eso es que salgo de titular, ¿eh?

—Hoy el campo es un barrizal y no creo que puedas lucirte, chaval — terminó resignándose el viejo—. Hace una mierda de día.

—Yo llevo toda mi vida jugando en el barro. Es el mejor día para jugar al fútbol.

Aquella tarde, entre barro, lluvia y viento, Jesús marcó cuatro goles ante unos aturridos rivales y se empezó a hablar en serio de él. En los siguientes siete partidos jugó y marcó hasta situarse como Pichichi en solitario de la liga, pero cuando iba a llegar el más importante de toda la temporada, donde el equipo se jugaba el ascenso y donde esperaba recibir una oferta en firme de un equipo de Primera, volvió a aparecer su tío Ángel. En esos meses había empeorado mucho y sumaba a su aspecto cadavérico un inquietante temblor. Volvió a proponerle un golpe que les haría ganar mucho dinero, pero esta vez no admitió un no por respuesta.

—Te necesito, sobrino. Si no vienes tú, me dejan fuera.

—¿Y por qué tengo que ser yo?

—Porque los chicos te conocen y no se fían de nadie más, pero sobre todo porque yo no puedo subir catorce pisos corriendo.

Jesús se negó y le pidió que esperase a su cumpleaños. Solo faltaba un mes y cuando fuera mayor de edad podría disponer de más pasta, pero al tío Ángel ya no le quedaba un mes de vida y le daban igual los futuros contratos.

—Me lo debes. A mí y a tu padre. Por tu culpa nos trincaron y mira cómo hemos terminado los dos.

El sentimiento de culpa que había arrastrado toda la vida le hizo acudir a la cita. El plan era sencillo: ellos desconectarían las alarmas y los sensores de las escaleras de un gran edificio de oficinas y Jesús tendría que entrar por un conducto de ventilación y subir corriendo catorce pisos, hasta el despacho de un abogado que guardaba en una caja fuerte un *pen drive* muy valioso para alguien. Jesús cumplió su parte del trato y entró sudoroso en aquel despacho.

Buscó en el bolsillo y sacó el papel donde tenía apuntada la combinación de la caja fuerte.

En una oficina de ese mismo edificio, Juan José Merino, un comercial que aquella noche había discutido con su mujer, puso la alarma de su móvil a la siete de la mañana y se tumbó en el sofá de recepción para dormir. Al ver la luz de aquella linterna supo lo que estaba pasando y llamó a la Policía.

Unos minutos después, cuando Jesús llegaba al tercer piso ya con el *pen drive* en el bolsillo, escuchó las sirenas. Al salir a la calle vio que la furgoneta que debía esperarle ya se alejaba derrapando por la carretera. Le habían dejado tirado. La Policía ya estaba encima y echó a correr hacia la parte trasera del edificio. Tres agentes le persiguieron a pie y dos coches fueron a cortar el paso. El primero de sus perseguidores estuvo a centímetros de agarrarle, pero el chico se escabulló y fue a enfrentarse al segundo como si fuera un defensa cualquiera. A este y al tercero también consiguió burlarlos sin demasiados problemas, lo que Jesús no pudo esquivar cuando saltó a la M-30 madrileña fue a aquel camión de reparto que apareció de la nada a ciento veinte kilómetros por hora. El golpe fue tan fuerte que Jesús salió despedido por encima del camión ya con varios huesos rotos. Cayó en el asfalto de cabeza y le remató una joven azafata a bordo de un Toyota.

Jesús pasó las siguientes seis semanas en coma y lo primero que vio al despertarse fue a Alfonso Castro. El viejo entrenador le miraba con lástima desde el borde de la cama. Esa misma mañana le habían confirmado que el destrozo en la pierna del chaval era tan grande que ya jamás podría volver a jugar al fútbol. Entonces empezaron los peores años de la vida de Jesús Gala.

* * *

Mi vivencia en el Natascha II, la tumba flotante de Cornel y de Yurik, me ha hecho comprender lo importante que es tener a mano un arma de verdad. Paro un taxi —por fortuna ya se ha acabado la huelga— y le pido que me lleve de nuevo a la colonia Marconi, en Villaverde, el barrio natal del exfutbolista Raúl González Blanco, para visitar al Dos Napias. Le encuentro, como siempre, en su improvisado despacho del bar Los Mellizos. Según entro por la puerta y me pido una cerveza, se acerca a mí con cara de mala leche.

—¿Qué haces otra vez aquí, periodista? Ya me estás empezando a tocar los cojones, guapa.

—No he venido como periodista, no estoy investigando nada.

—Entonces, ¿qué? ¿En tu barrio pijo no hay tortillas?

—Quiero comprar una pistola.

—Vete a tomar por culo —dice haciendo amago de marcharse.

—Hablo en serio.

El Dos Napias me mira de arriba abajo y sonrío, como siguiéndome la broma.

—¿Y para qué coño quieres tú una pistola, bonita?

—He dejado a un tío y me ha amenazado.

—Denúncialo a la Policía.

—Ya lo he hecho, pero no quiero engrosar la lista de muertes por violencia de género.

—Anda, lárgate —me dice con desprecio.

—Si no os la compro a vosotros, la buscaré por otro lado. Tengo dinero.

El traficante de armas me mira desconfiado y me pide que le siga. Salimos por una puerta con un cartel dorado en el que pone «Privado» y llegamos a un patio con cajas de Coca-Cola apiladas y barriles de cerveza metálicos.

—Abre los brazos.

Lo hago y me cachea buscando una grabadora o una cámara oculta. Al ver que no encuentra nada y que, a pesar de manosearme descaradamente las tetas y el culo, mi expresión no ha variado, me mira amenazante.

—Como sea una trampa, te mato.

—Me parece justo —mi tranquilidad es absoluta.

—¿Qué es lo que quieres?

—No tengo ni idea de armas. ¿Qué tal si me enseñas lo que tienes y me ayudas a decidirme? Eso sí, la quiero sin delitos.

—Una pipa limpia te va a costar unos mil quinientos euros.

—Tengo dinero de sobra para eso y para comprarte alguna cosa más que me pueda interesar. ¿Tienes pistolas eléctricas?

—Puede ser.

—Si se te ocurre robarme, seré yo quien te mate a ti.

El Dos Napias me sonrío con suficiencia a pesar de lo convincente que resulto y me pide que espere en la esquina. Al cabo de quince minutos para delante de mí un Ford Focus rojo con tres ocupantes. Uno de ellos se baja y me invita con un gesto a que pase al asiento trasero. El Dos Napias conduce.

—Te vamos a tapar los ojos.

—Me parece bien.

El que está a mi lado me venda los ojos y encima del pañuelo me pone unas gafas de sol. El trayecto dura unos diez minutos llenos de curvas. Seguramente vamos muy cerca de donde me recogieron, pero han preferido darme una vuelta por si mi orientación a ciegas fuera prodigiosa. Nos detenemos y me quitan las gafas y la venda. Estamos dentro de una nave industrial. Una enorme y oxidada máquina de envasado ocupa buena parte del local. El resto está vacío, con pintadas en las paredes, ventanas rotas y una montaña de escombros junto a una estantería metálica desvencijada. La rodeamos y entramos por un pasillo que nos lleva a una improvisada galería de tiro. El muro del fondo está plagado de dianas y de agujeros de bala. En la pared lateral, encima de una mesa, hay un calendario del año 2008 con una chica desnuda y manchada de grasa. El Dos Napias coloca una maleta sobre la mesa y la abre. Dentro hay media docena de pistolas y cajas de munición.

—¿Has disparado alguna vez?

—En la feria y alguna más, pero pocas.

—Yo te recomiendo esta —dice sacando una pistola negra y fina—. Una Glock 17 semiautomática de tercera generación. Segura, fácil de usar y con capacidad para diecisiete cartuchos.

Seguramente sea la indicada para mí, pero me parece de juguete.

—También tienes una Beretta 92 —dice cogiendo otra que se acerca un poco más a mi gusto—. Es la que lleva el Ejército americano.

Paseo la mirada por el resto de las pistolas y la última de ellas llama mi atención.

—Quiero esa —digo señalándola.

El Dos Napias la mira y sonrío.

—Se ve que no tienes mal ojo.

Coge la pistola, también negra, preciosa, mucho más seria que las demás.

—La matapolicias. Una Five-sevenN belga semiautomática con capacidad para veinte cartuchos. Robada directamente de la fábrica. Es más cara.

—No me importa, ¿puedo cogerla?

Pesa más de lo que esperaba, pero se adapta perfectamente a mi mano. La observo con detalle y apunto a la mecánica del calendario. Ese modelo tiene silenciador y el traficante de armas me lo ofrece y lo instala con facilidad.

—Si te la vas a llevar, te dejo disparar un cargador.

Debido al retroceso, las seis primeras balas agujerean la pared muy por encima de la diana que hay a unos veinte metros, pero poco a poco me voy

acercando y los cuatro últimos disparos dan en el centro. Me encanta. Estoy deseando usarla de verdad.

—Perfecta. ¿Qué más tienes?

—¿Qué más quieres?

—Una pistola eléctrica.

—Tengo una Taser X26 que dispara cincuenta mil voltios.

—No sé si eso es mucho o poco.

—Lo suficiente para dejar a alguien frito durante un buen rato.

—Me la llevo también.

Por la pistola, la munición, el silenciador, una cartuchera y la taser pago tres mil euros. El Dos Napias y sus compinches vuelven a vendarme los ojos y me llevan a la puerta del bar. Yo me subo en un taxi con mis compras dentro de una mochila que los traficantes han tenido la deferencia de regalarme y me voy a casa.

Pienso en coger el coche e irme a las afueras para practicar mi puntería, pero teniendo el silenciador no creo que sea necesario. Coloco el tubo metálico en el cañón de la pistola y hago un tiro de prueba a varias mantas dobladas que he puesto en una esquina. Hace menos ruido que los tacones de la señora de arriba, así que pego una foto de Genaro Cortés en la puerta del armario de mi habitación y vacío otro cargador sobre ella. Nunca hubiera imaginado que se me daba tan bien disparar. Cuando voy a comprobar los agujeros descubro que han atravesado la pared del armario y han saltado varias baldosas del baño que está al otro lado. Lo estoy recogiendo todo cuando llaman a la puerta. Dejo la pistola sobre la mesa del salón y la tapo con un jersey. Me descoloca encontrarme a la inspectora Gutiérrez y al agente Martos enseñándome sus placas.

—¿Podemos pasar, señorita Aguilera?

—¿Qué ocurre?

—Una visita de rutina. Solo le robaremos unos minutos.

Al entrar en el salón detrás de ellos me doy cuenta de que la pistola no ha quedado bien tapada y un centímetro del silenciador sobresale por debajo del jersey. Mierda. Un fallo de estos podría arruinarlo todo y hacerme pasar mis últimos días entre rejas. Por suerte, ni la inspectora ni su ayudante parecen fijarse. Pienso en llevármela tapada con el jersey, pero ese movimiento podría resultar forzado y levantar sus sospechas.

—¿Cómo va su libro, señorita Aguilera?

—Mal —suspiro con cara de sufrimiento—. Todavía estoy documentándome y ya pienso en poner el punto final.

La inspectora sonrío y me mira fijamente.

—¿Conoce Málaga?

—¿Málaga? —me hago la desconcertada—. Sí, claro, ¿por qué?

—¿Cuándo estuvo allí por última vez?

—No sé... —simulo hacer memoria—. Puede que hace un par de años. Me invitaron al Festival de cine.

—¿Y no ha ido después? —Martos se une al interrogatorio.

—Que yo recuerde, no —intento parecer aturdida—. El año pasado estuve a punto de ir con mi exnovio, pero me puse mala y suspendimos el viaje, ¿por qué?

—Entonces, ¿no ha salido de Madrid esta semana pasada?

—No. He estado aquí trabajando en mi novela.

De pronto me acuerdo del hospital de Málaga y consigo contener a duras penas mi nerviosismo. ¿Se habrán enterado de que fui atendida allí un poco antes de la muerte de Cornel Popescu? El agente curiosear por la casa y se detiene junto a la mesa, a menos de veinte centímetros del jersey y la pistola. Mira hacia abajo y va a levantarlo, pero yo me adelanto y me lo llevo antes de que descubran que no están ante una aspirante a escritora normal.

—Siéntense, les sacaré algo de beber. ¿Una cerveza?

—No, gracias. Estamos de servicio —responde Martos.

Yo abro con naturalidad el armario y meto dentro el jersey y la pistola.

—¿Recuerda que le di una tarjeta de visita cuando vine a verla, señorita Aguilera? —la inspectora habla como quitándole importancia—. ¿Podría enseñármela?

—Sí, claro —finjo extrañeza.

Voy hacia la mesa, cojo mi cartera y saco la tarjeta de visita original de la inspectora Gutiérrez. Ella la observa y cruza una mirada con su ayudante, decepcionada.

—¿De qué va todo esto?

—Seguimos sin poder escuchar la grabación de su entrevista a Jonás Bustos. ¿No podría hacernos llegar una copia?

—Ya sabe que no, pero tampoco entiendo por qué tienen tanto interés. La transcripción que salió en el periódico era fiel. Lo único que no está son los saludos iniciales y la despedida.

—Eso es justo lo que nos interesa —apunta Martos.

—Lo siento —digo encogiéndome de hombros—. Tendrán que conseguirla a través del periódico. Les pertenece a ellos.

—¿Le suena el nombre de Cornel Popescu? —la inspectora vuelve al ataque.

—No —aguanto el tipo—, ¿debería sonarme?

—Volveremos a visitarla. Que tenga un buen día.

La inspectora y su ayudante salen y yo me apoyo aliviada contra la puerta. Ha estado a punto de venirse todo abajo. A partir de ahora tendré que ser mucho más cuidadosa. Recupero mi pistola del armario y la escondo en la habitación junto a mis cuchillos, mis espráis y mis porras. Me acuerdo de que debería hacerme con una cápsula de cianuro por si llegara a ser necesario, pero teniendo mi Five-seveN semiautomática no me hará falta. Llegado el momento y si al fin decido no pasar por el quirófano, me volaré la tapa de los sesos, no se me ocurre mejor final que atacar directamente a mi tumor.

* * *

Genaro Cortés y su hijo se reúnen con su abogado en un despacho enmoquetado de la Gran Vía madrileña. El letrado, un hombre de cincuenta y pocos años engominado y con trajes de mil quinientos euros, arruga la nariz cuando su secretaria le dice que viene a visitarle el gitano, pero es uno de sus mejores clientes y se esfuerza por sonreír al salir a recibirle a la puerta del bufete. La cresta, las cadenas y los tatuajes del Tony desentonan tanto en ese ambiente como los implantes de silicona en Nicoleta. El abogado les explica que cuanto más dinero hay, más problemas tiene para blanquearlo. No bastan las tres fruterías, los dos desguaces de coches, las dos cafeterías, la funeraria y las tres tiendas de muebles para justificar tantos ingresos.

—Me importa un mojón la Hacienda esa de los payos —dice Genaro—. Te pago *pa* que pueda gastarme mis dineros sin tener a la *pestañí* oliéndome mi culo gitano.

—Lo sé. —El abogado se arma de paciencia e intenta explicárselo con calma—: El problema es que algunos negocios también están dando beneficios y nadie se va a creer que en una frutería se facturen setenta mil euros semanales.

—Pues compra lotería premiada —dice el Tony—. Después decimos que nos ha tocado a nosotros, y a lo nuestro.

—Eso llevamos haciéndolo varios años, pero ya está demasiado controlado. Necesito que no haya más ingresos en los próximos seis meses.

—¿Y qué hacemos con el parné?

—Pueden empaquetar los billetes y esconderlos en algún sitio hasta que tengamos oportunidad de legalizarlos. Pero, por favor, si lo gastan, que sea con discreción.

Genaro ya tiene cajas con oro y joyas escondidas en diferentes lugares, pero el dinero en efectivo siempre es un problema, abulta demasiado. De momento, varias decenas de miles de euros se gastarán hoy en la comunión de su nieto Agustín. Está invitada toda la familia y todo el vecindario, alrededor de cuatrocientas personas, aunque se espera que sean muchas más; en cualquier celebración gitana que se precie todo el mundo es bienvenido, esté invitado o no.

El dueño del salón de bodas en principio quiso negarse a alquilarlo para una comunión gitana, pero lo iban a contratar desde las dos de la tarde hasta las seis de la mañana, con cuatrocientas comidas, cuatrocientas cenas y muchos litros de alcohol entre medias. No están los tiempos como para rechazar algo así. Mientras espera a que el numeroso grupo llegue de la iglesia, se reúne con los treinta camareros contratados para la ocasión y les explica lo que hay y la paciencia que deben tener. A cambio, cobrarán un extra de cincuenta euros por cabeza.

Los primeros invitados —ellos con cadenas de oro sobre trajes sin corbata de colores imposibles, y ellas con ostentosos y escotados vestidos de fiesta— llegan cantando y dando palmas. Tres o cuatro niños se persiguen corriendo entre las mesas y chocan contra una de ellas. Dos copas y una botella de vino se caen al suelo y se hacen añicos. El dueño comprende enseguida que el día será más duro de lo esperado y solo se consuela pensando en el dinero que ingresará.

—¡Niños, a correr a la puta calle! —les grita el patriarca, y se dirige a una camarera que empieza a arrepentirse de haber venido hoy—: Saca cervezas *pa* mis compadres, payita. Y que estén frías, ¿eh?

La cerveza y el vino empiezan a correr y el dueño del salón de bodas consigue sentarlos a comer el cordero pasadas las cuatro y media de la tarde. Aunque el caos reina en el comedor —con una nueva distribución de mesas y con vuelo de cordero y pan, algo nunca visto en ese exclusivo lugar—, al cabo

de un par de horas los camareros se relajan y se integran en la fiesta. Muchos de ellos se llevarán propinas de varios cientos de euros y rezarán por trabajar en cualquier otra celebración gitana. A las siete de la tarde se retiran las mesas y los invitados empiezan a entregar los regalos a los padres del homenajeado. Genaro Cortés resopla al comprobar que de nada le va a servir gastarse treinta o cuarenta mil euros cuando su familia saldrá de allí con mucho más dinero en efectivo guardado en sobres cerrados. Otros, mucho menos discretos, agitan los billetes de quinientos euros antes de entregarlos. Sobres y billetes van a una bolsa de plástico que dejan abandonada en una silla; allí a nadie se le ocurriría robar.

A las ocho en punto empiezan a llegar los músicos y los bailaores. Los artistas cobrarán por dos horas de actuación más de veinte mil euros. También hay tiempo para los negocios y Genaro se reúne en una mesa con su hijo y con los demás pesos pesados de la organización, entre ellos con un valenciano llamado Ricardo al que conoció en la cárcel. Ricardo Hernández es un gitano sin familia, un apestado al que Genaro salvó la vida y que ahora solo espera poder darla por él.

—No quiero arreglos con la marihuana —dice Genaro—. Por esa *tontá* nos encaloman a todos.

—Si montamos dos o tres invernaderos, nos cubrimos de oro —insiste el Tony—. Los payos la pagan bien.

—He dicho que no, Tony —zanja el patriarca—. Hay que barruntarse negocios limpios y pagar los impuestos.

Genaro se fija en una pareja en la treintena que ocupa una mesa al otro lado del salón, ajenos a la celebración del medio millar de personas que cantan y bailan como si les fuera la vida en ello. Están ahí por compromiso, porque no podían rechazar la invitación de los Genaros. Él fuma compulsivamente, tragándose la humillación, y ella mira al suelo avergonzada. Es una mujer preciosa aunque hoy haya intentado disimularlo más que nunca recogiendo el pelo con una coleta y poniéndose el vestido más discreto de su armario. Aun así, provoca la inmediata erección de Genaro. Ricardo sigue su mirada y comprende lo que quiere de él.

—Está tu familia presente, Genaro —le dice al oído—. Mejor mañana en su casa.

—¿Qué cojones mañana? Que me espere en el baño.

Ricardo atraviesa el salón en dirección a la pareja, cruza unas palabras con ellos y él golpea la mesa con furia y se marcha hacia la terraza. Ella coge

aire y baja las escaleras. Si el marido no debiera tanto dinero, su mujer no tendría que chupársela a nadie en los baños de un salón de bodas. Todavía se puede dar con un canto en los dientes de no estar enterrado junto a aquel maletero payo del aeropuerto.

* * *

Así que desde allí fuimos arrastrados por fuertes vientos durante nueve días sobre el ponto abundante en peces, y al décimo arribamos a la tierra de los Lotófagos, los que comen flores de alimento. Descendimos a tierra, hicimos provisión de agua y al punto mis compañeros tomaron su comida junto a las veloces naves. Cuando nos habíamos hartado de comida y bebida, yo envié delante a unos compañeros para que fueran a indagar qué clase de hombres, de los que se alimentan de trigo, había en esa región; escogí a dos, y como tercer hombre les envié a un heraldo. Y marcharon enseguida y se encontraron con los Lotófagos. Estos no decidieron matar a nuestros compañeros, sino que les dieron a comer loto, y el que de ellos comía el dulce fruto del loto ya no quería volver a informarnos ni regresar, sino que preferían quedarse allí con los Lotófagos, arrancando loto, y olvidándose del regreso.

HOMERO, *Odisea*, Canto IX.

Sé que Genaro Cortés apenas pisa la Cañada Real y que dirige desde la seguridad de su piso de Pan Bendito sus puntos de venta de droga, pero quiero conocer el inframundo madrileño personalmente para comprobar con qué tipo de gente me voy a encontrar a partir de ahora. Busco en mi armario la ropa más vieja y barata que tengo y la restriego por el suelo de la terraza intentando que parezca todavía más sucia y pasada de moda. Para mi desgracia, mi tumor todavía no me ha dotado de un aspecto cadavérico y me maquillo destacando las ojeras sobre un fondo pálido. Al mirarme en el espejo, descubro a una yonqui bastante creíble. Cuando voy a salir, dudo sobre si llevar o no mi pistola. Alrededor del poblado chabolista suele haber controles policiales y no quiero terminar mi carrera como justiciera de una manera tan estúpida, pero para algo me la he comprado. Además, quiero llevarla y tener la oportunidad de disparar a algo más vivo que una foto en la pared.

He pensado en trasladarme al mayor hipermercado de la droga de Europa en una cunda, un taxi de la droga, pero prefiero llevarme mi coche porque no sé en qué estado saldré de allí y no me gustaría encontrarme sola y sin medio de transporte. Atravieso Madrid y me desvío por la salida 13 de la autovía de

Valencia escuchando en la radio que un vengador que se autodenomina Talión ya ha matado a tres personas y amenaza con matar a muchas más. Las llamadas de apoyo de los oyentes incomodan a los locutores; pocos de ellos se atreven a decir en antena que también les parece bien que haya aparecido un asesino de asesinos. Que nadie se plantee siquiera que la culpable es una mujer y no un hombre supone una enorme ventaja para mí.

La Cañada Real se extiende a lo largo de catorce kilómetros. Al principio de la calle principal hay casas con familias, bares y alguna tienda de alimentación encajada en las viviendas, pero según se va avanzando y la carretera se rompe todo huele a miseria, a droga y a leña quemada de las fogatas encendidas delante de los puntos de venta.

Lotófagos, gente de todas las edades que se han olvidado de regresar después de probar el loto que allí les ofrecen. La mayoría empezó yendo y viniendo, después uno a uno decidieron que se ahorrarían los cinco euros que les costaba la cunda desde la Glorieta de Embajadores y los invertirían en una micra de heroína. Ahora viven allí entre meados, jeringuillas y tiendas de campaña despedazadas, buscándose la vida para conseguir el chute que los evada durante unas horas de su miserable existencia. Algunos gitanos han puesto caravanas para que no te tengas que bajar del coche al recoger tu pedido, como en el McAuto. Yo las rodeo y dejo el mío en un improvisado aparcamiento de tierra. Un yonqui sin paletillas mastica a duras penas un bocadillo que le dieron anoche en alguna ONG. Me ve bajar y se acerca a mí.

—¿Te cuido el buga, princesa?

Saco un billete de diez euros y se lo tiendo. Después uno de cincuenta y lo rompo por la mitad. Le entrego a él una parte.

—Si cuando vuelva sigue entero, te doy la otra mitad.

—Eso está hecho, jefa. No se va a acercar ni Dios.

El yonqui traslada sus bolsas y sus cartones y se sienta frente a mi coche. No se moverá de allí hasta que yo regrese seis horas después manchada de sangre. Me cruzo con zombis, con coches de lujo, con furgonetas de la Policía, con captadores que quieren que entres en su negocio, con ratas corriendo entre niños descalzos, con voluntarios ofreciendo comida y jeringuillas, con prostitutas a las que se les puede pagar con dinero o con droga... Estar aquí no es lo mismo que verlo en televisión. Los quejidos y balbuceos de los drogadictos y el olor a excrementos y a enfermedad no se perciben a través de la pantalla.

Me fijo en un chico joven, de no más de veintisiete años. Intenta cargar un palé de madera, pero su debilidad y una pronunciada cojera en la pierna derecha le hacen parar cada pocos metros. Solo le quedan doscientos pasos para que le den droga a cambio de leña. Un BMW Serie 3 de color rojo se detiene junto a él. Se bajan tres gitanos y reconozco al más fuerte, el que lleva una cresta en el pelo y va cargado de cadenas de oro y de tatuajes. Es Antonio, el Tony, el hijo pequeño de Genaro Cortés. Le he visto en fotografías cuando he investigado a su padre.

—¡Pichichi, ven *pa'ca!* —le grita al yonqui, y se ríe hablando a sus compinches—. Verás lo que hace el puto payo.

Los gitanos se carcajean y el que lleva el pelo como los de ABBA cuando ganaron Eurovisión saca un balón de fútbol del maletero. El yonqui corre hasta ellos cojeando y al llegar agacha la cabeza con sumisión.

—¿Qué pasa, Tony?

—Da unos toques que te vean mis primos, Pichichi.

—Es que tengo jodida la pierna.

—¡Vamos ya, coño!

El Tony le da una colleja y le tira el balón. El chico sorprende por el control tan absoluto que tiene de él. No lo deja caer al suelo a pesar de la cojera, de las cervezas y de los escupitajos que le lanzan. A los tres minutos se cansan, el Tony saca un puñado de monedas del bolsillo y las tira entre los escombros.

—Anda, corre a buscarlas, *mierdaseca*.

El Pichichi les devuelve el balón y corre a recoger las monedas antes de que se las quiten, pero dos drogadictos más ya se han unido a la búsqueda del tesoro. El chico se pelea con ellos mientras los gitanos se suben al coche muertos de risa y se marchan derrapando. Le observo durante unos minutos, convencida de que el Pichichi nunca ha tenido suerte en la vida.

Alfonso Castro fue el encargado de decírselo y fue aún más duro y difícil de lo que pensaba; en el atropello Jesús también había sufrido una lesión cerebral que ralentizaba de alguna manera su comprensión.

—Eso es una gilipollez, entrenador. Ya me he lesionado más veces. Verá como en dos semanas estoy como nuevo.

—Esta vez no, Jesús. La pierna quedó atrapada debajo de un coche. Los médicos dicen que cojearás durante toda tu vida.

—Hasta cojo puedo meter goles. Usted lo sabe, ¿a que sí?

Ante la insistencia de Alfonso, el club —a pesar de las protestas del presidente, que alegaba que el jugador se lesionó durante la comisión de un delito— pagó los gastos médicos y su ficha hasta el final de temporada. Cuando Jesús salió del hospital, medio año después, ya era mayor de edad y pudo disponer de los veinticuatro mil euros que había en su cuenta, pero apenas le duraron tres meses.

El entrenador fue a visitarle todos los días para hablarle de la cantidad de cosas que aún podría hacer con su vida, pero el Pichichi ya tenía algo en mente. Se esfumó y no le volvió a ver hasta que se había quedado sin blanca. Apareció sucio y drogado, así que le invitó a darse una ducha en los vestuarios del club. Se le cayó el alma al suelo cuando vio los pinchazos de sus brazos.

—¿Te pinchas, Jesús?

—Solo de vez en cuando, pero no se crea que estoy enganchado. Y tampoco comparto jeringuillas, eso ni loco.

—Conozco al director de una clínica de desintoxicación.

—Esos son unos cantamañanas. Si quiere ayudarme, présteme cien euros.

—No te voy a dar dinero. Comida o un sitio donde dormir, no hay problema, pero no te daré dinero.

—Métase su comida por el culo —escupió el chico con rabia—. Yo lo que necesito es pasta.

—Lo siento.

Jesús volvió a la calle a buscarse la vida, pero ya no corría tanto después de cada delito y sus estancias en la cárcel fueron cada vez más habituales. Sabía perfectamente lo que le pasaba a la gente que frecuentaba la Cañada Real e intentó mantenerse alejado de aquel lugar, pero su adicción cada vez más fuerte le empujaba irremediabilmente hacia allí. Todos los días negociaba con drogadictos el precio para viajar en cunda, hasta que una mañana sacó su propio billete.

Al acercarme a él veo una cicatriz que le atraviesa la cabeza, una muy parecida a la que me quedará a mí si finalmente decido operarme.

—Controlas bien la pelota.

—Me llaman el Pichichi, metí un huevo de goles un año. Y eso que solo jugué la mitad de los partidos —sonríe y me muestra unos dientes sucios y

mellados—. Tía, ¿no tendrás unos euros para prestarme?

—¿Cuánto necesitas?

—No sé. —Le he cogido desprevenido e intenta hacer un rápido cálculo mental—. Diez euros.

—Si me llevas hasta donde ese vende su droga —digo señalando con la cabeza hacia el lugar por donde se perdió el BMW de la familia Cortés—, te doy cien.

—Es la casa del Genaro.

—Ahí es donde quiero ir. Me han dicho que vende la mejor farlopa.

El Pichichi esconde su palé entre unos matorrales y me acompaña a través del sector VI de la Cañada Real, el más peligroso de todos. En varias casas veo perros de presa encerrados en pequeñas jaulas, lanzándose rabiosos contra los barrotes mientras grupos de niños corretean a su alrededor y los pinchan con palos. Una familia gitana canta y baila junto a muertos vivientes que pasan por su lado sin detenerse. Hay dos hogueras encendidas frente a la casa más grande de todas, una con la fachada de color verde chillón. El machaca que cuida el fuego me mira con recelo.

—¿Quién es esta, Pichichi?

—Es colega mía. Viene a comprar farlopa.

Nos deja pasar con un gesto, así de fácil. Entramos en un patio en el que está aparcado el BMW rojo y atravesamos varias puertas vigiladas por machacas hasta que llegamos a un fumadero. Es una habitación vacía de muebles, con las paredes desconchadas y sucias. Hay quince personas pisando los restos de papelinas y demás desperdicios, la mayoría yonquis en el mismo estado que el Pichichi, pero también dos oficinistas, una mujer de mi edad con pinta de profesora de primaria y una chica con los apuntes de Derecho saliéndose de su bolso de Zara. Al fondo hay una ventanilla como las del metro protegida con barrotes de hierro y dentro una mujer despachando. A su derecha, una puerta blindada. Ya he traspasado cuatro hasta llegar aquí.

—Ya te he traído, tía, págame mi dinero.

—Espérate a que salgamos. Aquí te compro lo que quieras.

—Mezcla, pero pídelo con más heroína, ¿vale?

Me acerco insegura a la ventanilla. La dependienta tiene sobre una mesita dos montones de cocaína y heroína, balanzas de precisión, cucharillas y envoltorios de plástico. En otra estancia, también detrás de las rejas, varios hombres y mujeres de etnia gitana mezclan la droga y lavan el dinero con agua y jabón. Nadie se puede imaginar la peste que echan los billetes manoseados

por drogadictos. A pesar del calor, hay una estufa encendida por si llega la Policía. En ese caso quemarán todo el dinero y la droga antes de que puedan traspasar las cuatro puertas blindadas y así conseguirán una condena menor.

—¿Qué quieres? —me pregunta la gitana.

—Dos micras de mezcla. Con más heroína, por favor.

—A pedir a la iglesia, paya. Diez euros.

Saco el dinero y pago mientras me prepara el pedido igual que en la frutería. El Pichichi se acerca a mí excitado.

—Vamos a fumárnosla, tía.

¿Por qué no? Ya no hay consecuencias. Nos sentamos entre la estudiante de Derecho —que intenta ordenar sus apuntes a cámara superlenta— y un hombre mayor ya en las últimas y nos colocamos fumándonos la mezcla a través del papel de plata. Comprendo enseguida por qué les gusta tanto. Al instante me siento tan en la gloria que me quedo en trance apoyada en la chaqueta llena de mierda del Pichichi. No me importa nada, estoy cojonudamente, no me acuerdo ni de mi tumor. No sé cuánto tiempo pasa hasta que un hombre despierta al Pichichi con una patada en los riñones.

—A dormir a la puta calle.

El Pichichi y yo salimos de allí abrazados, cojeando juntos, sujetándonos el uno al otro como si fuéramos íntimos de toda la vida. Nos sentamos alrededor de una hoguera y me presenta a otros afortunados que, como nosotros, también han conseguido sus cinco euros para colocarse: el Avispa, el Funo, la Negra, el Colilla, el Boli, el Guiri, la Yoli, el Seta, el Jaco, la Condesa, el Palomo, los Juanes y el Romeral. Durante unas horas comparto miserias con ellos y ayudo a la Condesa a buscarse una vena.

* * *

La vida de Álvaro Herrero ha dado un giro de ciento ochenta grados en las últimas horas. De ser un mercenario mal pagado ha pasado a formar parte de la plantilla de uno de los pocos periódicos de papel que siguen en pie, y de ahí a convertirse en el periodista más célebre del país. Una ayudante de Producción se acerca a él en la sala de maquillaje.

—Entras después de la publicidad, Álvaro. ¿Todo bien?

—Un poco nervioso.

—Eso es al principio. Después te relajas y le coges el gustillo.

En la pausa publicitaria Álvaro conoce a sus compañeros de debate: varios políticos, un par de periodistas, un policía, un psicólogo, una abogada, el padre de la pequeña Lucía, un exladrón de guante blanco reconvertido en estrella mediática y varios tertulianos profesionales que sirven tanto para comentar la actualidad política como el *reality* de moda. Lo que más le agobia a Álvaro es el bombo que le han dado a su reportaje. Él, en el fondo, solo puede contar que recibió un *pen drive* por correo y que ni siquiera iba a su nombre, pero sus jefes han insistido en que vaya.

—Bueno, Álvaro, supongo que llevas unas horas moviditas.

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Por qué crees que Talión ha elegido *El Nuevo Diario* para contar su historia?

—*El Nuevo Diario* es uno de los periódicos más prestigiosos de España y de Europa. Si yo fuera Talión, también lo habría elegido.

Eso pone a su favor a los jefes que le están viendo a través de la tele y en contra a los representantes de otros periódicos. Se habla de libertad de expresión, de si hacen bien mostrando fotos de cadáveres sin censura, de posibles futuras víctimas, del estado psicológico del asesino en serie..., hasta que uno de los tertulianos profesionales, acostumbrado a dar espectáculo, lanza la pregunta que dividirá una vez más a España:

—A mí lo que me gustaría saber es si a la gente le gusta lo que hace Talión.

—Lo que hace es asesinar, eso no le puede gustar a nadie —responde uno de los políticos intentando apuntarse un tanto de cara a sus electores.

—¿Y el padre de Lucía Abad opina lo mismo?

Todas las miradas se dirigen al aludido. Por un momento parece que el hombre va a decir lo que todos dirían, lo piensen o no, pero a los demás no les han violado y asesinado a su única hija a los siete años.

—Mi familia y yo le estamos agradecidos, y supongo que las familias de las chicas a las que secuestró y prostituyó Cornel Popescu también.

En ese momento al presentador se le va el debate de las manos. Unos acusan a otros de fascistas y estos se revuelven acusándolos de ser demasiado tolerantes por poner a asesinos en la calle. Una encuesta anónima a los espectadores del programa revela que un sesenta y dos por ciento está a favor de Talión y quieren que siga matando canallas. El debate llega a todos los bares, lugares de trabajo y comidas familiares.

Cuando Álvaro vuelve a casa se pone un chándal y todavía tiene que atender la llamada de un programa de radio y revisar las decenas de correos electrónicos que le han llegado desde que firmó el reportaje más comentado de los últimos años. La mayoría son de amigos y de excompañeros de facultad, pero también hay varias ofertas de trabajo. «Hay que joderse —piensa—, lo que hace estar en el lugar adecuado en el momento oportuno.» Cristina abre la puerta todavía con el uniforme de enfermera puesto. Los fríos saludos que cruzan demuestran que las cosas están muy lejos de arreglarse entre ellos.

—¿Me has visto en la tele?

—No he podido. Cuando iba a sentarme, me han llamado para sustituir a una compañera en quirófano. ¿Qué tal ha ido?

—Bien, al menos eso creo. Se ha formado una buena.

—¿Me ducho y lo vemos en Internet?

Álvaro asiente y Cristina va a ducharse. Al cabo de media hora regresa con el camisón que suele ponerse para las noches especiales, prácticamente transparente.

—¿Qué tal si lo vemos después? Siempre he querido acostarme con un tertuliano de la tele...

Álvaro duda, pero opta por sonreír. A él también le resulta agotador estar todo el día de uñas.

—Mírame, yo estoy en chándal —dice Álvaro con cara de culpabilidad.

—No te preocupes, no te va a durar mucho puesto.

No tardan en estar los dos desnudos sobre la cama. Álvaro besa el cuerpo de su novia y se siente afortunado de estar con una mujer tan guapa. Se dice en voz baja que debe hacer caso a Marta y olvidarse de lo que pasó entre ellos, pero le cuesta quitársela de la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Cristina se saca su miembro todavía flácido de la boca y le mira desconcertada.

—Claro que sí, perdona.

Álvaro cierra los ojos con fuerza y piensa en Marta Aguilera, como ha hecho tantas veces desde la época de la facultad. Cristina sonríe al ver que la cosa empieza a funcionar, sin saber que de nuevo le está siendo infiel. Por un rato, el periodista se olvida de lo famoso que se ha vuelto de repente, de la pequeña Lucía, de Jonás Bustos, de Cornel Popescu y de Talión.

* * *

Sergio Costa lleva casi dos días sin salir de casa y empieza a ponerse nervioso. Las primeras horas tuvo que apagar el teléfono por todas las llamadas que recibía, pero ya solo llaman el Rulo y un número oculto. Se harta al ver que no se cansan y descuelga.

—¿Quién es?

—Te vamos a matar, igual que a tu padre y a tu hermano —dice un hombre con marcado acento vasco—. Yo mismo te daré el tiro en la nuca.

—¡Ten cojones de venir a por mí, hijo de puta! —grita Sergio—. ¡Te voy a abrir la cabeza igual que a la zorra de Amaya Eiguibar!

—Date por muerto. *Gora ETA militarra!*

Sergio va a llamar a su madre para contárselo, pero se arrepiente y cuelga, será mejor que se lo diga cuando la vea y él se haya tranquilizado. Ya no aguanta más tiempo encerrado y sale a la calle.

—¿Sabes dónde está el Rulo? —le pregunta a la chica que sacó la mochila con el tirachinas en su anterior visita al Hogar Social de España³⁶.

—Tío —dice ella con admiración—. Le diste en toda la cabeza.

—Sí —Sergio fuerza una sonrisa—. ¿Está el Rulo?

—No, pero Fernando quería verte.

Sergio sigue a la chica a través del comedor que ya preparan una decena de voluntarios para el lleno absoluto que se espera a la hora de la comida y suben por las escaleras. Doña Emilia sigue barriendo el descansillo del primer piso.

—Doña Emilia —dice la chica sin dejar de subir escaleras—, este es el chico que le abrió la cabeza a la etarra.

—Buena puntería, hijo.

El estatus de Sergio ha cambiado y Fernando le invita a entrar en su casa. Se toman una cerveza sentados en el sillón.

—Necesitamos gente como tú, Sergio —le dice el líder poniéndole la mano en el hombro con confianza—. A los tíos tatuados y con la cabeza rapada nadie los toma en serio. Si la gente ve que somos normales, dejarán de tenernos miedo.

—Agradezco vuestra ayuda y te juro que nunca diré nada, pero no comparto vuestra ideología, Fernando.

—¿Ah, no? ¿No crees que Amaya Eiguibar merezca pudrirse en la cárcel?

—Sí, pero no tengo nada en contra de los inmigrantes.

—Yo tampoco, siempre y cuando sean legales y paguen sus impuestos como todos los demás. La culpa no es suya, sino del Gobierno que les permite hacer lo que les sale de los huevos. Mira, yo nací en Salamanca, mi mujer en Valencia y nuestros tres hijos en Madrid. Más españoles no podemos ser, ¿no? Pues aparte de españoles, llevamos pagando impuestos desde hace quince años. ¿Sabes que a mis hijos no les han dado plaza en inglés porque los hijos de inmigrantes tienen preferencia?

—Eso no está bien, de acuerdo, pero no por ello hay que apalearlos.

—No te creas todo lo que escuchas en la tele, Sergio. ¿Quién ha apaleado a quién? Nadie de aquí le ha dado una paliza a un negro solo por ser negro.

—El Rulo cumplió tres años de condena por dejar a uno en silla de ruedas.

—Ese tío le estaba metiendo mano a una chica subnormal de trece años, y ni siquiera era española. ¿Cuándo has visto que grupos de ultraderecha queman contenedores o tiren tuercas a la Policía? Eso lo hacen los guarros, nosotros solo protegemos lo nuestro. ¿A ti te parece mal que demos de comer a españoles?

—No, pero excluir a extranjeros solo por serlo tampoco.

—Que se paguen un menú con el dinero que se ahorran de las clases de inglés, no te jode. A mí solo las matrículas me cuestan trescientos euros.

Fernando le dice que los tiempos en los que la extrema derecha apaleaba a inmigrantes y maricones ya han quedado atrás y que hay que hacer algo para evitar que España se hunda del todo. Dicho así, Sergio no puede negar que está de acuerdo, aunque sabe que detrás hay mucho más. Procura no llevarle la contraria, pero no se deja convencer y Fernando se da cuenta de que su estrategia no funciona.

—Supongo que habrás visto *El silencio de los corderos* y sabrás lo que significa *quid pro quo* —dice Fernando—. Ya te llamaremos si te necesitamos para algo.

Sergio sale del Hogar Social de España³⁶ mirando hacia atrás cada diez o doce pasos. Ya no solo tiene que temer que un etarra le dé un tiro en la nuca, también que el Rulo venga a pedirle algo que no quiera hacer.

La inspectora Gutiérrez está reunida con dos de sus ayudantes. Lee la lista de los viajeros de AVE y de avión a Málaga en los días anteriores y

posteriores a la muerte de Cornel Popescu. Muchos de ellos están subrayados.

—Los que están en amarillo tienen antecedentes penales.

—Son demasiados —la inspectora chasquea la lengua—. Hay que hacer una criba y quedarnos como mucho con tres.

—A mí el que más me gusta es Juan Carlos Ramos, un expolicía que mató a un hombre en una discusión de tráfico y que salió de la cárcel hace un par de años.

La inspectora busca el nombre en la lista y asiente cuando comprueba que llegó a Málaga cinco días antes y se marchó la misma noche del asesinato de Cornel Popescu.

—Hay que ir a hablar con él.

Un policía se asoma a la puerta del despacho.

—Su hijo está aquí, inspectora.

La inspectora Gutiérrez se asusta y va a ver qué ha pasado. Sergio le habla de la llamada anónima y es el propio chico quien tranquiliza a su madre. Sabían que algo así podría pasar y no cree que haya que tomárselo demasiado en serio.

* * *

Se me pasa el colocón mucho después que al Pichichi y le veo empujando el palé de madera los últimos pasos de los doscientos que le quedaban para llegar a su destino cuando me crucé con él. Lo deja con esfuerzo junto a una hoguera y el vigilante de turno le paga unas monedas. Me ve más espabilada y viene hacia mí arrastrando la pierna que quedó encajada debajo de aquel Toyota.

—No me has pagado, tía.

—¿Cuánto te dije?

—Cien pavos.

Saco mi cartera del bolso y le pago lo prometido. El Pichichi se fija en el dinero que llevo —aproximadamente dos mil euros— y decide ser legal.

—Eso no deberías enseñarlo mucho por aquí. Te meten una cuchillada por menos de nada.

—Gracias —digo guardándome la cartera y mirando hacia la fachada verde chillón—. ¿Qué sabes del clan que lleva esa casa?

—¿Los Genaros? —Resopla—. Mala gente. No conviene acercarse.

—El patriarca no viene mucho por aquí, ¿no?

—Solo a las peleas de perros.

—¿Peleas de perros?

—A los gitanos les encantan. Esta noche hay una aquí mismo.

—¿Vendrá Genaro Cortés? —me pongo en alerta.

—Seguro.

—¿Podrías llevarme?

—A mí no me mola meterme en esas cosas, tía.

—Si me llevas, te doy otros cien euros. —Saco dos billetes de cincuenta euros y se los tiendo—. Por adelantado.

El Pichichi duda —se ve que realmente no le hace gracia—, pero termina guardándose el dinero; con doscientos euros tiene para cuatro gramos. Nos acercamos a una furgoneta de una ONG que reparte comida. Cinco hombres y mujeres ayudan a los drogadictos sin pedir nada a cambio. Yo me quedo a unos metros viendo cómo el Pichichi discute con un compañero que le ha quitado el bocadillo que él quería. Una chica de unos veinte años se acerca a mí con cautela. Es muy guapa, con el pelo negro y liso. Le pega estar en cualquier sitio del mundo antes que en este poblado de drogadictos, indigentes y traficantes.

—Perdona, discúlpame —me dice con mucho respeto y delicadeza—, colaboro con la ONG Bocatas. ¿Te puedo ayudar en algo?

—¿En algo como qué?

—Si me lo pides, te llevamos ahora mismo a una pensión que tenemos concertada. Allí podrás ducharte y cenar caliente. Con suerte, todavía coges una cama libre.

—¿Y eso de qué sirve? Volveré mañana.

—Lo importante es salir y alejarse de este lugar. Puede que veas las cosas de otra manera. ¿Alguna vez has oído hablar de los lotófagos?

—Los comedores de loto que atraparon a los hombres de Ulises...

—Exacto —se sorprende—. ¿Qué? ¿Te vienes con nosotros?

—Puede que otro día.

—Como quieras. Estamos aquí siempre sobre esta hora. Si alguna vez decides salir, no lo dudes.

La chica me sonríe y se va a hablar con una mujer extremadamente delgada y sucia. Le habla con el mismo cariño que a los otros veinte con los que hablará esta noche. El Pichichi se acerca a mí.

—Piden doscientos pavos.

—No me estarás tangando, ¿verdad?

—Si quisiera tangarte, ya habría avisado a dos yoncarras de mierda y te arrancaríamos hasta las muelas. Piden una apuesta mínima de doscientos euros.

—¿Y cómo sé por qué perro voy a apostar si todavía no los he visto?

—Deja que yo me encargue, tía.

Le doy los doscientos euros y el Pichichi se los entrega a un gitano a cambio de un papel. Una hora después estamos en un descampado lleno de coches con las luces encendidas que forman un gran círculo. En el centro, dos perros de tamaño medio se destrozan incitados por sus entrenadores. A su alrededor la gente apuesta, bebe y ríe.

—La pelea principal es entre el presa canario de los Genaros y un bull terrier de otro clan. Si quieres, podemos verlos.

El Pichichi me conduce hasta detrás de una furgoneta y allí veo por primera vez a Genaro Cortés en persona. Sufro la arcada que inicia la cuenta atrás para su muerte. Un robusto perro marrón se tira con furia contra los barrotes de su diminuta jaula. Genaro Cortés, como los niños hacían con otros perros, le pincha con un palo y el animal enloquece. Mira a los ojos del gitano de la misma manera que Cornel Popescu me miró a mí cuando ya sabía que iba a morir. Genaro se carcajea con su hijo Tony y sus palmeros.

—Joder, qué mala hostia tiene ese chuchó —dice el Pichichi impresionado—. ¿Quieres ver al otro?

—No me hace falta. Apuesta los doscientos euros por el otro.

El otro es un bull terrier blanco con las fauces ensangrentadas de morder al aire y los barrotes de su jaula. Es una pelea a muerte. Los dos animales no hacen amagos como los humanos, en cuanto los sueltan después de achucharlos se tiran el uno contra el otro dispuestos a matar y a morir. Se revuelcan levantando una polvareda y se chocan contra el coche en el que está apoyado Genaro Cortés. Él les tira su cerveza y les lanza una patada para alejarlos. El presa canario de los Genaros da dentelladas a la velocidad de una taladradora, pero el bull terrier muerde y no suelta hasta que se lleva un pedazo de adversario en la boca. Aunque la sangre en su pelaje blanco sea más llamativa, solo es cuestión de tiempo que dé con el sitio adecuado para morder. Después de casi diez minutos de destrozo de patas, lomos y hocicos, el presa canario se rinde e intenta huir cuando su contrincante le arranca un trozo de cuello, pero el bull terrier lo persigue y lo abate. No para de

machacarlo hasta que lo deja inerte. Genaro Cortés maldice en voz alta mientras algunos lo celebran, el que más el Pichichi.

—¡Tía, has ganado casi mil pavos!

—Cóbralo y vamos a pachas, ¿te parece?

—¡De puta madre!

Genaro Cortés le da una patada al perro moribundo.

—¡Puto perro maricón! ¡¿Tú sabes la guita que me has hecho perder, *desgraciao*?! Tiradle a la cuneta.

Dos gitanos cogen al perro y lo tiran por un terraplén. Las luces de los coches se alejan por el camino y se mezclan con los que solo van a la Cañada Real a comprar droga. Me acerco al amasijo de piel y sangre y compruebo que aún respira. Saco la pistola dispuesta a sacrificarlo. El Pichichi se asusta al verme armada.

—¿Qué haces, tía? Ya tengo la pasta. Vámonos de aquí.

El perro me mira a los ojos mientras le apunto. Quiero apretar el gatillo pero no puedo. No tendría escrúpulos en hacerlo con decenas de personas con las que me he cruzado en el día de hoy, pero no con este perro moribundo que me mira desde el suelo pidiéndome una segunda oportunidad.

—Quédate aquí mientras voy a buscar mi coche. Me lo llevo.

—¿Cómo que te lo llevas? —El Pichichi me mira alucinado—. ¿Tú eres gilipollas? Ese chucho te arranca un brazo si se te ocurre acercarte.

Me acerco a él y gruñe con las pocas fuerzas que le quedan. Mi seguridad lo tranquiliza y le acaricio el lomo. Me deja cogerlo en brazos y lo coloco en un sitio seco y llano.

—Te has puesto perdida.

—No pasa nada —digo mirándome la ropa manchada de babas y de sangre—. Quédate con él, enseguida vuelvo.

Voy corriendo al aparcamiento y veo al yonqui vigilando mi coche en la misma postura que le dejé seis horas antes.

—Ya pensaba que no vendrías.

Le doy el medio billete de cincuenta euros y dos más a cambio de una botella de agua y una sábana que guarda en una bolsa, y voy a recoger al perro. Temía que se hubiera largado con el dinero de la apuesta, pero el Pichichi sigue allí, a unos cuatro metros del animal.

—Tía, se está espabilando. Yo que tú no me acercaba.

El perro está medio incorporado, sangrando por cada centímetro de su cuerpo. Cada latido de su corazón le produce un espasmo. Me acerco con la

botella de agua en la mano despacio. Vuelve a advertirme con un gruñido.

—¿Quieres un poco de agua, bonito?

Le echo lentamente el agua en la boca y el perro bebe y vuelve a tumbarse cuando se siente saciado. Lo envuelvo con la sábana con mucho cuidado y lo meto en el asiento trasero de mi coche.

—¿Sabes cómo se puede salir de aquí sin pasar por controles policiales?

—Si tiras por ese camino de piedras, sales a la carretera. Lo malo es que se te jodan los bajos.

—Gracias por todo, Pichichi. Cuídate.

—No hemos repartido la pasta de la apuesta.

—Quédatela. Te la has ganado.

Me adentro en el camino de piedras y veo por el retrovisor que el Pichichi no se ha movido del sitio mirando cómo me alejo. Me temo que he abandonado definitivamente el selecto club del dos por ciento mundial al darme cuenta de que siento remordimientos por salvarle la vida a un perro antes que a un ser humano, pero soy consciente de que los dos ya están condenados y solo el animal tiene algo que hacer antes de morir. Entro en una gasolinera y compro vendas, agua oxigenada, garrafas de agua y comida para perros. Por suerte, no me cruzo con nadie desde mi plaza de garaje hasta el ascensor y meto al perro en mi casa. Le limpio los desgarros como buenamente puedo y le doy el mismo antibiótico que me tomo yo para mi herida del brazo dentro de una salchicha. Apenas tiene fuerzas para masticar. Lo dejo durmiendo en el cuarto de la plancha, junto a un plato de comida y otro de agua.

* * *

Juan Carlos Ramos, de cincuenta y cuatro años, se pasa las horas sentado en un banco del parque, como si ya tuviera ochenta y la pensión no le diera para hacer nada más. A las ocho de la tarde se levanta del banco para ir a limpiar oficinas de diez de la noche a siete de la mañana. Al salir vuelve a su apartamento, duerme hasta las dos, come y otra vez al parque. No tiene nada mejor que hacer que arrepentirse de haber sacado su arma a aquel chico que le había dado un golpe con el coche. Llevaba unos meses muy estresado en el trabajo y aquella tarde explotó. Hasta entonces, no había sido un hombre perfecto, pero era un buen padre, un buen marido y un buen policía. Cuando

disparó todo se vino abajo. Durante los doce años que pasó encarcelado, su mujer le abandonó y se llevó a sus hijos a vivir a Málaga. No la culpa, pero ahora solo puede ir a verlos una semana cada tres meses y nota que ellos también se están olvidando de él. La inspectora Gutiérrez y el agente Martos le abordan en el parque.

—¿Juan Carlos Ramos? —pregunta la inspectora, enseñando su placa.

—Sí.

—Inspectora Daniela Gutiérrez. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Claro.

—Tenemos entendido que viajó usted a Málaga la semana pasada, ¿podríamos saber el motivo?

—Fui a ver a mis hijos.

—¿Ha oído hablar de Cornel Popescu?

—¿Quién no? Es el que ha matado ese justiciero. No se habla de otra cosa.

—¿Dice usted que sus hijos viven en Málaga?

—Sí. Su madre se los llevó hace algunos años.

—¿Y pasó la semana entera con ellos?

—Pasé el tiempo que ellos me dejaron. Son ya mayores y tienen mejores cosas que hacer que entretener a un desconocido al que ven cada tres meses.

—Entonces, ¿nos dirán que estuvieron con usted la mañana del miércoles pasado?

—¿Sospechan de mí? —pregunta el expolicía entre sorprendido y divertido.

—Sospechamos de todo el que estuviera en Málaga coincidiendo con el asesinato, señor Ramos.

—Esa mañana acompañé a mi hija al médico. Tenía cita a las diez. Apunten sus datos y podrán comprobarlo.

El agente Martos toma nota y van a ver a otros posibles sospechosos que estuvieron en Málaga durante aquellas fechas, pero ninguno parece ser Talión. Tampoco el camello de Torrelodones ni los familiares de la pequeña Lucía tienen pinta de estar involucrados. La inspectora vuelve a casa frustrada y saluda con un gesto a los dos policías que protegen a su hijo después de la supuesta amenaza de ETA.

—Mira el esparadrapo que lleva esa asesina, mamá.

Daniela y su hijo ven en el telediario las imágenes del recibimiento de Amaya Eiguibar en su pueblo natal. La etarra tiene un esparadrapo en la frente

y se dirige a un centenar de vecinos desde un atril. Dos encapuchados queman una bandera española y corean consignas a favor del traslado de presos a cárceles vascas.

—El Gobierno debería tirar una bomba ahí en medio y cepillárselos a todos.

—Muchos de los que están ahí ni siquiera son independentistas, hijo. Eso es lo peor de todo. Solo se dejan arrastrar por el miedo y por el qué dirán.

—Entonces, son unos cobardes.

—Supongo que no será tan fácil cuando se vive en un pueblo pequeño y se tienen familiares y vecinos encarcelados. Anda, quita eso y siéntate a cenar.

Durante la cena, Sergio está a punto de contarle a su madre su visita al Hogar Social de España³⁶, pero confía en que la amenaza velada de Fernando fuese en un momento de frustración al no conseguir captar a otro más para la causa, y calla. A cambio, le pregunta por las vacaciones que le ha prometido.

—A África o al Caribe, donde te dé la gana.

—Mejor a África. No me veo tomándome mojitos contigo.

Daniela se ríe y ven juntos una serie en televisión. Ninguno de los dos recuerda haberlo hecho antes.

* * *

Cojo el spray de pimienta y abro la puerta de la habitación con cautela. Según el vendedor, este producto lo utilizan para alejar a los osos, así que supongo que también funcionará con un perro que hasta ayer estaba agonizante. El animal sigue tumbado en el suelo del cuarto de la plancha. No ha reunido fuerzas ni para levantarse a hacer sus necesidades y tiene las patas traseras y el rabo manchados. Las heces se mezclan con sangre y bolas de pelo. Abro la ventana aguantando la respiración mientras el perro me vigila con la mirada, resistiéndose a morir.

—Estás hecho una mierda, compañero.

Me acerco despacio y vuelve a gruñirme, pero algo me dice que no me va a hacer nada, que estábamos predestinados a encontrarnos. Le acerco el plato de agua.

—Bebe un poco, vamos.

El perro me mira a los ojos un par de segundos más y bebe poniéndose en mis manos. Yo sonrío y le acaricio la única parte del lomo que tiene libre de

mordeduras.

—Vamos a tener que hacer algo con esto —digo levantando con delicadeza las vendas y observando las terribles heridas empapadas en Betadine.

Meto el antibiótico en otra salchicha y el perro se esfuerza por comérsela. Lo traslado con cuidado al cuarto de baño y le lavo y curo las heridas. Es un gladiador. No se queja ni protesta, solo me mira fijamente preguntándose por qué un ser humano lo trata con cuidado. Aun así, no se le ocurre mostrarme agradecimiento. Sigue mirándome sin variar la expresión, como una estatua acibillada de cualquier guerra. Antes de devolverlo a su habitación, la friego y llevo un colchón y unas mantas. Lo obligo a beber y a comer algo y se queda dormido. Tal vez ya nunca despierte.

Me cuesta una hora quitarme el olor a perro y, al encender el teléfono, veo ocho llamadas perdidas del doctor Oliver con sus respectivos mensajes. Insistente es, desde luego. También hay cuatro o cinco de Álvaro, de Lorena y varios números que no reconozco. Las ignoro todas y llamo a Eric. Me dice que ya no puede cambiar el turno pero que podría salir a la una e ir a tomar una copa. Quedo en recogerle cuando me llama mi psicóloga, que por lo visto me he saltado la cita que tenía con ella. No creo que vuelva a ir a su consulta para que me consuele, sinceramente prefiero al cura de la parroquia de San Agustín. Además, me cae bien y le hará un flaco favor a su currículum destaparse como la psicóloga que estuvo tratando a una sádica asesina en serie sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Me invento una excusa para posponer la siguiente cita, pero ella no me deja escapar tan fácilmente. Percibe que me ocurre algo.

—¿Va todo bien, señorita Aguilera?

—Sí, solo quería preguntarle algo, una curiosidad. Ustedes los psicólogos también tienen secreto profesional, ¿verdad?

—Claro.

—¿En los mismos términos que los curas? O sea, si supiera que voy, por ejemplo, a cometer un crimen, ¿podría denunciarme a la Policía?

—Ese era el debate más frecuente en la cafetería de la universidad. Hay muchas variables.

—¿Qué tipo de variables?

—No es lo mismo que usted me exponga en una sesión un deseo puntual de matar a que me diga que va a matar a una persona concreta y yo le dé credibilidad.

—Supongamos que le digo que voy a esperar en mi coche a que mi jefe salga a tomarse el café de las cinco y le voy a atropellar. Hoy.

—Llamaría a la Policía en cuanto colgara el teléfono.

Está claro que visitar a un cura sale mucho más rentable que ir a ver al psicólogo; es más barato y además le puedes contar lo que te dé la gana sin temor a que te delate. En el fondo, me da vergüenza decir que no quiero volver a verla, así que digo que me voy una semana de viaje y que la llamaré cuando vuelva.

Me paso por una ferretería y compro bridas, guantes y productos de limpieza, y en la Tienda del Espía de la calle Alcalá consigo un cañón amplificador de sonido con auriculares y grabadora con alcance de doscientos metros. Necesito escuchar a Genaro Cortés y no puedo acercarme tanto como a Cornel Popescu. Algo me dice que del gitano y de su fiel Ricardo no podría escaparme de una pieza.

Le doy de comer al perro —que lo ha vuelto a ensuciar todo— y pongo rumbo hacia el barrio de Pan Bendito, en Carabanchel. Es una colonia de bloques de viviendas abiertos a la calle mezclados con torres de más de diez plantas. Genaro Cortés y su familia se han hecho con un bloque de pisos cerca de la confluencia de las calles Real Madrid y Atlético de Madrid. Aunque en Pan Bendito cinco de cada diez son payos y solo tres gitanos, a estos últimos se los ve más. Los inmigrantes, los «payoponis», como los llaman los gitanos, están en tierra de nadie.

El paro de un barrio se ve en los adultos que ocupan las calles en horas laborables y aquí hay demasiados jugando al fútbol con niños o simplemente pasando la tarde apoyados en coches. Grupos de jóvenes se reúnen en un parque que muchos llamarían descampado. La única salida de unos chicos sin estudios es trapichear y aquí se venden drogas, gafas de sol, móviles, zapatillas, películas pirata, lo que sea. Es digno de admiración que un chico con parálisis cerebral causada por la falta de oxígeno durante el parto haya podido salir de estas calles y triunfar. Juan Manuel Montilla, el Langui, cantante y actor, nació y creció aquí.

Aparco a unos ochenta metros de la vivienda. En la puerta está el BMW rojo del Tony y varios coches más de alta gama. El chico, vestido con sus mejores galas, charla con tres o cuatro amigos. Es el jefe y todos le escuchan y le ríen las gracias. Me pongo los cascos y apunto con el amplificador hacia el grupo de chavales. Se escucha perfectamente, el problema es que se ve

demasiado y no creo que este sea el barrio apropiado para que me cojan jugando a los espías.

—Esta noche le mojo la oreja al Montoyita, primo —comenta el Tony muy crecido—. ¿Habéis *afanao* ya el buga?

—Un Mercedes SLK que se llevó ayer uno de los canijos de La Moraleja —asiente otro.

—Estará *amariconao*. Los payos no le saben pisar.

—Lleva poca gasolina, así pesa menos —dice el más joven.

—¿Tú estás gilipollas, primo? ¿Y si me persiguen los maderos?

Todos se ríen. Antes hacían las carreras de coches en el mismo barrio, pero unos badenes oportunamente colocados por el Ayuntamiento las han trasladado a la Vía Lusitana. Aquello es más largo y tiene varios carriles en los que se pueden poner a prueba los coches robados. Empieza a salir toda la familia del edificio, más de veinte personas y todas vestidas de fiesta. Genaro Cortés va a la cabeza, se acomoda en el asiento del copiloto de un Volvo XC90 y arrancan. Sigo a la caravana de coches hasta la puerta de la iglesia evangélica de Orcasitas. A las ocho en punto empieza el culto.

La pequeña iglesia está abarrotada, nada que ver con la de la calle Serrano. Un coro de unas treinta personas con guitarras, violines y cajones alaba a Dios mientras los feligreses entran en éxtasis. Es como una misa góspel, pero con palmas y bulerías. A algunos gitanos les extraña ver a una paya observándolo todo desde la última fila con los ojos como platos, pero son un pueblo hospitalario y nadie me dice nada. El pastor, sudoroso entre tanto canto, se acerca con un micrófono a un hombre mayor de la segunda fila.

—¡Nuestro hermano fue desahuciado por los médicos del hospital y gracias a nuestras oraciones Jesucristo le devolvió a la vida! ¡Alabado sea el Señor!

Los feligreses responden con aplausos y alabanzas. El pastor pide silencio y le da el micrófono al hombre. Todos se callan y se sientan a escucharle con respeto mientras muchas mujeres lloran realmente emocionadas.

—Jesucristo me salvó de la muerte. Me dijo que viviría más tiempo gracias a la devoción de nuestro culto. ¡Gloria a Dios!

—¡Gloria! ¡Cristo vive!

La gente se arranca a cantar dando gracias Dios por todo lo que les ha concedido con un sentido del ritmo asombroso. La hipnosis colectiva también me atrapa a mí y me sorprende dando palmas y gritando aleluyas. Tengo ganas de coger el micrófono y pedirles que recen por mí, pero el Pichichi, el presa canario y yo ya no tenemos salvación. Cuando van a recibir la Santa Cena — consistente en lo que me parecen pequeños cubitos de pan y un vasito de plástico con vino—, salgo de la iglesia y vuelvo a mi coche, todavía impresionada por lo que he vivido.

En el coche vuelvo a ponerme los cascos y apunto con el micrófono a la puerta de la iglesia, pero solo grabo conversaciones cruzadas ininteligibles. Veo un aparcamiento bastante más cerca del templo y me arriesgo. Allí puedo enfocar a Genaro Cortés y le veo hacer un aparte con su mano derecha.

—El cornudo está piando demasiado —dice Ricardo—. Anoche se emborrachó en la plaza y dijo que te pegaría un tiro si volvías a tocar a su mujer.

—Me cago en sus muertos —escupe Genaro—. ¿Dónde viven ahora?

—Puerta con puerta con la Manolita, la que echa las cartas en el barrio —responde Ricardo.

—Mañana por la tarde me la follo por última vez y les das puerta.

—¿A los dos?

—A los dos.

¿Quién puede decir que este gitano no se merece morir? Acaba de alabar a Dios y acto seguido ordena un doble asesinato. Tengo la impresión de que nunca más se follará a la mujer del cornudo, sea quien sea.

* * *

—Ya tenemos la lista de los clientes de Fiona Hansen —dice el agente Martos entrando en el despacho de la inspectora Gutiérrez con un papel en la mano.

—Por fin... ¿Algún nombre conocido?

—Todavía no he tenido tiempo de meterlos en el ordenador, pero a mí ninguno me ha llamado la atención. Míralos tú misma.

La inspectora estudia los once nombres de la lista con detenimiento y no reconoce ninguno, ni siquiera el que está en el octavo lugar: Jaime Vicario, el exnovio de Marta Aguilera.

—Veamos si alguno tiene antecedentes penales.

La inspectora Gutiérrez y el agente Martos meten los nombres en la base de datos y descubren que tres de ellos han tenido problemas con la Justicia, pero ninguno por delitos de sangre.

—Un estafador de altos vuelos, un defraudador de Hacienda y una que estrelló su Porsche puesta hasta las cejas de anfetaminas —dice el agente Martos decepcionado—. Ninguno parece un asesino.

—No, pero tendremos que empezar por ellos...

La inspectora llama al telefonillo de un chalé de Aravaca y contesta una mujer con acento sudamericano, seguramente la asistenta.

—¿Dígame?

—Hola, buenas tardes. Preguntamos por don Javier Checa.

—¿De parte de quién?

—De la Policía.

La asistenta se asusta y la oyen gritar hacia el interior de la casa: «¡Señor! ¡Unos policías preguntan por usted!». El señor y la señora Checa enseguida se asoman a la puerta con cara de susto.

—Buenas tardes, agentes —dice el marido—. ¿En qué podemos ayudarles?

—Solo queríamos hacerle una pregunta, señor Checa. No le haremos perder demasiado tiempo.

—Usted dirá.

—¿Recuerda que el mes pasado hizo una compra en la joyería de Fiona Hansen?

—Sí, claro. Fue una pulsera que le regalé a mi esposa en nuestro veinte aniversario, ¿por qué?

—¿Podríamos verla? Es solo una comprobación rutinaria.

—Ve a buscarla, Marisa.

La señora Checa asiente y entra en la casa. A los pocos segundos vuelve a aparecer en la puerta con la pulsera del mismo modelo que les enseñó la diseñadora de joyas y la inspectora comprueba que allí están los dos pequeños tornillos. Al salir de Aravaca, los dos policías van a la calle Guzmán el Bueno y a San Sebastián de los Reyes, pero los tres clientes de la joyería de esa lista con antecedentes penales siguen teniendo en su poder sus joyas intactas.

—Al menos, solo nos quedan ocho por comprobar —apunta frustrado el agente Martos al salir de la última de las tres casas.

—El problema es que por lo menos dos de ellos viven fuera de Madrid. Hay que ponerse en contacto con la Policía de sus ciudades para que hagan las comprobaciones.

—Hay otro que vive de camino a la comisaría, en la calle Joaquín Costa —dice Martos comprobando su libreta—. Un tal Jaime Vicario, agente de bolsa.

—Vayamos a verle.

Cuando están llamando a la puerta del domicilio, una vecina que llega de pasear al perro se acerca hasta los agentes.

—Si preguntan por Jaime, no está. Ha salido de viaje.

—¿Sabe dónde ha ido?

—¿Quién lo pregunta? —la mujer desconfía.

—Tenemos bastante prisa, señora —responde la inspectora enseñando su placa—. Si sabe dónde ha ido, díganoslo, por favor.

—Suele ir a reuniones en Qatar o en algún sitio de esos. Cosas de bancos o de inversiones. Creo que se dedica a eso.

—¿Cuánto suele tardar en regresar de esos viajes?

—Tres o cuatro días. Se ha marchado hace un ratito.

La inspectora Gutiérrez conduce a toda velocidad hacia el aeropuerto Adolfo Suárez. Los policías aparcan en la puerta de la terminal 4 y se abren paso enseñando sus placas a los clientes que esperan en el mostrador de Información.

—Buscamos a un hombre que viaja a Qatar esta misma mañana. Su nombre es Jaime Vicario.

La señorita busca apresurada la información en su ordenador.

—Su vuelo sale en unos minutos, agente. Puerta de embarque D14.

La inspectora Gutiérrez y el agente Martos van hacia el control de pasajeros y, tras enseñar sus placas y dejar a la Guardia Civil la custodia de sus armas, corren por los pasillos llenos de viajeros hasta la puerta D14. Allí solo queda una joven azafata de tierra jugueteando con su teléfono móvil.

—Disculpe, señorita. Queremos hablar con uno de los pasajeros que acaban de subir al avión que va a Qatar.

—¿Se trata de un aviso de bomba? —pregunta asustada.

—No, no tiene nada que ver con eso. Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Me temo que es tarde para eso, agente. Ya ha salido a pista para el despegue..., aunque si el pasaje corre algún peligro, puedo avisar para que se detenga.

La inspectora Gutiérrez duda mientras ve el avión alejarse por uno de los enormes ventanales del aeropuerto. El agente Martos adivina sus intenciones.

—Si paramos el avión y después no tiene nada que ver, nos puede caer la del pulpo.

—Joder... —se frustra la inspectora al saber que su ayudante tiene razón.

—¿Cuánto tarda el avión en llegar a Qatar? —le pregunta Martos a la azafata.

—Unas seis horas y media.

—Podemos dejarle un mensaje en el contestador para que nos llame en cuanto aterrice —el agente vuelve a hablar con su jefa.

—¿Y ponerle sobre aviso? —la policía cabecea—. No, no sabemos si ese tornillo lo perdió de su reloj. Si de verdad tuviera algo que ver o está encubriendo a alguien y se entera de que le estamos buscando, es capaz de no volver. Me suena que Qatar no tiene tratado de extradición con España.

—¿Entonces?

—Tenemos que enterarnos de dónde trabaja. Mientras tanto, manda a López y a Sanz a comprobar los siete nombres que quedan.

La inspectora Gutiérrez y el agente Martos entran en una enorme oficina de una de las torres de plaza de Castilla. Mientras esperan a que avisen a la secretaria de Jaime Vicario, observan a decenas de hombres y de mujeres dando órdenes de compra y de venta por teléfono. Todos gritan mientras comprueban las grandes pantallas que hay colocadas en la pared, repletas de siglas ininteligibles y de números cambiantes.

—Joder... —dice Martos impresionado—. Y después nos quejamos de que lo nuestro es estresante.

—Lo que puede ganar cualquiera de estos en una semana no lo vemos tú y yo ni en seis meses.

—Para comprar relojes de tres mil doscientos euros ya pueden ganar pasta, sí.

Una secretaria de unos cincuenta años sale a recibirlos apurada.

—Discúlpenme, agentes. Estamos justo en el cierre de la bolsa y esto es una locura.

—No se preocupe —dice la inspectora Gutiérrez—. Tenemos entendido que es usted la secretaria de Jaime Vicario, ¿verdad?

—De él y de otros quince, sí.

—Queríamos saber cuándo regresa de Qatar.

—El jueves por la mañana temprano, a eso de las siete y media. Solo ha ido a hacer unas gestiones y a firmar un contrato con uno de nuestros clientes.

Los dos policías se miran. Aunque les gustaría hablar antes con él, cuatro días es un tiempo de espera asumible.

—¿Podría decirnos dónde localizar a su familia?

—Creo que tiene una hermana en Francia o en Bélgica o por ahí. Y sus padres se jubilaron hace unos meses y se fueron a vivir a Mallorca, pero desconozco sus señas.

—¿Sabe si mantiene una relación sentimental o tiene una amistad más estrecha con alguno de sus compañeros que pueda contarnos algo más?

—Lo siento mucho, pero, como comprenderán, aquí no tenemos demasiado tiempo para confidencias. La gente viene a hacer fortuna y no pierden el tiempo.

—Entiendo —la inspectora se resigna—. Le agradeceríamos que, si se comunica con el señor Vicario, no le diga que hemos venido preguntando por él, por favor.

—¿Por qué? ¿Ha hecho algo?

—Nada en absoluto, pero nos ayudaría mucho si hace lo que le pedimos.

—Como quieran...

Los policías se despiden de la secretaria agradeciéndole su colaboración y regresan a la comisaría. Allí les dicen que ya han comprobado otros cuatro nombres de la lista y todos conservan sus joyas intactas. Solo quedan otros tantos sospechosos, entre ellos Jaime Vicario, pero no podrán hablar con él hasta que su avión aterrice procedente de Qatar dentro de cuatro días.

* * *

El Pichichi se ha comprado tres gramos de heroína y dos de cocaína, el resto del dinero se lo ha guardado dentro de unos calzoncillos que no se ha cambiado en el último mes y medio. Todo sería perfecto si no fuera por la lluvia que no le va a dejar colocarse en paz y que hace que el dolor de la pierna le suba hasta la cadera. Se convence de que se lo puede permitir y va

hacia la casa de la Perla, en la entrada de la Cañada Real, pasadas las caravanas de autoservicio. Sabe que por quince euros puede alquilar una habitación y que por treinta puede dormir en la suite que reservan los gitanos para acostarse con las yonquis payas, con baño y agua caliente. Antes de entrar, saca un billete de cincuenta de los huevos y lo estira.

—Primeramente ve a lavarte y después vienes —le dice la Perla con desprecio.

—Te pago cuarenta por la suite.

—Cincuenta, que tendré que tirar las toallas.

El Pichichi se ducha de vez en cuando en los baños sociales, pero el agua no está tan caliente ni tiene la intimidad necesaria para masturbarse. Se sienta desnudo sobre la cama y se prepara el primer chute. Durante veinte minutos está en trance, formando a sus pies un charquito de babas que le caen de un lateral de la boca. Vacía su cartera y allí encuentra su documentación caducada y llena de mierda, una vieja fotografía de sus padres y un recorte de periódico. Es una entrevista que le hicieron a Alfonso Castro a principios del año 2009. El viejo entrenador contenía a duras penas la emoción que le producía haber descubierto al fenómeno. Debajo del titular: «Vicente del Bosque ya se ha interesado por Jesús Gala», hay apuntado un número de teléfono. Jesús descuelga y marca. La voz de un viejo, extrañado y soñoliento, contesta al otro lado del teléfono.

—¿Quién es?

—Hola, entrenador.

—Jesús, ¿eres tú? Prometiste que me llamarías y no sé de ti desde hace dos años.

—Estoy de lujo —mira los billetes que hay desperdigados sobre la cama y sonrío con tristeza—. Duermo sobre billetes.

—¿Dónde estás? ¿Quieres que vaya a buscarte?

—No, tranquilo. Ya es usted muy viejo y no me atrevo a subirme en su coche.

El viejo se ríe y hablan de los viejos tiempos durante una hora, recordando cada uno de los goles que Jesús Gala marcó para él.

—¿Qué cree que habría pasado de no cagarla, entrenador?

—Es difícil saberlo.

—¿Cree que habría llegado al Madrid?

—Probablemente.

—Le hubiera dado en toda la boca a uno que decía que en el Madrid no me querrían ni de recoge pelotas —dice Jesús sonriendo.

Al colgar se prepara el segundo chute, y quince minutos después ya no recuerda si se ha vuelto a chutar y se pone un tercero. Se tumba sobre la cama y se esfuerza por volver a tener la fantasía recurrente que tan bien le hace sentir...

Después de negarse a colaborar con su tío en el robo de aquel *pen drive* lleno de pruebas de una infidelidad, consiguió el ascenso con su equipo firmando un final de temporada apoteósico y fichó por el Real Madrid. En el primer entrenamiento de aquella temporada 2009-2010, Cristiano le pondría las cosas claras haciéndole ver que nadie iba a venir a mearle en las botas, pero él no tendría prisa, ya le llegaría la oportunidad de demostrar su valía y haría tambalearse la seguridad del *crack* portugués. A Iker le fusilaría sin compasión en cada entrenamiento, pero él y Raúl serían sus mejores amigos fuera del campo, está seguro de eso, los tres se habían abierto paso desde abajo del todo. También se llevaría bien con Sergio Ramos, con Marcelo y con Benzema, y en la selección con todos menos con Piqué; por muchas horas de concentración que pasara junto a él, no creía que llegara a tragarle. A veces, cuando la heroína es de muy buena calidad, se atreve a soñar que al gol de Iniesta en la final del mundial de Sudáfrica de 2010 todo el mundo lo conoce por el gol de Gala.

A Jesús Gala, el Pichichi, de veintisiete años, se le para el corazón a las tres y catorce minutos de la mañana, pero muere con una sonrisa en los labios imaginando que comparte vacaciones con Iker Casillas y con Raúl en Ibiza, en la casa frente al mar que se ha comprado con la ampliación de su contrato con el Real Madrid.

* * *

El perro sigue en la misma posición que lo dejé por la mañana, lo único que ha cambiado es que ya no gruñe cuando me acerco a él. Por lo demás, sigue sin tocar la comida y el agua y se ha vuelto a ensuciar. Pienso en variar mis planes y llevarlo a un veterinario que lo pueda curar, pero este perro ya es incurable. Tal vez sus heridas sanen, pero no su cabeza; en cuanto viera a otro perro, lo mataría sin dudarle. Hasta la una no he quedado con Eric, así que me da tiempo a lavarlo, a curarle las heridas y a obligarlo a comer y beber. Sigo

metiendo antibióticos dentro de salchichas y me doy cuenta de que puede que sea eso lo que le cause la diarrea, pero sus lesiones necesitan tratarse y no se me ocurre qué más darle aparte de pastillas y Betadine.

Mientras me ducho a conciencia y me arreglo, se me ocurre que quizá esta sea mi última cita con un hombre —después estaré muerta, demente o en la cárcel— y quiero estar espectacular. Pensaba estrenar otro de los vestidos que compré en el barrio de Salamanca, pero me decido por un camisero de Dolores Promesas que me sienta como un guante.

Espero a Eric en un bar cercano al Ten con Ten con la sensación de que todavía huelo a chucho. Supongo y espero no ser yo, sino la memoria de mis fosas nasales. Sale a la una y cuarto y viene hacia mí esbozando una enorme sonrisa.

—¿Dónde quieres ir? —me pregunta después de darme dos besos y decirme lo preciosa que estoy.

—Donde tú quieras.

—Me apetece bailar.

—Bailar no es lo mío, te lo advierto.

—No te creo.

Le propongo coger un taxi, pero me sube en su moto y me lleva callejeando hasta la calle Victoria, a la discoteca El Son. Hay música en directo y decenas de parejas bailan salsa en la pista, muchas de ellas compuestas por hombres negros y mujeres blancas. Algunas de esas mujeres son bastante mayores que sus acompañantes, así que pasamos desapercibidos.

—Primero vamos a tomarnos unos mojitos bien cargados para que se nos quite la vergüenza, ¿te parece?

—Me parece.

Me conduce a la barra y nos tomamos un par de mojitos. No me da tiempo a pedir el segundo porque empieza a sonar una canción que parece ser que le encanta y me arrastra de la mano hasta la pista de baile. Yo, aunque tengo mi ritmo, no soy tan desinhibida como él bailando y Eric lo nota.

—No pensaba que fueras tan tímida —me dice divertido.

—Una cosa es no ser tímida y otra moverme como una veinteañera con las hormonas revolucionadas.

Eric se ríe y me habla al oído.

—No quiero que me malinterpretes, pero desde el primer día he tenido la sensación de que querías bailar así conmigo.

—Tal vez, pero no en una discoteca... ¿Vamos a sentarnos un rato?

Eric asiente, me coge de la mano y me lleva hacia unos sillones, pero a mitad de camino me empiezo a encontrar realmente mal. Se me congela el sudor y me mareo. Intento seguir caminando, pero la parte derecha de mi cuerpo no responde.

—¿Te encuentras bien? —Eric me mira asustado.

—Sí. —Noto cómo se me doblan las piernas y me envuelve la oscuridad.

Eric está sentado en la sala de espera del hospital. Ya lleva dos horas allí y se empieza a poner nervioso. Un médico de urgencias se asoma a la salita.

—¿Familiares de Marta Aguilera?

—Yo he venido con ella —dice levantándose—. ¿Qué le ha pasado?

—Nada que se salga de lo normal, dado su historial.

—¿Dado su historial?

—El tumor de su cerebro sigue creciendo y estos episodios cada vez serán más habituales. Le he aconsejado permanecer en observación, pero se ha negado. Tampoco ha querido que llamemos al médico que la está tratando.

—Ya me encargo yo, gracias.

Cuando llego a la sala de espera, Eric fuerza una sonrisa disimulando la impresión que le ha causado saber lo que me ocurre.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Solo ha sido un mareo por falta de hierro. El médico me ha mandado comer más lentejas, y arreglado.

Eric vuelve a sonreír respetando mi intimidad.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Me temo que he estropeado la noche y ya estarán todos los bares cerrados. Lo siento.

—Podemos tomarnos la última en mi casa. Lionel está con una vecina.

Su moto se ha quedado en la discoteca cubana, pero me dice que ya la recogerá mañana y que vayamos en taxi, que será más seguro. Durante el trayecto me habla de su trabajo y de un curso de cocina que quiere hacer, pero yo noto que en su cabeza solo hay una idea: tumor cerebral. Tengo claro que lo sabe, pero aun así no ha salido corriendo y eso me gusta. Su apartamento está invadido por juguetes, balones, consolas, videojuegos y libros infantiles.

—No te asustes, también tengo una zona de adultos.

Me conduce a través del pasillo y subimos por una estrecha escalera hasta una terraza de unos veinte metros cuadrados que se ha reservado para él

solo. Hay un par de tumbonas de mimbre y una mesita. En una pequeña caseta tiene guardado un equipo de música y bebidas. En cinco minutos ha montado a mi alrededor una terraza *chill out* con velas y música cubana.

—No sé yo si te conviene tomarte una copa.

—Estoy bien. Una copa no creo que me mate. ¿Qué tienes?

—De todo. Aquí invertí parte de tus quinientos euros.

Me sirve un ron Arecha y nos sentamos. Aguanta unos minutos hablando de nimiedades hasta que lo suelta con cara de inocente:

—Y... ¿esos mareos te suelen dar muy a menudo?

—¿Qué te han dicho en el hospital?

—Nada... —titubea—. Bueno, que tenías algo en la cabeza y...

—No me voy a morir, si es lo que piensas —digo con absoluta tranquilidad—. Es un pequeño tumor, pero operable. En unos días viajo a Londres. Tengo un noventa y ocho por ciento de posibilidades de que todo salga bien.

—Gracias a Dios —respira aliviado—. Cuando escuché «tumor cerebral», me quedé blanco, y ya es decir.

—Pues imagínate yo. Pero no es nada, de verdad. No se me notará ni la cicatriz porque me la hacen en el nacimiento del pelo. En un par de semanas estaré perfecta.

Eric sonrío y cambia completamente de código. Se olvida de la obra de caridad y vuelve al momento anterior a mi desmayo en la discoteca El Son.

—Aquí sí puedes bailar como una veinteañera con las hormonas revolucionadas...

Me ofrece su mano y bailamos, bebemos y hacemos el amor en el *chill out* de una terraza de la calle Francos Rodríguez.

* * *

A Sergio le da vergüenza que los dos policías que le han puesto para protegerle de un improbable atentado de ETA le acompañen hasta la puerta de la facultad de Ciencias Químicas por la que llevaba semanas sin aparecer. Tras mucho insistir, consigue que le dejen en la esquina. El curso lo tiene perdido, pero le ha prometido a su madre que intentará sacar por lo menos un par de asignaturas. Al entrar en el vestíbulo percibe división de opiniones en las miradas de sus compañeros; la mayoría comprende y comparte lo que hizo

con la etarra Amaya Eiguibar, pero esos mismos también condenan su supuesta pertenencia a un grupo neonazi. Lo que más le jode es que sea Nuria una de las que le cuestione cuando él se ha comido muchos marrones por su culpa, entre ellos su última detención antes de Ávila. Al ver venir a la Policía en aquel concierto, le quitó las dos bolsitas de marihuana y dijo que eran suyas porque la chica ya tenía bastantes problemas legales.

—Tío, a mí esa gente no me mola, ya lo sabes.

—Fueron los únicos que me ayudaron.

—Porque les venía bien, no te jode. Les has hecho una publicidad de la hostia.

—Ya no tengo nada que ver con ellos, olvídate.

—Mejor... ¿Nos vamos a tu casa?

—Hoy quiero aparecer por clase.

—Aburrido.

Nuria le da un beso, le mete un porro en el bolsillo de la cazadora y va a hablar con un par de estudiantes de primero con cara de panolis que llevan un buen rato mirándola sin decidirse a abordarla. Sergio va a clase de Ingeniería Química y de Química Analítica, pide los apuntes y se va a fotocopiarlos y a ordenarlos a las gradas del campo de rugby de Arquitectura. Están en pleno entrenamiento.

—¡Psss, chaval! —le chista uno de los entrenadores—. Aquí no se puede fumar, y menos porros.

—Perdón.

Apaga el porro y se guarda lo que sobra en la chaqueta. Cuando está atravesando la arboleda de la facultad de Periodismo le salen al paso cuatro chavales. Por su indumentaria aparentemente descuidada y con símbolos anarquistas y sus cortes de pelo no es difícil adivinar que pertenecen a la extrema izquierda.

—Anda, coño, pero si es el facha que sale en la tele.

En un segundo se ve rodeado.

—No quiero problemas.

—Ya, la putada es que los tienes.

Sergio se agacha a tiempo y el puñetazo le da de lleno en la cabeza. El agresor grita de dolor al notar que se ha roto la mano y Sergio le golpea en el estómago, pero los otros tres le reducen y le machacan. Siente los golpes por todo su cuerpo mientras se acurruca en el suelo, pero el único que le duele de verdad es la patada en la cabeza. El de la mano rota seguiría ensañándose si

no hubiera sentido ese mazazo en los riñones que le deja sin respiración. El Rulo hace boxeo seis veces por semana y sabe bien que ese tío se tirará meando sangre de aquí a un mes. El antifascista se gira sorprendido y recibe un golpe en la mandíbula que le deja fuera de combate. Los dos neonazis que acompañan al Rulo atacan a los demás agresores de Sergio con el efecto sorpresa a su favor y no tardan en reducirlos a golpes. Dos se quedan inconscientes y los otros dos se escapan renqueantes.

—¡Mira cómo corren los putos guarros! ¡Corred, hijos de puta!

—Tenemos que irnos, Rulo —dice uno de los neonazis nervioso al ver que varios estudiantes miran la escena a distancia.

Sergio se va recuperando y se pone de pie aturdido al saber que el Rulo y sus amigos son quienes le acaban de salvar de pasar una temporada en el hospital. No parece tener nada roto aunque le duele todo, desde la cabeza hasta los pies.

—¿Estás bien? —le pregunta el Rulo.

—Sí... ¿Qué hacéis aquí?

—Somos tus ángeles de la guarda —sonríe el neonazi—. Ya hablaremos, ¿vale? Tenemos que pirarnos.

—Gracias.

—Hoy por ti y mañana por mí.

El Rulo le guiña un ojo y se marcha corriendo con sus amigos. Varios estudiantes se acercan a atender a Sergio y a los dos antifascistas. Dos chicas ayudan al hijo de la inspectora Gutiérrez a recoger sus apuntes, desperdigados por el suelo.

—Nosotras lo hemos visto todo. Si necesitas que declaremos o algo así, nos lo dices y no hay problema.

Sergio se lo agradece, toma sus datos y vuelve a casa. Allí le dice a su madre que tuvo problemas con unos estudiantes, pero que la cosa no ha ido a mayores y ya está arreglado. Se mete en la cama más preocupado que dolorido al saber que ya son dos los favores que les debe al Rulo y a sus amigos.

* * *

Hoy es el gran día. Me levanto temprano y limpio y alimento al perro, pero continúa sin reaccionar. Le doy otro antibiótico y lo dejo durmiendo con la sensación de que ya son dos los favores que le debe al Rulo y a sus amigos.

—Descansa todo lo que puedas, compañero. Volveré a por ti.

Cojo la pistola, la táser y un spray de pimienta y vuelvo a Pan Bendito. Una familia gitana canta y da palmas frente a una vivienda, incansables. Aminoro la velocidad al acercarme a dos chicas jóvenes que cargan con bolsas de la compra.

—Perdonad, ¿sabéis dónde echa las cartas una tal Manolita?

—¿Mal de amores, paya?

—Más o menos —sonrío.

—Tira recto y te encuentras un bloque de frente. Allí es, en el portal 4, segundo izquierda.

Agradezco sus indicaciones y aparco el coche frente a un edificio. Saco del maletero la mochila en la que guardo el instrumental que necesito y busco el 4. La urbanización no debe de tener demasiados años, pero está vieja, sucia y descuidada. El seto verde apagado que conduce a los portales está plagado de calvas y de agujeros con ramas peladas. El número del portal está quemado con un mechero y la cerradura reventada. En el buzón confirmo que la vidente vive en el segundo izquierda. Una pareja llamada Francisco Díaz y Sara Somoza viven en el segundo derecha. Espero que sean ellos para no darle un susto de muerte a un matrimonio que nada tenga que ver con Genaro Cortés. Subo por las escaleras, me pongo el pasamontañas y los guantes antes de salir al descansillo y llamo a la puerta. Con una mano sujeto la pistola y con la otra tapo la mirilla. Oigo unos pasos acercándose por el pasillo.

—¿Quién es? —pregunta el cornudo.

—Del Ayuntamiento.

La puerta se abre y la empujo con fuerza. El cornudo retrocede sorprendido. Yo entro rápidamente y cierro a mi espalda. Le apunto a la cabeza y me llevo el dedo índice a los labios.

—Calladito y no te pasará nada.

Sara, una gitana muy guapa, sale al pasillo y ahoga un grito.

—¿Qué quieres? —pregunta Paco levantando las manos y protegiéndola con su cuerpo—. Nosotros aquí no tenemos nada.

—¿Hay alguien más en la casa?

—No —responde ella aterrorizada.

—Entrad en el salón. Tranquilos. No os voy a hacer daño.

Los sigo hasta el salón y los hago sentarse en el sillón. La casa es humilde pero está limpia, con un enorme cuadro de un matrimonio mayor presidiendo el comedor y figuritas de porcelana por todas partes. Apago con

el mando a distancia el equipo de música en el que suena Niña Pastori sin dejar de apuntarles.

—¿Te acuestas con Genaro Cortés? —pregunto de sopetón a la mujer.

Ella baja la mirada abochornada. Él se pone agresivo.

—¿Quién cojones eres tú, tía?

—Solo quiero que me respondáis a la pregunta que he hecho. Ya os he dicho que, si estáis tranquilos y colaboráis, no os va a pasar nada. ¿A ti es a quien los Genaros llaman «el Cornudo» sí o no?

—Sí —se rinde apretando los dientes—. Le debo dinero por un bar que me traspasó y el muy cabrón se lo cobra así.

—¿Os gustaría que muriera?

Los dos se tensan y se miran desconcertados.

—No sabes de lo que hablas. El Genaro...

—Sí —interrumpe Sara con absoluta seguridad.

—Bien. Solo quiero que escuchéis una cosa y después decidís si os interesa colaborar conmigo, ¿de acuerdo?

Saco de mi bolsillo la grabadora y les hago escuchar la conversación de la puerta de la iglesia en la que Genaro Cortés ordena su muerte.

—Hijo de puta —masculla Paco apretando la mano de su mujer—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Solo comportaros como si no pasara nada.

Los tres nos comemos un asado de carne en silencio. Está riquísimo, pero no lo puedo disfrutar tanto como me gustaría porque solo me he podido levantar el pasamontañas hasta la nariz. A estas alturas y frente a unos desgraciados a los que voy a convertir en cómplices de asesinato no debería tener tantos reparos, pero desde que tengo conciencia siento algo de vergüenza por ser como soy.

—¿Y si nos coge la Policía? —pregunta Sara.

—Si hacéis exactamente lo que os he dicho os dejarán en paz. ¿Crees que podrás meter mi coche en el garaje sin que te vean? —pregunto mirándole a él.

—En este barrio nadie ve nada.

Sara recoge la mesa, limpia los platos y nos sentamos a ver la tele hasta el momento en que llaman a la puerta, sobre las siete de la tarde. Ya empezaba a temer que solo fuera una fanfarronada en caliente.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Sara se arregla la ropa y Paco la besa dándole ánimos y se encierra en el dormitorio. Yo me escondo detrás de la puerta del baño, en mitad del pasillo.

Hago una señal con la cabeza y la chica abre la puerta.

—Hola, Genaro —dice ella conteniendo su nerviosismo—. ¿Qué haces aquí?

—Dile a tu Paco que se vaya a dar una vuelta con Ricardo, bonita. — Genaro le toquetea las tetas por encima del vestido, sin muchas ganas de esperar—. Hoy tengo prisa.

—Paco está en la cama con fiebre. Hoy no va a poder ser.

—Ve a ver —le dice el gitano a su sicario.

Ricardo va hacia el dormitorio mientras Genaro y Sara pasan al salón. Cuando el sicario deja atrás el baño, salgo y le disparo a bocajarro en la nuca. El cráneo explota y redecora el pasillo de color rojo sangre. Su cuerpo sale despedido hacia delante y hace un ruido sordo al caer. Miro a mi espalda y veo que Genaro ha salido del salón y corre hacia la puerta. Le persigo y le disparo cincuenta mil voltios con mi Taser X26. Su cuerpo se paraliza y se convulsiona en el suelo. Paco y Sara me miran horrorizados, sin poder reaccionar.

—Tened cuidado no os manchéis. Si os descubren restos de sangre, se acabó.

Inmovilizo con bridas a Genaro Cortés, le amordazo con cinta aislante y Paco me ayuda a trasladarle hasta el maletero de mi coche. Como él mismo había dicho, en este barrio nadie ve nada. Volvemos a subir al piso y los ato juntos en el salón.

—A los policías les decís que un hombre con pasamontañas entró, os ató y os amordazó. Después ya no visteis ni escuchasteis nada hasta que llegaron Genaro Cortés y Ricardo Hernández.

—Si decimos eso y después te trincan y descubren que ha sido una mujer, sabrán que nosotros te hemos ayudado —apunta ella acertadamente.

A mí tampoco se me había pasado por la cabeza ese detalle, pero, si la inspectora Gutiérrez se entera de que Talión es una mujer, no tardará demasiado en venir a por mí.

—Decid que no me escuchasteis hablar en ningún momento. Entré cuando estabas tú sola, Sara, y Paco llegó después y se encontró con mi pistola en la nuca. Os até, os amordacé y os tapé los ojos sin decir una sola palabra.

—Si nos preguntan, no mentiremos —dice Paco.

—No creo que os pregunten eso precisamente, ellos buscan a un hombre, pero sí qué hacían aquí esos dos gitanos. En ese caso, yo os recomiendo tragaros el orgullo y decir la verdad.

—Si digo que ese cabrón se follaba a mi mujer se creerán que le he matado yo.

—En cuanto se haga cargo del caso, la inspectora Gutiérrez sabrá que no habéis sido vosotros, no os preocupéis. Empezad a gritar pidiendo ayuda dentro de una hora.

—Tú eres Talión —apunta Sara con perspicacia.

—¿Te parece mal lo que hago?

—No —responde con firmeza—. ¿Vas a matar a muchos más?

—A los que me dé tiempo.

Les dejo tres mil euros dentro de una figurita de porcelana imitación de Lladró por las molestias y por el arreglo del pasillo, saco varias fotos del cadáver de Ricardo y dejo una tarjeta de visita de la inspectora Gutiérrez sobre su cuerpo. Conduzco hacia el centro de Madrid mientras Genaro Cortés patalea dentro del maletero de mi coche. Paro en un aparcamiento y le meto otra descarga eléctrica que le deja nuevamente paralizado. Esta pistola es igual de eficaz y de divertida que la de verdad.

* * *

A Álvaro Herrero no le habían felicitado tantas veces ni el día de su cumpleaños. En los últimos días visita tantos despachos que le falta tiempo para trabajar. Para mañana necesita transcribir una entrevista que le ha hecho a un exagente del FBI especializado en asesinatos en serie y redactar un artículo de opinión sobre Talión, y lo malo es que todavía no sabe lo que opina de él. En lo más hondo aprueba lo que hace, pero decirlo en voz alta o pensarlo sin censurarse va en contra de quien, como él, condena con vehemencia la pena de muerte. Llega a su mesa a la vez que el repartidor deja un montón de cartas en la bandeja.

—¿Ha vuelto a escribir? —pregunta mientras rebusca entre la correspondencia.

—Hoy no hay *pen drive*. Lo siento.

Álvaro resopla y abre el correo. Las primeras cartas son de lectores felicitándole por su incorporación a *El Nuevo Diario*, otras de gente que cree que Talión es su vecino o su cuñado, invitaciones a fiestas, a inauguraciones de restaurantes..., y una factura de un servicio de grúa que abre sin darse cuenta de que no va dirigida a él. Al leer que la destinataria es Marta

Aguilera, guarda la factura en el sobre y lo mete en su chaqueta. Cuando tres horas después llega a casa, Cristina toma apuntes mientras ve un programa de cocina en la televisión. Las cosas entre ellos se han suavizado desde la última vez que hicieron el amor.

—Cariño, este fin de semana te hago fabada asturiana. Según el señor de la tele, es imposible que salga mal.

—Eso es porque no te conoce —responde Álvaro divertido.

Cristina se hace la indignada, Álvaro se ríe, le da un beso y se sienta con ella. Hablan de sus respectivos trabajos, de cogerse un fin de semana para irse a Canarias a tumbarse al sol, y deciden que empezarán a ver de una vez por todas la primera temporada de *Juego de tronos*, la serie de tanto éxito que, sorprendentemente, ellos todavía no han visto.

—Ve a ponerte cómodo mientras sirvo unas copas, corre.

Álvaro va a cambiarse de ropa y Cristina sirve las copas, pero al abrir una de las Coca-Colas se derrama sobre la chaqueta de su novio.

—Mierda.

Cristina la seca a toda prisa y saca del bolsillo un sobre empapado. Es la factura de grúa dirigida a Marta Aguilera.

—La he liado un poquito, cariño. La carta está empapada.

Álvaro saca el papel de dentro del sobre y lo agita en el aire para que se seque. Y entonces, no sabe si por casualidad o porque inconscientemente lleva días buscando algo, se fija en la fecha. Le llama la atención que el reporte de ese servicio sea del mismo día del que ha escrito tanto últimamente, del día del asesinato del pederasta Jonás Bustos. Después lee el motivo de la asistencia: «Batería descargada». Y finalmente la hora: «21:10».

—Esto tiene que estar mal —dice para sí.

—¿El qué?

—Esto. Es para Marta Aguilera y lo he abierto por error en el periódico. Pensaba llevárselo mañana, pero debe de estar equivocado. La grúa no pudo atenderla a la hora que dice aquí.

—¿Y por qué estás tan seguro? —pregunta Cristina extrañada.

—Porque a las nueve y diez de la noche de ese día Marta Aguilera estaba terminando de entrevistar a Jonás Bustos en Hoyo de Manzanares y aquí dice que seguía en Madrid.

—Entonces estará mal —Cristina se encoge de hombros—. Dile que me perdone por manchársela y que le debemos una cena por lo de tu trabajo. Venga, vamos a ver la serie de una vez, que llevamos un año para empezarla.

Álvaro y Cristina se sientan a ver la serie. Aunque está bien hecha y la historia parece interesante, el periodista no consigue meterse del todo. Siente un hormigueo, una extraña inquietud que no le permite concentrarse. A las sospechas sobre los verdaderos motivos que llevaron a Marta Aguilera a despedirse de *El Nuevo Diario* —y a estas alturas ya está convencido de que nada tienen que ver con un premio millonario en la Primitiva—, ahora debe sumarle esto. No sabe qué pensar.

* * *

A finales del siglo XIX los héroes deportivos no eran futbolistas, tenistas o pilotos, sino pelotaris. Tal era la fiebre por este deporte que solo en Madrid se construyeron cuatro grandes frontones entre 1890 y 1894. El más importante de ellos, el Beti-Jai —«Siempre fiesta», en euskera—, se inauguró el 29 de mayo de 1894 y se convirtió automáticamente en uno de los edificios más emblemáticos de la capital. El coliseo, con capacidad para cuatro mil espectadores, funcionó a pleno rendimiento hasta que en 1919 cerró sus puertas, cuando los espectadores empezaron a disfrutar más con los goles de Rafael Moreno Aranzadi, más conocido como Pichichi; Mariano Juaristi Mendizábal, *Atano III*, el mejor pelotari de todos los tiempos, jamás jugó en la llamada «Capilla Sixtina de la pelota».

El Beti-Jai se convirtió en comisaría durante la Guerra Civil, en almacén, en taller de reparaciones de Citroën y en hogar para vagabundos. Hoy es un edificio abandonado en pleno centro de Madrid. Sigue en pie en la calle Marqués de Riscal, a muy pocos metros de la Castellana, en uno de los barrios más caros de España.

Conocí el frontón Beti-Jai cuando fue declarado Bien de Interés Cultural en el año 2011. Había pasado decenas de veces por esa calle y jamás me había imaginado que tras esos muros tapiados y plagados de grafitis existiera esa joya arquitectónica tan absurdamente ignorada. En la asociación vecinal Salvemos el Beti-Jai me explicaron que todo era cuestión de dinero; la Comunidad de Madrid ofrecía una cantidad por expropiarlo y rehabilitarlo y los propietarios pedían el doble. Y mientras tanto el Beti-Jai se caía a pedazos. Un vecino me enseñó por dónde podía entrar sin ser vista y me explicó que el edificio mezclaba el estilo neomudéjar con la denominada «arquitectura de hierro». La cancha al aire libre, llena de vegetación y de

desperdicios, medía setenta metros de largo por veinte de ancho, y a un lado se levantaban cuatro plantas de graderíos con terrazas cerradas y barandillas de hierro forjado.

—Dime tú si esto no es una pena.

Recuerdo haber pensado que sí lo era, pero lo que no sabíamos ni él ni yo entonces era que habría un nuevo espectáculo en el frontón Beti-Jai.

Genaro Cortés está amordazado y atado a una silla en uno de los pasillos interiores del Beti-Jai. Cuando vuelvo a verle se revuelve intentando soltarse, pero es inútil, le he atado con todas mis fuerzas. Las bridas que he utilizado para sujetarle de pies y manos le han penetrado en la carne y ya se han formado pequeños charquitos de sangre bajo la silla. Le saco un par de fotos con mi móvil, coloco el silenciador en mi pistola y me acerco a él.

—Si te quito la mordaza, ¿vas a estar calladito? Es tarde y podrías despertar a los vecinos. Ya sé que a la gente como tú eso le da igual, pero a mí no.

Genaro se desgañita insultándome a través de la mordaza y yo le doy un tiro en la rodilla. Grita y suplica, pero sus quejidos están tan amortiguados que apenas se escuchan. Espero cinco minutos hasta que se tranquiliza.

—Volveré a hacerte la misma pregunta, Genaro. ¿Tú crees que podrás hablar bajito si te quito la mordaza?

Genaro Cortés asiente con la cabeza y se la quito.

—¿Qué buscas, paya?

—Será mejor que esa pregunta no te la responda todavía, o te vas a poner muy nervioso.

—Tengo billetes, todos los que quieras.

—Ya lo sé, pero yo no he venido a buscar tu dinero.

—Te diré dónde tengo enterrados cuarenta kilos de oro. Eso vale una *jartá*, mucho más de un millón de euros.

Le miro intentando descubrir si eso será verdad. Sé que los traficantes cobran muchas veces la droga en joyas familiares robadas por hijos drogadictos a padres desesperados y que algunos funden el oro y lo esconden por si las cosas se les complican. Se me ocurren un montón de cosas que podría hacer con un millón de euros: podría buscar la manera de hacérselo llegar a la ONG Bocatás, podría repartirlo entre las familias de las veintidós víctimas inocentes de Genaro Cortés o, mejor aún, podría pagar a la mafia

calabresa o a cualquier sicario colombiano para que continúe mi labor cuando yo ya haya muerto o me haya quedado lisiada. La lista de gente que se merece desaparecer es infinita.

—¿Dónde?

—Antes suéltame.

Le doy un tiro en la otra rodilla y Genaro Cortés grita, llora y se caga en mis muertos. Le pego el cañón de mi pistola en la frente y aprieto hasta que le hago una quemadura circular.

—Acuérdate de nuestro trato, Genaro. No chilles. ¿Dónde está el oro?

—En un desguace que tengo en Navalcarnero. Está enterrado debajo de un coche. Suéltame y te digo cuál.

—Se te han acabado las rodillas, ¿quieres que vaya a por los huevos?

Bajo la pistola hasta apuntar directamente a su entrepierna.

—Es un Renault 5 amarillo con el techo negro. Está en la parte trasera.

Yo le sonrío agradecida, saco mi cuchillo y le corto las bridas de los pies y de las manos. Él intenta levantarse, pero sus rodillas no responden y se cae al suelo. Me mira lloroso y suplicante, ya no parece un asesino tan despiadado.

—Ya te he dicho dónde está el oro. Deja que me marche.

—Antes tengo que presentarte a un amigo. Solo será un minuto.

Salgo del pasillo y recojo la masa de músculos y sangre que espera envuelta en una sábana. No creo que esté en condiciones de tomarse su venganza, pero se merece intentarlo. El perro me mira confuso mientras lo traslado y lo coloco a unos metros de su maltratador. El gitano adivina mi plan y se asusta.

—¿Qué vas a hacer, paya? ¿Estás loca?

Al escuchar su voz, el perro se incorpora como si nunca hubiera disputado ninguna pelea y gruñe clavándole la mirada.

—Adelante, es todo tuyo.

El perro tensa todos sus músculos por última vez y se lanza contra Genaro Cortés. El asesino intenta defenderse a golpes, pero a ese perro le han enseñado a matar desde que nació y le despedaza en menos de tres minutos. Cuando el hombre ya ha dejado de quejarse y solo se escuchan gorgoteos provenientes de un trozo de carne, el animal vuelve a mirarme jadeante, con algo parecido al agradecimiento. La sangre de sus heridas se mezcla con la del gitano. Es un perro rojo.

—Buen trabajo, amigo.

Al animal se le agota su tiempo de recuperación y se arrastra a duras penas hacia una esquina. Se acurruca y deja de respirar. Yo apunto con mi pistola a la cabeza de Genaro Cortés y disparo. No me queda trabajo por hacer, así que me limito a sacar unas fotos y le dejo una copia de la tarjeta de visita de la inspectora Daniela Gutiérrez sobre la frente. Entonces vuelvo a sentirme profundamente satisfecha.

* * *

Investigar un asesinato en Pan Bendito no es cómodo para la Policía, pero las circunstancias de este son tan excepcionales que la inspectora Gutiérrez ha tenido que venir personalmente. Media docena de agentes de la Policía Local las pasan canutas para contener a los vecinos curiosos. Un gitano aprovecha la presencia policial para sacar a relucir rencillas pasadas.

—Si no fuiste tú, fue el otro, el de la perilla —le dice a uno de los policías—. Me pusisteis una multa por la cara.

—Algo harías.

—*Na*, te lo juro por mis muertos. El payo decía que había pisado una raya. Ni que la hubiera roto, no te jode.

Los gitanos se ríen y empieza la fiesta.

—¡Señora! —le grita una mujer a la inspectora—. ¡Ándese a buscar chorizos a donde los políticos, que aquí *semos gente honrá!*

La inspectora deja atrás las risas y las bromas, atraviesa los jardines mal cuidados de la urbanización y entra en el portal número 4. Ve que los ayudantes del forense se llevan en una camilla el cadáver de un hombre cuya cabeza ha explotado en el pasillo de una humilde vivienda. En las escaleras se detiene a hablar con el agente Martos, que ha llegado unos minutos antes que ella.

—Supongo que no habrá muchos testigos.

—Ninguno. Aquí se niegan a colaborar con la Policía por principios.

—¿Y los vecinos?

—En la puerta de enfrente vive la vidente del barrio, pero se ve que hoy tenía mala conexión con el más allá porque no se ha enterado de nada.

En el salón varios policías hablan con una pareja que parece estar muy nerviosa y asustada.

—Buenas noches, soy la inspectora Gutiérrez.

Uno de los agentes le enseña un sobre de pruebas con la habitual tarjeta de visita de la inspectora manchada de sangre.

—Estaba sobre el cadáver.

—Gracias —dice cogiendo el sobre—. ¿Han reconocido al asesino?

—Según dicen, llevaba la cabeza tapada y no abrió la boca.

«¿Y eso por qué? —se pregunta la inspectora—. ¿Tal vez le conocían o fuese extranjero y no quería que identificaran su acento?»

—Me dicen mis compañeros que no pudieron ver al agresor.

—No, señora —responde el marido—. Llevaba un pasamontañas. Entró, nos dejó atados aquí mismo y esperó a que llegasen el Genaro y el Ricardo sin decir palabra.

—Aquí solo había un cadáver.

—Al Genaro se lo llevó —dice la mujer.

La inspectora intenta ordenar sus ideas. Está claro que Talión buscaba a Genaro Cortés, en todas las comisarías se conoce ese nombre desde que hace unos años fue sospechoso de envenenar a una veintena de chavales. Aunque tampoco le extrañaría que la gente empezase a matar a sus vecinos diciendo que ha sido el justiciero del que hablan en la tele. Por otra parte, le fastidia comprobar que, si realmente ha sido el mismo asesino que el de Jonás Bustos, Cornel Popescu y Yurik Ivanov, no se puede tratar de Jaime Vicario, el bróker que sigue en Qatar.

—¿Cómo pudo secuestrarlos sin decir una palabra? —Martos parece leerle el pensamiento a su jefa.

—A mí me cogió desprevenida cuando abrí la puerta —responde Sara—. Me tapó la boca y me puso una pistola en la cabeza.

—A mí, tres cuartos de lo mismo. Cuando entré en casa me encontré el percal.

—¿Cómo sabía el asesino que les visitarían Genaro Cortés y el otro hombre?

El matrimonio se mira con incomodidad. Sara se dirige a la inspectora, avergonzada.

—¿Podría hablar con usted a solas, señora?

La inspectora accede desconcertada y ambas se pierden en el interior de la casa por espacio de diez minutos. Cuando regresan, ordena montar un dispositivo de búsqueda del gitano secuestrado, pero no será hasta las nueve de la mañana cuando el agente Martos la llama por teléfono:

—Le han encontrado.

Como todos los que han entrado esa mañana en el frontón Beti-Jai, la inspectora Gutiérrez y su ayudante se quedan impresionados al descubrir algo así en el centro de Madrid. Los periodistas se agolpan en la calle Marqués de Riscal sin saber si el asesinato se ha producido en un piso o en otro lugar, pero con la certeza de que ha vuelto a ser obra de Talión. Un arquitecto de la asociación vecinal que intenta salvar el edificio lo descubrió a primera hora de la mañana y llamó a la vez a la Policía y a los periodistas. Antes de entrar, la inspectora y Álvaro Herrero han cruzado una mirada de complicidad. Están obligados a colaborar y ambos lo saben, pero hoy al periodista se le ve más preocupado que animado por el nuevo asesinato. Gutiérrez se detiene en el centro del recinto y mira a su alrededor desconcertada.

—¿Esto qué se supone que es?

—Un frontón de 1900 —responde Martos—. Ahora mismo estamos en mitad de la pista.

—Si eligió este lugar rodeado de viviendas es porque lo conocía bien y sabía que no habría nadie. Hay que hablar con los dueños o con quien se encargue de esto.

Se dirigen hacia el estrecho edificio y el inspector de la Científica los recibe. Varios agentes sacan fotografías y buscan pruebas en el lugar del crimen.

—El tío se va superando —dice el hombrecillo con tics quitándose la mascarilla—. Y esta vez se ha buscado ayuda. El perro le destrozó y él le remató.

La inspectora se fija en el cadáver de un perro bañado en sangre seca y se dirige al charco de vísceras y grumos. Se tapa nariz y boca con un pañuelo.

—De momento, he descubierto tres disparos —señala el inspector de la Científica—. Uno en cada rodilla y otro en la frente. Calibre cinco con siete.

—Una Five-seveN. No son fáciles de encontrar —dice Martos.

—¿Y la tarjeta?

—La tenía en la frente. Ya la han etiquetado.

—¿Del perro se sabe algo?

—Que está cosido a mordiscos. Probablemente lo hayan sacado de una pelea. A priori no hay disparos en su cuerpo.

La inspectora examina el edificio sin encontrar nada nuevo y se detiene en mitad de la antigua pista de frontón mirando las dos tarjetas de visita

manchadas de sangre en el interior de sendas bolsas de pruebas y los casquillos de la Five-seveN que hay dentro de otra. Sigue sin tener demasiadas pistas que seguir, pero de pronto siente cierta tranquilidad: Talión, sea quien sea, está a punto de cometer un error. Son demasiados platos los que ya tiene girando y solo es cuestión de tiempo que alguno se estrelle contra el suelo. Y ella estará allí para atraparlo y preguntarle por qué narices ha querido involucrarla. Aunque supone que, en cuanto le vea la cara, lo comprenderá todo. Martos se acerca con la misma incertidumbre que todos los implicados en esta investigación.

—¿Tenemos localizado al que encontró el cadáver?

La inspectora y su ayudante van a hablar con el arquitecto. El hombre les dice que pertenece a la Asociación Salvemos el Beti-Jai y que tenía permiso del Ayuntamiento para entrar a hacer unas comprobaciones por su próxima rehabilitación. Tampoco ahí hay demasiado de dónde rascar.

* * *

Creo el documento «Talión II» y me paso un par de horas buscando citas bíblicas para que acompañen a las fotografías de los cadáveres de Ricardo Hernández y Genaro Cortés, pero no me convence ninguna y me limito a escribir: «Ricardo Hernández y Genaro Cortés. Éxodo, 21».

Echo el sobre con el *pen drive* al buzón de Correos y conduzco por la autovía de Extremadura. Encuentro el desguace de coches del difunto Genaro Cortés en la carretera de Navalcarnero a Sevilla la Nueva. Llego media hora antes de la hora del cierre y me pongo a curiosear entre los coches aparcados. No es un desguace demasiado grande, pero fácilmente puede haber ahí varios cientos de vehículos apilados. No tengo acceso a la parte trasera, así que no puedo comprobar si es cierto que allí está aparcado el Renault 5 amarillo con el techo negro. En una caseta de obra quedan dos empleados: un gordo en camiseta interior de tirantes manchada de grasa y de comida y otro más joven con un casco de moto en la mano. Al verme, se acerca a mí.

—Vamos a cerrar ya, señorita.

—Estoy buscando faros y alguna pieza más para un Renault 5 de los antiguos. ¿Tenéis alguno?

El chico duda y mira su reloj.

—Tenemos de todo, pero tendrá que volver otro día. Yo ya me marchó.

—¿Te importa que eche un vistazo para que cuando vuelva mañana sepa lo que quiero? Solo serán un par de minutos y a ti te ahorraré trabajo.

El tipo vuelve a dudar, se encoge de hombros y se marcha en la moto que tiene aparcada junto a la entrada. Cuando compruebo que solo quedamos el gordo y yo en el recinto, me escondo detrás de un coche, me pongo mis guantes y mi pasamontañas y espero hasta que le veo salir de la caseta para cerrar la puerta del desguace. Tarda casi diez minutos en hacer cincuenta metros de ida y otros cincuenta de vuelta, así que me cuelo en la oficina sin ningún problema y le espero apuntando hacia la entrada con mi pistola. Cuando al fin llega y se asoma, el pobre gordo se lleva un susto de muerte.

—Aquí no tenemos dinero —dice levantando las manos—. Casi todo el mundo paga con tarjeta de crédito.

—Entra y siéntate ahí —señalo su silla con la pistola.

El gordo se sienta y yo le tiro una brida sobre la mesa.

—Átate las muñecas y tira de la brida con los dientes. Hazlo fuerte o te lo hago yo, y lo más probable es que se te gangrenen las manos.

El gordo obedece y se esposas las muñecas. Tira tan fuerte con los dientes que la sangre deja inmediatamente de circular. Si le dejo así, en unos cuantos minutos perderá la movilidad para siempre.

—Qué bruto eres, joder.

Tiro otra brida sobre la mesa, saco mi cuchillo y le libero.

—Vuelve a ponértela, pero no aprietes tanto.

El pobre hombre obedece y se vuelve a esposar. Compruebo que ha quedado bien sujeto y me siento frente a él.

—¿Va a venir alguien más?

—A las doce viene el guardia y se queda hasta las ocho de la mañana.

—Y hasta las doce estás tú solo, ¿no?

El hombre asiente nervioso.

—¿Sabes quién es Genaro Cortés?

—Sí, señora. El dueño de todo esto, pero si viene a reclamarle algo, lo lleva jodido; Talión se lo cargó ayer.

—Vaya por Dios... ¿Venía mucho por aquí?

—Yo le vi una vez hace tres o cuatro años. Quien viene de cuando en cuando es Ricardo. Bueno, más bien venía —se corrige—; Talión también se lo ha cargado.

—¿Y qué hacía cuando venía?

—No tengo ni idea. Solía irse a la parte trasera.

Le pido que se levante, le inmovilizo con varias bridas más y le ato a una estantería llena de neumáticos viejos con cuerdas y un rollo de esparadrapo. Le meto un trapo en la boca y le amordazo.

—No hagas tonterías, ¿de acuerdo?

Voy hacia la puerta trasera y veo varias pilas de tres o cuatro coches. En una esquina hay un Renault 5 color vainilla con el techo gris. Supongo que antes era amarillo y negro, pero la lluvia y el sol lo han transformado. Tardo una hora en hacerme con los mandos de una grúa y conseguir mover el coche y otra más en quitar algunas piedras y excavar el medio metro de tierra dura. Genaro Cortés no mentía. En varias cajas de vino hay lingotes de oro y en otra más una maraña de cadenas, anillos, relojes y crucifijos. Las cargo sudorosa en una carretilla y me detengo frente al gordo, que sigue atado y respirando ruidosamente por la nariz.

—Si el guardia es puntual, solo tendrás que esperar cincuenta minutos.

De regreso a casa recibo una llamada de mi amiga Lorena. Vuelvo a ignorarla como he hecho estos últimos días con el doctor Oliver, con Álvaro y con el resto de mis amigos. En mi estado de WhatsApp he puesto simplemente «De viaje. Os llamaré cuando vuelva». Escondo parte del oro en mi trastero, meto diez lingotes en una pequeña mochila y subo a mi casa con la intención de hacérselos llegar a Eric de alguna manera. Cuando veo quién está esperándome en la puerta de mi piso, me quedo paralizada.

—Hola —dice mi recientemente descubierta hermana Natalia—. Tú y yo deberíamos hablar, ¿no crees?

—¿Hablar de qué?

—De que te apellidas como mi padre y somos clavadas.

* * *

Si en cualquier velatorio gitano las muestras de dolor son incontenibles, en el de Genaro Cortés los gritos y los lamentos los oyeron hasta los conductores que pasaban por la M-30 cercana al tanatorio; tal era el destrozo que había sufrido a manos de aquel perro que al patriarca de los Genaros no se le pudo reconstruir para ser exhibido y despedido por los suyos. Cientos de gitanos y gitanas venidos de todas las partes de España —ellas vestidas de luto riguroso y ellos con barba de varios días y pañuelos negros anudados al cuello en señal de dolor y respeto— siguieron al carruaje tirado por dos

caballos blancos en el que iba el féretro. Los operarios del cementerio de La Almudena se las vieron y se las desearon para contener a las hordas de amigos y familiares que querían acercarse hasta la misma fosa para darle el último adiós al finado. El mausoleo estaba decorado con decenas de ramos y coronas de flores y con cuatro figuras de flamencos rosas, símbolo de la población francesa de Saintes-Maries-de-la-Mer, donde todos los años se realiza la romería en honor a Sara la Negra, que, según cuenta la leyenda, era una esclava gitana que acompañó a los restos de Jesucristo desde Tierra Santa junto a María Magdalena, santa Marta, María Salomé y María Jacobé. Pero lo que más llamó la atención fue la estatua a tamaño real que presidía la tumba. El realismo era tan asombroso que algunos decidieron vestir la efigie con las ropas del muerto y le colocaron sus cadenas y su reloj de oro. Para evitar que alguien la profanara, dejaron a dos yonquis vigilándola día y noche durante dos semanas, hasta que a alguien se le ocurrió ataviar a la estatua con las pertenencias de Genaro Cortés solo cuando fueran a visitarle.

Unas horas después de despedir al patriarca, y aunque a la familia le hubiera gustado guardarle luto durante al menos un mes, tuvieron que ocuparse del negocio. Los miembros principales de los Genaros se reunieron en el dúplex de Pan Bendito.

—Las cosas quedarán igual —dijo el Tony muy seguro de sí mismo, erigiéndose en heredero del clan a pesar de su juventud—. En el sector VI seguiremos mandando nosotros, como si no hubiera pasado nada.

—Los del clan de la Juana no respetarán los acuerdos que alcanzaron con tu padre, Tony —objetó el tío Ramón—. Si se conformaban con nuestras migajas era por el miedo que le tenían.

—Entonces, yo tendré que darles el mismo miedo.

La primera demostración de poder del Tony sería liquidar a dos gitanos que trabajaban para la Juana traficando con droga en el territorio de los Genaros. Desde hacía meses sabían que la matriarca del clan rival los enviaba a comprar la mercancía a unos payos que la traían desde Turquía en embarcaciones de recreo y la distribuían en varios puntos de venta de la Cañada Real con una calidad muy superior a la que ellos vendían, una droga que aún admitía varios cortes. No les hacían demasiado daño, pero acabar con ellos era la manera de demostrar que el clan al mando seguía siendo el mismo y que con la muerte del patriarca nada había cambiado. Desde que vio la

película brasileña *Tropa de élite*, el Tony siempre había soñado con hacer lo mismo que en ella les hacían a dos confidentes de la Policía: el microondas.

Los dos gitanos lloraban y suplicaban clemencia dentro de la pila de neumáticos usados. No supieron lo que les iban a hacer hasta que los rociaron con gasolina y vieron llegar al Tony con uno de los mil Zippos que regaló en la celebración de su veintiún cumpleaños unos meses atrás. Igual que hizo su padre cuarenta años antes en las Tres Mil Viviendas sevillanas, el pequeño de los Cortés mostró su verdadera cara en cuanto tuvo vía libre para actuar a sus anchas. Fue el único que no se retiró por el calor que desprendían las dos piras funerarias; quería escuchar hasta el último grito de sus dos primeras víctimas como nuevo patriarca del clan.

Al contrario que la mayoría de los clanes dedicados al tráfico de drogas, en la familia de la Juana no había tradición como traficantes. Su primer contacto con bandas del crimen organizado tuvo lugar hacía solo tres años en las fiestas patronales de Valdemorillo, cuando el hijo mayor de los Rubios se acercó a su puesto ambulante de manzanas asadas y algodón dulce, herencia de su marido fallecido hacía algunos meses a causa de un cáncer de páncreas. Aquel día estaba sola con su hija de quince años. Los dos varones, gemelos de diecisiete, se ocupaban las noches de mayor afluencia en los coches de choque, propiedad de unos primos segundos suyos.

—Señora Juana, si quiere protección tiene que pagarla, ¿o se cree que nosotros vigilamos todo esto por amor al arte?

—Yo no necesito protección ninguna, hijo. ¿Qué me van a robar, dos manzanas asadas?

A la mañana siguiente, la caravana en la que se movían de feria en feria apareció con las cuatro ruedas pinchadas, pero ella decidió que cambiarlas sería más barato que pagar el veinte por ciento de las ventas que aquella mafia exigía. Dos semanas después, la caravana amaneció calcinada. La Juana no tuvo más remedio que ir a hablar con el patriarca de los Rubios para pedirle el crédito que todos los bancos le denegaban.

—Hagamos una cosa, doña Juana —le dijo don Silverio con una falsa amabilidad—. Yo a usted le regalo una caravana nueva, más grande y moderna que la que tenía, y a cambio nos hacemos socios.

—¿En qué porcentaje?

—Mitad y mitad. Con su parte usted paga los permisos de los ayuntamientos, la materia prima y pone la mano de obra, faltaría.

A Juana no le quedó más remedio que aceptar, pero al poco tiempo se dio cuenta de que ella y sus hijos se habían convertido en esclavos de los Rubios, trabajando por un mísero jornal mientras que todos los beneficios iban a parar a su socio. Una mañana, al ir a poner la lavadora, descubrió una piedra de hachís en los pantalones de uno de los gemelos. La observó, la olió y esperó con ella en la mano a que sus hijos volvieran de trabajar. Nada más entrar, les pegó un guantazo a cada uno.

—¿A qué viene esto, *mama*? Vaya hostia nos has pegado sin venir a cuento —dijo uno de ellos frotándose la cara.

—¿Cuánto os cuesta esto? —preguntó mostrando la piedra de hachís.

—No es nuestra —contestó el otro gemelo a toda prisa—. Se la estamos guardando a un payo.

—O me respondéis a las preguntas o me lío a palos —dijo amenazante.

—Ahí deben de quedar unos quince euros, pero el ladrillo lo hemos comprado con los primos por cien. Sale mucho más barato.

—¿Cuánto es mucho más barato?

—De ese ladrillo vendido en piedras de a diez euros se sacan ciento sesenta o ciento setenta fácil. Si se les vende a los payos, hasta doscientos.

La Juana invirtió los trescientos euros que le quedaron limpios ese mes en tres pastillas de hachís y los quinientos que sacaron —sin tocar un solo euro— en cinco más. Cuatro meses después distribuían junto con las manzanas asadas un kilo semanal, y al año hicieron su primera gran inversión: cien kilos de hachís de la mejor calidad comprados en Cádiz a mil euros el kilo y vendidos en Madrid por dos mil quinientos. A partir de ese momento la Juana empezó a elevar sus miras y contrató a cuatro gitanos sin familia y con muy poquitos escrúpulos para hacer grande su negocio. Con los bolsillos llenos por una vez en su vida, lo primero que hizo fue ajustar cuentas.

—Para eso, lo mejor es un colombiano —le dijo el Cani, que ya había trabajado para la Paca en Mallorca hacía unos años—. Yo conocí a uno en la cárcel que por seis mil euros liquida hasta a su madre.

—Quiero hablar con él.

Silverio, el patriarca de los Rubios, fue como cada martes a forzar a la hija de los dueños del Saltamontes, una de las atracciones que mejor funcionaban en la feria. A los padres, en lugar de las abusivas comisiones por la supuesta protección de su clan, les cobraba en especie. Para Margarita, una

más que desarrollada gitana de quince años, no solo era humillante que la tomara una vez por semana un viejo que cuadruplicaba su edad, lo peor era que no se podría casar de la manera tradicional: jamás superaría la prueba del pañuelo para demostrar su honra ante su comunidad. Silverio salió satisfecho de la *roulotte* en la que acababa de acostarse con la niña y no vio a aquel colombiano acercarse por su espalda.

En cuanto la Juana se quedó sin socio, pasó de ser una pequeña traficante a la matriarca del temido clan de la Juana. Su intención era situarse en lo más alto de la pirámide, pero enfrentarse al Genaro era una locura, tendría que esperar a que llegase su oportunidad. Y Talión se la puso en bandeja.

El humo negro de los neumáticos se divisaba a muchos kilómetros de distancia. El Cani lo vio mientras se tomaba una cerveza en la puerta del punto de venta que controlaba para la Juana y pensó que habría habido un accidente en la M-40 cercana al poblado chabolista. Fue uno de los gemelos —que ya habían cumplido veinte años— quien le dijo que aquel humo provenía de la incineración de sus dos sobrinos.

—Déjeme vengarlos, *señá* Juana —suplicó el Cani—. Llevaban mi sangre y los han matado como a perros.

—Te vengarás —respondió la matriarca con frialdad—. Matarás al Tony de igual manera si quieres, pero antes tenemos que controlar a los demás clanes.

La Juana se reunió con los patriarcas de los demás clanes e hizo exactamente lo mismo que unos años atrás había hecho Genaro Cortés con ella.

—O conmigo o contra mí.

Los primeros en morir fueron el tío Ramón y sus dos hijos, acribillados desde un coche a la salida de misa. Al día siguiente cayeron dos sobrinos del Genaro y al siguiente otro más. La madre del Tony le rogó a su hijo que acabara con aquella carnicería y el joven patriarca no tuvo más remedio que concertar una cita con la Juana.

La reunión se celebraría en casa del tío Eliseo, supuestamente un lugar neutral. Cuatro gitanos ajenos a la guerra entre el clan de los Genaros y el de la Juana registraron a conciencia a todos los asistentes, incluida la señora de sesenta años que saldría de allí como dueña absoluta del tráfico de drogas de la capital.

—Si estamos aquí es por mi madre —dijo el Tony con suficiencia—. No quiere más muertes.

—Empezaste tú.

—Esos dos gitanos traficaban en nuestro territorio.

—Tu padre dio permiso para eso.

—Mi padre ya no está aquí.

—Pronto te reunirás con él y podréis discutir tus errores.

Los mismos cuatro gitanos que habían despojado de armas a los asistentes a la reunión, sacaron las suyas y apuntaron con ellas al Tony y a sus dos primos.

—Perra, me cago en tus muertos *pisoteaos* —escupió el muchacho.

—Quiero presentarte a alguien, hijo. —El Cani entró en la casa con los ojos inyectados en sangre—. Él es el tío de los dos muchachos que quemaste, la única familia que le quedaba.

A los dos primos del Tony los pusieron de rodillas y los ejecutaron allí mismo de un tiro en la nuca. Al chico le esperaba una muerte mucho más lenta y dolorosa. Si su película favorita era *Tropa de élite*, la del Cani, como buen creyente, era *La pasión de Cristo*. Al Tony le enrollaron un alambre de espino alrededor de la cabeza, le dieron trescientos latigazos con una cuerda coronada con esferas de hierro y le atravesaron manos y pies con una Black & Decker. Como no pudieron hacerse con una cruz para dejarle pudrirse al sol, decidieron colgarle de las manos y desollarle. Para desgracia de sus torturadores, solo le habían arrancado la piel de una pierna cuando el muchacho sufrió un infarto.

La casa pintada de verde se pintó de blanco y ya nadie se atrevió a llamarla la casa de los Genaros, sino la de la Juana.

AMAYA Y DANIELA

—Mira, no tengo claro que esto sea una buena idea, Natalia. Lo mejor es que te olvides y vuelvas a Málaga.

Natalia me mira decepcionada mientras se toma una cerveza sentada en el sillón de mi casa. No hay duda de que somos hermanas, hasta cogemos la botella de la misma manera y, al beber, nos colocamos el pelo exactamente igual por detrás de la oreja. Olfatea el ambiente y arruga la nariz.

—¿Tienes perro?

—No...

—¿No? Pues aquí huele a mierda de perro.

—De vez en cuando le cuido el perro a una vecina. Se lo devolví ayer. — Intento centrar el tema—. No tiene sentido que estemos aquí hablando.

—Tía, ¿no tienes nada de curiosidad?

—Ninguna.

—Entonces, ¿por qué viniste a vernos a Málaga?

No sé muy bien cómo lidiar con esto. Me parece increíble estar charlando con una hermana que hasta hace unos días no sabía que existía, pero mi situación es delicada. Quiero decirle que se marche corriendo y que siga con su vida, que mi biografía no le va a enorgullecer precisamente y que solo le voy a complicar la existencia. Es probable que en muy pocos días la acosen por la calle preguntándole por su hermana la asesina.

—Vale, ¿qué quieres? Te puedo hacer una transferencia para que pagues los cuidados de tu madre. Ahora me coges bien de dinero.

—Métete tu dinero por donde te quepa —dice ofendida—. Solo quiero que me respondas a unas preguntas.

—Perdóname, tienes razón. —Me calmo y me siento—. ¿Qué preguntas?

—¿Tú sabías que tenías una hermana?

—No... ¿Tú?

—Una vez escuché a mi madre hablar por teléfono con mi tía. Le dijo que la niña había empezado a estudiar Periodismo y me quedé con la copla. Años después escuché a mis padres discutir porque se había muerto la madre de la niña y no sabían si viajar a Madrid.

—Que yo sepa, no viajaron.

—Eso ya no lo sé. Siempre sospeché que había algo raro, pero me olvidé... hasta que te vi el otro día. Al principio pensé que te conocía de algo, pero al rato de marcharte lo tuve claro y se lo pregunté directamente a nuestro padre. Me lo contó todo, aunque él no te había reconocido. Me enseñó un recorte de periódico en el que salías tú después de ganar una medalla haciendo gimnasia rítmica.

—Eso fue con catorce años.

—Por eso no te reconocería —se encoge de hombros.

No sé hacia dónde me lleva esta conversación, pero necesito terminarla cuanto antes. Tengo muchas cosas que hacer antes de tomar una decisión con respecto a mi operación y el tiempo se me agota. Cada día me siento más débil y empiezo a comprender que la enfermedad que hasta ahora me ha respetado va a venir a por mí de golpe. El hormigueo en piernas y brazos avanza despacio pero incesante en intensidad.

—¿Tienes más preguntas?

—No..., bueno, sí. ¿Vas a querer que quedemos algún día para charlar o algo?

—El problema es que me marcho a trabajar al extranjero, a Nueva York. Me voy en un par de días y no tiene sentido que ahora tengamos ninguna relación. Mejor dejarlo estar.

—Que no te estoy pidiendo que vivamos juntas, tía. Solo que nos tomemos una cerveza y charlemos de nuestra vida.

Noto que para ella esto es importante y cedo. Después de haber venido desde Málaga, no es justo negarle una cerveza.

—¿Has cenado?

—Una bolsa de patatas fritas en el AVE.

—Tómame otra cerveza mientras me cambio. Solo tardo un minuto.

Me doy una ducha rápida y compruebo mi móvil. Álvaro me ha llamado tres veces, el doctor Oliver otras tantas y, entre muchos más, tengo un wasap de Eric: «Espero que todo vaya bien. Infórmame, por favor. Besos de Eric y Lionel».

Contesto que voy camino del aeropuerto, agradezco los ánimos y apago el teléfono. Ocupo con mi hermana una mesa en una cervecería por la zona de Alonso Martínez y cenamos a base de pinchos.

—¿Tienes novio?

—Tenía, ¿y tú?

—Tenía.

—Pues sí que estamos buenas. Tú y yo terminamos juntas en una residencia de ancianos, ya lo verás.

Desgraciadamente me cae bien. Me cuenta que trabaja en un hotel y que cuando estaba preparando un viaje a Malta para mejorar su inglés y poder ascender a recepcionista operaron a su madre y tuvo un trombo. Desde entonces trabaja de día y la cuida de noche. Me pregunta por mi vida y me invento que me han hecho una oferta en un periódico de Nueva York, pero que volveré en un par de meses y entonces quedaremos. Ella se alegra sinceramente y me entristece saber que todo es mentira. También hablamos de nuestro padre y me jura que no entiende cómo pudo abandonar a una hija de esa manera cuando con ella siempre fue muy cariñoso. No sé por qué, pero le justifico diciendo que en aquellos tiempos no se podía hacer demasiado y que ya no le guardo rencor. Ella propone que cuando yo vuelva de Estados Unidos podríamos quedar los tres y le digo que me lo tengo que pensar. Me comprende y no insiste. A las dos de la mañana finjo estar muerta de sueño, estoy empezando a sentir demasiada cercanía con Natalia —algo que hace solo unas semanas no me habría sucedido— y eso no me ayuda en nada. Me hubiera encantado conocerla hace un par de años y llevar una relación normal de hermanas, pero mi vida ha tomado otros derroteros y ya no hay sitio para ella.

—¿Tienes dónde dormir?

—Sí, me quedo en casa de una amiga.

—Bueno, pues te llamo cuando vuelva.

—Vale.

Mi hermana apunta su teléfono en una servilleta, me da un abrazo, me dice que se alegra de haber encontrado a una hermana a estas alturas y se mete en un taxi. Yo vuelvo a casa y, nada más entrar, compruebo que Natalia tiene razón y que huele a mierda de perro. Abro todas las ventanas para que se airee y me doy cuenta de que la visita malagueña me ha desestabilizado más de lo que esperaba. Una de las cosas que me empujaron a hacer lo que hago es la ausencia de familia que se sintiera avergonzada cuando esto salga a la luz, pero ahora eso ha cambiado. Lo siento por ella.

* * *

La primera vez que la inspectora Gutiérrez dejó de beber sufrió un síndrome de abstinencia de libro que incluía fiebre, convulsiones, sudoración, ataques de ansiedad y hasta episodios de *delirium tremens* en los que veía pequeños insectos corriendo por su piel y escuchaba machaconamente una penetrante música de tiovivo. Ahora, cuando apenas lleva tres días sin probar el alcohol, solo tiene que soportar noches de insomnio, irritabilidad y algún pequeño temblor en la mano que aparece en los momentos más inoportunos. Lo malo de las adicciones es que solo hay que volver a caer en ellas para que se te pasen todos los males, algo tan sencillo y socialmente aceptado como entrar en el bar de la esquina y pedirse una caña. Pero ella se ha jurado no volver a hacerlo. Por primera vez en su vida, ha visto la posibilidad de arreglar su relación con su hijo Sergio y no piensa dejar pasar la oportunidad.

Repasa por enésima vez la lista de viajeros a Málaga durante el asesinato de Cornel Popescu y la coteja con la de los allegados del gitano Genaro Cortés, pero sigue sin haber ninguna coincidencia. El agente Martos levanta la vista de sus propios papeles para mirar cómo se agitan los que sostiene su jefa en la mano.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Qué pasa con los tres clientes de Fiona Hansen que nos faltan por comprobar, aparte de Jaime Vicario?

—Todavía no los hemos localizado.

—Hay que seguir insistiendo. Cuando demos con el dueño del tornillo que encontramos en el garaje de Jonás Bustos, tendremos a Talión.

—No sabemos si de verdad está relacionado, jefa. Tal vez sea una pista falsa que nos conduzca a otro callejón sin salida.

—¿Tienes algo mejor a lo que agarrarte? Si es así, soy todo oídos.

La irritabilidad por la falta de alcohol y de pruebas se acrecienta cuando ve que el inspector Jerez se dirige directamente a su despacho.

—Déjanos solos, por favor —le dice Jerez a Martos mirando fijamente a la inspectora Gutiérrez.

El agente Martos busca la aprobación de su jefa con la mirada y, cuando la obtiene, sale de allí a toda prisa.

—¿Cuánto vas a tardar en detener a Talión?

—¿Tú también vas a venir a tocarme las narices?

—Ese tío nos está jodiendo a todos, no solo a ti. Solo han pasado cuarenta y ocho horas desde la muerte de Genaro Cortés y ya se ha desatado una guerra entre clanes gitanos de la Cañada Real.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Vamos ya por dos muertos —dice Guillermo con gravedad—. Si cada vez que Talión se carga a alguien nos va a dejar un panorama parecido, no vamos a dar abasto.

—Además de venir a protestar como un imbécil, ¿vienes a dar alguna solución?

—A lo mejor no estás preparada para hacerte cargo de este caso precisamente ahora, Daniela... —Guillermo intenta mostrarse cercano—. Deberías estar ocupándote de tu hijo, y además...

—Además, ¿qué? —pregunta a la defensiva.

—Se comenta por ahí que has vuelto a beber.

—Eres un buitro, Guillermo —escupe la inspectora con rabia—. Si no te gusta ir a mancharte las manos a la Cañada Real, te jodes. Cuando un asesino en serie deje tarjetas tuyas sobre sus víctimas será tu caso, mientras tanto es el mío. Ahora lárgate de mi despacho si no quieres que te saque yo.

—Yo solo pretendo ayudarte.

—¡Largo!

Jerez se muerde la lengua y sale del despacho dando un portazo. Gutiérrez le sigue con la mirada a través del ventanal y se queda muda cuando descubre quién acaba de salir del ascensor.

—No puede ser...

La inspectora va a su encuentro antes de que se atreva a preguntarle a alguien y, aparte de que es una borracha, empiecen a correr otro tipo de rumores por la comisaría.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Iris... —dice el hombre canoso al que conoció en la fiesta liberal esbozando una sincera sonrisa—. ¿O en el mundo real puedo llamarte Daniela?

—Vayamos a otro lugar.

La inspectora observa en silencio al hombre canoso mientras el camarero les sirve los cafés. Intenta intimidarle con la mirada, pero él no parece darse por aludido. Aparte de ser un buen amante, Daniela comprobó que era alguien inteligente y con mucho mundo a sus espaldas. No es un hombre que se deje amedrentar solo por estar delante de una policía, y menos si no ha cometido ningún delito.

—¿Sabes que el teléfono falso que me diste pertenece a una niña de catorce años? —el hombre canoso rompe el hielo cuando el camarero se ha alejado—. Por poco me meto en un lío por mandarle un mensaje a las once de la noche.

—¿Cómo me has encontrado?

—Soy uno de los muchos admiradores de Talión y he visto tu foto en los periódicos.

—¿Admiras a un asesino?

—La verdad es que sí... —responde con naturalidad—. En mi barrio hasta quieren montar un club de fans.

—No creo que a mí me admitieran como socia.

—Cualquiera sabe, Daniela.

Antes de tener que preguntárselo directamente, ella trata de averiguar qué pretende para así saber cómo afrontar el problema. Hace años, uno de sus amantes quería que le quitara un par de multas a cambio de no airear a qué se dedicaba en sus ratos de ocio. Aquello lo solucionó dándole un susto en un aparcamiento, pero ahora los policías no tienen tanta impunidad y tampoco cree estar ante un caso similar.

—¿Qué quieres? —pregunta al fin.

—En la fiesta estaba prohibido preguntar a qué nos dedicamos y yo suelo ser respetuoso con las normas, pero ahora podemos hablarlo libremente.

—¿Qué te hace suponer que me interesa?

—Eres una mujer curiosa. En primer lugar, debo confesarte que no me llamo Hansel, sino Anselmo.

—Tenía la ligera sospecha de que Hansel era un nombre falso. —Daniela no puede negar que le hace gracia y decide seguirle el juego—. ¿Me vas a decir de una vez a qué te dedicas o tengo que averiguarlo yo?

—No creo que lo hicieras. Soy guionista.

—Muy interesante.

—Menos de lo que parece. La gente se cree que los guionistas solo nos dedicamos a escribir historias, pero eso al final se convierte en algo casi secundario. La mayor parte del tiempo lo pasamos solucionando problemas, encajando personajes en tramas que deberían tener algún sentido y lanzando teorías sobre todo tipo de hechos. Y te puedo asegurar que en eso yo soy muy bueno.

—No lo dudo, pero no entiendo por qué me cuentas esto.

—Porque tengo una teoría.

—¿Una teoría sobre qué?

—Sobre por qué Talión deja tarjetas de visita tuyas en sus víctimas.

* * *

Llevo toda la vida deseando sentirme como los demás: enamorarme, sufrir y preocuparme por cosas que les suceden a otros y que no me afectan personalmente, pero, ahora que empiezo a lograrlo, lo único que he conseguido es no pegar ojo por las noches. Esta vez la causante de mi desvelo ha sido mi hermana Natalia. Su aparición en la puerta de mi casa lo ha cambiado todo, me ha dado un motivo más por el que vivir. El problema ahora es saber si no ha llegado demasiado tarde.

Me encanta imaginar que al despertar de mi operación en un hospital de Londres la encontraré sentada junto a mi cama dándome la mano, que volveremos juntas a España y que pasaremos las siguientes treinta Navidades viajando por el mundo con nuestros respectivos hijos..., pero me temo que eso no es demasiado realista. Para empezar, nadie puede certificarme que logre reconocerla en caso de sobrevivir al paso por el quirófano. Y eso por no hablar de que podría atacarla debido a un brote psicótico o simplemente no verla porque me habría quedado ciega. Pero en el caso de que la operación saliera a las mil maravillas, hay que contar con lo que la inspectora Gutiérrez tenga que decir a este respecto.

Ahora me arrepiento de haberla involucrado en mis crímenes. De no haber dejado sus tarjetas de visita dentro y sobre mis víctimas, seguramente ella jamás daría conmigo. Pero, como digo, ya es tarde para pensar en eso. Quise que fuera ella quien me persiguiera y seguramente será ella quien termine descubriéndome, lo que me lleva a hacerme otra pregunta: ¿podría soportar pasar los siguientes veinte años encerrada y viendo cómo mi vida se destripa de arriba abajo? Como hacemos todos los de mi generación, consulto en Internet cómo es la vida en la cárcel y descubro que hay mucha gente que logra experimentar cierta felicidad allí dentro. Obviando el hecho de que no hay que preocuparse por pagar la hipoteca, la luz o la alimentación, algunos encuentran la paz que fuera se les resistía. Yo probablemente estudiaría otra carrera y escribiría un libro con mis vivencias. Puede que saliera de allí con otra visión de la vida y todavía con esos treinta años por delante para viajar junto a mi hermana. Si a José Rabadán, *el Asesino de la catana*, la sociedad le

ha perdonado después de matar a sus padres y a su hermana pequeña a sangre fría, ¿por qué no a mí cuando solo he eliminado a canallas que se merecían morir?

Pero el destino, que nunca antes se me había cruzado con tanta insistencia, vuelve a hacer acto de presencia. Al encender la tele para ver qué comentan sobre mí, escucho que hablan sobre el joven Sergio Costa, el chico que atacó a la asesina de su padre y de su hermano mayor con un tirachinas. Después de las imágenes de su ataque contra Amaya Eiguibar en el exterior de la cárcel, ponen otras de su salida de la comisaría de Ávila, a donde fue conducido tras su detención. Una mujer le protege de los reporteros que aguardan en la calle y yo la reconozco mientras un corresponsal comenta que la madre del chico, también en el ojo del huracán mediático por ser la inspectora que persigue a Talión, fue personalmente a recogerle. Me quedo pasmada mirando la pantalla, sin capacidad de reacción. Al cabo de unos segundos lo busco en Internet convencida de que se trata de un error, pero en la portada de *El País* se habla de ello: la inspectora de Policía Daniela Gutiérrez perdió a su marido y a su hijo mayor en uno de los atentados más sangrientos de la banda terrorista ETA. ¿Qué diablos significa esto?

Tras un profundo desconcierto, vuelvo a sentir, como ya me ocurrió al conocer la historia de Nicoleta y de Eric, que es una revelación. De pronto comprendo qué significaba esa cercanía que surgió entre la inspectora Gutiérrez y yo el día que nos vimos por primera vez y por qué noté que se creaba un vínculo inquebrantable entre nosotras: ella es otra de las víctimas a las que yo debo vengar. Lo sabía desde el principio, pero hasta ahora mismo no me he dado cuenta. Lo siento por mi hermana, pero esto ha inclinado definitivamente la balanza hacia el lado de la justicia. Aunque hago un último intento por borrarle la idea de la cabeza, toda voluntad de cordura es eclipsada por mi verdadera naturaleza. Tengo la necesidad de estar frente a esa asesina y quitarle la vida con mis propias manos.

Me acomodo en el sillón con mi portátil y una copa de vino y me concentro para hacer que mi próxima aparición supere a todas las anteriores, lo más seguro es que sea la última actuación de Talión.

* * *

Amaya Eiguibar nació en Hernani, un pueblo rodeado de naturaleza a un cuarto de hora de San Sebastián, el 7 de junio de 1968, el mismo día que Euskadi Ta Askatasuna, una organización clandestina que defendía la lucha armada para lograr la independencia del País Vasco, acribillaba a balazos al guardia civil José Pardines Arcay, considerado por algunos como la primera víctima mortal de ETA. Otros dicen que la primera fue una niña de veintidós meses llamada Begoña Urroz Ibarrola, muerta ocho años antes por una bomba incendiaria en la estación de tren de Amara. Pero tanto da, el destino de Amaya como la asesina más sanguinaria de la banda terrorista estuvo marcado desde su nacimiento.

Después de José Pardines vinieron Melitón Manzanos, jefe de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa, el taxista Fermín Monasterio, el policía municipal Eloy García Cambra y así hasta completar las muchas más de ochocientas víctimas mortales en su medio siglo de historia, poniendo su macabro broche en 2010 con el gendarme francés Jean-Serge Nérin. Amaya creció manifestándose contra el Juicio de Burgos por condenar a dieciséis miembros de la banda y escuchando hablar de secuestros, de extorsiones y de odio a los españoles que ocupaban su país. En su adolescencia estuvo muy metida en círculos independentistas, pero nunca fue de las más radicales... hasta aquel día de septiembre de 1984.

En Hernani las cosas estaban muy feas desde que, hacía unos meses, la madrugada del 15 de junio, la Guardia Civil había asaltado la casa de una familia que daba cobijo a varios terroristas. El tiroteo que se oyó en todo el pueblo acabó con la vida de Juan Luis Lecuona Elorriaga y de Agustín Arregui Perurena, y con la detención de Jesús María Zabarte Arregui y del matrimonio Miner Villanueva. Entre los tres etarras sumaban más de veinte asesinatos.

—Quedémonos en el pueblo, Jon. Las cosas en Donosti se van a poner muy feas —suplicó Amaya a su chico.

—Por eso mismo tenemos que estar allí, Amaya. Es ahora o nunca. *Euskadi Ta Askatasuna!*

Amaya y Jon fueron a San Sebastián a unirse a la lucha callejera, lo que algunos años después se denominaría *kale borroka* y los dirigentes de ETA utilizarían sistemáticamente para sembrar el caos —y no hay nada mejor para eso que recurrir a adolescentes que demuestren quién tiene más cojones de

todos—. Quemaron contenedores de basura, rompieron escaparates y mobiliario urbano y tiraron piedras a la Policía. Jon no hizo caso a su novia y se colocó en primera línea de batalla escupiendo, insultando y lanzando todo lo que tuviera a mano, pero en una ofensiva de la Policía todo se complicó más de la cuenta. Unos chicos habían tropezado a unos metros de él y se había formado un tapón en la calle por la que debía huir. Miró a su espalda y vio que los policías ganaban terreno, así que giró a la derecha y entró por una pequeña callejuela que no tenía salida. Cuando dos agentes le siguieron, derribó una puerta y subió por una estrecha escalera que conducía a la azotea del edificio.

—No te muevas, chaval.

Jon miró a su alrededor, vio que el edificio contiguo estaba a unos cinco metros de distancia y recordó que hacía unos días había estado hablando con sus amigos de las recientes Olimpiadas de Los Ángeles, donde Carl Lewis había ganado la medalla de oro por saltar ocho metros y cincuenta y cuatro centímetros. Entonces apostó a que él saltaría cinco y los superó por más de medio metro sin esforzarse demasiado. Uno de los policías sonrió al adivinar sus intenciones y contuvo a su compañero con un gesto.

—Vamos, salta. No tienes cojones. Te dejamos coger carrerilla.

—Seguro que me disparáis por huir, perros.

—Te juro por mi madre que te dejamos. Nos retiramos hasta la pared.

Cuando los dos policías se apartaron, Jon cogió carrerilla y saltó. En el momento en el que puso el pie de impulso en el borde del edificio se dio cuenta de que había cometido un gravísimo error; si no estás acostumbrado a hacerlo, midiendo visualmente cinco metros te puedes equivocar por mucho, y allí había más de seis. Tampoco la carrera fue tan larga como aquel día en el parque y Jon solo pudo intentar agarrarse a un muro de ladrillos sin agarres. Rebotó y cayó de espaldas desde una altura de quince metros. Amaya llegó cuando los alborotadores ya se habían dispersado y la cabeza de su novio se había vaciado en el asfalto.

Como pasa en la mayoría de las guerras, muchos combatientes luchan más por venganza que por ideales: tú me has matado a uno, yo te mato a tres. Amaya se acercó a Arnaldo Otegi en un bar del Casco Viejo de Bilbao. Le conocía de vista desde pequeña y todo el mundo sabía que por aquel entonces pertenecía a la facción más violenta de ETA desde que la organización se dividió a principios de ese mismo año.

—Aúpa, Arnaldo. ¿Puedo hablar contigo?

—Tú eres Amaya, ¿no? La novia del chaval que asesinó la Policía en Donostia. Pagarán, no te preocupes.

—Por eso he venido, porque quiero hacerles pagar yo.

Arnaldo Otegi la puso en contacto con Alaitz Lezama, una reclutadora de las tantas que tenía la banda terrorista en parques e institutos, y empezó su formación en un campo de entrenamiento cerca del monte Aitxuri. Aprendió a disparar, a fabricar bombas, a luchar cuerpo a cuerpo y, sobre todo, a odiar cada día más a los españoles. Le daba igual que fueran políticos, policías, charcuteros o maestros. En su guerra todo valía. Sus primeros trabajos fueron vigilar a alguno de los más de ochenta secuestrados por la banda durante su existencia. El tercero que estuvo a su cargo, un empresario madrileño por el que pidieron un desorbitado rescate, fue uno de la más de una docena de secuestrados que no vivieron para contarlos.

—Si no pagan, se le liquida y a otra cosa —dijo Amaya con frialdad—. Estamos vigilando a un gordo de mierda mientras los compañeros son machacados por la Guardia Civil.

Sus jefes le pidieron paciencia y ella aceptó a regañadientes, pero el secuestrado —un hombre de sesenta años con sobrepeso al que tenían encerrado en un zulo de tres metros cuadrados desde hacía dos semanas— aprovechó un despiste del guardia para huir. Amaya le persiguió por el hayedo de Altube y le encontró de rodillas a un par de cientos de metros, desorientado y agotado por el esfuerzo.

—¿Dónde te crees que vas?

—Deja que me marche, por favor. Si yo vuelvo a dirigir la empresa, ganaré más dinero y os pagaré, te lo juro.

Amaya miró a su alrededor y no vio a ninguno de sus compañeros. Después miró al hombre y decidió que ya estaba harta de perder el tiempo en mitad de ese bosque. Le quitó el seguro a su Browning de nueve milímetros y disparó. En ese momento dejó atrás su etapa de secuestradora y empezaba la de asesina.

—¡Joder! ¡¿Por qué hostias le has matado, Amaya!?

—Porque se estaba fugando —respondió con tranquilidad.

—Tenía sesenta años y pesaba ciento veinte kilos.

Amaya pasó los siguientes seis meses en Hendaya codeándose con la cúpula de ETA refugiada en Francia e hizo pequeñas incursiones en España. Durante los siguientes tres años asesinó a cuatro personas. En la tercera de sus misiones tuvo que desplazarse a Madrid para matar a un político a la salida de

su casa. Pasó cuatro días en la capital, en un piso franco cerca de la calle Arturo Soria, y allí aprendió a odiar aún más a unos españoles que jamás se solidarizarían con su causa.

El político salió de su casa más tarde de lo habitual y estuvieron a punto de suspender el crimen, pero a Amaya le daba igual que los comerciantes del barrio ya hubieran abierto sus negocios y se acercó a él por la espalda. Gritó *Gora ETA!* y le disparó en la nuca. El portero del edificio, en un acto espontáneo e irracional, corrió hacia ella e intentó derribarla, pero la terrorista llevaba años entrenándose y pudo deshacerse de él con facilidad. Le apuntó al pecho y disparó dos veces. Corrió hacia la esquina y se subió de un salto en la moto que la esperaba en marcha. Por esa espectacular acción empezaron a llamarla Katu, «Gata».

La banda terrorista pasó uno de sus peores momentos cuando en enero de 1988 el *lehendakari* Ardanza y los representantes de los partidos democráticos del País Vasco firmaron el Pacto de Ajuria Enea, en el que se comprometían a luchar unidos para erradicar el terrorismo. Pero a Amaya Eiguibar eso le importó poco.

En marzo de 1992 se dirigía a la localidad francesa de Bidart para reunirse con la cúpula etarra y tuvo la inmensa fortuna de romper el eje del Renault 21 en el que viajaba. La Policía francesa y la Guardia Civil habían preparado a conciencia el asalto al chalé y fue un éxito. La detención de José Luis Álvarez Santacristina, *Txelis*, José Javier Zabaleta Elósegui, *Baldo*, Francisco Múgica Garmendia, *Paquito*, y José Arregui Erostarbe, *Fiti*, supuso un duro golpe para la organización y Amaya pasó los siguientes años escondiéndose en lugar de luchando por la independencia de su patria. A mediados de 1995 fue reclamada para participar en el secuestro de un funcionario de prisiones de la cárcel de Logroño llamado José Antonio Ortega Lara. El secuestro se produjo con éxito en enero del año siguiente y duró quinientos treinta y dos días, pero finalmente Amaya no participó en él. A principios de diciembre había sido requerida para incorporarse al denominado Comando Madrid. A ella lo que menos le apetecía era volver a la capital de la España que tanto despreciaba, pero se convenció al saber que lo que se proponían resquebrajaría para siempre la moral del enemigo.

La bomba de ciento ochenta kilos de amonal, gasolina, pegamento y escamas de jabón ya estaba colocada en un coche robado en Alcobendas hacía

unas horas, pero enseguida empezaron los desacuerdos entre los terroristas. Algunos pensaban que debían suspender el atentado por el incremento de presencia policial en los alrededores del centro comercial donde pensaban actuar, pero Amaya quería seguir adelante.

—Llevamos semanas aquí y ya empezamos a oler como los putos españoles, hostia. Hay que hacerlo y largarse.

—La Policía... —empezó a decir uno de sus compinches.

—Que les jodan a los *txakurras* —le cortó Amaya—. Yo quiero hacerlo y salir de este país de fachas, ¿quién está conmigo?

Amaya ganó la votación por tres a dos y fue ella misma la que condujo el coche hasta el aparcamiento del centro comercial. La fortuna parecía estar de su parte y encontró el sitio perfecto junto a la entrada de un supermercado, donde más daño podía hacer. Al atravesar los pasillos llenos de tiendas para salir caminando por la puerta principal, se cruzó con una joven pareja con dos hijos pequeños. Uno de ellos todavía iba en el cochecito. El otro, de unos tres años, correteaba sin descanso alrededor de sus padres.

—Acércate a comprar cervezas al supermercado, cariño —le dijo una joven Daniela Gutiérrez a su marido.

—David, ¿te vienes con papá?

El niño aceptó y se despidió con un beso de su madre. Seis minutos después, la inspectora Gutiérrez vio que su hijo Sergio se había quedado dormido en el cochecito y pensó en pasarse por la peluquería, pero la explosión desbarató todos sus planes. Javier Costa y el niño David Costa fueron dos de los diecinueve muertos que provocó aquella mañana el terrorismo.

Amaya se refugió en un piso franco de Salamanca durante un par de semanas y fue detenida un mes después, cuando intentaba cruzar la frontera con Francia escondida en los bajos de un camión. Por veintidós asesinatos probados y los múltiples actos terroristas de los que se la acusaba fue condenada a más de tres mil años de prisión, pero se benefició de la decisión del Tribunal de Estrasburgo de derogar la doctrina Parot, llamada así en honor a un terrorista al que se le imputaron más de ochenta asesinatos y recibió veintiséis sentencias condenatorias que sumaban cuatro mil setecientos años de cárcel. La doctrina Parot pretendía aplicar los beneficios penitenciarios a cada una de las penas impuestas al recluso y no sobre el máximo de treinta años de permanencia en prisión permitidos entonces por ley. Finalmente, *Katu* solo cumplió veintiuno.

* * *

La inspectora Gutiérrez fue la única en correr hacia el lugar del atentado en vez de alejarse de él. Se cruzó con dependientas, cajeras y clientes que huían despavoridos; unos iban ensangrentados, otros cubiertos de polvo y otros simplemente lloraban aterrados. Al entrar en el supermercado descubrió una zona de guerra. En un primer vistazo distinguió media docena de cadáveres que habían quedado sepultados bajo los escombros y a otros tantos heridos de diferente consideración, pero ninguno de ellos eran su marido y su hijo. Se acercó a un hombre que miraba a su alrededor aturdido, sin lograr encontrar la salida. La sangre que le caía de los oídos manchaba la camisa azul y la plaquita que le identificaba como trabajador del centro.

—¿Dónde están las cervezas?!

—¿Cervezas? —preguntó el hombre aún más aturdido.

—¡El pasillo de las cervezas, ¿dónde queda?!

El hombre miró a su alrededor sin saber dónde estaba ni lo que había pasado. Daniela se fijó en un chico joven con un profundo corte en el brazo que removía las ruinas sin ningún orden.

—¡Ana! ¡¿Dónde estás, Ana?! —gimoteó, y miró a Daniela— ¿Has visto a mi novia? Es morena, lleva un jersey verde y pantalones vaqueros.

—Yo busco a tu novia, tranquilo. Ahora tienes que sacar a ese hombre de aquí. ¡Vamos, salid!

El chico miró al hombre, que seguía dando vueltas sobre sí mismo, y le sacó de allí. Daniela corrió hacia el fondo del supermercado y siguió encontrando muertos y heridos en cada uno de los pasillos. Al llegar al de las cervezas vio una imagen que ya jamás lograría borrar de su cabeza: su marido estaba literalmente partido por la mitad. Una gran viga metálica había caído del techo y la parte superior del cuerpo de Javier quedaba a varios metros de la inferior. Al lado de las piernas, la pequeña cabeza de David había sido aplastada por un bloque de cemento que entró volando desde el aparcamiento.

—Inspectora, ¿dónde quiere que llevemos a su hijo pequeño?

Daniela miró a aquella enfermera tan aturdida como lo estaba el cajero al que le habían reventado los tímpanos. Hacía cuatro horas que se había producido el atentado y no se había vuelto a acordar de que dejó a Sergio

dentro de su cochecito frente a la puerta de la peluquería. Esa fue la primera de las muchas veces que le abandonaría.

—¿Dónde está Sergio? —preguntó avergonzada.

—No se preocupe por nada, ya está en manos de los Servicios Sociales. ¿Quiere que le llevemos con alguien?

Daniela estuvo a punto de decir que se lo dieran, que era lo único que esos asesinos le habían dejado y quería cuidarle, pero no le salió.

—Con sus abuelos.

Después del entierro se llevó a Sergio a vivir con ella, pero no estaba preparada para cuidar a su ahora único hijo. Apenas se ocupó de él durante los meses que estuvo peleando con sus superiores para entrar en un grupo antiterrorista, y la rabia que le produjo que la rechazaran por ser una víctima de los propios terroristas a quienes tendría que perseguir le hizo descuidarle aún más. Los padres de Javier, los abuelos del niño, temían su reacción cuando fueron a hablar con ella.

—No queremos quitártelo, Daniela, no nos entiendas mal —dijo su suegra con mucha cautela—. Pero tú ahora...

—Ahora no estoy muy equilibrada como para criar a un bebé, ¿no?

—No, hija, no lo estás —respondió su suegro cogiéndole la mano con cariño—. A nosotros también nos ha destrozado la muerte de Javier y de David, pero podríamos hacernos cargo de Sergio durante una temporada, hasta que te encuentres mejor. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

Durante los siguientes diez años visitaba a Sergio con asiduidad, incluso se lo llevó a su casa durante algunos periodos de tiempo, pero al final siempre volvía con sus abuelos. Daniela quería a su hijo, pero era consciente de que él tarde o temprano iba a perderla y prefería saber que estaba bien atendido.

La oportunidad que llevaba esperando desde el día siguiente a aquel atentado se le presentó una fría mañana de noviembre con la aparición de un cadáver flotando en el río Manzanares.

—¿Sabemos quién es?

—José Javier Zúñiga, cuarenta y nueve años —respondió un policía leyendo la empapada documentación del muerto—. Vive en la calle General Ricardos, aquí cerquita.

—¿Se ha caído?

—Por la herida de la cabeza, yo juraría que le han golpeado y tirado.

—¿No ha podido darse con alguna piedra?

—El cadáver no parece tener más contusiones. Yo apostaría por el homicidio, pero lo sabremos cuando se le haga la autopsia.

La viuda abrió la puerta con un ojo morado y la inspectora enseguida supo que era culpable. Su hermano la había asesorado bien y no se salió de la historia que habían pergeñado entre los dos: que su marido había salido a beber por la tarde y que ya no había vuelto a saber de él.

—¿Cuándo le hizo eso? —preguntó la inspectora señalándole el ojo.

—Hoy a mediodía. Se me ha pasado el arroz.

La policía intuía que el tal José Javier tenía la mano muy larga y que, probablemente en un arrebato, su esposa le había golpeado con algo en la cabeza. Si hubiera justicia poética, habría sido con una sartén. Después —seguramente idea de su hermano— decidieron tirarle al río para que pensarán que se había caído borracho, desnucándose contra las rocas. La inspectora paseó su mirada por la humilde vivienda y fue a mirar las fotografías enmarcadas que había sobre un aparador. La mayoría de ellas eran del matrimonio con sus hijos. En casi todas parecían una familia feliz, pero la cara de miedo de la mujer se percibía detrás de cada sonrisa.

—¿Dónde están sus hijos?

—Los hemos mandado con mi mujer —respondió el hermano.

—¿Y por qué los han mandado con su mujer si hasta que hemos llegado nosotros no sabían lo que había pasado?

Los dos hermanos titubearon. La viuda improvisó:

—Al no aparecer..., yo pensé que igual llegaría borracho y... no quería que la emprendiera con los niños.

La inspectora siguió mirando fotografías hasta que una llamó poderosamente su atención. En ella se veía a una mujer mayor con los niños. Le dio un vuelco el corazón cuando se fijó bien en aquella cara.

—¿Qué hace aquí una foto de la Flaca?

—Es nuestra madre —respondió él orgulloso.

La Flaca era Ángeles Domínguez, condenada por asesinar a su marido a lo largo de cinco años echándole una gota diaria de veneno en el café. Una vez dentro de la cárcel, mató a sangre fría a otras dos reclusas por quitarle un sobre de azúcar de su celda. Cumplía condena en la misma cárcel que Amaya Eiguibar.

* * *

Hace unos años tuve que cubrir la noticia de la detención de un ladrón de guante blanco de ochenta años llamado Rodolfo Chisvert. Había abierto cuatro puertas blindadas y la caja fuerte de un exministro en solo quince minutos. El detector de movimiento solo saltó cuando él ya estaba saliendo de la casa cargado de joyas.

«Me cago en la madre del que inventó los chismes esos —me dijo indignado nada más empezar la entrevista—. Después se quejan de que ahora todos los robos sean con violencia, pero es por culpa de esas alarmas. Los ladrones de toda la vida nos hemos ganado el pan sin pegar tiros, pero si a cada paso que das salta un detector de esos, ya me dirás tú.»

Rodolfo y yo charlamos un par de horas y llegamos a hacer cierta amistad. A pesar de ser un delincuente desde los catorce años, era un tipo que me transmitía confianza. Su particular visión de la vida enseguida conectó con la audiencia y ahora vive de visitar platós de televisión. Ha caído en gracia cuando ya se ha hecho viejo. A quienes más ha odiado Rodolfo desde siempre es a los cerrajeros.

«Unos ladrones —solía decirme—. Te revientan las cerraduras para cobrarte una pasta cuando con dos ganzúas bien usadas cualquiera abre una puerta.»

Rodolfo sonrío nada más verme y me da un abrazo sincero. Me culpa a mí de su éxito y siempre se muestra agradecido conmigo. Ha adelgazado y está algo más estropeado, pero para los años que tiene se conserva estupendamente. Dice —y para mí que no miente— que sigue haciendo el amor una vez por semana. Me invita a una cerveza en el salón de una casa que ha decorado con gusto gracias al dinero ganado en televisión.

—No te va mal.

—Me va de lujo, Martita —dice satisfecho—. Con lo que me pagan en la tele por escandalizar al personal ya tengo cubiertas las espaldas hasta que me muera. Y una editorial quiere que escriba mis memorias.

—¿Te vas a poner a escribir a estas alturas?

—¿Tú estás loca? Me quedan dos días y no los voy a pasar delante de un ordenador. Le contaré mis batallitas a un periodista y que las escriba él. Si te interesa...

—No, gracias. Yo ya tengo entre manos mi propia novela.

Nos tomamos otro par de cervezas poniéndonos al día sobre los seis o siete meses que llevábamos sin vernos hasta que sale el tema de moda.

—¿Qué opinas de Talión? —le pregunto.

—Un chalado.

—Mata asesinos.

—Un chalado que mata asesinos.

No debería entrar al trapo, pero me irrita la manera tan superficial que tiene Rodolfo de ver lo que hago. Cuando se cuente mi historia, muchos pensarán que soy escoria, y probablemente lo sea, pero no quiero que me vean como a una simple chalada.

—¿A ti no te parece bien que alguien quite de la circulación a un asesino de niñas, a un tratante de blancas y a un traficante de drogas?

—No tiene nada que ver con que me parezca bien o mal. Yo miro el periódico todas las mañanas esperando leer que se ha cargado a otro hijo de puta, pero si el resto de las personas no nos tomamos la justicia por nuestra mano es porque no estamos chalados. El diferente es él.

—Puede que no tenga nada que perder.

—Mejor será, porque le van a coger enseguida. Y además, eso de firmar como Talión demuestra que no está bien de la azotea. ¿Se cree que estamos en Hollywood?

—Sí —concedo—, eso quizá ha sido excesivo, pero supongo que de alguna manera tendría que darse a conocer.

—Si de verdad estuviera haciéndolo porque lo considera justo no montaría tanta parafernalia. Está chalado y punto redondo. En fin... —Cambia de tema, cansado de hablar de Talión—. No me creo que una periodista venga a verme si no quiere nada a cambio.

—No vengo como periodista, sino como amiga. Te tengo que pedir un par de favores algo comprometidos.

—¿Con «comprometidos» quieres decir ilegales?

—Totalmente. Si no quieres que siga hablando, dímelo y nos olvidamos.

El viejo duda unos segundos. Yo le mantengo la mirada sin pestañear. Nota un cambio en mí y le puede la curiosidad. Me pide con un gesto que siga y yo saco de mi bolso uno de los lingotes de oro que robé del desguace de Genaro Cortés. Rodolfo lo examina y me mira estupefacto.

—¿De dónde lo has sacado?

—He tenido un golpe de suerte. ¿Sabes a quién le podría colocar esto y algo más?

—¿Cuánto más?

—Unos treinta kilos. La mayoría en lingotes, pero diez o doce en cadenas, anillos y relojes. Robado todo, por supuesto.

Rodolfo vuelve a mirarme cada vez más desconcertado y va a consultar algo en el iPad, pero yo me adelanto.

—Esta mañana el oro de veinticuatro quilates estaba a poco menos de treinta y cinco euros el gramo. Los treinta kilos saldrían en torno al millón de euros.

—En la calle no te darían más de setecientos u ochocientos mil.

—Colócalo lo mejor que puedas y te quedas con el veinte por ciento. El problema es que tiene que ser ya. Y cuando digo ya, es preferiblemente en las próximas veinticuatro horas.

—Y si no, ¿qué pasaría?

—Digamos que cuando lo empiecen a buscar las cosas se pondrán feas. Hay que fundirlo y hacerlo desaparecer. ¿Te interesa?

Rodolfo se lo piensa durante un largo minuto y finalmente asiente.

—Conozco a un belga que podría estar interesado... ¿Y el segundo favor?

—Que me enseñes a abrir la puerta de una casa.

Rodolfo me pide detalles de la puerta y, como no se los sé dar, le pido que me acompañe a cambio del lingote de oro de muestra. Espero no equivocarme confiando tanto en él.

—Si voy a meterme en allanamientos, tengo que saber qué pasa, Marta.

—Quiero que abras la casa de un amigo para dejarle un regalo, te juro que no hay nada más.

Rodolfo se queda en el taxi mientras yo subo a casa a buscar la mochila y esperamos una hora en una terraza hasta que vemos salir a Eric y a Lionel. El chico se va con una vecina y el camarero se sube en su moto y se aleja.

—Es guapo, Martita —dice palmeándome la espalda.

—Ya podemos ir.

El portal lo abre como si tuviera las llaves, y la puerta de casa de Eric aún más rápido. Le pido que me espere en el salón mientras yo subo a la terraza. Escondo la mochila en la caseta donde guarda las bebidas y el equipo de música y vuelvo a bajar.

—Este chico irá a visitarte dentro de poco. Espero que sepas tratarle bien.

—Háblale de mi comisión y no tendrá problemas.

Cuando volvemos a casa de Rodolfo noto sobre mí una mirada de preocupación, la misma que seguramente le echaría un padre a una hija a la que no hubiera abandonado.

—Lámame en cuanto sepas algo del belga, ¿vale?

—Descuida. ¿En qué andas metida, Marta?

—Vi la oportunidad de forrarme y la he cogido, nada más. Estoy hasta las narices de pagar impuestos.

Vuelvo a casa y busco en Internet un alojamiento en San Sebastián en el que no hagan preguntas. Al cabo de una hora encuentro un apartamento con plaza de garaje muy cerca de la playa de La Concha y lo reservo. Lllaman a la puerta y al abrir me encuentro allí a la estudiante que colabora con el doctor Oliver.

—Buenas tardes, señorita Aguilera. ¿Puedo hablar con usted?

—La verdad es que ahora me viene muy mal —respondo evasiva.

—Por favor —insiste—. Le hemos dejado un montón de mensajes en su buzón de voz y empezamos a estar desesperados.

Quisiera darle con la puerta en las narices, pero ella y su compañero encontraron ese artículo en la revista médica y se lo debo. Además, ya es hora de cerrar este asunto. La dejo entrar y preparo café para las dos. Ella percibe mi incomodidad y decide no andarse por las ramas.

—¿Por qué no quiere operarse?

—Las secuelas de las que me habló el doctor Oliver me quitaron las ganas. No soportaría perder la cabeza o alguno de mis sentidos.

—Cabe la posibilidad de que todo salga bien.

—También cabe la posibilidad de que no.

—No debería rendirse tan fácilmente, señorita Aguilera. Aún podría quedarle toda una vida por delante.

—Entiendo que todos creáis que soy idiota, pero me había hecho a la idea de que iba a morir y vivir ya no está en mis planes.

—Eso me suena a suicidio.

—Sería mi elección.

Ella va a insistir, pero me adelanto haciéndole ver que la conversación ha terminado.

—Solo pido un poco de respeto.

—¿No puedo hacer nada para que cambie de opinión?

—No, no lo creo.

—Aunque sus posibilidades menguan cada día que pasa, mientras siga viva podrá someterse a la operación. Llámeme si se lo piensa mejor, ¿de acuerdo?

—Eso haré. Muchas gracias por la visita.

La estudiante me da un abrazo sentido y se marcha. A los pocos segundos sufro un violento ataque de ira que acaba con medio salón destrozado. Maldigo a todo lo que se me pone por delante por no haber sabido de esta operación antes de convertirme en una asesina, pero trato de consolarme pensando en lo que habría supuesto que yo no estuviera a punto de morir: jamás le habría procurado a Eric y a su hijo Lionel un futuro esperanzador, Nicoleta seguiría durante años siendo una esclava sexual, Sara Somoza siendo violada sistemáticamente por Genaro Cortés y, dentro de unos meses o años, otra familia quedaría destrozada por la muerte de su hija pequeña a manos de un depredador sexual llamado Jonás Bustos. Todo está bien.

* * *

Parece ser que dos de los chicos que atacaron a Sergio van a su misma facultad, aunque él no los había visto nunca. Uno de ellos lleva una aparatosa tiritita en la nariz y un moratón negro con los bordes amarillentos rodeándole el ojo derecho. El otro tiene la mano escayolada, la mandíbula hinchada y mirada de odio. Sergio intenta ignorarlos, aunque no siempre le resulta sencillo. Nota que le insultan cuando se cruza con ellos por algún pasillo, pero le basta con ponerse los cascos y subir el volumen de la música para no entrar en la provocación. Más complicado es mantenerse al margen cuando se sientan frente a él en una de las mesas de la cafetería.

—Sabes que cualquier día te cogemos solo, ¿no? —dice golpeando la mesa con la escayola decorada con todo tipo de símbolos anarquistas, leyendas y un dibujo bastante logrado de Tyrion Lannister.

—Sabes que eres un maricón de mierda, ¿no? ¿Por qué no quedamos tú y yo a solas para arreglar esto? —Sergio mira al del ojo morado—. Y después quedo contigo para ponerte el otro ojo a juego y que te parezcas a Batman en vez de a un dálmata.

—Ríete, cabrón. Cuando te pillemos, no vas a salir tan guapo en la tele.

—¿Todavía meas sangre?

—Ya nos veremos.

—Cuando queráis, guarros.

Sergio preferiría no tener más problemas con ellos, pero sabe que si muestra una mínima debilidad se lo comerán vivo. Al salir de la cafetería, ve a Nuria haciendo un trapicheo con unos chavales en el aparcamiento e intenta evitarla, pero ella ya le ha visto y se acerca corriendo a él.

—Esta noche hay un concierto en la sala El Sol, ¿te apuntas?

—No puedo, Nuria. Sabes que hasta el juicio tengo que estar tranquilito en casa y sin meterme en líos.

—Una cosa es que estés tranquilo y otra que seas un seta, tío.

El juicio ha quedado fijado para dentro de dos semanas y, mientras pueda, Sergio se ha propuesto hacer las cosas bien. Y eso, desde luego, no pasa por irse a un concierto con la camello oficial de la facultad. El abogado opina que ha llegado la hora de detenerse a hacer unas declaraciones a los periodistas que le esperan todos los días a la salida de clase. Tienen que parecer casuales, pero le entregó un guion con las posibles preguntas y las respuestas adecuadas.

«Esto funciona así, Sergio —le había dicho el abogado—. El juez que nos ha tocado tiene mujer y cuatro hijas. Es a ellas a quienes tenemos que ganarnos. Quedarán los domingos a comer paella, ¿o no?»

«Digo yo...»

«Aunque el juez no quiera tocar este tema con su familia, ¿de qué crees que hablarán la madre y las hijas? No les tienes que caer bien, pero es necesario que te muestres educado y que te comprendan. Ellas y todo el mundo que te vea en la tele.»

«Todos comprenden que quisiera matarla.»

«No la quisiste matar, recuerda.»

Allí están, como siempre, el cámara de televisión y la reportera de un programa de investigación. Sus jefes los mandan allí cada día para hacer las mismas preguntas y ellos obedecen, no tienen otra. Siempre le acompañan hasta el coche de Policía que le lleva a casa debido a la supuesta amenaza de ETA y siempre se marchan viendo peligrar su precario puesto de trabajo por no llevar ninguna declaración.

—¿Cómo te encuentras, Sergio? —pregunta la chica con excesiva amabilidad mientras le acerca el micrófono.

—Bien, gracias —responde con la mirada clavada en el suelo y sin detenerse, tal y como ha acordado con su abogado.

—Dos compañeras tuyas han declarado que fueron los cuatro chicos quienes te atacaron sin que tú los provocases antes.

—Es la verdad.

—Danos algo, por favor —suplica la chica—. Si nos lo das, ya no vendremos a molestarte. ¿Te vas a declarar inocente en el juicio por la agresión a Amaya Eiguíbar?

Según el abogado, esa es una de las preguntas clave. Cuando se la hagan, Sergio tiene que detenerse y fingir un enorme agobio. Esto último no le resulta difícil por la vergüenza que siente siendo el centro de atención de todos sus compañeros. Cuatro de ellos pasan en un Ford Fiesta y al ver la cámara pitan y saludan a sus madres sacando medio cuerpo por la ventanilla.

—No entiendo por qué me preguntáis lo mismo todos los días, de verdad. Habéis visto las imágenes, ¿no? ¿Por qué me preguntáis si soy inocente?

—¿Por qué lo hiciste?

—Se me fue la cabeza, ¿vale? Vi en la tele que la iban a soltar y se me cruzaron los cables. Es normal, ¿no? Amaya Eiguíbar mató a mi padre y a mi hermano, joder. Yo creo que a todo el mundo le pasaría lo mismo.

—¿Querías matarla?

—¿Cómo voy a querer matarla? Yo en mi vida había tirado con un tirachinas. No pensaba ni que le fuera a acertar. Solo quería desahogarme o algo así.

—Según se comenta, el arma te la proporcionó un grupo de extrema derecha, ¿pertenece a él?

—No pertenezco a ningún grupo, eso es mentira. El tirachinas lo vi en el Rastro y lo compré por veinte euros.

—Pero fuiste hasta la cárcel en uno de los autobuses que fletaron los neonazis, lo hemos podido comprobar.

—Me enteré de que iban allí para manifestarse y me subí en el autobús, pero ni siquiera hablé con nadie. Y ahora no me agobiéis más, por favor.

Los dos policías que le escoltan le dejan en el portal y se marchan a hacer algo más útil. Sergio se prepara un sándwich cuando suena su teléfono. Chasquea la lengua al ver quién es.

—¿Qué pasa, Rulo?

—¿Cómo estás, compañero? ¿Ya te has recuperado de la paliza que te dieron esos guarros?

—Sí, no fue nada.

—Me alegro, porque te necesitamos entero. Hemos quedado el viernes a las diez en un bar cerca del Bernabéu. Nos vemos allí, ¿no?

—Yo estoy a la espera de juicio y no puedo meterme en líos, Rulo.

—Es importante, tío. Los de tu facultad van a estar y me imagino que tendrás ganas de verlos. Después te paso las señas por wasap. No faltes.

El Rulo corta la llamada sin decir nada más, consciente de que así su mensaje llegará mucho más nítido.

* * *

Álvaro ha recibido otro *pen drive* de Talión con las fotos de Genaro Cortés y de Ricardo Hernández y se ha vuelto a convertir en el centro de atención mediática, pero la extraña sensación que se apoderó de él desde que vio aquella factura de grúa a nombre de Marta Aguilera no le deja disfrutarlo. Ha tenido que dar varias entrevistas y asistir a un par de reuniones y no se puede sentar en su mesa hasta pasadas las doce de la mañana. Empieza a escribir sobre la vida del gitano Genaro Cortés, pero no pasa del primer párrafo. Su mirada se desvía involuntariamente de la pantalla de su ordenador al cajón. Finalmente se rinde y saca la factura manchada de Coca-Cola. Vuelve a comprobar la fecha y la hora como si no lo hubiera hecho ya decenas de veces y descuelga el teléfono. Otra vez el contestador.

—Marta, soy Álvaro. Llámame urgentemente, por favor, tengo que hablar contigo.

Guarda la factura e intenta seguir escribiendo, pero siete minutos después coge su chaqueta y sale del periódico. Aparca en la puerta de Grúas Ruiz, en Alcobendas, y espera a que una recepcionista termine de hablar por teléfono.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días... —dice Álvaro sacando la factura de su chaqueta—. Quiero hablar con el operario que hizo este servicio, por favor. Atendió a mi mujer el otro día.

—Lo siento, pero no puedo darle esa información. Si tiene alguna reclamación... —la recepcionista se interrumpe al fijarse en él—. Anda, pero si es usted el periodista que habla con Talión, ¿verdad?

—No hablo con él, pero sí.

—Enhorabuena. No me pierdo ninguno de sus artículos. Y el otro día en la tele estuvo genial.

—Muchas gracias. Como imaginará, estoy a tope y tengo que arreglar lo del coche de Marta. Si pudiera echarme una mano... —dice suplicante.

La recepcionista duda, pero termina cogiendo la factura.

—¿Qué quiere saber?

—El nombre del operario que la atendió. Se llevó sin querer no sé qué piececita del motor y comprarla nueva nos sale por una pasta.

La recepcionista dice que esas cosas suelen pasar y escribe en su ordenador el número de referencia que aparece en la factura.

—Está de suerte —dice al fin—. La atendió Moisés. Si entra por esa puerta le ve. Acaba de llegar de un servicio.

Álvaro se lo agradece en el alma, atraviesa la puerta y entra en un garaje en el que hay varias grúas aparcadas. Un hombre limpia los cristales de una de ellas. Mientras se acerca a él reza en voz baja para que Moisés le diga que es un error y que la hora correcta del servicio fue a las ocho y no pasadas las nueve, pero al operario le basta con mirar un cuaderno que guarda en la guantera para estar seguro.

—No, la atendí exactamente a las nueve y diez, lo tengo aquí apuntado.

—El problema es que ese día a las nueve y diez el coche no estaba en Madrid, o sea que tiene que haber un error en algún lado.

—En la hora de mi servicio no, eso seguro. A las ocho y media dejé un coche en un taller de Leganés y fui derecho a atender a su mujer. Llegué a cocheras a las nueve y media. Está en el registro.

—¿No hay ninguna posibilidad de que se equivocara al apuntarlo o...? —insiste Álvaro resistiéndose a creer lo que se le está empezando a pasar por la cabeza.

—Lo siento, pero no.

Álvaro entra en la comisaría y pregunta por la inspectora Gutiérrez. Cuando le recibe en su despacho, el periodista se arrepiente de lo que ha venido a hacer. Antes de hablar con la Policía tiene que aclararlo con Marta porque seguramente haya una explicación lógica para todo este asunto.

—¿Y bien? —pregunta la inspectora apremiante—. Tengo mucho lío.

—Vengo a pedirle una entrevista para el Semanal de *El Nuevo Diario* —improvisa Álvaro.

—¿Estás de coña?

—Estaría bien que alguien saliera a tranquilizar a la población. En España no tenemos tradición de asesinos en serie y la gente está asustada.

—La gente está encantada. Saben que, si no han matado a nadie, no tienen nada que temer. Creo que ha sido en tu periódico donde habéis dicho eso.

—¿No es verdad?

—Lo sea o no, hay que tener mucho cuidado con esas cosas. Lo único que conseguís es que caiga bien y eso a mí me complica la vida.

—¿Quién cree que puede ser?

—Si lo supiera, no estaría aquí hablando contigo, ¿no crees?

La inspectora nota algo extraño en cómo el periodista baja la mirada.

—¿Va todo bien?

—Sí. Solo me pregunto qué clase de persona podría estar haciendo algo así. ¿Es solo un loco o hay algo más?

—Para hacer algo así hay que estar loco. Y si mata a delincuentes en lugar de a curas o panaderos es por buscarse una justificación, pero disfruta matando.

—Entonces tiene que ser alguien con un historial violento, ¿no?

—Supongo que sí. Si no te importa...

—¿No me puede dar alguna cosita? Recuerde que la llamé en cuanto recibí el segundo *pen drive*.

La inspectora Gutiérrez le perdona la vida con la mirada y le da una pequeña primicia con la que el periodista podrá adornar un poco más su artículo de mañana. Cuando regresa a su despacho, la está esperando el agente Martos con gesto serio.

—Ya hemos comprobado los tres últimos clientes de Fiona Hansen.

—¿Y?

—Nada. Dos habían comprado gargantillas para sus mujeres y el otro un reloj para su amante, pero no les faltaba ningún tornillo.

—Entonces, solo puede ser Jaime Vicario.

—Durante el asesinato de Genaro Cortés estaba en Qatar, jefa.

—¿Te crees que no lo sé, joder?! —pregunta irritada—. Tal vez tenga un cómplice. Él mató a Jonás Bustos y su cómplice a los demás.

—Todo puede ser, pero no parece muy lógico.

—¿Cuándo vuelve de Qatar?

—Mañana a las siete y media de la mañana.

—Avisa a los de la comisaría del aeropuerto. Tenemos que cogerle nada más bajarse del avión.

Antes de volver al periódico, Álvaro decide pasarse por casa de Marta, pero nadie contesta al telefonillo. Deja una nota en el buzón y consigue ver que en el interior hay una carta del hospital Ramón y Cajal, el mismo en el que trabaja su novia Cristina.

* * *

El Dos Napias come con su mujer y sus dos hijas pequeñas delante de la tele mientras escuchan con atención las novedades sobre Talión. Una reportera hace una conexión en directo desde la puerta del frontón Beti-Jai. A su lado hay una vecina mayor que se ha peinado y vestido de domingo para conceder la entrevista.

«Estamos con doña Adela Gómez, que vive muy cerquita del frontón y asegura haber oído ruidos extraños la noche del asesinato de Genaro Cortés. ¿Qué oyó exactamente, doña Adela?», pregunta la periodista acercándole el micrófono.

«Ruidos, ya le digo. Al principio se escucharon unos gritos, pero pensé que serían los del tercero, que se pasan el día discutiendo. Y después una pelea de perros.»

Al cabo de dos minutos de entrevista en la que doña Adela no aclara nada, la reportera devuelve la conexión.

«La última información es que el perro hallado muerto en la escena del crimen pertenecía a un sobrino de la víctima —dice la presentadora en el estudio—, y según acaba de publicar Álvaro Herrero en la versión *online* de *El Nuevo Diario*, la munición utilizada por Talión para ejecutar a Ricardo Hernández y a Genaro Cortés era del calibre cinco con siete, muy poco habitual. Y ahora pasamos a otros asuntos...»

Mientras en la tele hablan de un nuevo escándalo de corrupción, el Dos Napias se ha quedado mudo con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca. Su mujer mira extrañada la estatua en la que se ha convertido su marido.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dado un pasmo?

He tenido una visión sobre cómo quiero que muera Amaya Eiguibar, pero para ello debo volver a visitar al Dos Napias en su oficina de la colonia Marconi. Cuando entro en el bar Los Mellizos, el traficante de armas continúa igual de pasmado. Me siento en la barra y me pido una caña que acompañan con una tapa de chorizos a la sidra. El traficante de armas tarda unos segundos en acercarse a mí, pero esta vez con una cautela que me mosquea, no me entra increpándome y amenazándome como acostumbra a hacer.

—¿Ya se te han acabado las balas, periodista?

—Quiero hacer otro pedido.

—Lo siento, pero hemos cerrado el chiringuito.

—Será nuestro último negocio, te lo pagaré bien y no volverás a saber de mí. Te doy mi palabra, Dos Napias.

Enseguida me arrepiento de haberle llamado así; supongo que no le hará ninguna gracia. Voy a disculparme, pero noto que está más preocupado que enfadado.

—¿Vamos? Tengo el dinero aquí mismo —insisto palmeando el bolso—. Estamos perdiendo el tiempo y yo tengo un poco de prisa.

El Dos Napias al fin cede y me hace seguirle de nuevo hasta el patio interior del bar. Vuelve a cachearme y encuentra la pistola y un cuchillo, pero no se atreve a quitármelos ni tampoco esta vez me manosea las tetas. No sé qué está pasando, pero no me gusta ni un pelo la actitud tan sumisa que ha adoptado.

—¿Pasa algo?

Me mira y en sus ojos noto que sabe quién soy. Supongo que se habrá filtrado con qué pistola mataron a los gitanos o que aturdieron a Genaro Cortés con una táser, si es que eso se puede averiguar en las autopsias. Saco mi pistola y le apoyo el cañón en la frente.

—¡Tía, no me mates! —suplica—. ¡Yo no soy un asesino y Talión solo mata asesinos!

—¿Cómo lo has sabido?

—Han dicho en la tele que utiliza munición del calibre cinco con siete. Blanco y en botella.

No sé muy bien qué hacer ante este giro inesperado de los acontecimientos y titubeo durante unos segundos.

—No me mates. Te juro que no diré nada. Si a alguna de mis hijas le hicieran lo mismo que a la pequeña Lucía, yo también me cargaría al cabrón y

le metería los cojones en la boca.

Me doy cuenta de que sigo con la pistola apoyada en su frente y él tiembla con las manos levantadas. Me separo.

—¿Qué necesitas? —me pregunta a toda prisa—. Lo que sea.

—Explosivos. Granadas, dinamita..., lo que tengas.

—Joder, esta vez la vas a organizar gorda, ¿eh?

Este tío acaba de descubrir que soy una asesina y me da una palmadita en el hombro con una sonrisa de oreja a oreja. Endurezco el gesto y aprieto de nuevo el cañón de la pistola contra su frente.

—Lo mejor será que te mate. No puedo arriesgarme.

—No, ¿qué haces, tía? No voy a hablar con nadie. Yo solo quiero ganar pasta. A ver..., tengo tres o cuatro granadas y unos cartuchos de dinamita que se robaron hace poco de unas minas.

—¿Dinamita de la de encender una mecha?

—No, coño. Eso lleva un detonador. Y también te lo consigo.

Antes de subir a su coche me dice que tiene que vendarme los ojos y yo le respondo que no me toque los ovarios. Conduce por las calles llenas de prostitutas y se detiene frente a la puerta de un garaje de camiones. El Dos Napias va a salir, pero yo le sujeto del brazo.

—Cuidadito con lo que dices. Si no quieres, no tienes por qué salir salpicado.

—Tranquila. Yo solo quiero trincar la pasta y olvidarme de ti.

El Dos Napias discute durante unos minutos con el jefe de los mecánicos y me llama con un gesto. Atravesamos el garaje y entramos en un enorme almacén de ruedas. Bajo una pequeña trampilla del suelo tienen escondidas tres granadas, catorce cartuchos de dinamita y dos detonadores.

—¿Para qué lo quieres? —me pregunta el mecánico.

—Para volar una roca que me ocupa media finca. ¿Cómo se utiliza?

Me lo explican y me timan cobrándome por los explosivos algo más de cuatro mil quinientos euros, pero a estas alturas, tan cerca de mi final, no pienso regatear. Vuelvo a casa y me paso las siguientes tres horas estudiando en Internet cómo sacarle el mayor partido a mis compras. Lo mejor y más fácil será fabricar un chaleco como los que utilizan los extremistas suicidas del Estado Islámico.

* * *

Durante la última semana que pasó en la cárcel de Ávila, a Amaya Eiguibar le dio tiempo a pensar. Hasta hacía bien poco, no se le pasaba por la cabeza que pudieran ponerla en libertad, pero sus abogados aseguraban que eso sucedería en apenas unos días. Se había hecho a la idea de que se pudriría entre rejas y ya estaba acomodada a su vida de lectura, ejercicio y talleres carcelarios. Lo único que conservaba intacto era el odio, pero ya no solo por el Estado español, ahora también odiaba a la ETA que se había rendido y permitía que sus soldados siguieran encarcelados lejos de su tierra. Todos habían jurado morir por sus ideales y muy pocos estaban dispuestos a cumplir su promesa. Con el resto de los presos vascos con los que se cruzó a lo largo de su condena, la relación era tensa desde hacía años y lo mejor era no hablar de política. A ella la mayoría le parecían cobardes.

Hasta que le dijeron que sería puesta en libertad, Amaya nunca se había planteado qué hacer con su vida. De todos sus excompañeros que no estaban muertos o encarcelados, una buena parte se había pasado a la política y otros cuantos estaban fugados, repartidos por el mundo lejos de Euskal Herria. Solo unos pocos se habían mantenido fieles a la causa, como los de Iraultzileen Bilguneak (IBIL), un grupo escindido de ETA dispuesto a utilizar todas las armas a su alcance para continuar con la lucha armada que se aprobó en 1964, en la III Asamblea de la banda terrorista. Amaya sabía que no llegaban a medio centenar de patriotas, pero también sabía que, si de verdad fueran en serio, cincuenta soldados podrían hacer mucho daño. Y una vez abierta la herida, se unirían muchos más. El problema era que la propia cúpula de ETA había pedido moderación en su mensaje a Fermín Sánchez Agurruza, un profesor de instituto que había dejado su trabajo y se había mudado a Francia para luchar desde allí por la causa. Cobardes, recuerda Amaya que pensó al saberlo. También recuerda haber pensado que, si ella estuviera libre, se habría unido sin dudarle al profesor. Ahora que tenía la oportunidad, ya no sabía qué hacer.

Vio venir la bola de acero por el rabillo del ojo, fue solo un destello y enseguida notó el golpe en la frente. Una vez en su casa de Hernani, se enteró de que el culpable era un chaval cuyo padre y hermano habían muerto en el atentado del supermercado, pero no le dio ninguna lástima. Su madre la miró por el rabillo del ojo, esperando temerosa una reacción que veinte años atrás

habría acabado con la televisión rota y media casa destrozada. Pero Amaya no hizo nada. Miró a su madre y sonrió.

—¿Qué te crees, *ama*? ¿Que voy a pegarle un tiro?

—No hables así, hija. Todo eso ya se ha acabado.

—¿Ah, sí? ¿Resulta que Euskadi ya es un país independiente y yo no me he enterado? ¿Estamos en el euro?

—Las cosas no son como antes, Amaya. Ahora nos gusta vivir tranquilos.

—¿Qué me estás diciendo?

—Que no queremos volver a pasar por lo mismo.

—Que estáis muy a gusto siendo españoles, ¿no?

—Estamos muy a gusto en paz. Deberías decir que el homenaje ese se haga en privado. Convidas a unos vinos y santas pascuas.

A Amaya le indignaba ver que el precio tan alto que había pagado no servía para nada. La indiferencia de su madre le confirmó que no se había equivocado al tomar la decisión que tomó en su última noche en prisión.

—Sé que estás de guasa, *ama* —dijo Amaya con una sonrisa que sonaba a amenaza—. Me gustará veros a *aita* y a ti en primera fila.

Los señores Eiguibar asistieron en primera fila al homenaje que le dieron los compañeros de lucha a su hija Amaya y se estremecieron al sentir que habían retrocedido veinte años cuando dos encapuchados quemaron una bandera española mientras gritaban a favor de la independencia del País Vasco y de la reunificación de los presos en cárceles vascas. Un chico joven se acercó a Amaya cuando esta se estaba tomando un vino en una taberna acompañada de varios exmiembros de ETA, de algunos políticos y de unos cuantos familiares de terroristas encarcelados.

—Aúpa, Katu. ¿Puedo hablar contigo?

—¿Hablar de qué? Yo a ti no te conozco.

—Te traigo saludos de algunos compañeros.

Amaya se sentó con él en una mesa y se dispuso a escuchar lo que le tenía que decir ese chico que ni habría nacido cuando ella ya estaba en la cárcel.

—¿De parte de quién vienes?

—De algunos que quieren saber cómo piensas —respondió el chico con cautela.

—¿De aquí?

—De aquí, de Francia, de Venezuela... Somos más de los que dicen.

—Estaría dispuesta a escuchar.

—Ya te diré dónde. Ahora disfruta de tu libertad. ¿Necesitas algo?

—Solo que le deis un sustito a quien me ha hecho esto —dijo Amaya señalándose la herida de la frente.

El chico asintió y se marchó. Amaya no volvería a saber de él hasta unos días después, durante los cuales se reunió con diferentes representantes de la izquierda *abertzale* interesados en tantearla para las filas de sus asociaciones, grupos y partidos. Con los de Euskal Herria Bildu —una coalición política creada en 2012 por los partidos Sortu, Eusko Alkartasuna, Aralar y Alternatiba— quedó en una taberna cerca de la calle Urbietta, en el casco antiguo de Hernani.

—¿Y qué habéis conseguido vosotros negociando con los españoles, eh?

—Mucho. Hemos...

—Una mierda —interrumpió Amaya al político—. Ni nos han dado la independencia ni nada de nada. Ni siquiera traen a los nuestros a su tierra para que puedan ver a sus familias.

—Poco a poco estamos logrando que...

—¿Qué hostias vais a lograr? —volvió a interrumpirle—. ¿En qué ha beneficiado rendirse al Gobierno español?

—Tú estás en la calle, sin ir más lejos.

—Sois unos vendidos —dijo Amaya con desprecio—, hasta Arnaldo Otegi lo es. Con palabras no se arregla nada.

Amaya se levantó de aquella reunión todavía más convencida del rumbo que debía tomar su vida. En sus tiempos a esos cobardes que hablaban mucho pero que no estaban dispuestos a arriesgar nada se les habría liquidado igual que a otros patriotas arrepentidos, como Miguel Francisco Solaun o Dolores González Catarain, *Yoyes*. Amaya pensaba que, como Roma, ETA no debía tener piedad con los traidores.

Pero lo peor de todo fue descubrir que la organización por la que ella dio media vida se había olvidado de luchar para dedicarse a falsificar pasaportes y matrículas de coche, prácticamente lo único que les hacía subsistir.

* * *

—¿El tío es de fiar? —le pregunto a Rodolfo por teléfono.

—Todo lo de fiar que pueda ser un traficante de oro, pero dice que si hay diez kilos de cadenas serán de dieciocho quilates, y baja el precio.

—¿Cuánto ofrece?

—Seiscientos y se cierra esta misma mañana.

—Acepta.

Cargo lo que me queda de oro en el maletero de mi coche y voy a recoger a Rodolfo. Es tanta su insistencia que, de camino a la casa de La Moraleja donde nos hemos citado con el belga Aarjen Slosse, tengo que parar para que pueda ver la mercancía con sus propios ojos.

—Comprende que no voy tranquilo si no lo veo antes, Martita.

—¿Contento? —pregunto mientras abro el maletero vigilando que los tres camioneros que charlan a unos metros de nosotros no nos oigan.

—¿Tú estás segura de que ahí hay treinta kilos?

—Los pesé con la báscula de casa y marcaba treinta y dos, pero no sé si es muy fiable. Puede que haya más o menos, cualquiera sabe. ¿Tú has traído tu lingote?

—No, prefiero guardarlo por si vienen las vacas flacas.

Rodolfo se identifica por el telefonillo y las inmensas puertas del chalé se abren para nosotros. Dos vigilantes con el pelo corto y rubio, con pinganillo y las pistolas marcadas bajo la chaqueta negra, nos guían por un camino asfaltado hasta la parte trasera de la mansión. Rodeamos una piscina enorme en la que un solitario nadador hace largos sin descanso y una pista de pádel vacía. Hay varios jardineros y un par de hombres lavan con cuidado un Ferrari. Un Lotus, un Porsche y varios vehículos de gama alta esperan su turno. Rodolfo silba.

—Joder, el belga sí que se cuida. Seguro que su mujer es un bombón, y liberal. Yo en mis tiempos me ligué nórdicas a paladas en Benidorm.

Nos hacen parar detrás del garaje y enseguida nos rodean dos guardaespaldas más. En total son cuatro. Nos dicen que nos tienen que cachear y encuentran mi pistola en el bolso. Rodolfo me mira asustado.

—¿Para qué llevas pistola, Marta?

—Por protección.

La saco con dos dedos y la guardo en el coche. Aarjen Slosse, belga de nombre, de acento y de aspecto, se acerca a nosotros secándose con una toalla después de haber nadado mil quinientos metros. Se abraza a Rodolfo con

confianza y a mí me saluda con más reserva. Es curioso, pero hasta en este tipo de negocios se habla por cortesía del tiempo y de esas cosas durante un par de minutos.

—Si lo desean, lo hacemos ya y no perdemos más tiempo, todos estaremos ocupados —dice el belga al fin.

Yo estoy conforme y abro el maletero de mi coche. Aarjen me pide permiso, yo se lo concedo y saca uno de los lingotes. Examina el contenido de las cajas con detalle y al cabo de unos minutos me mira sonriente.

—Perfecto. Los lingotes los pago a veintidós euros el gramo y la bisutería a catorce. ¿Conforme?

—Conforme.

Nos estrechamos la mano y él da órdenes en neerlandés a sus hombres. Descargan el oro y lo colocan sobre una balanza de precisión. Mientras Rodolfo mira el oro con los ojos desorbitados, el belga me observa a mí con curiosidad.

—¿De dónde ha sacado este oro, señorita?

—Descubrí dónde lo tenía escondido un hijo de puta y se lo robé.

—Entonces lo buscará.

—Cuando lo funda, como supongo que hará, este oro volverá a ser anónimo.

En total, me da cuatrocientos dieciocho mil euros por los lingotes y ciento sesenta y ocho mil por la bisutería. Volvemos a estrecharnos la mano y nos marchamos de la misma manera que llegamos, como si allí no hubiera pasado nada. Aparcamos en la entrada de la urbanización para hacer cuentas. Redondeo al alza el veinte por ciento que le corresponde a Rodolfo y le pago ciento cincuenta mil euros.

—¿Qué vas a hacer con tanto dinero? —me pregunta.

—Gastármelo en viajar y en montar algún negocio. ¿Tú?

—Esconderlo bien, no sea que venga alguna zorra y me lo robe.

Los dos nos reímos y le dejo en la puerta de su casa. Me mira con la acertada sensación de que no me volverá a ver nunca más.

—Cuídate, Martita.

—Tú también, Rodolfo.

Me paso por una papelería y compro una docena de sobres grandes. En un *parking* meto diferentes cantidades de dinero en los sobres y pongo rumbo al zoo. Encuentro a Dimas dándole de comer a un grupo de cebras.

—¡Marta! —dice sonriente—. Qué alegría volver a verte.

—Quería hablar contigo de algo —digo abrazándole—. ¿Podemos ir a un sitio más discreto?

Me hace esperar veinte minutos mientras termina de dar de comer a los animales. Yo le observo con una sonrisa bobalicona dibujada en la cara al ver que realiza su trabajo con una concentración digna de un cirujano. Cuando termina, me conduce a su despacho, que consiste en una mesa y una silla al fondo del almacén donde guardan los aperos. Sobre su mesa —escrupulosamente limpia— hay una foto enmarcada de Rosa.

—He pensado mucho en lo que me dijiste sobre viajar al extranjero con Rosa para que la pudieran inseminar.

—Es muy caro.

—Aquí tienes suficiente dinero para eso y para darle la mejor educación a vuestro hijo —digo poniendo un abultado sobre encima de la mesa.

Dimas lo mira desconcertado, sin atreverse a cogerlo.

—Vamos, cógelo. Es para ti. —Se lo acerco un poco más.

Cuando se decide, se asusta al ver cuánto dinero hay dentro.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me ha ido bien en la vida, eso es todo.

—No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes, Dimas. Yo tengo dinero de sobra y no se me ocurre mejor inversión que esta. Eso sí, debes prometerme que, si es una niña, la llamaréis Marta.

—Es que habíamos pensado llamarla Pilar, como mi madre, y si es niño José Carlos, como el padre de Rosa.

Yo me río por su naturalidad.

—Pues nada, entonces me tendré que fastidiar.

—¿Cuánto dinero hay aquí? —pregunta asomándose al sobre con timidez.

—Cien mil euros. No lo ingreses en el banco porque podrías tener muchos problemas si te preguntan por su procedencia.

—¿Te crees que soy tonto?

—No, Dimas —sonrío—. Nunca lo he creído. Ojalá todo os vaya bien a Rosa y a ti, nada me haría más feliz.

—Tardaremos toda la vida en devolvértelo. Como mucho, podríamos darte cien euros al mes. Eso sería tener que pagarte durante mil meses.

—No tienes que devolverme nada. Es un regalo que os hago con todo mi cariño.

Dimas frunce el ceño haciendo una extrañísima mueca. Tardo unos segundos en comprender que está intentando no llorar y me río.

—O lloras o no lloras, pero no hagas eso porque te pones feísimo.

Dimas se levanta con solemnidad y me abraza en silencio durante más de tres minutos. Con cualquier otra persona, ese abrazo sería incómodo a partir de los diez segundos, pero no con él. Es la única persona que conozco que todo lo hace con una sinceridad apabullante, sin un resquicio de maldad.

Vuelvo a casa y me paso las siguientes tres horas escribiendo cartas de despedida. La primera, la dirigida a mi hermana Natalia, la escribo a mano, pero enseguida me canso y continúo a ordenador.

* * *

La inspectora Gutiérrez, el agente Martos, tres miembros más de su brigada y dos policías nacionales esperan en la salida de viajeros de la terminal 4 del aeropuerto Adolfo Suárez. Jaime Vicario sale con cara de cansancio del *finger* y enseguida se ve rodeado.

—¿Jaime Vicario?

—Sí, ¿qué pasa?

—Acompáñenos, por favor.

Jaime Vicario acompaña a los policías completamente acojonado, pensando que le han metido un paquete de droga en la maleta o algo así. Cuando llegan a la sala de interrogatorios de la comisaría, le hacen sentarse tras una mesa.

—¿Estoy detenido por algo? —pregunta asustado.

—Todavía no —responde la inspectora Gutiérrez—. Sabemos que hace unas semanas compró usted un reloj en la joyería de Fiona Hansen, en la calle Sagasta.

—Sí —dice cada vez más aturdido y lo muestra en su muñeca—. Lo llevo puesto.

—Quíteselo, por favor.

Jaime Vicario se quita el reloj sin comprender nada y se lo entrega a la Policía. La inspectora Gutiérrez lo examina y crisca el gesto cuando ve que los cuatro pequeños tornillos siguen en su sitio.

—¡Esto no puede ser, joder! —Clava su mirada en el asustado bróker—. ¿Ha sustituido alguno de los tornillos de este reloj en su viaje a Qatar?

—No, ¿por qué?

—Porque hemos encontrado uno de los que utiliza la señora Hansen en la escena de un crimen y ya hemos comprobado a todos sus demás clientes.

Jaime Vicario se revuelve en su asiento incomodísimo. La inspectora Gutiérrez lo nota y vuelve a centrar su atención en él.

—¿Tiene algo que decirme?

—Yo... —responde él tragando saliva—. También compré una pulsera.

—¿Dónde está?

—Se la regalé a mi ex.

—¿Cómo se llama su ex? —pregunta la inspectora impaciente.

—Marta..., Marta Aguilera.

El juez al fin ha ordenado al periódico *El Nuevo Diario* que ponga a disposición de la Policía la grabación de la entrevista a Jonás Bustos y ya la están analizando. La inspectora Gutiérrez ha tenido que ampliar su equipo y, entre la gente que le han mandado, está la joven y guapa María Lorenzo, la misma que se acuesta con el inspector Jerez en el hotel de Las Letras. Es precisamente ella la que aborda a la inspectora prácticamente en la puerta de la comisaría cuando Gutiérrez y su equipo llegan procedentes del aeropuerto.

—Disculpe, inspectora. He encontrado algo muy raro.

—¿Qué entiendes tú por muy raro? —pregunta sin detenerse.

—La grabación de la entrevista de Marta Aguilera a Jonás Bustos está editada. Es una entrevista normal hasta el minuto cuarenta y seis. Después se corta varias veces.

—Pónmela, rápido.

La agente Lorenzo se la pone en el primer ordenador que encuentran y busca el momento al que se refiere. La inspectora y sus ayudantes escuchan con atención. Son las voces de la periodista Marta Aguilera y del difunto Jonás Bustos:

«¿Dices que hubo maltrato policial?»

«Esa inspectora me ha estado acosando desde el primer día. Hoy mismo me ha amenazado en comisaría.»

«¿Y por qué no lo has denunciado allí?»

«Como si eso sirviera de algo. Prefiero denunciarlo en tu periódico. Me ha dicho que le daba igual que fuese inocente, que ella tenía que detener a alguien y me ha tocado a mí.»

—Aquí se corta por primera vez —señala la agente—, y el tono de la periodista pasa a ser mucho más agresivo.

Efectivamente, se nota que ha ocurrido algo en ese trozo editado para que Marta Aguilera reaccione así.

«¿Qué hacías cerca de casa de la niña esa misma tarde?»

«Fui a echar gasolina, puedes comprobarlo. Y además, mucho antes de que se la llevaran. Soy inocente, no hay ninguna prueba contra mí.»

—Aquí vuelve a cortarse —apunta María Lorenzo—, hasta la despedida.

«Ya hemos terminado la entrevista.»

—Ya está, no hay nada más. Han hecho una chapuza, pero no sabemos si ha sido cosa del periódico o de la periodista.

La inspectora reflexiona unos instantes. Se acuerda de algo que lleva rondándole por la cabeza desde hace ya unos cuantos días y que le confirma que esa periodista es culpable: ¿por qué Talión no dijo una sola palabra cuando secuestró a Francisco Díaz y a Sara Somoza en su piso de Pan Bendito? Aprieta los dientes al darse cuenta de que fue porque Talión es una mujer y no quería dejar una pista tan determinante.

—Dejadlo todo y poneos a investigar a Marta Aguilera. Quiero saberlo absolutamente todo de su vida. Pasa a ser prioritario.

—¿La detenemos?

—No hasta que tengamos algo en firme. No quiero que el cabrón del juez la deje libre en setenta y dos horas.

La agente Lorenzo va a informar al resto del equipo y la inspectora Gutiérrez pide órdenes judiciales para destripar la vida de la sospechosa. El juez en principio es reticente, pero sabe que tendrá muchos problemas si hay otra muerte y se filtra que entorpeció la investigación. Y por lo que insinúa la inspectora, se filtrará. Tres horas después, el agente Martos entra con un papel en la mano y una sonrisa de triunfo en la cara.

—El día anterior a la muerte de Cornel Popescu pagó con su tarjeta de crédito el alquiler de un coche en Málaga y unas compras en un *sex-shop* de Marbella.

—La tenemos.

La inspectora da aviso a los cuerpos de Operaciones Especiales y media hora después ya tienen todas las órdenes necesarias. La furgoneta policial, escoltada por cuatro coches de agentes armados hasta los dientes, se dirige hacia una tranquila urbanización rodeada por un campo de golf, donde vive Marta Aguilera.

* * *

Álvaro Herrero entra en el hospital Ramón y Cajal y va hasta la cafetería, sabe que Cristina suele desayunar a esta hora. Su novia se sorprende al verle llegar.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo que pedirte un favor de los gordos.

—Me imagino que no me va a gustar —dice Cristina frunciendo el ceño.

—Necesito ver el historial de una paciente.

La enfermera se queja diciéndole que los historiales médicos son confidenciales y su novio le promete que no es para ningún artículo, sino por un asunto personal. Después de unos minutos de tira y afloja, el periodista sigue a su novia hasta un despacho y ambos se sientan frente a un ordenador.

—A ver, dime su segundo apellido.

—No me acuerdo. Muchas Martas Aguilera tampoco puede haber.

Cristina escribe y saltan dos avisos, uno en Pediatría y el otro en Neurología.

—Neurología.

—Te dejo verlo dos minutos, pero no te lo llevas ni le haces fotos a la pantalla, ¿de acuerdo?

—Que sí, pesada. Ábrelo de una vez.

Cristina abre el historial de Neurología y descubren que Marta Aguilera tiene un tumor cerebral en fase terminal.

Cuando me despierto e intento levantarme de la cama, me caigo al suelo. Mi pierna y mi brazo izquierdo han dejado de funcionar y solo noto un peso muerto. Intento arrastrarme hasta el baño, pero no avanzo más de dos metros. Me rindo hasta que mis extremidades vuelven a la vida una hora después. Me ducho a duras penas, me visto y cargo en el maletero los sobres de dinero, los explosivos y todo lo que voy a necesitar en mi viaje al País Vasco. También guardo mis micrófonos y el resto de las cosas que he ido comprando, aunque me temo que ya no me servirán para nada. Encuentro una nota de Álvaro en el buzón y varias cartas del hospital Ramón y Cajal. Decido que es hora de devolverle alguna de las más de diez llamadas perdidas que tengo suyas entre ayer y hoy.

El periodista va camino de la comisaría cuando suena su teléfono. Se queda petrificado, sin saber qué debe hacer. Finalmente contesta.

—¿Álvaro?

—Hola, Marta. ¿Dónde te metes?

El mismo cambio que noté en el Dos Napias lo noto ahora en mi colega.

—Sigo en Galicia, ¿y tú?

Se produce un incómodo silencio que dura unos segundos.

—Sabes que mi novia trabaja en el Ramón y Cajal, ¿no?

—Entonces lo sabes.

—Sí, lo siento. Hay otra cosa. Llegó al periódico una factura de un servicio de grúa. Lo abrí sin querer y...

—Y te diste cuenta de que la grúa me atendió a la hora que yo debería estar entrevistando a Jonás Bustos, ¿no?

—Sí.

—Vaya —chasqueo la lengua—. Al final, no es tan fácil como en las películas. Siempre se van dejando pequeñas pistas.

Se produce un último silencio.

—Supongo que te gustaría hacerle una entrevista a Talión.

—Tengo que denunciarte, Marta.

—Espérate a mañana a las diez de la noche y te haré ganar una silla de tertuliano en la tele, Álvaro. Te daré una confesión y te enviaré fotografías y grabaciones de los muertos. También te daré el nombre de un senador italiano involucrado en trata de blancas y el de varios proxenetas, secuestradores y traficantes. Todo con pruebas.

—No puedo esperar a que mates a otra persona.

—Eso nadie lo va a evitar. Mañana a las diez me pondré en contacto contigo. Si has avisado a la Policía, colgaré y llamaré a *El Mundo* o a *El País*. Procura tener una buena señal de wifi.

Cuando cuelgo, apago el teléfono y lo meto en el buzón. Aún conservo el móvil de mi madre y pago religiosamente su línea; me gusta llamar a su número de vez en cuando para escuchar su voz en el contestador. Será el teléfono que usaré a partir de ahora. Voy a tirar la publicidad a la papelera y veo algo extraño. Un coche de Policía ha aparcado en la esquina e impide el paso de los vecinos mientras uno de los agentes corre hacia el otro lado de la calle. No me gusta. Voy arrastrando la pierna hasta el garaje y me subo al coche. El policía me hace parar en la improvisada barricada.

—¿Qué pasa, agente? —pregunto bajando la ventanilla.

—¿Puede apagar el motor, señorita?

Según lo está diciendo se da cuenta de que es a mí a quien busca y le cambia la cara. Va a sacar la pistola, pero yo me adelanto y descargo un disparo con mi taser. El agente se queda paralizado y cae al suelo antes de poder dar la voz de alarma. Suelto el arma y acelero. Al doblar la esquina veo que varios coches de Policía y furgonetas de los GEOS han llegado desde el otro lado de la calle y han rodeado la entrada de la urbanización. No me han visto por unos segundos.

* * *

La noche que encontraron a José Javier Zúñiga, el yerno de la Flaca, flotando en el Manzanares, la inspectora Gutiérrez no pegó ojo. Había pasado más de diez años esperando algo así y sabía que no podía desperdiciar la oportunidad, pero llegado el momento dudó. Últimamente había pensado en recuperar a Sergio y esto daría al traste con todos sus planes, pero para ella lo primero seguía siendo la venganza.

La Flaca se extrañó al recibir la visita en la cárcel de aquella policía a la que no conocía de nada. Más extraño era que fuese a verla cuando hacía mucho rato que se habían acabado las horas de visita.

—¿Quién es usted? —preguntó la Flaca desconfiada al comprobar que el celador las dejaba solas—. ¿Qué quiere?

—Quiero proponerle un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Usted me hace un gran favor a mí y yo no meto en esta misma prisión a su hija. Los periódicos se frotarían las manos sabiendo que ha seguido sus pasos.

—Ese borracho se cayó al río y se mató, no es la primera vez que pasa.

—No, lo que sí sería la primera vez es que hubiera sido un pez quien le diera el sartenazo que acabó con su vida.

La Flaca observó a la inspectora en silencio.

—Yo hago algo y usted oculta el dato de la sartén y deja en paz a mi hija, ¿es eso lo que me propone?

—Veo que lo ha entendido. Su hija mató a ese hombre porque seguramente se lo merecía, no me costaría mirar para otro lado por el bien de

sus nietos. Y a usted le da igual añadir algo más a su condena, nunca saldrá de aquí de todas maneras.

—¿A quién quiere que mate?

—A Amaya Eiguíbar.

La Flaca se sorprendió.

—Acercarse a las etarras no es tan fácil. Están más protegidas que el Banco de España.

—Yo sé que usted les lleva revistas y libros todas las semanas y ha hecho cierta amistad con ellas.

La Flaca guardó un prolongado silencio y al fin asintió.

—¿Cómo quiere que lo haga?

—Escoja usted el método; no sé si le gusta más envenenar o acuchillar.

—Acuchillar es más cercano —respondió la Flaca con frialdad—, pero mejor será envenenarla de manera anónima. Aunque, como usted dice, me da exactamente igual que sepan que fui yo, preferiría que no me quitasen mis privilegios.

—¿Qué necesita?

—Depende de las ganas que tenga usted de que muera.

—Muchas. Y quiero que sea cuanto antes.

—Me bastaría con cianuro, estricnina o cualquier cosa así, pero lo ideal sería el Compuesto 1080.

—¿Qué es eso?

—Fluoroacetato de sodio. Era lo que quería utilizar con mi marido, pero no logré encontrarlo. A usted tal vez le resulte más sencillo.

—¿Qué tiene de especial ese veneno?

—En primer lugar, que es infalible, y su segunda gran ventaja es que es soluble en agua. Se lo echaré en un bote de té que tiene en su celda. A ella esa porquería que traen de Nepal le encanta.

La inspectora consultó la base de datos y vio que en la comisaría de Chamartín estaban almacenados algunos de los venenos incautados en el aeropuerto Adolfo Suárez; había cápsulas de cianuro, semillas de ricino, píldoras de anatoxina... y un cargamento de Compuesto 1080 que llegó procedente de Australia sin que todavía se hubiera descubierto el motivo ni a quién iba dirigido. Tenía aún en marcha la investigación de la muerte de un camionero al que encontraron en una vía de servicio con un balazo en el pecho

y eso le abrió las puertas del almacén de pruebas de la comisaría de Chamartín.

—¿Por qué dice que quiere ver las pruebas de aquel caso, inspectora? —preguntó aquel comisario extrañado.

—Probablemente sea una tontería, pero me ha dado por pensar que a mi camionero le ha asesinado el mismo que a su gasolinero.

—¿Qué le hace pensar eso? —insistió el comisario revisando el informe que le había dado la inspectora Gutiérrez—. El arma, ni se parece, y hay cuatro años de diferencia. La única coincidencia es que a ambos los mataron de un disparo.

—Al menos hay una coincidencia, comisario. Ahora mismo estoy en blanco. Y no necesito que me ponga a nadie para ayudarme, si lo desea lo haremos de manera extraoficial. Les echaré un vistazo a las pruebas y me marcharé sin molestar, le doy mi palabra.

El agente encargado del almacén la condujo a través de los pasillos atestados de pruebas y señaló una estantería cuyas cajas más antiguas estaban medio podridas a causa de la humedad.

—Tiene que estar por aquí, inspectora. ¿Necesita ayuda para buscarla?

—No se preocupe, ya la busco yo. Usted vuelva a su trabajo.

El agente agradeció la deferencia y fue a continuar con el *best seller* que estaba leyendo. La inspectora encontró la caja de pruebas del asesinato del dependiente de una gasolinera y fingió estudiarla durante veinte minutos, lo que tardó el agente en volver.

—¿Necesita algo?

—No, usted tranquilo. Aún me queda para rato, no se preocupe por mí.

El agente volvió a marcharse y la inspectora se dirigió hacia el fondo del almacén. Allí, detrás de una verja cerrada con un candado, estaban almacenados los venenos. Se puso unos guantes de látex que llevaba en el bolsillo, sacó una pequeña cizalla que llevaba escondida en la chaqueta y reventó el candado. Buscó entre las cajas hasta que encontró la del Compuesto 1080. La abrió con cuidado y extrajo uno de las docenas de botes que había en su interior. Cualquiera día se darían cuenta, pero con un poco de suerte tardarían años. Sustituyó el candado reventado por uno nuevo sabiendo que cuando fueran a abrirlo pensarían que se había vuelto a atascar —en el almacén de su comisaría pasaba a menudo y todos culpaban a la calidad de los candados oficiales—, y se marchó.

Contactó con el marido de una presa para que ejerciera de mula cuando fuera al siguiente vis a vis con su mujer y el frasquito con el fluoroacetato de sodio llegó a las manos de la Flaca en solo un par de días.

* * *

—Señorita Aguilera, soy la doctora Molina. Hace bastantes días que no sé nada de usted y empiezo a estar preocupada. Aunque no quiera venir a verme, cosa que respeto y entiendo, devuélvame la llamada o envíeme un mensaje para saber que se encuentra bien, por favor. Ah, y telefonee también al doctor Oliver. Me ha mandado recado diciéndome que, si contacto con usted, le ruegue que le llame. Gracias.

La doctora Molina no suele perseguir a sus pacientes, pero hay algo en Marta Aguilera que la inquieta y ya le ha dejado cuatro mensajes en su buzón de voz. La última vez que habló con ella le preguntó si estaría obligada a denunciarla si admitía la intención de matar a su jefe, y aunque entonces no le dio mayor importancia —la del secreto profesional es una de las preguntas más frecuentes que le hacen—, ahora no deja de darle vueltas. Si en este mismo momento encendiera la televisión, se daría cuenta de que sus temores son muy fundados y que la foto de esa mujer ya está en todos los informativos, pero no puede entretenerse, está esperando a un paciente nuevo que le han enviado del juzgado.

Le asquea leer su expediente policial. Nicolás Santisteban es un millonario acusado de violar a diez mujeres de entre treinta y sesenta años, una de las cuales, Olga Bernal, de cuarenta años, murió desangrada a causa de las heridas internas que le había provocado con el mango de un martillo. Un defecto de forma en la recogida de pruebas hizo que solo le pudieran condenar por tres violaciones y únicamente ha cumplido un par de años en la cárcel. Se ha abierto una nueva investigación ante las sospechas de su implicación en la muerte de dos chicas holandesas en el año 2008, pero al parecer, aunque los investigadores ven indicios muy claros de su culpabilidad, tampoco van a encontrar pruebas determinantes. La doctora está tentada de renunciar y enviárselo a algún compañero con más estómago que ella, pero necesita el trabajo.

Imaginaba al señor Santisteban de varias maneras: con mirada huidiza, atormentado y acoplejado. O acaso frío y arrogante, como el verdadero

depredador que es. Lo que no esperaba encontrar era a un hombre de cincuenta y tantos años con una educación exquisita, simpático y con pinta de bonachón. Su permanente sonrisa en los labios la hace estremecer.

—Si se considera inocente, ¿por qué acude voluntariamente a esta terapia?

—Necesito que usted certifique que estoy cuerdo y que esas acusaciones no son sino ataques indiscriminados para ensuciar mi buen nombre.

—No podré ayudarle ni en una cosa ni en la otra. Mi único cometido es escucharle y elaborar un informe objetivo para el juzgado.

—Eso es más que suficiente, doctora Molina. Hay muchos intereses empresariales en todo este asunto, ¿sabe? Muchos de mis rivales serían capaces de cualquier cosa para quitarme de en medio.

—Eso es cosa de la Policía, señor Santisteban. Hábleme un poco de usted.

El señor Santisteban le cuenta su feliz infancia en un palacete de Santander, acudiendo a los mejores colegios privados y viajando por todo el mundo con sus padres y sus cuatro hermanos. Nunca tuvo carencias, ni afectivas ni económicas.

—Dígame usted si cumplo con el perfil del hombre que ha violado a todas esas mujeres. Es absurdo; si necesito mujeres, me pago las mejores.

—Sin embargo, en su expediente se dice que usted se declaró culpable de la violación de Eva María Calderón en el año 2004.

—Eso no tiene nada que ver —al violador le cambia la cara y responde irritado—: A esa zorra no la violé.

—Le ruego que modere su lenguaje, señor Santisteban.

Él sabe que esos ataques de ira van en contra de sus intereses y vuelve a esbozar la misma cándida e inocente sonrisa.

—Discúlpeme, doctora. Comprenda que me crispan las falsas acusaciones.

—Continúe, por favor.

—Me declaré culpable por recomendación de mis abogados, no porque lo fuera. Si me lo permite, le relataré cómo sucedieron los hechos para que los juzgue usted misma.

Según Nicolás Santisteban, la modelo Eva María Calderón, de veintiocho años, estuvo persiguiéndole toda la noche en la fiesta de una revista de economía que le había otorgado el premio al empresario del año. Algunos de los asistentes a la recepción fueron testigos de ese acoso y así lo declararon a

la Policía: esa mujer no era más que una buscona que pretendía sacarle dinero, como así sucedió. Con un acuerdo previo al juicio en el que el acusado admitía su culpabilidad y pagaba una indemnización de ciento cincuenta mil euros, se dio carpetazo al asunto.

—Lo que no queda claro es por qué la denunciante tenía un desgarro anal, un moratón en el ojo y señales de ahorcamiento —apunta la doctora.

—Nadie dijo que fuera una relación tranquila, pero fue consentida.

Mientras le escucha, a la doctora Molina se le revuelven las tripas tanto como se le revolvieron a Marta Aguilera al escuchar a Jonás Bustos declamar su inocencia en la muerte de la pequeña Lucía, y decide que hará todo lo posible para no exculparle. Es fácil hacer que ese hombre acostumbrado a salirse con la suya se irrite y pierda los papeles. La doctora solo tiene que pincharle un poco y después plasmar sus reacciones en el papel.

—Dígame, señor Santisteban. ¿Cómo es que un hombre bien parecido y con tanto poder adquisitivo como usted no se ha casado nunca?

—Las mujeres solo se han acercado a mí por mi dinero —responde él con desdén—. No ha habido ninguna a la altura.

—¿Nunca ha pensado que podría tener una concepción muy alta de sí mismo?

* * *

Esperaba que el último viaje de mi vida fuera tranquilo y que pudiera pararme en Burgos para comer unas lentejas a la burebana, pero la Policía ya me está buscando y tengo que llegar cuanto antes a San Sebastián, dejar mis cosas en el apartamento y deshacerme del coche. Salgo de la autopista para llenar el depósito en Lerma, a unos doscientos kilómetros de Madrid, y cuando voy a pagar veo mi foto en la tele. Tienen el volumen bajado y no me puedo enterar de lo que dicen, pero está claro que a partir de ahora me va a resultar muy complicado pasar desapercibida. Pago la gasolina procurando no mirar a la cara a la dependienta y compro algo de comer y unas tijeras. En el baño de la gasolinera me corto el pelo pensando que lograré convertirme en otra persona, pero al mirarme en el espejo descubro que sigo siendo yo.

Me subo al coche y me propongo no volver a parar hasta llegar a San Sebastián, pero al pasar por el desvío de Villagonzalo-Pedernales siento una

punzada en el estómago. Todavía tengo un asunto pendiente a unos setenta kilómetros de aquí que debo resolver antes de desaparecer de este mundo.

Llevaba cuatro años sin venir al pueblo —desde el entierro de mi madre—, pero parecen haber pasado cuatro días: la misma carretera llena de socavones, el mismo cartel escrito a mano por el tío Paco en el que se lee con diferentes tamaños de letra «Se venden conejos vivos» y el mismo puticlub de carretera con forma de castillo medieval. ¿Cuántas princesas como Nicoleta habrá encerradas en su interior?

Aparco en la plaza del Ayuntamiento, junto a los mismos soportales desde los que vigilaba a Felipe padre antes de darle su merecido, y aguardo a que se acerque alguien a quien no conozca de nada. Antes de dar con un desconocido, veo pasar junto a mi coche a la modista de toda la vida, a la mujer del pescadero, al antiguo alcalde y a Carlitos, mi compañero de pupitre en EGB, que se ha quedado calvo como una bola de billar. Me pongo una gorra, las gafas de sol y bajo la ventanilla.

—Buenas tardes. Estoy buscando a Raquel Prieto.

—¿Raquel Prieto? —repite el desconocido pensativo.

—Sí, es una mujer de aproximadamente cuarenta años. Tengo entendido que está casada con un ingeniero de una central eléctrica y tiene dos hijos.

—Ah, sí —cae en la cuenta—. Vive en las afueras. Si sigue usted por esta misma calle, vuelve a salir a la carretera y se encuentra con su casa. Es un chalé de piedra con el tejado negro. No tiene pérdida.

—Muchas gracias.

Sigo sus indicaciones y enseguida encuentro la casa de mi amiga Raquel. Aparco junto a la valla y, al asomarme al interior, la veo trabajando un pequeño huerto. Recuerdo que su sueño era esto mismo, tener una casita con un huerto en las afueras, mientras que el mío era poner tierra de por medio y dejar atrás este pueblo. Me alegro de que al fin ambas lo consiguiéramos. Rodeo la casa y encuentro una puerta abierta. Cuando me ve entrar, se pone en pie.

—¿Qué desea?

—Hola, Raquel.

Raquel, al igual que hizo su padre aquella noche en la calle del Caño, entorna los ojos y tarda unos segundos en reconocermme. Cuando me identifica, se asusta.

—Vete. He visto en la tele lo que has hecho y no quiero saber nada, Marta. No me hagas daño, por favor.

—No vengo a hacerte daño.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Si me has visto en la tele, sabrás que me queda poco tiempo. Solo quería despedirme de ti y pedirte perdón.

Raquel duda un momento, pero enseguida corre a cerrar la puerta.

—Pasemos dentro, alguien podría verte.

Entramos y me invita a tomar un café en el salón. Es una casa acogedora y decorada con gusto, aunque invadida por tantos juguetes como la parte de abajo de casa de Eric.

—¿Y tus hijos?

—En el colegio —responde todavía insegura.

—¿Qué están diciendo de mí en la tele?

—Que tú eres Talión y que estás enferma, pero enseguida la he apagado. No he querido saber más. ¿Es verdad?

—Me temo que sí.

Raquel no sabe qué hacer. Noto que duda entre salir corriendo o darme un abrazo. Sonríe tratando de tranquilizarla.

—No te compadezcas de mí, Raquel. Tanto mis víctimas como yo nos merecemos morir.

Nos miramos en silencio durante unos segundos.

—Siento lo que pasó con tu padre.

—No fue culpa tuya.

—Yo le provoqué.

Llegado este punto, yo estaba segura de que Raquel me echaría de su casa y llamaría a la Policía, pero, para mi sorpresa, sonrío.

—Gracias.

—¿Gracias? —pregunto desconcertada.

—Te sacrificaste por mí sin saberlo, Marta. Aquella noche yo estaba muerta de miedo en mi casa esperando que llegase del bar. Llevaba semanas haciendo algo más que pegarme.

—¿Te violó?

—Entraba en mi habitación por las noches y solo me tocaba, pero no tardaría en dar un paso más. Gracias a ti, pude dormir tranquila.

—Me alegro.

Raquel se acerca a mí y me abraza. Ambas nos emocionamos, tan tristes por la situación como felices por volver a entendernos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo una última persona a la que visitar.

—¿Se lo merece?

—Más que ninguna otra.

No puedo decir que Raquel apruebe mi obra, pero por su expresión sé que la comprende. Mira mi pelo y sonrío.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me lo he cortado en una gasolinera de mala muerte para intentar pasar desapercibida.

—Es una chapuza, pero estás guapísima.

—¿Tú crees?

—Sigues siendo la mujer más guapa que he conocido —dice asintiendo—, pero cualquiera te reconocería. ¿Quieres que intente arreglarlo y que te lo tiña de rubio?

—Me encantaría.

Raquel me lleva a su baño, me sienta en un taburete y saca de un armarito todo lo que va a necesitar. Con más habilidad de la que hubiera imaginado, mi amiga me decolora el cabello, lo tiñe de rubio y me lo lava y me lo corta mientras charlamos y nos reímos tan compenetradas como cuando visitábamos aquel centro comercial de Ávila. Al mirarme en el espejo después del cambio de *look*, me sorprende al ver que no queda rastro de Marta Aguilera.

—Me parezco a Meg Ryan, ¿no?

—A ti te queda mucho mejor el rubio.

Ambas nos reímos.

—¿A que no adivinas con quién perdí la virginidad? —pregunta Raquel retomando nuestra última conversación en la habitación de su casa.

—¿Con quién?

—Con Néstor. Y tú tenías razón, era un auténtico imbécil.

Al dejar el pueblo con la sensación de haber quedado en paz, no paro hasta entrar en San Sebastián y llego a la calle Fuenterrabía, cerca de la catedral del Buen Pastor, a escasos cinco minutos andando de la playa de La Concha. Nada más aparcar en mi plaza de garaje al aire libre, me doy cuenta de que me he equivocado. Es una casa de piedra de tres plantas dividida en

seis apartamentos con más movimiento del esperado. Mientras mi casero —un hombre mayor, regordete y con cara de buena gente— me conduce hacia el ático B, me va hablando de mis nuevos vecinos.

—Aquí somos gente tranquila, le diré; el primero A lo ocupan un arquitecto y su señora, y el B dos científicas que están estudiando a no sé qué peces. El segundo A unos chavales, pero tranquilos, y en el B hay un chalado del surf americano o canadiense o no sé qué gaitas. Casi no se le ve. Y en el ático A, justo enfrente de usted, está el *ertzaina*.

—Nunca está de más tener un policía en el vecindario —digo con cara de póquer.

—El hombre se ha separado y aquí le tenemos... Y usted ¿a qué se dedica?

—Soy periodista..., periodista deportiva. Me han encargado un reportaje sobre porteros históricos y el primero de todos es Arconada.

—Tampoco se olvide de Chillida, el escultor, el del *Peine del Viento*. Fue portero de la Real Sociedad.

—¿No me diga?

—Un coladero, pero portero al fin y al cabo, y más histórico que Chillida no lo hay. Esta es la habitación. Si va a querer la clave del wifi, se paga aparte.

Le pago la clave del wifi, cuatro días de habitación y me instalo. El apartamento es perfecto para mí; tiene cama, baño y parece limpio. Lo único que me perturba es tener a un miembro de la Policía autonómica vasca en la puerta de enfrente. Me lo he cruzado mientras subía mi equipaje y nos hemos dado las buenas tardes sin apenas mirarnos a la cara. Deshago mi maleta y compruebo si la historia de Chillida que me ha contado mi casero es verdadera. Para mi sorpresa, descubro que tiene cierto parecido con la de Jesús Gala, *el Pichichi*, pero con un final radicalmente distinto: Eduardo Chillida jugó catorce partidos como portero titular de la Real Sociedad en la temporada 1942-1943, pero una gravísima lesión en la rodilla le hizo retirarse prematuramente. En lugar de drogarse, se convirtió en uno de los mejores y más laureados escultores españoles.

Guardo los sobres de dinero en una mochila y busco una oficina de Correos para enviarlos. Una vez que lo hago, voy a poner rumbo a Hernani, pero tengo que dar la vuelta porque me he olvidado la pistola en el apartamento. Me vuelvo a encontrar con el *ertzaina* cuando estoy subiéndome al coche.

—Disculpe, ¿usted es la del ático B?

—Sí —respondo con cautela.

—Me llamo Mikel Larreta y ocupo el ático A —dice tendiéndome la mano—. ¿Le importa que me enganche a su wifi y lo pagamos a medias?

—Esta noche tengo que trabajar y necesito una buena conexión.

—Yo tengo turno de noche, solo es para ahora. Es que tengo que consultar unas cosas de bancos y el cabrón del casero me quiere cobrar el día entero.

Accedo a darle la clave que me ha proporcionado mi casero y, después de este primer y desconcertante encuentro con la Ertzaintza, voy a visitar la localidad natal de Amaya Eiguibar.

Hernani es un bonito pueblo situado a los pies del monte Santa Bárbara y atravesado de sur a norte por el río Urumea. Me doy una vuelta por el casco antiguo —calificado íntegramente como Bien Cultural— y entro en la calle de los bares plagados de sidrerías y de terrazas llenas de gente. Aquí ya no queda casi nadie que apoye la causa terrorista; los hay que siguen pidiendo la independencia de Euskadi y otros muchos se sienten tan vascos como españoles, pero casi siempre pelean en democracia y sin dar tiros en la nuca. Hace quince o veinte años estas calles debieron de ser muy distintas. Aun así, el aspecto de algunos jóvenes vascos me recuerda a las imágenes que he visto de Amaya Eiguibar en sus comienzos y eso es algo que me inquieta. Sigo a dos de ellos hasta la calle de Urbietta y los veo entrar en un bar. Es una *herriko taberna* de toda la vida, aunque ya no pongan huchas bajo fotografías de etarras muertos o encarcelados. Lo que sí hay son carteles pidiendo la reunificación de los presos vascos, recortes de periódico enmarcados y consignas y banderas independentistas, pero supongo que todo dentro de la legalidad. Dentro hay más turistas que *abertzales*. Me tomo un par de vinos y un par de pinchos sonriendo ante los piropos que me lanza el camarero, que por su carácter más que vasco parece andaluz, y voy hacia el barrio Sorgintxulo, que significa literalmente «el agujero de la bruja», donde viven los padres de Amaya Eiguibar y se refugia actualmente la terrorista.

Los señores Eiguibar viven en las afueras, en un caserón antiguo con jardín y estanque en la parte delantera y un enorme huerto en la trasera. Una mujer de unos cincuenta años sale de la casa para hacer *footing*. Cuando pasa por mi lado sufro una arcada que me descompone por completo. Ella se aparta y me mira asqueada.

—¿Qué te pasa?

—Nada, estoy bien.

La miro a los ojos y reconozco a Amaya Eiguibar. Ella se encoge de hombros, se pone los cascos que aún tiene en la mano y sigue corriendo. Según se aleja, yo me voy recuperando. Tenía algo preparado expresamente para su muerte, pero decido aprovechar la oportunidad; me esconderé, y cuando vuelva de hacer ejercicio, la ejecutaré como ella ejecutó a dos empresarios, a un policía, a un político y a un conserje madrileño. Espero durante media hora pensando en lo que haré con el tiempo extra que me daría acabar inmediatamente con la terrorista y decido que iré a por un violador sospechoso de asesinar a tres mujeres que salió a la calle hace unos meses por un resquicio judicial. No está claro que el tal Nicolás Santisteban sea culpable, pero estoy segura de que lo sabré cuando le tenga delante. Voy a consultar las noticias en mi iPhone, pero me acuerdo de que ya no lo tengo. El de mi madre es un teléfono antiguo que no tiene Internet y, para colmo, se ha quedado sin batería. Al fin veo a la asesina aparecer por la calle y me preparo. Desenfundo mi Five-seveN y le quito el seguro, pero, cuando solo está a unos metros de mi escondite, un coche entra en la calle y se detiene a su lado.

—Aúpa, Katu.

Amaya deja de correr, se quita los cascos y se acerca a los dos hombres que están dentro del coche.

—Estás en forma, ¿eh?

—No es lo mismo correr junto al río que en el patio de una cárcel — responde Amaya con dureza—. ¿Qué pasa? Me quedo fría.

—Esta noche vienen los compañeros. Quieren verte en Astigarraga, en el caserío de Oianko, a las doce.

—Diles que allí estaré.

Amaya Eiguibar desaparece en el interior de la casa de sus padres sin que yo tenga oportunidad de ejecutarla. Dejo mi escondite cuando el coche se aleja y pienso en esperar hasta que vuelva a salir, pero miro el reloj y compruebo que son más de las ocho de la tarde. Tengo que deshacerme del coche y poner la videoconferencia que le he prometido a mi amigo Álvaro. Ya sé dónde estará mi próxima víctima hoy a las doce de la noche, con eso tengo más que suficiente.

* * *

En el registro de la casa de Marta Aguilera se han encontrado todo tipo de pruebas que la relacionan con los asesinatos, entre ellas pelo del perro hallado junto al cadáver de Genaro Cortés y unas cartulinas que concuerdan con las tarjetas de visita que Talió dejó sobre los cadáveres de los gitanos y dentro de la boca de Cornel Popescu. También se han encontrado informes médicos que indican que Marta Aguilera está en fase terminal a causa de un tumor cerebral y que explicarían el detonante de su conversión de periodista honrada a asesina en serie. La inspectora Gutiérrez repasa las numerosas pruebas en su despacho cuando María, la amante del inspector Jerez, llama a la puerta y pide permiso para entrar, con timidez.

—Tengo una teoría.

—¿No me digas?

La inspectora esperaba este momento desde que Anselmo, su amante ocasional, le contó su teoría de guionista, una hipótesis que sin duda tenía mucho sentido.

—Si usted dice que nunca ha tenido trato con las víctimas y que solo conocía a Marta Aguilera de cruzársela en alguna rueda de prensa, el detalle de que deje tarjetas de visita suyas en los cadáveres tiene que tener algún significado.

—Hasta ahí llegamos. ¿Y tu teoría?

—Amaya Eiguibar, la terrorista. Ahí está el vínculo entre usted y Talió.

La inspectora la mira sin variar su expresión. Ha utilizado exactamente las mismas palabras que utilizó Anselmo. En el fondo es un alivio, no ha estado cómoda manejando esa información y esperaba que otro la descubriera, aunque su firmeza se tambaleaba con el paso de las horas. Apaciguaba su sentimiento de culpa diciéndose que ella ya había hecho su trabajo, que había identificado a Marta Aguilera y la había convertido en una fugitiva cuya fotografía ya estaba en todas las comisarías de Europa, pero se alegra de que alguien más se haya dado cuenta. Aun así, trata de desmontar la sospecha, igual que hizo con el guionista.

—Tendría sentido si no fuera porque Talió solo mata a asesinos que no han sido condenados por sus crímenes, y Amaya Eiguibar ha cumplido más de veinte años de prisión.

—Yo creo que a quien mata es a gente que, según su criterio, se merece morir. Y hablando de esa terrorista, supongo que usted comparte esa opinión

con Marta Aguilera.

A la inspectora le encantaría llamarla gilipollas y mandarla a revisar una vez más las pertenencias de la sospechosa, pero tiene que reconocer que es una buena policía. Cuando descubrió que se acostaba con Guillermo, la investigó y supo que había sido de las primeras de su promoción y que ya había resuelto con éxito tres casos. Si no fuera porque no se puede quitar de la cabeza su imagen en aquella habitación de hotel, la reclamaría sin dudarle para su equipo.

—Podría ser. El problema es que no sabemos en qué momento va a ir a por ella. A lo mejor quiere cargarse a tres o cuatro antes de ocuparse de Amaya Eiguíbar.

—No lo creo. Hemos hablado con su médico y asegura que el tumor está muy avanzado. Va a hacerlo en las próximas horas.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Por lo visto, hace unos días el médico descubrió que podía operarla y ella se negó. Dice que, tal y como está, no va a aguantar más de una semana en pie.

La inspectora vuelve a mirarla en silencio y al fin descuelga el teléfono.

—¿Aún tenemos disponible el avión que se le embargó a aquel político?

—Depende de para qué lo quieras —responde el comisario al otro lado del teléfono, cabreado por la presión que soporta en las últimas semanas gracias a esa maldita periodista desequilibrada.

—Necesitamos trasladarnos inmediatamente a San Sebastián. Creemos que Marta Aguilera va a ir a por la etarra Amaya Eiguíbar.

Media hora después, la inspectora y cuatro ayudantes —entre los que está la joven María Lorenzo— vuelan hacia el País Vasco en un *jet* privado incautado a un político procesado por corrupción. Aterrizan pasadas las diez de la noche y se reúnen en la comisaría de la calle Infanta Cristina con los mandos de la Ertzaintza, de la Guardia Civil y de la Policía Nacional. Las operaciones conjuntas entre los diferentes cuerpos de seguridad suelen ser complicadas, pero en esta ocasión todos son conscientes de la gravedad del asunto y procuran colaborar.

—¿Tenemos localizada a Amaya Eiguíbar?

—Está en casa de sus padres, en un caserío a las afueras de Hernani — responde el mando de la Ertzaintza.

—Hay que montar una vigilancia discreta. No queremos que Marta Aguilera sepa que estamos aquí y se nos vuelva a escapar. Lo ideal sería una casa cercana en la que podamos instalarnos.

—Mira a ver si conocemos a los vecinos —ordena el *ertzaina* a uno de sus ayudantes.

—¿No deberíamos avisar a la víctima? —pregunta María Lorenzo.

A la inspectora Gutiérrez cada vez le repatean más sus observaciones, pero la chica no deja de tener razón.

—Necesitamos que alguien nos lleve a Hernani.

—¡Larreta!

Mikel Larreta acaba de entrar en su turno y no esperaba encontrarse tanto ajetreo, y mucho menos a policías llegados desde Madrid. Si pidió este horario al descubrir que su mujer estaba liada con un compañero, fue precisamente para no tener que verle la cara a nadie.

—Tienes que acompañar a la inspectora Gutiérrez a Hernani, a casa de Amaya Eiguibar.

—¿De qué va todo esto?

—Creemos que Marta Aguilera va a intentar contra ella —responde la inspectora.

—¿La periodista asesina?

—La misma —dice la agente Lorenzo enseñándole una fotografía.

Larreta se fija en la fotografía y le resulta tremendamente familiar. Había visto esa tarde la misma imagen en la televisión, pero no se había parado a mirarla. Ahora lo hace y no tarda más que un par de segundos en reconocerla.

* * *

Si su madre no se hubiera marchado de viaje persiguiendo a Talión, Sergio tendría una buena excusa para quedarse en casa y no acudir a su cita con el Rulo. Por la tarde había decidido no ir y aguantar las amenazas posteriores, consciente de que peores que las de ETA no podían ser. El problema era que ahora necesita su protección. Por otra parte, siempre podía ir a ver qué pretendían de él y decidir sobre la marcha si era o no asumible. Después de pagar su deuda con ellos, desaparecería y no le podrían reclamar nada más. Media hora antes de la cita, mientras todavía intenta decidir qué hacer, recibe un mensaje del Rulo: «Ponte una camiseta negra».

Sergio llega quince minutos tarde a un bar de la calle Marceliano Santa María, con una camiseta negra con una foto de Walter White, el protagonista de *Breaking Bad*. Dentro del bar —decorado con banderas de España, del Real Madrid, toros de Osborne y algún símbolo neonazi— hay veinte o veinticinco chicos bebiendo cerveza, todos ellos uniformados con camisetas negras. El Rulo sonrío al verle y le abraza dándole la bienvenida.

—Por un momento pensé que no vendrías.

—Solo tenía esta —dice Sergio por su camiseta.

—Está de puta madre. ¿No te has traído otra para cambiarte?

—No me has dicho nada... ¿De qué va todo esto?

—Ahora te enterarás, pero va a estar que te cagas.

A Sergio le reciben como al héroe que para ellos es y no le dejan pagar ni una ronda. Dos chicas se sientan junto a él, ofreciéndose descaradamente.

—Espérate a después para follártelas, tío —le dice el Rulo dándole una palmada en la espalda con complicidad—. Ahora tienes que conservar las fuerzas.

—Yo no voy a ningún sitio si no me dices antes qué pasa, Rulo.

—¿No te fías de mí?

—No.

El Rulo le mira con dureza y al fin suelta una carcajada. Se lo explica con todo detalle y Sergio decide que es un riesgo asumible.

Tres cuartos de hora después están en una calle desierta de un polígono industrial de Fuenlabrada. A unos cien metros de Sergio y de sus veinticuatro compañeros con camisetas negras hay otros tantos que visten camisetas blancas. El Rulo se lleva a Sergio y a otro de un metro noventa y más de cien kilos para fijar las condiciones. Los seis se reúnen en el centro de la calle. Los de blanco son un chico alto, fibroso y con una coleta morada que le cae por un lateral, un sudamericano con la cabeza afeitada y una cicatriz que le parte la mejilla y el compañero escayolado de la facultad.

—Ya sé que para vosotros es jodido porque sois unos guarros —dice el Rulo mirando al de la escayola—, pero habíamos quedado en que sería una pelea limpia. La escayola le da ventaja.

—Déjalo —dice Sergio mirándole a los ojos—. Yo asumo el riesgo.

—Perfecto. Los panchitos no llevarán navajas, ¿verdad? Ya sabemos lo traicioneros que son.

—No nos hacen falta navajas para partiros la cara, huevón —responde el sudamericano con odio.

—Al que pierda el conocimiento no se le puede seguir machacando —interviene el de la coleta morada—. ¿Conformes?

—Conformes.

A la reportera y al cámara del programa de investigación les ha tocado la lotería decidiendo seguir a Sergio esta noche. Deberían haberse ido a casa a las ocho de la tarde, pero una corazonada de la periodista —o simplemente el querer ligarse por fin al chico invitándole a una cerveza— los hizo entrar en un bar y ver a Sergio cuando salía del portal. Presencian la escena desde un lugar privilegiado, en la ventana de una nave abandonada a menos de cincuenta metros.

—¿Lo estás grabando? —le pregunta la excitada reportera al cámara.

—¿Tú qué crees?

—¿Qué van a hacer?

—Darse de hostias. Esto llevan haciéndolo muchos años los seguidores de los equipos de fútbol rusos. En Internet hay colgados un montón de vídeos.

El Rulo da las últimas indicaciones a los suyos, seguramente muy parecidas a las que está dando el de la coleta morada en el otro grupo. En las primeras peleas corrían alocados los unos contra los otros y en el encontronazo inicial ya había varias decenas de bajas. Fernando —al que no se le solía ver en este tipo de saraos— fue el que les enseñó cómo lo hacían los romanos, la misma táctica que han adoptado los equipos de fútbol americano: debían correr en orden y con los más grandes al frente para penetrar en las líneas enemigas y causar el mayor destrozo posible. Los más débiles o los que tuvieran rencillas personales con algún enemigo en concreto debían ir en las últimas filas, protegidos por el grupo. Sergio correrá en un lateral de la penúltima fila.

Localiza su objetivo cuando faltan veinte metros para el choque. Está en un lateral, y también como él, entre los últimos. Los golpes y gritos enfervorizados cuando los dos grupos se encuentran en mitad de la calle hacen que la adrenalina se pueda oler. Un gordo vestido de blanco se ha abierto paso entre las filas de los suyos y va directamente a por Sergio, pero el que está a su lado le ha visto y le detiene con una patada en los huevos. No tiene tiempo más que para agradecerse con una mirada cuando el sudamericano de la mejilla cortada cae encima de su compañero. A pesar del ruido, oye cómo le machaca el cráneo contra el asfalto. Sergio se abre paso sin haber pegado un

solo puñetazo, los guarda todos para el hijo de puta que le está haciendo la vida imposible. Cuando por fin llega hasta él y se dispone a atacarle, recibe un golpe en el costado que le deja sin respiración.

—¡Es mío! —grita el de la escayola.

El de la camiseta blanca acata la orden y continúa con su ofensiva. Sergio no tiene tiempo de reponerse cuando recibe un golpe con la escayola que le revienta la nariz. El Rulo, después de destrozar a puñetazos a dos enemigos, le ve y corre hacia ellos. Golpea al de la escayola cuando está a punto de abrirle la cabeza con ella y ayuda a Sergio a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí —responde aún aturdido.

—Entonces te lo dejo, es todo tuyo.

El Rulo sigue atacando con la misma fiereza que el presa canario de Genaro Cortés, disfrutando de cada golpe que pueda dar con impunidad. El duro entrenamiento seis veces por semana y su propia agresividad le dan mucha ventaja sobre todos los demás. Ninguno de los que están allí espera esto con tantas ganas. Sergio y el de la escayola, ahora en las mismas condiciones, se miran con odio.

—Te voy a matar.

—Inténtalo, guarro.

Se tiran el uno contra el otro cruzando golpes descontrolados que rara vez alcanzan su objetivo. Cuando se cansan y estudian mejor cada movimiento, empiezan a hacerse daño. Sergio encaja un manotazo en la nariz que siente como un mazazo y saca un golpe débil pero preciso al riñón de su enemigo. La misma lesión que le tuvo seis días con sus noches meando sangre le deja bloqueado, tambaleándose. Intenta cubrirse, pero el peso de la escayola le hace bajar el brazo. Sergio no se lo piensa y le golpea con todas sus fuerzas, como si tuviera delante a la mismísima Amaya Eiguibar. Oye un crujir de huesos, pero no tiene claro si son huesos de mano o de cara. Se sienta a horcajadas sobre él y le machaca a golpes, no para hasta que la masa ensangrentada a la que mira es irreconocible.

Se deja caer de espaldas a su lado y empieza a notar sus propias heridas: la nariz y la mano las tiene rotas, y siente un enorme agujero donde debía haber un colmillo y una muela. Mira a su alrededor y ve que solo hay tres o cuatro peleas activas, más a base de agarrones que de puñetazos, todo lo demás son cuerpos retorciéndose en el suelo entre quejidos. El Rulo es el

último que queda en pie, con la cara intacta aunque doblado ligeramente hacia un lado.

—Joder, compañero, te han dejado hecho un cristo.

—Peor ha quedado él.

El Rulo mira al de la escayola —cuya débil respiración produce pompas de sangre y babas en uno de los orificios nasales— y suelta una carcajada que acompaña de una patada en los riñones.

—¡Que se joda! Tenemos que pirarnos, está a punto de llegar la Policía.

El Rulo le ayuda a levantarse, le mete en un coche y le deja en la puerta de un hospital, donde le colocan la nariz y le ponen una escayola idéntica a la que lleva el tío que tardará muchos días en volver a clase. La Policía le interroga en el mismo hospital y él declara que intentaron atracarle cerca de La Latina y que se resistió.

La reportera y el cámara vuelven a la tele con la excitación de saber que tienen un bombazo que les hará ser casi tan famosos como Álvaro Herrero, el confidente de Talión. Esta misma noche se acostarán juntos para celebrarlo.

* * *

La vieja prostituta deja a un lado su revista de crucigramas y se levanta de su silla de *camping* para acercarse al paquete que le ha tirado desde el taxi esa chica tan rara. No le gustó su mirada de loca cuando la vio aparecer caminando por la carretera y piensa que bien pudiera ser una bomba o algo parecido, pero finalmente se agacha, lo coge y al abrirlo descubre un grueso fajo de billetes de cincuenta euros. Desmonta su chiringuito a toda prisa y vuelve corriendo a casa. Encuentra a su nieta de quince años viendo la televisión.

—¿Hoy no ibas al bingo, abuela?

—He ganado un premio de los gordos, hija.

—¿Cuánto?

—No lo sé, todavía no lo he contado. Hazlo tú.

La nieta cuenta los billetes en voz alta y mira impresionada a su abuela cuando se acaban al llegar a los veinticinco mil euros.

—¿Esto te ha tocado en el bingo? —pregunta con incredulidad.

—No exactamente, pero el dinero es nuestro. Podemos hacer con él lo que nos dé la gana.

—¿Visitar a mi madre en Alemania?

—Visitar a tu madre en Alemania —confirma la abuela—. Pregúntale por un mensaje cuándo tendrá un par de días libres en la fábrica, corre.

Mientras la vieja prostituta y su nieta organizan el viaje a Alemania, yo le hablo a Álvaro a través de Skype de mi entrevista a Jonás Bustos y sobre cómo le asesiné de manera espontánea. Hablo sobre la vida de una chica rumana anónima a la que Cornel Popescu secuestró y obligó a prostituirse desde los dieciséis años y sobre un chico que perdió a dos hermanos por la droga adulterada de Genaro Cortés.

—¿Qué has hecho con el oro que supuestamente le robaste a Genaro Cortés?

—Eso me lo guardo para mí.

—Ya... Y quién va a ser tu próxima víctima supongo que también, ¿no?

—Me encantaría decírtelo, Álvaro, pero no quiero que se proteja más de lo necesario. ¿Ha llegado ya lo que te he enviado al correo?

Álvaro comprueba su bandeja de entrada y asiente. Ya tiene la grabación completa de mi entrevista al pederasta, una grabación de Cornel Popescu comprando cocaína en su barco, otra de Sorin Popa vendiéndome un pasaporte y una última de Genaro Cortés ordenando a Ricardo Hernández la muerte de un matrimonio inocente. También adjunto una carpeta con fotografías inéditas de mis asesinatos, de las cartas de Nicoleta a su madre y a su hermana —habiendo tachado los nombres para dificultar su identificación—, de su libreta de deudas con Cornel Popescu y de su casa ensangrentada tras haberse arrancado un implante de silicona.

—Aquí no hay ninguna prueba de lo que dices del senador italiano —comenta Álvaro examinando los archivos.

—No te costará averiguar que Pasquale Carduccio va todas las semanas desde hace años a un prostíbulo de Lyon a acostarse con niñas a las que obliga a operarse a su gusto. Demostrarlo es cosa tuya, igual que lo de la *madame* de Barcelona.

—¿Por qué lo de Talión? Que yo sepa, tú nunca has sido religiosa.

—Una tontería como otra cualquiera.

—Te gusta lo que haces, ¿verdad?

Una estúpida prudencia me hace dudar, como si me importara algo lo que vayan a pensar de mí, pero no tengo por qué mentir.

—Me encanta. Y en el fondo a ti también, Álvaro. ¿No duermes más tranquilo sabiendo que hay un pederasta menos, un proxeneta menos y un traficante menos? —le interrumpo cuando va a protestar—. Y te pido por favor que no se te ocurra decir que para encargarse de ellos ya está la Justicia. He ido precisamente a por los que se han escapado de la Justicia.

—Puedes justificarte todo lo que quieras, pero para muchos solo serás una asesina.

—Hoy he tenido un problemilla con dos policías de Tráfico. Si llego a disparar, sí habría sido una asesina, pero por suerte no lo he hecho. Hasta ahora solo he limpiado un poco de mierda.

—¿Eres consciente de que estás perturbada a causa de tu tumor, Marta? —me pregunta con compasión.

—Soy plenamente consciente de que pienso así porque me muero, pero en el fondo lo único que he hecho es eliminar la hipocresía. Pregúntales a los padres de los cientos de niñas violadas y asesinadas que hay a diario en el mundo si no harían lo mismo de no haber consecuencias penales.

—Pero las hay.

—Para mí no, esa es la cuestión.

—Y ahora ¿qué?

—Ahora nada. Ya no tengo nada más que decir. Supongo que te irá bien. Siempre has sido un buen amigo y un buen periodista. Adiós, Álvaro.

Corto la conexión a las doce menos cuarto de la noche y me preparo para el final. Saco de la maleta el chaleco explosivo que me he fabricado con la dinamita, meto las tres granadas del Dos Napias en los bolsillos y me lo pongo. La cartuchera no me cierra y tengo que guardarme la pistola en la cintura. Noto el peso de los explosivos debajo de la chaqueta y el silenciador de mi Five-seveN clavándose en la nalga. Es incómodo, pero conservo la movilidad. Al abrir la puerta de mi apartamento veo a varios policías subiendo por las escaleras.

—¡Alto, Policía! ¡No se mueva!

Cuando descubren mi intención de volver a cerrar disparan sin más. Las balas atraviesan la puerta mientras yo corro hacia la ventana. Salto hasta una repisa que hay a varios metros y alcanzo el tejado del edificio contiguo. Escucho cómo tiran abajo la puerta del apartamento y entran en tromba. Más tiros y más gritos. Salto a la parte trasera y atravieso un pequeño huerto. Al salir a la calle San Martín veo varios coches y una moto esperando a que se abra un semáforo. El motorista, un chaval de no más de veintidós años, lleva

el casco enganchado en el brazo. Saco mi pistola y me coloco frente a él apuntándole a la cabeza.

—Bájate de la moto.

—¿Qué haces, tía? —Levanta las manos asustado.

Aprieto el arma contra su frente, descontrolada, dispuesta a disparar ante la menor resistencia.

—¡Suelta la puta moto y tírate al suelo!

El chico se tumba boca abajo. Intento levantarla, pero, entre lo que pesa y mi reducida movilidad debido al chaleco explosivo, me resulta imposible. Decido robar uno de los coches, pero los conductores adivinan mis intenciones y se marchan derrapando. Vuelvo a apuntar al motorista.

—¡Ayúdame a levantarla, vamos!

—¿Tú sabes llevar una moto, tía? —me pregunta más preocupado por su moto que asustado por su vida.

—Tuve un novio motero, no te preocupes.

Mi argumento parece convencerle y me ayuda. Cuando me subo a ella y trato de recordar cómo se manejaba un cacharro de esos, veo llegar a la inspectora Gutiérrez. Corre hacia mí apuntándome con la pistola y gritándome algo, pero el motor me impide escucharla. Arranco a trompicones y veo por el retrovisor cómo la policía se incauta de uno de los coches particulares que llegan al semáforo y acelera detrás de mí. Hacía años que no montaba en moto y la inspectora me va ganando terreno. Llego al paseo de Miraconcha cuando ella solo está a varios coches de distancia. Otro semáforo en rojo me hace volver a ganar ventaja y creo haberla despistado en la avenida Satrústegui, pero enseguida la escucho derrapar muy cerca de mí. Me desvío por el paseo de Eduardo Chillida y ella sigue detrás. Se me acaba la carretera y el coche de la inspectora está a punto de tirarme al suelo al llegar al *Peine del Viento*, pero comete un error y choca contra una gran piedra. El golpe ha sido fuerte y hace saltar los airbags. La inspectora parece aturdida. Yo dejo la moto, saco mi pistola y abro la puerta del conductor sin dejar de apuntarle.

—¡Las manos en el volante!

La inspectora me mira con suficiencia y yo repito la orden apretando el cañón de mi pistola contra su mejilla. Al fin obedece y le quito su arma y unas esposas.

—Espósele al volante.

Ella lo hace tomándose su tiempo.

—¿Cómo sabía que estaría aquí? —pregunto con curiosidad.

—Llevas diciéndomelo desde que dejaste mi tarjeta de visita dentro de Cornel Popescu.

—Es cierto —sonríó—. Pero lo curioso es que yo no me he dado cuenta hasta que hace un par de días supe que Sergio era su hijo. Es un chico muy valiente. Esto lo hago principalmente por él.

—No podrás matar a Amaya Eiguibar. Ya está protegida.

—Esta tarde no lo estaba. He podido matarla cuando ha salido a hacer *footing*, pero he preferido esperar. Puede que me lleve por delante a más de uno.

—Estás loca, ¿lo sabes?

—Solo soy alguien que no tiene nada que perder que ha decidido despedirse haciendo un poco de ruido.

—Puedes operarte y salvar la vida. El médico dice que tienes muchas posibilidades de recuperarte.

—¿Y tirarme veinte años en la cárcel? No, gracias.

—Con un abogado competente y buen comportamiento, obtendrás el tercer grado en diez, doce como mucho.

—Siguen siendo demasiados...

—Vamos, no seas estúpida. Tienes a la gente de tu parte. Nadie te culpará por haber liquidado a unos cuantos malnacidos. Todavía puedes rehacer tu vida.

Sus palabras me hacen dudar, y es lo último que necesito en este momento. Voy hacia la moto, procurando no seguir escuchándola.

—¡En dos semanas nos habremos olvidado de ti, te lo aseguro! —me grita cuando yo ya me he subido a la moto.

—A mí ya no me importará.

* * *

Desde las once de la noche, cuando Amaya Eiguibar se asomó a la ventana de su desván para comprobar que todo estaba en orden, ha visto pasar dos veces el mismo coche. Tiene que salir ya para reunirse con los que, como ella, aún no se han olvidado del sueño de Euskal Herria, pero no tiene claro si la están controlando. Quizá solo sea una paranoia, el recuerdo de unos años en los que era vigilada las veinticuatro horas del día, pero algo le dice que ahí

fuera está pasando algo. A las doce menos veinte ve pasar el coche por tercera vez.

—Perros...

Amaya enciende la tele de su habitación y baja la persiana casi por completo, dejando rendijas para que se filtre la intermitente luz al exterior. Encuentra a su madre en el salón viendo un programa especial en una cadena española sobre la periodista convertida en asesina múltiple.

—No apagues la tele de mi cuarto.

—¿Por qué no, Amaya?

—Porque lo digo yo.

—¿Vas a salir ahora?

—No apagues la tele, *ama*.

Amaya sale a través del garaje, atraviesa el huerto y salta la valla que separa la propiedad de sus padres de la de los Guerrero. Los dos únicos hijos del matrimonio murieron por la causa y ella sabe que la recibirán con los brazos abiertos.

—Necesito que me lleve a Astigarraga —le pide al padre de los que fueron sus compañeros.

—¿Te has metido en algún lío, Amaya?

—Todavía no.

Amaya se esconde en el maletero de un Land Rover antiguo, debajo de prendas de caza y de faena. Los dos motoristas de la Ertzaintza que unas horas antes se habían librado de morir a manos de Marta Aguilera gracias a un oportuno aviso sobre un atraco en una gasolinera le dan el alto.

—¿Qué pasa, Ander? —le pregunta con confianza el viejo al joven *ertzaina*.

—Buenas noches, señor Guerrero. Nada, un control rutinario. ¿Puedo saber a dónde va tan tarde?

—A la farmacia. Mi mujer vuelve a tener jaquecas.

—Vaya por Dios. Dígale que se mejore de mi parte.

—Gracias. Y tú dile a tu padre que se pase a verme algún día.

Al entrar en el desvío que lleva al caserío de Oianko, en Astigarraga, dos hombres armados detienen el Land Rover. El mismo chico que se acercó a Amaya en la barra de aquella taberna golpea el cristal del todoterreno con la culata de su pistola.

—¿A dónde va, abuelo?

—Traigo a alguien —dice señalando con la cabeza la parte de atrás—. En el maletero.

El chico lo abre sin dejar de apuntar con su Star al interior.

—Quítame eso de la cara, joder —dice Amaya saliendo.

—¿Qué cojones es esto? —protesta el chico—. Tenías que venir sola.

—He venido sola.

Amaya despide a su vecino y este se marcha sin hacer ninguna pregunta, solo deseándoles suerte con un susurro. La conducen hasta el caserío y, una vez dentro, hasta el sótano de la vivienda. Amaya reconoce a dos de los cuatro hombres y dos mujeres que la esperan allí: Joseba Iriarte, *Labanak*, y Carlos Lopetegui, *Fideo*, aunque de flaco tiene ya bien poco. Se saludan, se presentan, le dan la bienvenida a Euskadi y charlan de nimiedades, tanteándose. Cuando ya todos están convencidos de hablar el mismo idioma, Amaya decide no perder más el tiempo:

—¿Para qué nos hemos reunido?

—Para hablar sobre lo que te has encontrado al salir de la cárcel — responde Joseba Iriarte—. ¿Qué te ha parecido?

—¿Que qué me ha parecido? Lo preguntas de coña, ¿no? Esto ahora es España. Solo falta que pongan un tablao flamenco en la plaza de Hernani.

—¿Y qué crees que hay que hacer al respecto?

—Una de dos: o nos hacemos del Real Madrid y veraneamos en Andalucía, o los matamos uno a uno hasta que reconozcan nuestra independencia.

—Son mayoría los vascos que están a gusto en paz, Amaya. La gente ya no quiere saber más de lucha armada.

—¿Hay alguna otra lucha efectiva? Porque en la política nos han humillado. Si no estamos de acuerdo en eso, yo me marché y no pasa nada.

Todos se miran vacilantes. Llevan años fantaseando con la idea de retomar la lucha armada por la liberación de su patria, pero ahora, con Katu en libertad, ese sueño está muy cerca de poder convertirse en realidad.

—Estamos de acuerdo, pero no podemos salir y matar a un enemigo por las buenas, acabarían con nosotros en una semana. Ya te digo que aquí ahora es difícil encontrar gente que piense como nosotros.

—Hay que empezar por la *kale borroka*, reactivarla cuanto antes.

—A ETA eso no le gustará —dice una de las mujeres.

—Me importa una mierda lo que le guste o no a ETA. Ya no me representan, ni yo a ellos.

—Si no contamos con la Organización, será difícil conseguir apoyos y subvenciones, Amaya.

—ETA ahora solo es un partido político a punto de extinguirse. Y las subvenciones se consiguen como toda la vida. Los secuestros por simple dinero son muy lucrativos y se resuelven en pocas horas.

—Dos de los mejores falsificadores también estarían con nosotros. Podríamos vender su trabajo por todo el mundo.

—Perfecto. ¿Hay chavales dispuestos a salir a la calle?

—Los chavales están quemados por el paro y los choriceos de los políticos y saldrían sin problema, pero muchos no sienten la patria como nosotros.

—Solo hay que encender la chispa —dice Amaya con frialdad—. En cuanto haya detenciones y palizas, lo empezarán a tomar como algo personal. Y si tenemos suerte y los *txakurras* matan a alguno, el odio se extenderá.

La excitación se apodera del grupo mientras hablan de fechas, de reuniones en Francia con la cúpula etarra y de posibles objetivos.

—¿Qué hay de los exiliados? ¿Sabéis cómo piensan?

—La mayoría se ha acomodado en sus vidas y no quiere saber nada — responde Joseba—, pero también hay muchos patriotas. Solo esperan a que alguien les ofrezca un proyecto serio.

—¿Cuántos?

—De los fugados, unos veinte o treinta, puede que más.

—Y aquí otros cincuenta, ¿no?

—Y otros tantos esperando a ver cómo marchan las cosas.

Amaya sabe que esas cifras se quedarían en la mitad una vez que empezase la lucha de verdad, pero con cincuenta vascos y vascas dispuestos a morir por sus ideales se puede emprender un proyecto muy serio.

—¿Tenemos armas?

—ETA solo ha devuelto algo más de la mitad de los casi cuatrocientos revólveres Smith & Wesson robados en Vauvert en 2006 y de las trescientas pistolas Star, Sig Sauer y FN Herstal. También quedarán aproximadamente unas cien escopetas Franchi, algunos subfusiles UZI, rifles de francotirador y media tonelada de explosivos. Algo podremos conseguir.

—Hay lo suficiente como para que sepan que hemos vuelto...

* * *

La inspectora Gutiérrez se pasó dos días dándole vueltas a lo que había hecho y a las posibilidades que existían de que fuera descubierta; en cuanto echasen en falta el botecito con el Compuesto 1080, pondrían patas arriba aquel almacén de pruebas y podrían ir a por ella. Sus ventajas eran que su visita había sido extraoficial, que aquel caso seguía abierto a la espera de más pruebas y que no era previsible que comprobasen el contenido de aquella caja en los próximos tres o cuatro años. Con un poco de suerte, cuando lo hicieran, ya nadie se acordaría de que ella había estado allí. Lo que tampoco la dejaba dormir era el candado. Pensó que tal vez en aquella comisaría no se estropeaban tan a menudo como en la suya y se darían cuenta de que alguien lo había sustituido. Se presentó allí al día siguiente, a la misma hora. El responsable del almacén estaba mucho más atareado y no le dejaban leer tranquilo.

—Han venido a buscar unas pruebas para un juicio y el puñetero candado se ha atascado.

—Qué cosa más rara, ¿no? —comentó la inspectora conteniendo la respiración.

—¿Rara? —resopló el policía—. Alguien ha debido trincar bien para comprar unos candados tan malos. Este ha durado seis meses, el anterior ni cuatro.

—No le molesto entonces —dijo ella aliviada—, solo quería pasar para tomar un dato que se me olvidó llevarme ayer.

—Por mí la dejaría llevarse la caja de pruebas, que nos haría un favor, pero no siendo de aquí necesita un permiso del comisario.

—No se preocupe, no es importante. Podré conseguir ese dato en otro lado.

La inspectora condujo tranquila hasta su casa. Tal vez nunca se descubriera quién había matado a Amaya Eiguibar dentro de la cárcel y ella podría empezar a ejercer de madre con su hijo. En aquel momento, Sergio tenía apenas doce años y aún estaba a tiempo de recuperarle. En el buzón encontró las facturas y la publicidad habituales y, entre las páginas de un folleto de una tienda de sofás, una carta. Era de la madre de Amaya Eiguibar:

Estimada señora Gutiérrez:

Me atrevo a escribirle después de tanto tiempo porque finalmente me ha podido la culpa. Soy consciente de que de nada le sirve el perdón de la madre de la asesina de su marido y de su hijo, pero necesito que sepa que lo siento en el

alma. Amaya es como es en parte por mi culpa; la consentí todo desde niña y me torturo pensando que, de haber sido más dura, ella no habría acabado con la vida de tantas personas. Los psicólogos que me están tratando afirman que mi hija es una psicópata y que de nada habría servido la disciplina, pero eso es algo que nunca sabremos. Amaya jamás saldrá de la cárcel, y así ha de ser, pues ha demostrado no saber vivir en sociedad. Yo rezo a Dios para que allí dentro encuentre la paz, fuera no es su lugar y mejor estaría muerta.

Me despido de usted deseando que también logre encontrar esa paz.

Atentamente,

Begoña Lescano

Esa carta sembró alguna duda en la inspectora. No le importaba el perdón de esa señora, pero, como ella misma decía, su hija Amaya nunca saldría de la cárcel. ¿Para qué arriesgarse a perderlo todo? El problema era que ya no tenía marcha atrás, tal vez la Flaca ya hubiera metido el veneno en el bote de té de Amaya Eiguibar, tal vez incluso ella ya se lo habría bebido.

La Flaca recibió el bote de Compuesto 1080 sin ningún problema. Allí había suficiente para acabar con veinte Amayas Eiguibar, así que cogió solo la mitad y el resto lo escondió detrás de una piedra sabiendo que pronto le daría un buen uso. Como cada sábado por la mañana, fue a llevarles libros a las cuatro etarras que estaban encarceladas en aquella prisión.

—¿Dónde está la Amaya?

—En uno de esos talleres a los que va ella —respondió su compañera de celda en la zona común, sin levantar la mirada del periódico que estaba leyendo.

—Le he traído el manual de pintura que ella quería. ¿Se lo subo a vuestra celda?

La etarra se encogió de hombros y la Flaca entró con el libro y el veneno en la celda de las dos reclusas. Abrió el bote de té y vació el frasquito en su interior. Después dejó el libro de arte sobre el catre y salió de allí.

Amaya encontró sobre la cama el libro de técnicas de pintura que estaba esperando. Decidió prepararse un té para estudiarlo con calma y puso a calentar el agua en el pequeño infiernillo. Colocó un par de cucharadas en el infusor y filtró la tisana con el agua hirviendo. Cuando iba a darle el primer

sorbo, más que suficiente para acabar con su vida, un funcionario golpeó la puerta de su celda con la porra.

—Revisión.

—Revisión, ¿por qué? —protestó Amaya—. ¿Qué cojones creéis que he escondido yo aquí desde esta mañana? ¿Un coche bomba?

—He dicho que te prepares para una revisión —respondió el funcionario con dureza—. Deja esa taza sobre la mesa y sal de la celda.

Amaya obedeció maldiciéndolos y el funcionario dio paso a dos compañeras que pusieron la celda patas arriba. Desmontaron los muebles, vaciaron las estanterías y los armarios y metieron sus dedazos en todos los botes que encontraron. La taza de té se les cayó y todo el líquido se desparramó por el suelo de la celda.

—Ten cuidado, joder —dijo Amaya con desprecio desde la puerta de la celda—. Tú no sabes lo que vale un té de esos. Más de lo que ganas tú mamándosela al director todas las mañanas.

—¿A este té te refieres?

La funcionaria cogió el bote de té de la estantería. Lo observó y abrió la tapa. Acto seguido lo vació sobre el charco del suelo.

—Ups —dijo sonriendo—. Lo siento, bonita.

Pisotearon los restos de té y Compuesto 1080 durante los diez minutos que duró el registro y se marcharon dándole orden de recoger esa mierda.

Cuando supo lo que había pasado, la inspectora Gutiérrez tuvo que decidir qué hacer con la hija de la Flaca. Lo de que el arma homicida había sido una sartén solo fue un farol suyo; en realidad, no se había podido determinar con qué habían golpeado a José Javier Zúñiga en la cabeza. Aunque ella sabía que no, bien pudiera haberle matado el golpe al caer desde algún puente. Para la inspectora, la ausencia de pruebas no era motivo para abandonar una investigación —si ella estaba segura de que alguien era culpable es que lo era, y le perseguía día y noche hasta demostrarlo—, pero esta vez decidió cumplir la palabra dada a la Flaca a cambio de que se olvidase de Amaya Eiguibar. Redactó un informe cerrando el caso por falta de pruebas.

—¿Estás segura, Gutiérrez? —el comisario la escrutó con la mirada—. Tú investigas más hasta los infartos.

—Puede que a José Javier Zúñiga le haya matado la mujer o haya sido un ajuste de cuentas, no lo sé, pero cualquier abogado tumbaría las pruebas que tenemos. Si quiere, sigo insistiendo, pero será una pérdida de tiempo.

El comisario dio por válido el informe. Dos años después de aquello, la Flaca se reunió en su celda con tres compañeras y, sin que nunca se pudiera averiguar por qué razón eligió morir en su compañía, sirvió cuatro tazas de café bien cargado de Compuesto 1080.

* * *

Detengo la moto en el arcén al ver que el horizonte está plagado de luces azules, blancas y rojas. La mala noticia es que las carreteras ya están cortadas por la Policía, la buena que ellos esperan que yo me dirija a Hernani cuando en realidad voy en dirección a Astigarraga. Dudo mucho que Amaya Eiguibar haya dejado dicho en casa dónde iba a estar por si había una emergencia. Compruebo que el desvío escasamente iluminado que debo coger está medio kilómetro antes del control policial y decido arriesgarme. Si no lo hago ahora, ya nunca podré pasar, seguramente en diez o quince minutos esto esté tomado por las distintas Fuerzas de Seguridad.

Apago las luces de la moto y me acerco despacio, lo más pegada que puedo a la cuneta. Solo me faltan unos cien metros cuando un camión me adelanta haciendo sonar su poderoso claxon. Yo acelero detrás de él y salgo por el desvío sin ser descubierta. Abandono la moto en un polígono industrial y llamo por teléfono al mismo taxista que unas horas antes me había llevado a San Sebastián. Me dio su tarjeta después de dejarle una propina de cien euros y no le importa levantarse de la cama para hacer un último servicio por el que prometo ser muy generosa. Me recoge con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Otra vez a la calle Fuenterrabía, señorita?

—Esta vez no va a ser tan fácil.

El hombre se asusta cuando siente el cañón de mi pistola en la nuca.

—Si no hace tonterías, no le pasará nada.

—¿Qué quiere?

—Que me lleve al caserío de Oianko.

—Yo no sé dónde queda eso.

—¿No me dijo hace un rato que había nacido aquí y que se conocía esta zona mejor que el salón de su casa?

—Le juro que no conozco ningún caserío llamado así.

—Míreme.

El taxista se da la vuelta y me mira aterrorizado.

—Fíjese bien —le digo—, seguro que ha visto mi cara en la tele. Probablemente morena y con el pelo más largo.

Él consigue centrar la atención y al fin se estremece.

—Me cago en la hostia puta.

—Veo que ya ha caído. No sé lo que estarán diciendo sobre mí, pero lo que sí es verdad es que ya he matado a cinco personas y no me importará matar a seis. ¿Quiere ser el sexto?

—No.

—Entonces, lléveme al caserío de Oianko. Párese cuando quede medio kilómetro para llegar.

El taxista me lleva por la calle Santio Zeharra hasta que se detiene en una curva nada más internarnos en el bosque. Me señala un pequeño desvío de tierra que queda a unos cien metros.

—Ese es el camino que lleva al caserío.

No hay ninguna señal que indique que sea cierto, pero no creo que este hombre a punto de jubilarse quiera arriesgarse a morir por cometer la estupidez de mentir a la ya famosa Talión.

—¿Qué puedo hacer ahora con usted?

—Deje que me marche y no diré nada. Tengo familia.

—¿Llamará a la Policía?

—¿Qué narices voy a llamar? Yo solo quiero llegar a mi casa y poder llevar mañana a mi nieto al entrenamiento de fútbol. No le cobraré ni la carrera.

—¿Me puedo fiar?

—Fíese, señorita. Yo me voy a casa y me olvido.

Decido creerle y, antes de bajarme del coche, le dejo el último paquete de dinero sobre el asiento. A mí ya no me sirve para nada.

—Márchese, vamos.

En cuanto el taxista desaparece por la carretera, me quedo completamente a oscuras. Me cuesta varios minutos adaptarme a las sombras, me adentro en el bosque y llego al camino de tierra desde un lateral. Dos hombres están sentados dentro de un coche fumando y bebiendo a morro de una botella de güisqui mientras vigilan la entrada. Me acerco desde atrás y me quedo apoyada de cuclillas en la parte trasera del coche. Les escucho hablar mientras

me recupero de un fuerte temblor en la mano, probablemente más por culpa de la adrenalina que del tumor cerebral.

—A mí lo que más me jodería sería estar en una cárcel de Madrid o del sur, muriéndome de asco lejos de aquí.

—Cuando esto empiece, tendremos que estar siempre escondidos o marcharnos lejos. Como mínimo a Francia.

—Pero no es lo mismo, hostia. Una cosa es estar encerrado y otra luchando, aunque sea desde lejos.

—¿Crees que la gente nos apoyará?

—Depende de cómo se haga. Si ponemos un coche bomba en Madrid y nos cargamos a un civil, se nos echan encima. Si atacamos a verdaderos enemigos de Euskadi, es otra cosa.

Avanzo de cuclillas por el lateral del coche y me levanto cuando el que está al volante va a contestar a la reflexión de su camarada. La primera bala revienta el cristal con un silbido sordo y le desintegra literalmente la nariz para ir a incrustarse en el pecho del copiloto. Los siguientes siete u ocho disparos les entran desde todos los ángulos convirtiendo sus cabezas en papilla gris, negra y roja. No les ha dado tiempo ni a saber qué ha pasado. Encuentro una camiseta en el asiento trasero, la impregno con el güisqui de la botella que ha quedado sobre el regazo del conductor, la cuelgo de la abertura del depósito y le prendo fuego.

El caserío está prácticamente a oscuras salvo por una débil luz en la entrada y otra que sale de una de las habitaciones de la planta inferior. Me acerco para comprobar si la de Amaya Eiguibar es una de las voces que escucho, pero la explosión del coche sucede más rápido de lo previsto y siento el fuerte calor a mi espalda. Una gran bola de fuego se eleva varios metros por encima de las copas de los árboles y no tardan en salir dos hombres y una mujer armados con subfusiles. Le quito la anilla de seguridad a una de las granadas que le compré al Dos Napias y se la tiro a los pies. Desde que las tengo, he temido que estuvieran llenas de tierra o de serrín, pero la explosión le arranca las dos piernas a uno. Los otros dos han desaparecido. La cabeza de la mujer ha salido despedida y ha pasado a formar parte de la pared de la vivienda. Otra mujer y otro hombre se asoman a la puerta disparando sin saber a quién y yo les tiro la segunda de las granadas. El hombre sale expulsado hacia delante y su cuerpo desmembrado va a parar a veinte metros, a los pies de un hórreo de piedra. La mujer se ha convertido en un trapo ensangrentado.

Sujeto en la mano izquierda la última de mis granadas y entro empuñando mi pistola con la derecha. Evito los restos de la mujer esparcidos por el suelo de la entrada y, al pasar al salón, me encuentro con un niño de unos diez años de pie, en pijama, en silencio, mirándome con los ojos muy abiertos. Me viene a la memoria el libro de Lorenzo Silva *Líneas de sombra*, donde cuenta la historia del etarra Imanol Miner Villanueva. Solo tenía ocho años cuando en 1984 la Policía entró en su casa de Hernani y mató a dos de los terroristas que ocultaba su familia. Sus padres fueron detenidos y no apareció ningún familiar para hacerse cargo de él, así que un policía se ofreció para alojarle en su casa. Al joven Miner poco le importó ese gesto y en marzo de 2001 hizo explotar un coche bomba que acabó con la vida del *ertzaina* Iñaki Totorika. Como aquel, tal vez este chico ya tenga dentro el odio contra todo lo que suene a español, pero no puedo hacerle daño.

—¿Dónde están los que quedan?

El niño me señala con el dedo una puerta que debe conducir a un sótano.

—¿Hay alguien más en la casa?

Niega con la cabeza, sin abrir la boca.

—Sal y no pares de correr hasta que llegues a la carretera. ¡Vamos!

El niño pega un respingo y sale corriendo. En cuanto pongo la mano en el pomo de la puerta siento la quemadura en la pierna, antes incluso de oír el disparo. Me tiro al suelo y apoyo la espalda contra la pared mientras la puerta se astilla a causa del tiroteo. Pocos segundos después vuelve el silencio. Yo sangro por la pierna e intento hacerme un torniquete, pero he perdido todas mis fuerzas en la mano izquierda y no consigo ni romperme la camisa, como he visto hacer tantas y tantas veces en las películas. Apenas logro sujetar la granada. Ya me queda muy poco.

—¡Amaya Eiguibar! —grito con todas mis fuerzas.

* * *

Mientras intenta alcanzar la llave de las esposas que la tienen encadenada al volante, la inspectora Gutiérrez teme que tal vez no le den el traslado para poder pasar más tiempo con su hijo y la degraden fulminantemente; no solo ha dejado escapar por segunda vez a Marta Aguilera, sino que le ha destrozado el coche a un ciudadano anónimo después de habérselo requisado por la fuerza en un semáforo. Cuando empiecen a tirar del hilo, sacarán de contexto el viaje

en *jet* privado y alguien se tomará en serio la denuncia de Jonás Bustos sobre el acoso policial al que presuntamente era sometido. Eso se traduce en ceses, sanciones y presiones políticas, siempre es así. Al fin se hace con la llave que lleva en el bolsillo de la chaqueta y se libera cuando varios coches de la Guardia Civil y de la Ertzaintza llegan al lugar. María Lorenzo se baja de uno de ellos sin esperar a que se detenga y corre hasta la inspectora.

—¿Se encuentra bien?

—Ha huido en una moto, una Yamaha 600 con matrícula JFH. —Se dirige a los mandos que vienen a auxiliarla—: Que activen todos los controles de carretera que llevan a Hernani.

—Yo ya no creo que vaya a por ella, inspectora —responde uno de ellos—. Habrá huido por la costa.

—No, va a intentar hacerlo.

—Sería una locura.

—Esa mujer está loca.

Los controles policiales provocan kilómetros de atasco al salir de San Sebastián. Hacía muchos años que en esas carreteras no había tanta vigilancia y los conductores no saben tener paciencia. Los intentos de adelantamiento provocan enormes tapones y la inspectora tarda más de media hora en llegar a Hernani. La calle donde viven los padres de Amaya Eiguibar está tomada por todos los cuerpos policiales: Guardia Civil, grupos antiterroristas de la Policía Nacional, Ertzaintza y Policía Local.

—Joder —resopla al ver la que hay montada—, esto es un circo. Menuda cagada. Me van a crucificar.

—No ha sido culpa de nadie —dice la agente Lorenzo intentando animarla—, las cosas se han precipitado.

—¿Que no ha sido culpa de nadie? —La inspectora se revuelve furiosa—. ¿Quién tenía que vigilar la salida trasera, eh? ¿Cómo es que allí no había nadie, joder?

—No les dio tiempo a llegar. Marta Aguilera salió de casa cuando nos estábamos preparando.

—Es la segunda vez que se me escapa.

La madre de Amaya Eiguibar atiende a los policías que han tomado su casa sentada en el sillón. Su marido, por suerte, está visitando a su hermana en Bilbao. Más que con miedo, los atiende con resignación; desde que Amaya

empezó su andadura con ETA, ha recibido a muchos policías y no se cansa de repetir lo mismo una y otra vez:

—Quien más quien menos, en esta familia siempre hemos sido independentistas, pero en democracia. Amaya pensaba igual hasta que se juntó con aquel muchacho que mataron en San Sebastián. Entonces perdió la cabeza. Solo aparecía por aquí de mes en mes, y siempre para causar problemas.

—¿Sabe dónde está ahora, señora?

La madre de Amaya Eiguibar mira a la inspectora Gutiérrez y aparta la mirada avergonzada. No es la primera vez que se ven, coincidieron muchas veces en los juzgados de plaza de Castilla, pero nunca habían cruzado una palabra en persona. Diez años después de la muerte de su marido y de su hijo, esa señora le envió una carta pidiéndole perdón por los actos de Amaya, la misma que envió a escondidas a los familiares de los otros diecisiete muertos de aquella mañana.

—Ya les he dicho a sus compañeros que no lo sé, inspectora Gutiérrez. A eso de las doce me pidió que no apagara la televisión de su cuarto y se marchó por el garaje. Como comprenderá, no me dijo a dónde iba.

—¿Sabe si está en contacto con grupos radicales?

—No tengo ni idea.

—¿Seguro? ¿Después no tendrá que escribir otra carta a los familiares de la siguiente víctima de su hija?

—Son ustedes quienes la han puesto en libertad —dice la señora con tristeza—, ahora puede hacer lo que le venga en gana. No deberían haberla soltado.

—Supongo que sabe quién es Marta Aguilera, ¿verdad?

—Talión —responde con frialdad.

Cuando leyó por primera vez aquellas duras palabras de una madre hacia su hija, la inspectora creyó que lo decía por solidaridad, para amortiguar el dolor en la medida de lo posible. Pero ahora, mirándola directamente a los ojos, sabe que era sincera, que si Amaya Eiguibar muere, en esa casa descansarán todos.

—Han dado aviso de tres fuertes detonaciones en Astigarraga —dice un joven policía mientras entra a toda prisa.

—¿Dónde queda eso?

—A tres o cuatro kilómetros de aquí.

—Es ella.

La caravana de los diferentes Cuerpos de Seguridad sale hacia Astigarraga y se les unen los bomberos porque una explosión, al parecer de un coche, ha provocado un pequeño incendio en el bosque. Cuando se baja frente al camino de tierra que conduce al caserío, la inspectora ve a un niño pequeño en pijama que está siendo atendido por una agente. Está absolutamente aterrorizado, pero no derrama ni una sola lágrima, en *shock* tras haber visto a sus padres desmembrados.

—¿Quién es este niño?

—Todavía no lo sabemos. No habla, pero creemos que viene del caserío. Le hemos encontrado corriendo por la carretera.

—Ha sido la mujer que sale en la tele —dice el niño con un hilo de voz—. Los ha matado a todos.

La inspectora se adentra en el bosque, ya tomado por los Cuerpos Especiales. Unos bomberos apagan con extintores un coche calcinado mientras otros terminan de extinguir las llamas de su alrededor. En el interior se distinguen lo que parecen dos cadáveres, ahora convertidos en dos montañas negruzcas sin forma humana. El policía al mando se acerca a ella.

—Esto es una carnicería —dice cabeceando—. En el coche hay dos cadáveres y frente a la entrada los restos de cuatro o cinco más.

—¿Amaya Eguíbar es uno de ellos?

—No lo sabemos.

—¿Y Marta Aguilera?

—Creemos que sigue dentro. Hasta hace unos minutos se han seguido oyendo disparos.

A la inspectora le ponen un chaleco antibalas y acompaña a los geos hasta su puesto de mando, a pocos metros de la entrada del caserío. Al llegar allí, se encuentra con un panorama dantesco: la fachada está ensangrentada y medio derruida. Piernas, brazos y vísceras forman una macabra alfombra roja frente a la desaparecida puerta. A su derecha ve los restos de un hombre, a los pies de un hórreo de piedra.

—¿Cómo ha hecho esto? —pregunta impresionada.

—Granadas —responde uno de los geos—. No sabemos si tiene más. Por eso no podemos entrar.

* * *

—¿Quién hostias eres tú?!

La voz de Amaya Eiguibar suena firme al fondo del sótano ya sin puerta. Lleva muchos años fuera de circulación, pero tiene la férrea preparación militar de los etarras de su época, la de los Años de Plomo. Además, tampoco me pareció que estuviera demasiado fuera de forma cuando la vi haciendo *footing* en el barrio Sorgintxulo. Mi única ventaja es que he venido a morir y no me será difícil llevármela por delante. Probablemente me baste con tirar la última granada que me queda para volarla en mil pedazos, pero me gustaría mirarla a los ojos cuando acabe con ella. El problema es que yo no he recibido preparación militar y tengo medio cuerpo prácticamente inutilizado, sin olvidar el balazo en el muslo, aunque por suerte en la misma pierna izquierda que llevo días arrastrando. Tampoco sé si Amaya Eiguibar está sola.

—¡He venido a matarte, Amaya!

—¡Que te den por el culo! —el vozarrón de Joseba Iriarte viene acompañado por varios disparos.

Descuelgo de la pared un espejo de IKEA con forma de patata frita del McDonald's y lo rompo golpeándolo con la culata de mi pistola, ya no creo que me dé siete años de mala suerte. Cojo uno de los pedazos y me asomo al interior del sótano a través de su reflejo. Amaya Eiguibar y un hombre fornido y con barba están refugiados detrás de un sillón dado la vuelta. Ambos empuñan las pistolas que bajaron a buscar cuando se escuchó la segunda explosión. Solo ahora se dan cuenta de que han cometido un error fatal: de ese sótano solo se sale por la puerta acribillada que hay al final de la escalera. Si se me ocurriera asomar la cabeza para intentar dispararles me la volarían sin dudarlo, y tampoco me daría tiempo a correr hacia Amaya y detonar el chaleco cuando estuviera a un par de metros de ella. Solo tengo una opción y debo hacerlo rápido, ya siento a la Policía merodeando por el caserío de Oianko.

Cuando le voy a quitar la anilla de seguridad a la granada, titubeo. Lo ocupada que he estado estas últimas semanas estudiando y persiguiendo a mis víctimas ha evitado que pensara más de lo necesario en mi propia muerte, pero cuando tire esta granada ya no habrá vuelta atrás. Se me pasan un montón de cosas por la cabeza: pienso en mi hermana Natalia, en mi padre, en Álvaro, en Raquel, en Nicoleta y en Eric, incluso pienso en la decepción que sentirá la alumna del doctor Oliver cuando se entere de mi final. Soy consciente de que no me van a santificar, pero estoy convencida de que he hecho mucho bien en este último mes y medio. Me imagino a Dimas y a Rosa viendo mi historia en la tele y siento verdadera vergüenza. Confío en que Dimas no se arrepienta de

haber aceptado mi dinero y siga adelante con sus planes, pero, sabiendo lo honesto que es, no me extrañaría que mañana mismo se presentara en la comisaría más cercana. Cada vez que pienso en él, incluso a escasos minutos de mi muerte, me cuesta borrar la sonrisa de la cara. Lo que más me duele es haber descubierto lo que es tener sentimientos en mis últimas semanas de vida. Es algo así como el dinero: quien siempre lo ha tenido, no lo valora lo suficiente. Me hubiera gustado saber llorar, emocionarme y enamorarme sin tener un tumor dentro de mi cabeza, pero al menos, aunque durante muy pocos días, puedo decir que he sido una persona relativamente normal. Inspiro profundamente y me preparo para hacer el último esfuerzo de mi vida.

Le quito la anilla a la granada y la tiro escaleras abajo. Escucho gritos de pánico e insultos amortiguados por mis manos y enseguida llega la explosión. La onda expansiva me lanza a varios metros de distancia. Me levanto lo más rápido que puedo y bajo arrastrándome por las escaleras asoladas y llenas de polvo. Joseba Iriarte ha perdido medio cuerpo pero aún se mantiene con vida. Lloriquea en estado de *shock* mientras recoge las partes mutiladas que encuentra a su alrededor. Le disparo cuatro veces pero solo le acierto dos. Amaya Eiguibar tiene una herida muy fea en la cadera derecha y otra en la cabeza que le ha levantado la mitad del cuero cabelludo, aunque también ha sobrevivido. Me mira sin moverse, con los ojos llenos de odio, lo único que parece aún vivo en ella. Su pistola reposa sobre su mano inerte. Al acercarme descubro que la herida de la cadera se ha llevado también parte de su columna vertebral. Voy a agradecerle que me lo ponga tan fácil quedándose parálitica en el momento oportuno, pero decido no ensañarme, al fin y al cabo esa mujer a mí no me ha hecho nada personal.

—¿Quién eres tú? —balbucea con una especie de parálisis facial.

—Una simple periodista, aunque últimamente todo el mundo me conoce por Talión. Igual me has visto en la tele.

—No me jodas, ¿me va a matar una chalada?

—Eso me temo.

Una voz distorsionada por un altavoz, pero aun así reconocible, interrumpe nuestro momento de intimidad.

—¡Marta Aguilera, le habla la inspectora Gutiérrez! ¡Está rodeada, no tiene escapatoria! ¡Repito, no tiene escapatoria!

—Vaya —sonríó a Amaya—. Ya ha llegado nuestra invitada especial.

En el exterior, la inspectora Gutiérrez le entrega el altavoz a uno de los policías. Diez o doce coches y furgones policiales están diseminados por toda la finca. Frente a ellos, varios grupos de asalto esperan la orden de intervenir.

—Tenemos que entrar.

—No sabemos las granadas que le quedan —protesta uno de los mandos—, y no voy a mandar a mis hombres ahí dentro hasta que no tengamos claro cómo están las cosas.

Uno de los geos que estaban apostados junto a la puerta va corriendo hacia ellos.

—Quiere hablar con la inspectora Gutiérrez. Dice que solo hablará con ella.

—Es muy arriesgado —dice la agente Lorenzo intuyendo sus intenciones.

—Si hubiera querido matarme, lo habría hecho en San Sebastián.

Me ha costado un triunfo colocarle el chaleco explosivo a Amaya Eiguibar, ahora solo es un peso muerto que se puede partir por la mitad en cualquier momento. Aun así, la muy hija de puta sigue viva, mirándome con un profundo desprecio. Yo tampoco estoy ya para muchos trotes y espero a la inspectora Gutiérrez sentada a su lado, sujetando el detonador con la mano derecha. Miro los restos del hombre que estaba refugiado en el sótano con Amaya.

—¿Quién era ese tío? ¿Un amiguito terrorista?

—Que te jodan.

—Le llamaré «Número trece». Si tus cinco compañeros de ahí fuera han muerto, y a mí me da que están tan fritos como los dos del coche, es mi víctima número trece.

—Eres una aficionada.

—Eso es verdad —me río—. Comparados contigo, todos lo somos.

La inspectora Gutiérrez se asoma a la puerta apuntándome a la cabeza con su pistola. Le han puesto un chaleco antibalas de los geos y protecciones en piernas, brazos, cuello y cabeza.

—Está usted muy elegante, inspectora.

—No vas a poder salir de aquí. Toda la finca está tomada.

—Ya me imagino... ¿Qué le parece el regalo que tengo para usted? —digo señalando a Amaya Eiguibar—. Discúlpeme por los desperfectos, pero se ha resistido y he tenido que tirar una granada.

—Deja que la atienda un médico.

—Tendrá que dar gracias si logra recomponerla el forense.

La inspectora se fija en el chaleco explosivo que abriga a la terrorista que asesinó a su marido y a su hijo y después la mira a los ojos.

—No se espere una disculpa, inspectora Gutiérrez. Este tipo de gentuza no acostumbra a pedir perdón.

—Ya está muerta, has ganado —dice—. Tira ese detonador y entrégate. Te doy mi palabra de que tendrás un trato digno.

—No quiero ser una celebridad dentro de la cárcel.

—Si no lo haces por ti, hazlo por tu hermana.

Eso me deja totalmente desconcertada.

—Ha llamado una chica desde Málaga diciendo que era tu hermana. Me ha pedido que intente salvarte la vida.

—Ese es un golpe bajo, inspectora.

—Detén esta locura, por favor.

Noto en su mirada que me lo pide de corazón, que por algún motivo quiere salvarme. Yo estoy convencida de que, de aceptar, nos haríamos buenas amigas. Miro a Amaya y veo que ciertamente se le escapa la vida, ya la he matado. Pienso en rendirme y darle una oportunidad, pero yo me merezco morir tanto como ella. Si viviera, mi mensaje quedaría desvirtuado.

—Verá, inspectora, yo ahora empezaré una cuenta atrás desde diez. Cuando llegue al cero, apretaré el detonador y Amaya y yo nos desintegraremos. Usted puede hacer dos cosas: dispararme a la cabeza, y con suerte no me dará tiempo a hacer nada y a esta asesina la podrá atender un médico, o ponerse a cubierto y darle una alegría a su hijo Sergio.

—Te mataré.

—Es su elección. —Levanto el detonador—. Diez, nueve...

—¡Dispare, joder! ¡¿A qué hostias espera?! —grita la terrorista.

—... ocho, siete, seis...

La inspectora Gutiérrez suda debajo de sus protecciones, con el dedo en el gatillo y la mirada fijada en mi frente. Los gritos y súplicas de Amaya Eiguibar no la dejan pensar. Si por ella fuera, se largaría y enterraría el problema de su vida para siempre, pero es policía y ha jurado cumplir la ley. Hay hombres escuchando fuera que saben lo que pasa y podrían acusarla de no haber intentado salvar la vida de Amaya Eiguibar, aunque ella alegaría que disparando a Marta Aguilera habría detonado la dinamita y también estaría muerta.

—... cinco, cuatro...

—¡Mátela, por favor! —Amaya Eiguíbar se desespera.

La inspectora desvía su mirada de mi frente a mis ojos y noto que sonrío tenuemente, con algo parecido al respeto. Se da la vuelta y sale corriendo del sótano.

—¡Al suelo!

—Tres, dos, uno...

Los últimos segundos los vivo a cámara lenta. Veo a la inspectora correr y lanzarse en plancha como si en el destrozado salón hubieran instalado una piscina. Un policía se tira encima de ella cubierto por una especie de manta que, por lo pesada que parece, supongo que llevará dentro placas de acero. Después miro a Amaya Eiguíbar y veo el terror dibujado en sus ojos. Me alegro de que al fin comprenda la sensación que ha provocado durante toda su vida.

—Cero.

Lleno mis pulmones de aire por última vez, cierro los ojos y aprieto el pulsador. Entonces desaparezco.

EPÍLOGO

Nicoleta tenía suficiente dinero para coger un taxi que la llevara hasta la T-4 del aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid, pero prefirió ir en metro y ahorrar. Para ella, cuarenta euros significaban dejarse manosear durante quince minutos por alguien a quien no conocía de nada. Aparte de los veinte mil euros, la periodista había comprado por Internet un billete de avión para Bucarest a su nombre y le dijo que era suficiente con que estuviera dos horas antes del vuelo, pero ella prefirió ser precavida y llegar con cuatro horas de margen. Al final de uno de los largos pasillos de la terminal vio a un hombre hablando por teléfono. Escuchó que hablaba en rumano y se escondió aterrorizada detrás de una máquina de refrescos, pero él la miró extrañado y siguió discutiendo con su interlocutor sobre el precio de un coche usado. Ese pequeño sobresalto provocó que Nicoleta extremase las precauciones, y pronto descubrió que había hecho bien.

Pasó las dos siguientes horas dentro de un baño desde el que podía controlar la fila para superar el control policial. De pronto vio a Sorin Popa y a dos de sus esbirros repartiéndose las zonas de vigilancia. Nicoleta decidió quedarse allí escondida hasta que se marchasen e intentar llegar a Rumanía de otra manera, pero cuando su vuelo ya estaba a punto de embarcar, entró en el servicio una policía. Mientras esperaba a que saliera de la cabina, Nicoleta repasó todos los pequeños fallos que cometía hablando castellano; eran pocos y podía controlarlos, ya lo había hecho más de una vez y nadie se había dado cuenta de que era de Transilvania y no de Andalucía.

—Oye, perdona. Tú estás de servicio, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Porque hay ahí unos tipos que están intentando robar carteras e iPads a la gente que va a pasar el control. Antes les he visto hacer cosas raras.

—¿Quiénes son?

—Rumanos o rusos o algo así. Uno lleva una chaqueta de cuero marrón y los otros dos jerséis de colores. Uno rojo y otro verde, creo.

La policía dio el aviso por radio y siete minutos después ya los estaban deteniendo. Los rumanos intentaron resistirse, pero no tuvieron otra que

acompañar a los agentes a la comisaría del aeropuerto. Nicoleta aprovechó su oportunidad y corrió hacia el control policial olvidándose del consejo que le había dado Marta Aguilera: «Quítate absolutamente todo; pulseras, monedas, zapatos, todo. Si el detector pita y encuentran el dinero, vas a tener muchos problemas». Y el detector pitó.

—Pase por aquí, señorita —le dijo un policía mayor con cara de aburrimiento—. Enseguida vendrá una agente para cachearla.

—Han sido los zapatos —dijo Nicoleta—. Siempre se me olvida quitármelos.

Nicoleta volvió atrás y se descalzó. No se atrevió ni a respirar mientras cruzaba el detector de metales por segunda vez. No sonó y pudo subirse en el avión de Bucarest cuando estaban a punto de cerrar las puertas. Llevaba el dinero escondido dentro del sujetador, donde debía haber un pecho.

—¿A dónde?

—A Sibiu.

—Hay casi doscientos ochenta kilómetros —dijo el taxista extrañado—. ¿Por qué no has cogido un avión directamente hasta allí?

Nicoleta podía haber hecho eso, tenía dinero de sobra para pagar un billete a su ciudad natal, pero era demasiado arriesgado pasar por otro control policial y, sobre todo, sabía que no tendría paciencia para aguantar de brazos cruzados las tres horas que debería esperar su enlace aéreo. En taxi llegaría prácticamente al mismo tiempo, pero sentiría que cada vez estaba más cerca de su familia. Sacó de su sujetador tres billetes de cincuenta euros y se los ofreció.

—¿Con esto es suficiente?

El taxista se guardó el dinero y cogió la E-81 hasta Pitesti, donde se detuvieron para echar gasolina. Nicoleta miraba a su alrededor decepcionada. Pensaba que Rumanía habría cambiado en los seis años que llevaba sin pisarla, pero todo seguía igual. Seguía habiendo paro, pobreza y chicas guapas desesperadas, todo lo que alimenta a las redes de trata de blancas. En la carretera los adelantó un Porsche Panamera y acto seguido ellos adelantaron a un caballo que tiraba de la mitad de un Mercedes antiguo. Dentro de la improvisada carroza iba un tipo tomándose una cerveza.

—¿De qué parte de Sibiu eres? —preguntó el taxista mirándola por el retrovisor—. Mi primera mujer también es de allí.

—Del barrio de Lazaret.

Al llegar a Lazaret, en una entrada de la calle Macaralei, Nicoleta encontró un solar lleno de escombros en el lugar que antes ocupaba su casa.

—Muchas de estas casas antiguas las derribaron hace un par de años por seguridad. Un poco más arriba se cayó una y murieron tres o cuatro personas.

—Espere aquí.

Nicoleta se bajó del taxi y caminó entre los escombros. En la zona de su antigua habitación encontró un viejo dibujo hecho por Alina en el que aparecía su hermana mayor vestida de largo y rodeada de focos y de fotógrafos.

—Lléveme a la cafetería Baraka, en la calle Balea.

Para alivio de Nicoleta, el local estaba abierto y tras la barra seguía atendiendo Aurel. El mejor amigo de su padre la miró extrañado al oír que esa chica le llamaba por su nombre y tardó en reconocerla unos segundos.

—Nicoleta, ¿eres tú?

—¿Dónde está mi familia, Aurel? ¿Dónde están mis padres y mis hermanos?

Seis meses después de la marcha de Nicoleta, su padre salió a buscarla y ya no volvió. Lo encontraron al poco tiempo en una cuneta de las afueras de Milán con un tiro en la cabeza y nunca detuvieron a los asesinos. La madre recibía carta de su hija un par de veces al año, pero no tenía una dirección a la que escribirle y no pudo decirle lo que había pasado. Tres años después el Ayuntamiento aprobó la demolición de la casa de la familia Serban y los realojaron en un piso de los suburbios de Sibiu, lejos de los turistas que poblaban la plaza Grande y la plaza Pequeña.

Allí, en una de las terrazas más concurridas, Alina empezó a trabajar al cumplir los quince años. Su belleza era aún superior a la de Nicoleta y nadie que la viera podría imaginarse que esa mujer rubia de más de un metro setenta y ojos verdes era apenas una adolescente. Su familia necesitaba el dinero y ella dejó los estudios para ponerse a trabajar, pero desde el primer día su madre la previno:

«No dejes que te engañen como engañaron a Nicoleta. Si te llevan, tus hermanos irán a buscarte y acabarán igual que tu padre, asesinados en un país extranjero».

Le repetía lo mismo cada día y a Alina se le quedó grabado a fuego. No había día en que algún turista japonés no pidiera fotografiarse con ella o que

un grupo de estudiantes americanos no la invitara a alguna fiesta, pero nunca cayó en la tentación. Ni siquiera cuando aquel hombre con un traje de lino blanco prometió convertirla en modelo y hacerla desfilarse por las mejores pasarelas del mundo.

—¿Prefieres servir cervezas en lugar de viajar y comprarte joyas y vestidos?

—Sí, señor. Me gusta servir cervezas.

En el año que llevaba allí trabajando, Alina nunca había faltado. La primera vez fue la misma noche que aquella chica tan parecida a ella pero algo más mayor y cascada entró en el local arrastrando una maleta.

—¿Alina Serban?

—Hoy no ha venido.

—¿Tienes su dirección? Soy su hermana, Nicoleta.

A Nicoleta no le llamó la atención el coche que había aparcado en la calle —mucho más lujoso que todos los de su alrededor— y entró en el portal deseosa de encontrarse con sus padres, con sus hermanos y especialmente con Alina. Llamó al tercero derecha y abrió un hombre al que no había visto en su vida.

—Estoy buscando a la familia Serban.

—Adelante, Nicoleta. —El hombre sonrió—. Te estábamos esperando.

La agarró con fuerza del brazo y la metió de un tirón. Sorin Popa apuntaba a su madre y a su hermana con una pistola. A Nicoleta no le sorprendió verle allí —ya se había planteado la posibilidad de que, él sí, cogiera el avión a Sibiu—, pero en ese momento no le importó y corrió a abrazar a su familia. En unos pocos segundos, de la peor manera posible, tuvo que enterarse de que su padre, un hermano y todos sus abuelos habían muerto durante su ausencia. Las tres lloraron abrazadas, pasando precipitadamente de la pena a la alegría por el reencuentro.

—Es una lástima que os acabéis de encontrar y os tengáis que separar tan pronto —interrumpió Sorin con crudeza.

—¿Qué vas a hacer con nosotras?

—A ti te devolveré a Madrid y a tu hermanita probablemente la mande a Francia... ¿Eres virgen, bonita? —preguntó mirando a Alina con lascivia.

—No —respondió la chica—. Ya he hecho el amor con mi novio.

—En ese caso probaré antes la mercancía.

A pesar de los gritos y de las protestas de las tres mujeres, Sorin Popa se llevó a Alina a una de las habitaciones a golpes y agarrándola del pelo. El otro hombre se quedó vigilando a Nicoleta y a su madre en el salón, aunque por las miradas que echaba hacia la puerta cerrada no parecía estar muy contento con el papel que le había tocado. Nicoleta calmó a su madre con la mirada, apretó los dientes y fue contoneándose a servirse una copa de visinata.

—¿A dónde te crees que vas?

—A servirme una copa. Llevo tanto tiempo fuera de Rumanía que ya no recuerdo cómo sabe la visinata... ¿Quieres?

El hombre dudó, pero terminó asintiendo. Mientras servía la copa, Nicoleta escuchaba los gritos ahogados de su hermana pequeña en la habitación y buscó y fijó su mirada en un picahielos que había dentro de un cubilete de metal oxidado. Se acercó al hombre con la copa en la mano sonriéndole.

—Si terminan pronto, podríamos pasar tú y yo.

—Te gustaría, ¿eh? —dijo él henchido.

—Claro que me gustaría. Pero ahora bebe.

Cuando iba a coger el vaso, Nicoleta le clavó con todas sus fuerzas el picahielos en el oído izquierdo. El hombre trastabilló y cayó como fulminado por un rayo.

—¡Vete, mamá! ¡Corre a avisar a la Policía!

—¿Qué vas a hacer tú, Nicoleta?

—Vete, no pierdas tiempo.

La madre echó a correr y ella cogió la pistola que había quedado tirada en el suelo. Avanzó despacio por el pasillo empuñando el arma e intentando no hacer ruido. Al abrir la puerta del dormitorio de su madre vio a Sorin Popa embistiendo a su hermana sobre la cama. Se acercó a él y le reventó el cráneo de un disparo, sin dudar. Trozos de hueso y de cerebro fueron a parar sobre la cara de Alina, que no paraba de gritar aterrorizada.

—Ya está, Alina —dijo Nicoleta abrazándola—. Ya se ha acabado todo.

Nicoleta fue detenida y pasó una semana en el calabozo, pero el juez creyó su historia y ordenó su puesta en libertad sin cargos. La misma noche que la liberaron fue a celebrarlo con su familia al bar Baraka.

—Nicoleta —dijo Aurel al verla—, ha llegado una carta para Alina y un paquete para ti desde España.

* * *

Eric llevaba días oyendo hablar de un asesino en serie, pero no le había prestado demasiada atención, no al menos hasta que el tal Talión mató a Genaro Cortés. La noche anterior había trabajado hasta tarde y no se encontraba bien, así que después de llevar a Lionel al colegio se volvió a meter en la cama. A media mañana le despertó el teléfono. Al ver en la pantalla que era la madre de su hijo pensó que por fin le habrían pagado alguno de sus trabajos y podría ayudarle con los gastos, pero no era así.

—¿No has puesto la tele, flaco? Talión se ha cargado a Genaro Cortés, el gitano.

Eric encendió la tele y vio que la cara del hombre que había envenenado a sus hermanos estaba en todas las cadenas. No celebró su muerte destripado por un perro en un edificio en ruinas en medio de Madrid, pero la noticia le puso de mucho mejor humor. Desde entonces se hizo seguidor acérrimo de Talión.

Miró su móvil y vio que Marta Aguilera no le había contestado a los tres últimos mensajes. Le envió un cuarto deseando de corazón que la operación para extirpar su tumor hubiera sido un éxito y pidiéndole que le dijera que estaba bien. Unos pocos días después descubriría que no lo estaba.

Aquella tarde a Eric le surgió doblar un turno en la cocina y salió del restaurante a la una de la mañana, machacado después de trabajar doce horas seguidas y sin enterarse de nada de lo que había pasado en el mundo. Llegó a casa y se metió en la cama. No fue hasta la mañana siguiente, a la hora del desayuno, cuando su hijo Lionel dejó de comerse los cereales y señaló la televisión.

—Mira, papá. Es tu amiga, la del zoo.

Los siguientes días fueron una locura de noticias e informaciones. Poco a poco se fue diseccionando la entrevista que le había hecho el periodista Álvaro Herrero a la justiciera, hasta uno de los extractos en que hablaba sobre un chico cuyos hermanos habían muerto a causa de la droga adulterada por Genaro Cortés. No decía su nombre, su raza ni su nacionalidad, pero a poquito que se escarbara se podría descubrir que se trataba de él. En el relato de Marta Aguilera también se hablaba de otra chica, una rumana a la que habían obligado a prostituirse y a la que ya habían encontrado. En televisión decían que la tal Nicoleta Serban había matado a sus secuestradores al reencontrarse

con su familia y eso a Eric le dio un poco más de tiempo. Pero una tarde, al llegar del trabajo, había una periodista esperándole en el portal.

—Perdona, ¿tú eres Eric Kazanowski?

—¿Quién lo pregunta?

—Soy periodista. Tú eras amigo de Marta Aguilera, ¿verdad?

—Solo la conocía de vista, no era mi amiga. Venía algunas noches a cenar al restaurante donde trabajo, nada más.

Antes de subir a casa, la periodista le dio una tarjeta para que la llamara si cambiaba de opinión y quería dar una entrevista por la que podría embolsarse cuatro o cinco mil euros. Eric subió a su terraza para tomarse una copa antes de que le trajeran a Lionel de un cumpleaños, hacía semanas que no conseguía relajarse y tenía que pensar si ir o no a la televisión; con cuatro mil euros él haría muchas cosas. Fue a poner música y, al abrir la puerta de la caseta, descubrió una mochila negra que nunca antes había visto. Pesaba mucho y tardó unos segundos en descubrir que esos pesados ladrillos no eran de hierro, sino de oro. Entre ellos encontró una carta:

Hola, Eric:

Cuando leas esta carta probablemente ya sepas por la televisión lo que me he dedicado a hacer estas últimas semanas. No te pido que lo entiendas, pero sabiendo que iba a morir preferí llevarme conmigo a algunos canallas que estaban libres y no deberían, entre ellos al gitano que mató a tus hermanos por una guerra entre clanes. A él le debes los diez kilos de oro que hay dentro de esta mochila. Tómallo como una especie de indemnización. Es un oro robado, así que no lo podrás vender legalmente, ni se te ocurra. Si quieres conseguir un precio justo, ve varias mañanas seguidas al parque de la Bombilla y siéntate cerca de la fuente, sobre las doce del mediodía. Cuando se te acerque un hombre mayor que te hable de mí, confía en él. Deberás darle la comisión que te pida, pero no creo que abuse de ti. Mi última recomendación es que no hables con nadie de esto, no digas ni que me conociste. Coge tu dinero, olvídame y sigue con tu vida.

Marta

Eric tardó una semana en ir al parque de la Bombilla. El primer día no pasó nada, el segundo tampoco, pero al tercero un hombre se sentó en un banco cercano al suyo. Eric se fijó en él y le reconoció como a alguien de la tele, de los programas del corazón. Al cabo de cinco minutos, el hombre se levantó y se acercó a él.

—Hola, Eric.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó con recelo.

—Verás —sonrió Rodolfo Chisvert—. Yo, todas las mañanas, llueva o haga sol, paseo un rato por este parque. Y llevo viéndote aquí varios días seguidos. Supongo que te ha enviado una amiga común. Alguien que, desgraciadamente, ya ha muerto.

El pausado tono de voz de Rodolfo logró apaciguar a Eric y decidió seguir las indicaciones de la carta que le había dejado Marta. Debía confiar en él, pero llevaba muchos días haciéndose demasiadas preguntas.

—¿Podrá usted vender lo que ella me dejó? Me habló de una comisión, pero le advierto que yo no puedo adelantarle dinero. Tampoco...

—Para el carro, muchacho —le interrumpió el viejo—. Esto es muy sencillo. Tú tienes algo de valor que te dejó nuestra amiga, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuántos kilos?

—Diez.

—¿Todo en lingotes?

—Sí.

—Si no me equivoco, el comprador lo pagará a veintidós euros el gramo, que vienen a ser doscientos veinte mil euros. Mi comisión es del veinte por ciento, así que tú te quedarías con ciento setenta y seis mil euros en efectivo. ¿Estás conforme?

Eric asintió con el ceño fruncido, pero no porque le pareciera mal el precio, sino porque toda la vida había tenido que hacer cuentas pequeñas y las grandes no le salían.

—¿Cómo tenemos que hacerlo?

—Entrégame la mochila y yo iré a darte el dinero unas horas después.

Eric le miró con desconfianza y el viejo volvió a sonreír.

—Haces bien desconfiando, hijo, pero si hubiera querido robártelo ya me habría pasado por la terraza de tu casa. Has tardado mucho en encontrarlo.

Tampoco para Natalia Aguilera y para su padre fueron unas fechas tranquilas las que siguieron a la muerte de Marta. Ella había vuelto a Málaga desde Madrid ilusionada por haber encontrado a la hermana mayor que siempre supo que existía, pero después de descubrir lo que había hecho se arrepintió de haberla buscado. Por suerte para ella y para su padre, su apellido era demasiado común y nadie los relacionó con la asesina en serie.

Juan Aguilera fue a preparar la próxima procesión de Semana Santa y Natalia se quedó en casa cuidando de su madre. Quiso estudiar inglés, pero no lograba concentrarse y buscó compulsivamente información sobre su hermana en Internet. En la versión *online* de *El Nuevo Diario* publicaban con cuentagotas la entrevista que le había dado a Álvaro Herrero antes de morir y decidió que llamaría al periodista; si de verdad eran tan amigos, respetaría su anonimato. Buscó el teléfono del periódico y se disponía a marcar cuando la vecina de arriba llamó a su puerta.

—Niña, el cartero ha dejado esto en mi buzón para ti. A ver si ponéis una plaquita, que a mí Correos no me paga un duro por hacer de recadera.

En el paquete había cien mil euros y una carta.

Aparte de Nicoleta, Eric y Natalia, por aquellas mismas fechas también recibieron paquetes con diferentes cantidades de dinero las cuatro amigas de Marta Aguilera, Raquel Prieto, un exnovio de la justiciera, la familia de Lucía Abad, la ONG Bocatas, la Asociación Vecinal Salvemos el Beti-Jai, la parroquia de San Agustín y la Asociación de Víctimas del Terrorismo.

* * *

El millonario Nicolás Santisteban acude una vez por semana a un piso de la calle Bravo Murillo en el que se ofrecen servicios especiales. Antes ha probado en uno de Serrano, en otro de Sor Ángela de la Cruz, de Ciudad Lineal, de Atocha, de Vallecas, de Leganés..., pero en ninguno de ellos las sumisas alcanzan el nivel que él necesita para aplacar su deseo de sexo y de violencia. La chica que le ofrecen en esta ocasión es joven y guapa, mucho más de lo que suele encontrar, pero sudamericana. Y a él le gusta maltratar, humillar y violar a españolas.

—La única que quiere pasar con usted es Alexia, pero está fuera y no volverá hasta dentro de un par de semanas.

—¿Y esta aguanta?

—Tiene un nivel extremo, aunque debe respetar la palabra de seguridad. Si no lo hace, no volveremos a atenderle más.

Nicolás Santisteban paga trescientos euros por una sesión con la joven Fabiola y la espera en la mazmorra. Las paredes están pintadas de rojo y negro

y decoradas con todo tipo de látigos, esposas, cuerdas, fustas, palas, mordazas, velas, máscaras, pinzas, cadenas y consoladores. En el centro, a los pies de una cama con sábanas negras y junto a una pequeña jaula metálica, hay un potro de tortura, y en la pared del fondo una cruz de San Andrés con grilletes para inmovilizar a los sumisos. Al sádico le llama la atención una fusta de cuero y goma que hay colgada junto a un váter sin taza ni cisterna. La coge, la observa y la hace restallar.

El señor Santisteban se ensaña con la chica utilizando todos los artilugios que tiene a su alcance, pero no termina de quedarse satisfecho. Sorprendentemente, Fabiola es sumisa vocacional y llega a correrse varias veces mientras es violada, maltratada y humillada. Ni siquiera consigue que pida clemencia cuando la penetra por el ano que previamente se han ocupado de dilatar y de lubricar. Sabe que de este tipo de chicas nunca escuchará las súplicas que él necesita para gozar de verdad, eso solo lo encuentra en las mujeres de a pie. Y últimamente no deja de pensar en una: en la misma doctora Molina que hizo aquel informe tan humillante sobre él. Pronto se encargará de ella, sueña día y noche con darle su merecido.

Al pasar por delante de la terraza del bar de enfrente de su casa le llama la atención una preciosa chica rubia de unos veintitrés años que hay allí sentada. Hacía tiempo que no se encontraba con una belleza semejante por la calle. Pensaba subir a casa, abrir una botella de vino y ver la tele hasta quedarse dormido en el sofá, pero los planes están para cambiarse. Pide una cerveza y se sienta en una mesa cercana. Cuando sonrío a la chica y ella le corresponde, piensa que es su día de suerte.

—Hola, preciosa, ¿puedo invitarte a algo?

—Es usted muy amable —dice ella esbozando la mejor de sus sonrisas—. Estoy tomando una copa de vino tinto.

Nicolás Santisteban le pide la bebida al camarero y va a sentarse a su lado. Después de intercambiar unas frases de cortesía sobre el tiempo y sobre la calidad del vino que allí ofrecen, Santisteban pasa al ataque.

—¿Vives por aquí?

—Qué más quisiera —responde la muchacha con simpatía—. Voy a empezar a hacer un curso de interpretación y estoy buscando casa, pero en esta zona los alquileres cuestan un pico.

—Así que quieres ser actriz, ¿eh? ¿Sabes que yo tengo muchos amigos directores?

—¿En serio?

—En este barrio viven dos o tres. Podría llamarlos para que te hagan un *casting*. Para una chica tan guapa como tú siempre hay un papel disponible.

—¿De verdad haría eso por mí? —pregunta ella ilusionada.

—Claro que sí. ¿Por qué no me acompañas a casa y los llamamos juntos? Con un poco de suerte, alguno querrá venir a tomar una copa de vino...

Ella duda mirándole.

—Vamos, mujer. No te pasará nada y vivo aquí mismo —Santisteban señala un portal cercano.

—Está bien, pero solo un ratito.

—Estupendo —dice él satisfecho dejando un billete de diez euros sobre la mesa—. Todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Nicoleta...

La chica sigue a Santisteban hasta su portal. Antes de entrar, mira hacia los dos lados de la calle comprobando que nadie la ve con el violador al que ya lleva vigilando varias semanas...

* * *

Lo más grande que se encontró del cuerpo de Marta Aguilera fue la cabeza, sorprendentemente intacta, tanto que los médicos aún pudieron estudiar el tumor que la había convertido en una chalada. Todo lo demás estaba mezclado con los restos de Amaya Eiguibar y de Joseba Iriarte en el sótano de aquel caserío de Astigarraga. Se escribió mucho sobre lo que había hecho y las autoridades temían la aparición de imitadores que se tomaran la justicia por su mano, pero la atención mediática pronto se desvió hacia el asesinato, mediante un rito satánico, de una joven actriz protagonista de una serie de televisión. Tal y como había pronosticado la inspectora Gutiérrez en su encuentro con la asesina en San Sebastián, al cabo de unas pocas semanas ya se habían olvidado de ella y Marta Aguilera pasaba a formar parte de un nuevo capítulo de la historia negra de España.

Al funeral que se celebra seis meses después de su muerte en la iglesia de la calle Joaquín Costa no acude ni medio centenar de personas. Su hermana y su padre ocupan uno de los últimos bancos y no cruzan una sola palabra, sin saber bien cómo deben sentirse. Han pasado por todas las fases que pasaría

cualquier persona en su misma situación: incredulidad, vergüenza, pena, culpa y finalmente una especie de agradecimiento. Delante de su pequeña familia está Rodolfo Chisvert. Sigue esbozando la misma media sonrisa de satisfacción que le apareció el día que supo lo que había hecho su amiga. «Menuda campeona —pensó—, con lo poquita cosa que parecía.» A su lado está sentada Raquel Prieto. Es la única de todos los presentes que estruja en su mano un *kleenex* empapado, arrepentida por haber pasado tantos años separada de su mejor amiga de la infancia. Rodolfo Chisvert la mira y sonríe.

—No llore, señorita. Si quería usted a Marta, debemos estar orgullosos de ella.

—Lo estoy, no se crea —responde Raquel devolviéndole la sonrisa.

Al otro lado del pasillo están las cuatro amigas de Marta Aguilera. Hasta después de un mes de su muerte no hablaron de ella, y mucho menos de los sobres con dinero que cada una había recibido. Empezaron a sospechar que no habían sido las únicas cuando las cuatro renovaron completamente su armario.

—He podido ahorrar un poco —dijo Lorena con la boca chica.

—¿Qué narices vas a ahorrar si yo te hago la declaración de la Renta y sé perfectamente que estás pelada? —respondió Carol.

Dimas y Rosa —que luce orgullosa un vestido premamá aunque solo lleva dos meses embarazada— son de los pocos que se santiguan al entrar en la iglesia y van a colocarse en primera fila, junto a Jaime Vicario, que mira al frente en silencio, todavía asimilando lo que hizo su ex.

—Con cuidado, Rosa —Dimas la ayuda a sentarse.

El futuro padre trata con tanta delicadeza a su esposa que a ella, a pesar del lugar y de las circunstancias, se le escapa una risa.

—Cariño —le dice al oído—, como estés igual de pesado los siete meses que me quedan de embarazo, no te voy a aguantar.

La doctora Molina está un poco más allá, sentada junto a una columna del lateral. Juan Carlos Ramos, el expolicía que trunció su vida por aquella absurda discusión de tráfico, entra y se sitúa junto a ella.

—¿La conocía? —pregunta él.

—Apenas —responde ella—. ¿Y usted?

—Solo por la televisión. Sé que no está bien decirlo, pero en el fondo no consigo condenarla por lo que hizo.

—Esa es una manera peligrosa de pensar.

—Lo sé, pero fíjese —señala con la cabeza hacia una familia que ocupa un banco cerca de ellos—: Son los padres y tíos de la pequeña Lucía.

Desde el fondo de la iglesia, el célebre periodista Álvaro Herrero observa a los asistentes al funeral. A muchos los conoce, la mayoría han tenido algo que ver en la vida de Marta Aguilera y habló de todos ellos en la extensa entrevista que explotaron en *El Nuevo Diario* durante más de tres meses. Sus artículos provocaron la detención de varios proxenetas en Francia, Italia y España y la caída a los infiernos del exsenador italiano Pasquale Carduccio. Después de la humillación pública sufrida, el viejo político entró arrastrando los pies en su despacho y abrió la vitrina en la que guardaba el revólver Smith & Wesson.³⁸ Special que le había regalado personalmente el mafioso italiano Carlo Gambino en 1957, al poco tiempo de asumir el mando de la mafia de Nueva York tras acabar con Albert Anastasia. Lo cogió, lo cargó y se voló la tapa de los sesos.

Un chico mulato pasa junto al periodista llevando de la mano a un niño pequeño.

—Vamos, Lionel, deja de hacer el tonto y aquí compórtate, por favor.

Le sigue con la mirada hasta que se sienta y cruza un tímido saludo de cabeza con Rodolfo Chisvert, el famoso tertuliano de la tele.

La inspectora Gutiérrez viene de visitar a su hijo en la cárcel. Al día siguiente del estreno del reportaje de investigación en una cadena privada, la fiscal amplió la acusación contra Sergio por pertenencia a grupo criminal, agresión y odio racial e ideológico. El chico se encuentra bien, ha aprendido la lección y Daniela sueña con hacer con él ese viaje que ya habían planeado. Y quién sabe si también invitarán a Anselmo, que la espera en uno de los bancos de la iglesia. El guionista insistió en acompañarla y ella está encantada de no ser, por una vez, la única que va sola a un acto social. Recibe un mensaje en su teléfono y resopla.

—Me parece que voy a tener que dejarte, Anselmo. Ha habido un apuñalamiento en el barrio de Salamanca.

—¿Otro Talión?

—Esperemos que sea un crimen mucho más rutinario.

—Seguro —se encoge él de hombros—. Los apuñalamientos pasan hasta en las mejores familias...

La inspectora sonríe, le despide con un tímido beso y sale. En la puerta se cruza con Nicoleta, que entra apresurada y se acerca a su hermana.

—¿Dónde te habías metido, Nicoleta? Llevo veinte minutos esperándote.

—Perdona, Alina. Solo estaba visitando a un amigo...

—¿Qué tienes ahí? —le limpia con el dedo una mancha seca que tiene en la mejilla—. Parece sangre.

—Será —disimula la chica—. Mi amigo se ha cortado un dedo...

Nicoleta termina de limpiarse con un *kleenex* y mira a su alrededor. Se fija en el guapo chico mulato que está sentado a unos metros. Él siente su mirada y se da la vuelta.

Eric y Nicoleta se miran a los ojos, se reconocen y se sonríen.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría sido posible sin la ayuda de muchas personas.

En primer lugar, y por encima de todo, no existiría si no fuera por Patricia. Gracias por apoyarme, por animarme, por darme tantas ideas y por leerte una versión tras otra (casi) sin protestar.

Gracias a mi hermano Jorge. Sin su experiencia y sus consejos, esta historia nunca habría salido de mi ordenador.

Gracias a Eduardo Melón Vallat, mi agente, por confiar en mi trabajo y por darme la idea que hizo que Talión fuera especial.

Gracias a Raquel Gisbert, a Zoa, a Emilio, a Vanesa, a Lola y en especial a Puri Plaza, el equipo de Planeta, por haberme tratado tan bien desde el primer momento. Sus ideas, su entusiasmo y sus consejos han hecho que esta novela sea infinitamente mejor. Gracias también al equipo de Diseño por la brillante cubierta, a Marketing, a Comercial y en general a todos los que me han ayudado a convertirla en una realidad.

Gracias al inspector Daniel López por su asesoramiento policial.

También quiero dar las gracias a mis primeros lectores: a Daniel Corpas, a Félix J. Velando, a Guillermo Mateo, a mi hermano Antonio, a Daniel López —*Trufa*—, a Willy y a Mar.

Y por último, gracias a todos los que me habéis aguantado en el Brujas durante los largos meses de espera: Pardo, Sonsoles, Cuco, Merino, Perico, Chenchó, Leandro, Bernardo, Patricio Chisvert...

Espero no haberme olvidado de nadie. Si así fuera, mil disculpas.

Talión
Santi Díaz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Cover Kitchen

© Santiago Díaz Cortés, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-19128-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

